

BIENVENIDOS AL APOCALIPSIS

CRÓNICAS DEL FIN

UNA GRIETA EN EL CIELO

GABRIELLA CAMPBELL
JOSÉ ANTONIO COTRINA

AL + H

AL + H

ÍNDICE

Dedicatoria

Libro I. EL CIELO ROTO

Libro II. EL DIOS EN LAS ALTURAS

Libro III. TESTAMENTO

Libro IV. EL OJO DE LA TORMENTA

Libro V. RÉQUIEM

Nota de los autores

Agradecimientos

Créditos

Este libro es para Elena, David, Valentina,
Libertad y Blanca.

LIBRO I

EL CIELO ROTO

PRÓLOGO

«Ojalá pudieras leerme la mente, Laura».

El sonido de un claxon lo trae de vuelta a la realidad. Alberto sacude la cabeza y avanza el coche un par de metros antes de que el atasco lo obligue a detenerse de nuevo. Está atrapado. El tráfico se cierra a su alrededor, lo encajona entre los edificios de la avenida principal. La circulación es lenta y espesa, se arrastra sobre lenguas de alquitrán. Laura está lejos y no solo en sentido físico.

«Si pudieras leerme la mente, todo sería más fácil».

Siempre ha tenido problemas para expresar sus sentimientos. Le parece impropio y desagradable, como hablar en público de sus partes íntimas. Laura siempre se ha quejado de su frialdad. Antes se lo echaba en cara a menudo; ya ni siquiera hay reproches.

Levanta la vista. El cielo se oscurece más allá de la línea de azoteas. Mira al salpicadero: son cerca de las siete. ¿Cuánto tiempo lleva en el atasco? Los segundos pasan como años, como vidas. Cada vez está más preocupado. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que cuando llegue, ella se haya ido. Que cuando abra el armario, su ropa ya no esté.

Comprueba el móvil, tirado en el asiento del copiloto como un bicho muerto: el vistazo número diecisiete. Ninguna notificación, ninguna respuesta a su último mensaje: un «Te quiero» a la desesperada. Ese silencio antes no estaba allí, lo han construido entre ambos y se ha ido colando poco a poco por los resquicios de su vida en común hasta inundarlo todo.

«Si pudieras leerme la mente —piensa—, si supieras cuánto te necesito».

Un hombre pega la cara a la ventanilla. Alberto da un brinco en el asiento, sobresaltado. Es un vagabundo, un tipo enjuto, cadavérico, con el rostro envuelto en vendas. Tiene un solo ojo. Parece un espectro a medio consumir. Sacude varios paquetes de pañuelos de papel y Alberto niega con la cabeza. En la cara del hombre se intuye el final, aunque el final todavía esté lejos. La cercanía del vagabundo crea un efecto extraño en el cristal: su mejilla y su aliento dejan un espacio de vaho translúcido sobre la escarcha del vidrio.

¿Escarcha? Nota entonces el frío que entra por la ventilación del vehículo y por las ventanillas entreabiertas. Vuelve a mirar el salpicadero. La temperatura ha descendido más de veinte grados. ¿Qué está pasando? El vagabundo se aparta del coche. Tiene la piel azulada. Tirita, se abraza y mira hacia arriba, hacia el cielo. Alberto también está temblando. El frío se le mete bajo la ropa y la carne, y le muerde los huesos.

En las alturas se oye una explosión y la ciudad retumba. Es un sonido colosal, definitivo, el tipo de estruendo capaz de partir un mundo. «¿Una bomba, un ataque terrorista?», se pregunta, y piensa en salir del atasco, maniobrar hasta la acera y pisar el acelerador rumbo a Laura. Comienza a reconocer sonidos tras el zumbido que se le ha instalado en los oídos: las alarmas de los coches, el ruido de cristales que se rompen, gritos. El termómetro sigue bajando. Ya está en diez grados bajo cero. Hace un frío imposible, tanto frío que quema.

Levanta la mirada, aturdido. Hay una grieta en el firmamento. Un gran desgarrón en las alturas que cruza el cielo de parte a parte. La gente en las aceras grita y señala hacia arriba. El vagabundo está entre los coches, mirando hacia lo alto como una estatua congelada en una pose de pasmo. Varios conductores salen de sus vehículos, chillan. «Quedaos dentro», acierta a pensar Alberto. No puede apartar la vista de la grieta. Sigue abriéndose allí arriba y algo parece moverse al otro lado. «Laura, ¿estás viendo eso?».

Se oyen más explosiones y gritos. Intenta tranquilizarse, respira hondo y nota un dolor intenso en los pulmones. Un sinfín de sombras se precipita desde el cielo, una lluvia rápida y oscura. ¿Qué está cayendo? ¿Meteoros? ¿Proyectiles? ¿Los están atacando? Y el frío, el maldito frío... Los dedos se le están volviendo del mismo azul que al vendedor de pañuelos. Lo que cae se

abre camino a través de la grieta. En un momento de delirio, Alberto se pregunta si la grieta se abre de norte a sur o de este a oeste. Laura solía reírse de su falta de orientación. «Te perdiste ese episodio de Barrio Sésamo», le decía. Y recuerda lo mucho que la ama, a pesar de que su sentido del humor es malo, facilón y a veces cruel. No quiere perderla. «No —se dice—, el final está lejos. Todavía muy lejos».

Las sombras caen del cielo. Oscuras, grasientas. Algunas tienen alas. Algo enorme choca contra un edificio cercano, una de las torres altas de la avenida. Una lluvia de ladrillos salpica el coche que está a la izquierda del Ford de Alberto. Una sombra trepa por la fachada dañada. Debe de ser una película, un sueño, un viaje de drogas. No puede estar pasando. La sombra trepadora es un escupitajo negro con patas largas articuladas y garras que atraviesan los ladrillos como si fueran de mantequilla. Arrastra tras de sí una cola bífida.

«Todo está bien, esto no es real. Si esa cosa tiene dos colas, no puede ser real». Y tampoco puede serlo la brecha en el cielo. Vuelve a fijar la vista en las alturas. Llueven monstruos. La gente echa a correr, algunos abandonan sus vehículos y huyen aterrados. Una bandada de criaturas aladas oculta el cielo durante unos instantes. Sus alas son estrechas, membranosas. Vuelan arrastrando hilachas largas que bien podrían ser sus propios intestinos. Tienen cabezas enormes, con un hocico en embudo que termina en un único colmillo. Han abierto las puertas del infierno y el mundo se ha llenado de demonios.

Ve una mujer que corre entre los coches. Tiene dos cabezas, o eso cree él, pero entonces cae de rodillas y Alberto se da cuenta de que la segunda cabeza no es suya, sino de un ser deforme y negro, subido a sus hombros como un pajarraco grotesco. Está devorándola. La mujer no tiene fuerzas para chillar y Alberto grita por ella. Grita por el horror desmedido de la escena, grita de miedo. Y también grita porque la mujer se parece a Laura. Es un poco más baja, pero tiene el mismo color de pelo y viste la misma clase de ropa. La criatura arranca una gran porción de carne, unida a parte del cuero cabelludo. Lo traga a trompicones y vuelve a por más. Todos huyen alrededor de la mujer y el monstruo; nadie se detiene a ayudarla. Cada uno vive sumido en su propia película, en su sueño, en su mal viaje de drogas.

Alberto cierra los seguros e intenta maniobrar para escapar del atasco. El vagabundo aparece de la nada y cae sobre el capó del Ford: le faltan la cabeza y buena parte de los hombros. El móvil suena. «Ahora no, Laura, ahora no. No te lo vas a creer, pero tengo un tío decapitado encima del coche». Da marcha atrás, embiste el vehículo a su espalda y el cadáver mutilado resbala sobre la carrocería, dejando un rastro líquido y negro. El móvil deja de sonar. Alberto vuelve a golpear el coche detenido tras él en un intento de abrirse hueco. El monstruo continúa devorando a la mujer en un salpicar de sangre y astillas de hueso. Intenta no mirarlo, intenta no fijarse en esos ojos amarillentos que se derraman por una calavera negra, repleta de escarificaciones y espinas. Consigue al fin espacio suficiente para maniobrar entre los coches, gira el volante y enfila hacia la acera.

Un impacto brutal sacude el vehículo desde arriba. El techo se combe bajo el peso de lo que le ha caído encima. Alberto grita de nuevo, grita hasta que le duele la garganta, porque qué puede hacer sino gritar. El techo del Ford se rasga como papel. Contempla entre chillidos al nuevo engendro, un monstruo humanoide de color pardo que se asoma al interior. No tiene ojos, solo una boca enorme y vertical en mitad de la cara, como una vagina repleta de dientes. No, dientes no: cuchillas. Alberto se orina encima, pero ni lo nota. La criatura se relame; su lengua es verde y está cubierta de pústulas.

El monstruo salta y Alberto aúlla. Es el final. Lo ve. Lo siente. Pero antes de que se produzca, antes de que esas garras hechas para trepanar, para eviscerar, cumplan su cometido, una mano corácea del tamaño del Ford se cierra sobre su atacante y se lo lleva por los aires.

Hay un gigante ahí fuera, un coloso del color de la bilis, de cinco plantas de altura y cara de insecto, con la mayor parte de su esqueleto por fuera del cuerpo. Se lleva a la boca al espanto que ha reventado el coche y lo devora de dos mordiscos. Luego la mano desciende otra vez hacia el vehículo y agarra a Alberto. Siente como se le quiebran varias costillas, a él, que presumía de no haberse roto nunca nada. Grita y el gigante lo alza en el frío helado de este día vuelto noche, de este día que sangra una luz verdosa, extraña. Las fauces del coloso se abren y muestran una mandíbula de colmillos desordenados. Alberto ve al primer monstruo al fondo del paladar del gigante. Es un amasijo de carne

a medio masticar, pero continúa con vida. Se arrastra tenaz por la lengua en busca de una salida, envuelto en jirones de su propia carne y órganos vitales.

La boca se cierra.

Ahora sí. Ahora sí es el final.

UNO

Winston parecía esculpido en roca negra. El galgo se había detenido en mitad del sendero, con el pelo encrespado y la vista fija al frente. No tardaron en oírse pasos en la carrera, entre los árboles.

El monstruo irrumpió en el claro y Adra desenvainó el sable que llevaba a la espalda. Era un segador, una bestia acorazada de casi dos metros de altura. Saltó hacia ella sin dudar, sin pausa. La joven reculó para esquivar la acometida. Las cuchillas naturales del antebrazo de la criatura pasaron tan cerca de su cabeza que varios cabellos rubios salpicaron el aire. Ella se impulsó hacia atrás, cambió la espada de la mano derecha a la izquierda, la mano enguantada, y trazó un círculo con el arma, como si retase a su atacante a embestir de nuevo. El segador bramó y sus dos bocas paralelas se abrieron a un mismo tiempo para mostrarle los colmillos, pequeños y afilados, que brotaban de la masa amoratada de sus encías.

«Calma. Guarda la calma —se dijo Adra mientras volvía a cambiar la espada de mano—. Respira hondo y no te precipites». Su cuerpo se quejaba, agarrotado por la tensión. El segador era un ejemplar enorme y estaba herido. Tenía perforaciones en el pecho y en un costado; de ellas brotaba un humo grisáceo, denso y maloliente. Adra sabía muy bien que no era fácil abrir brecha en la coraza de engendros como aquel. Por eso mismo procuraba evitarlos. Se fijó en una herida concreta, muy cerca del corazón principal: el agujero en el exoesqueleto del monstruo tenía forma de estrella. Winston se dispuso a su lado con el sigilo de siempre. El galgo era grande para su raza y parecía aún más voluminoso por las dos alforjas que transportaba, una a cada flanco. Aun así, Adra sabía que Winston poco podía hacer en un

enfrentamiento cuerpo a cuerpo con semejante alimaña. Mejor mantenerlo en retaguardia.

El segador golpeó el suelo con los puños, furioso, levantando grandes porciones de tierra y hierbajos.

«Sigue tu camino, bicho del demonio. Ya he terminado de cazar por hoy».

La criatura la miraba, inmóvil. Tenía los ojos enrojecidos, con la esclerótica amarillenta repleta de venas reventadas. Parecía ida. Adra comprendió que agonizaba. Los finos pseudópodos que rodeaban los labios del monstruo se erizaron un segundo antes de atacar. Se impulsó hacia ella alzando ambas zarpas, como si pretendiera abrazarla y estrecharla contra su pecho. Todavía se veían allí pedazos de sus últimas víctimas. Los segadores clavaban a sus presas en las espinas que cubrían sus cuerpos y las dejaban ahí hasta que adquirirían un grado de podredumbre a su gusto.

Adra atacó. Sabía que solo tenía una oportunidad. Dirigió la estocada hacia la carne que asomaba en la brecha, entre esquirlas de coraza. El sable se hundió en la herida hasta media hoja. Retiró el arma al momento, entre salpicaduras de sangre y humo. El segador abrió sus bocas en una mueca extraña, como si no se creyera su propio final. Con un último espasmo consiguió golpear a Adra en el pecho; por suerte no fue con las cuchillas o el golpe la habría partido en dos. Retrocedió aturdida, sin respiración. Winston, como un rayo, se interpuso entre su adversario y ella, pero ya no hacía falta. Las rodillas del segador se flexionaron hacia atrás y se desplomó.

El galgo alzó la cabeza y olfateó, alerta ante posibles nuevas amenazas. Los segadores solían actuar en pareja, pero no había ni rastro del compañero de su atacante. Adra limpió la hoja de su espada contra la hierba pajiza primero y, después, con un pañuelo que sacó de un bolsillo de su mochila. Lo hizo con la mano enguantada, poniendo mucho cuidado en no mancharse. Cuando el pañuelo comenzó a humear lo dejó caer. La hierba, ya amarillenta, se volvió marrón al contacto con la sangre del segador. Adra pensó en los cazadores del bastión Atalaya, que luchaban con criaturas como aquella por deporte. Negó con la cabeza, incrédula.

Se acercó al cadáver y se acuclilló a su lado al tiempo que se cubría el rostro con el cuello de su camisola. El olor era inaguantable, como respirar carroña. No sabía cómo Winston podía soportarlo. Por norma general el

sentido del olfato de los galgos era bastante malo, pero aquel perro, como ella, era una rara excepción. Y eso les había salvado la vida en varias ocasiones.

Adra examinó las heridas del monstruo. La mayoría eran de arma de fuego, pero las quemaduras color óxido de un costado procedían a buen seguro de un ensalmo. Rodeó el cuerpo y, en su espalda, muy cerca de la columna vertebral izquierda, encontró un proyectil clavado en la coraza que no había llegado a explotar. Era una esfera plateada, recubierta de garfios, con un gran símbolo grabado en su centro: una cruz negra con una cruz blanca inscrita en su interior.

—Cruzados —murmuró. Winston gimió muy bajo, como si compartiera su sorpresa.

Era imposible. Aquellos dementes no se arriesgarían a acercarse tanto a Testamento, no después de lo que había ocurrido hacía cinco años. Cerró los ojos y se forzó a respirar despacio.

«Cálmate. No pierdas el control. Tranquila. Haz lo que tienes que hacer, preocúpate después».

Adra extrajo su cartera de útiles de la alforja izquierda de Winston. Los segadores no estaban entre sus piezas de caza habituales y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Sacó una jeringuilla y tres cápsulas. Cargó la jeringa, la deslizó por debajo de la coraza del segador y llenó la primera cápsula de sangre. Cambió de aguja, la clavó en el saco de testículos que colgaba entre las piernas del monstruo y le extrajo una buena cantidad de esperma. La tercera cápsula la llenó de orina. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría dedicado más tiempo al cadáver del segador, pero había cruzados cerca y eso la inquietaba.

Se levantó después de devolver los viales y la jeringuilla a la alforja y se aproximó al punto entre los árboles por donde había irrumpido el monstruo. El rastro que había dejado era claro: huellas en la hierba, ramas tronchadas, cercos de vegetación muerta allí donde había caído la sangre... No hacían falta grandes dotes de rastreo para seguirlo. Adra miró hacia el este: en esa dirección, a unos veinte kilómetros de distancia, estaba Testamento, el bastión al que se dirigía antes de que el segador se cruzara con ella. Las huellas iban en sentido contrario. Resopló. Alejarse de Testamento y del cinturón de

seguridad que lo rodeaba era una llamada al desastre. Adra lo sabía. Y no le quedaba más remedio que seguir aquel rastro.

—Winston, ven. —Echó a andar.

El galgo la siguió en silencio. Nunca ladraba, apenas gruñía. Llamar la atención en aquel mundo solía estar penado con la muerte y los instintos de Winston eran excelentes.

Adra avanzó entre la vegetación, tan atenta a su entorno como al rastro del segador. Un árbol vivo le cuchicheó algo en la distancia, pero no le prestó atención, estaba demasiado lejos como para caer bajo su influjo. La luz del atardecer se abría paso entre las ramas y espolvoreaba de tonos dorados su camino. El bosque olía a muerte añeja y a aguas estancadas.

Llegó a un pequeño desnivel del terreno y la vista a su izquierda se abrió, liberada de la barrera natural que formaban los árboles. Pudo contemplar las ruinas de la urbe cercana. Los edificios que no se habían venido abajo se alzaban en el crepúsculo como tumbas gigantescas, monumentos a un mundo desaparecido. Un rascacielos de cristal sobresalía en el centro de la ciudad muerta, recubierto por la telaraña babosa de un aracnonte. En la distancia, Adra pudo distinguir el esqueleto de un gigante de extremidades múltiples adherido a la red. Un sinfín de automóviles se oxidaba en las carreteras, entre légamo y asfalto fundido. Las ciudades muertas eran peligrosas, no era inteligente entrar en ellas. Adra había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

Comenzaba a notar el frío del anochecer y la luz se tornaba rojiza. Corría viento, ese viento helado que mordía, que se metía hasta en las ganas de vivir. Winston iba delante, olfateando el terreno; ella caminaba rápida tras él, algo encorvada para evitar las ramas de los árboles.

Miró de nuevo hacia el este. Cada vez estaba más lejos del bastión del duque Rocal y, cuanto más se alejara, más peligro correría. Debía extremar las precauciones, pero era inevitable que una parte de su mente la llevara de vuelta a su pasado. Era inevitable que pensara en Suel, el pueblo donde nació, el pueblo que los cruzados arrasaron cinco años atrás. Recordó el olor candente y pegajoso de la carnicería. Recordó a su madre, destrozada por un ensalmo. Inspiró con fuerza. «Respira, Adra, respira. Es importante que estés tranquila».

Después de diez minutos de marcha encontró los cuerpos. Varios carroñeros se estaban dando un festín con ellos. Eran criaturas mestizas, arañas mutadas con aspecto de cangrejo y escorpión, y cuatro pares de ojos dispuestos en vertical. Varias huyeron al verla, otras estaban demasiado ocupadas con sus presas, arrancando carne con sus pinzas. Adra las espantó a patadas.

Los cuerpos de los cruzados se disponían alrededor de otro segador muerto. Eran tres. Distinguió los emblemas, la cruz negra y la cruz blanca. Su madre le había dicho que en el pasado habían existido muchos tipos de cruces, pero ella solo conocía esas dos y todavía apretaba los puños cuando las veía.

Estudió el lugar con Winston a su lado; la peste a putrefacción era insoportable. Por las pisadas y las huellas, Adra comprendió que se trataba de un grupo amplio, de entre quince y veinte efectivos. ¿Qué harían tan cerca de Testamento? Tenía que averiguarlo. Igual que tenía que averiguar si Absalón, el primado que guiaba la hueste que arrasó su pueblo, estaba con ellos. Era una posibilidad ínfima, ridícula y aun así... Contempló los cadáveres y torció el gesto. Estaban demasiado destrozados para sus propósitos. Ni siquiera tenían cara. Cayó en la cuenta de que la postura del segador era extraña: parecía doblado. Se envolvió la mano derecha en un trozo de tela y usó ambas para tirar del brazo del monstruo. Adra era fuerte, pero el cadáver del engendro pesaba lo suyo. Le costó gran esfuerzo desplazarlo y darle la vuelta.

Bajo el segador había otro cruzado. Las espinas del monstruo lo habían perforado, pero su cabeza estaba intacta: serviría. Adra se acuclilló junto al cuerpo y se quitó el guante izquierdo. La mano que quedó a la vista estaba despellejada, recubierta de sangre seca; podía intuirse el entramado venoso entre los músculos y tendones. Arrancó la cota de mallas al cadáver y le desgarró la túnica para después colocar la palma de su mano sobre el corazón.

Este volvió a latir al instante.

DOS

Los ojos del cruzado parecían querer salirse de sus órbitas. El hombre escupió un cuajarón de sangre y, en un solo movimiento, intentó levantarse y quitarse a Adra de encima. Ella no soltó su presa; se inclinó sobre él, puso una rodilla en su pecho para evitar que se incorporara y lo aferró de las muñecas con ambas manos. La izquierda estaba ahora cubierta de sangre fresca y emitía una leve fosforescencia esmeralda.

Acercó su rostro al del resucitado.

—Céntrate, cabrón, céntrate —susurró—. Sé que es difícil, pero necesito que te centres. Cuanto antes acabe esto, mejor será para los dos.

Winston miraba en silencio, inmóvil, sentado junto a un cadáver. Los envolvía una calma espesa, una quietud de bosque muerto. Adra sacudió al hombre, pero este no terminaba de volver en sí. Se preguntó si su cerebro estaría demasiado dañado como para traerlo de vuelta. De la boca del cruzado salía un ruido inidentificable, una especie de quejido grave.

—Voy a hacerte dos preguntas —dijo Adra, vocalizando con cuidado—. Sé sincero y todo acabará rápido, ¿de acuerdo?

El hombre detuvo su lamento y por fin pareció consciente de su presencia. Tenía la mirada velada por el desconcierto y el miedo. Habló a duras penas, como si no recordase cómo utilizar la boca:

—¿Qué...? ¿Quién...?

Miró hacia arriba, atraído por el resplandor de la mano izquierda de Adra. Se revolvió al verla, espantado, y Adra hincó todavía más la rodilla en su pecho. El cruzado chilló de dolor. Su cuerpo comenzaba a responder. Aun en su desesperación, o quizá gracias a ella, fue capaz de rebelarse.

—¡Apártate de mí! ¡Apártate! —gritó, furioso, y se sacudió con todas sus fuerzas. Adra apretó los dientes, le soltó una muñeca, desenvainó el sable y colocó el filo bajo su garganta.

—Dos preguntas —insistió—. La primera: ¿qué hacéis aquí?

El cruzado la miró con extrañeza. O no comprendía la pregunta o no quería responder.

—Necesito que entiendas lo grave de la situación —le dijo Adra—. Estabas muerto y te he resucitado. Pero tu vuelta a la vida tiene truco: vas a convertirte en un monstruo.

—¿De qué estás hablando, bruja? ¡Déjame! ¡Déjame!

—Estás en plena transformación necrótica. Por eso duele tanto. Tu cuerpo está cambiando. Dentro de unos minutos dejarás de ser humano.

—¡Solo estoy herido! —Bajó la vista y descubrió las laceraciones que le abrían el pecho. Luego miró alrededor y vio lo que quedaba de sus compañeros.

—¿Solo herido? —Adra tiró de una de las manos del cruzado y se la enseñó. Las uñas, negras como el pecado, habían crecido un par de centímetros y la piel comenzaba a adquirir un tono verdoso—. Te queda poco tiempo, ya lo ves. Responde rápido si quieres que acabe con esto.

—¿Qué me has hecho? —chilló el cruzado. Su rostro se retorció en una mueca de dolor intenso. Adra no quería ni imaginar su sufrimiento. Debía de ser como romperse por dentro—. ¡Duele! ¡Duele! ¿Por qué duele tanto? —Se contorsionó en el suelo—. ¿Qué me has hecho? ¡¿Qué clase de monstruo eres?!

—Uno con el que te conviene colaborar —contestó—. Soy tu única esperanza. Solo yo puedo evitar que te transformes. No puedo salvarte la vida, pero puedo darte un final misericordioso. Dime por qué estáis aquí.

—¡Un nido! —contestó al fin, aunque más que una respuesta pareció un insulto—. ¡Buscábamos un nido!

—¿Un nido? ¿Un nido de qué?

El cruzado se tragó un grito. Sus mejillas habían comenzado a hervir. Dio una nueva sacudida en el suelo y luego se relajó. A pesar del dolor, encontró fuerzas para sonreír.

—Un nido de contaminados como tú, zorra. —Una vez más intentó incorporarse, sin éxito. Adra hizo más presión con la rodilla en su pecho. Era

pequeña y ligera, pero al cuerpo destrozado del cruzado no le quedaban fuerzas.

—Si no respondes, dejaré que te transformes —le advirtió—. Formarás parte de las huestes de los leviatanes. Serás uno más de su ejército. ¿Eso quieres? ¿Convertirte en lo que odias?

El cruzado temblaba. Tenía la barbilla y el cuello manchados de sangre. Alzó la vista hacia las ramas desnudas y la luz de la tarde que moría. Allí en lo alto se intuía la inmensa grieta negra que partía los cielos. Cuando Adra comenzaba a asumir que no conseguiría más información, el hombre habló:

—Era una misión de exterminio —jadeó—. Tenemos informes de que alguien está experimentando con contaminados muy cerca de aquí. Más allá del bosque. Hacia el oeste.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—¿Esa es la segunda pregunta?

—Qué gracia. Responde, te queda poco tiempo.

Como para subrayar aquella urgencia, el hombre sufrió una nueva convulsión, más larga. Su barbilla comenzaba a afilarse a medida que el hueso crecía. Se esforzó por continuar. Hablaba cada vez más deprisa.

—Capturamos a un esclavo. Esos herejes juegan con contaminados y luego los venden. Dimos con uno que había matado a su dueño, que había escapado. Una rata de piel blanca, con los ojos rojos y garras. Un hijo del diablo.

Adra rio.

—Seguís pensando que todo esto tiene que ver con Satanás y con vuestro viejo dios. —Levantó también la vista hacia la grieta—. Hay nuevos dioses en el mundo. Y no tienen nada que ver con los antiguos.

El cruzado no replicó. Adra lo miró a los ojos. Intentó ignorar el hedor, el burbujeo del cuerpo en metamorfosis, la visión de la carne en pleno cambio. Carne herida, carne verde, carne cada vez más descompuesta. Estaba acostumbrada a la muerte y al horror, pero todavía le estremecía contemplar aquellas transformaciones. Sobre todo porque era ella quien las provocaba.

—Ahora viene la segunda pregunta —dijo—. No te preocupes. Es sencilla. ¿Hay algún primado con vosotros?

Para su sorpresa, el hombre respondió sin titubear:

—Sí, nos comanda el hermano Bautista —dijo—. Él nos ha traído hasta aquí. Él nos guía, él nos conduce. Y él te destripará.

—No si yo lo destripo antes —contestó ella. Habría sido mucha casualidad que fuera Absalón.

A pesar de su sufrimiento, el cruzado recogió su comentario con una risotada:

—¿Tú? ¿Destripar al primado Bautista, tú?

Adra se incorporó y le pegó una patada entre las piernas. El hombre aulló. Las botas de Adra eran duras y pesadas, con puntas de acero. Se arrepintió al instante: aquel golpe no era propio de ella. «Calma, guarda la calma. No te dejes llevar».

El cruzado gimió en el suelo. Miró a Adra y pareció a punto de insultarla de nuevo. De pronto su expresión cambió. Alzó las palmas de sus manos ante su rostro y contempló el bullir de la nueva carne que sustituía a la vieja. Esta parte siempre era igual: el momento en que realmente se daban cuenta de lo que les esperaba, de que solo Adra podía evitarlo.

—He contestado a tus preguntas —dijo el cruzado—. ¡He hecho lo que querías! Haz que pare.

—Cada vez duele más, ¿no es así? —preguntó ella—. Va a ser una fiesta cuando tus órganos empiecen a cambiar. Tal vez me quede un rato a verlo.

—Por favor —suplicó el hombre. Parecía a punto de echarse a llorar—. No quiero ser uno de vosotros. No quiero convertirme en algo como tú.

Adra lo decapitó de un solo mandoble, un tajo rápido de izquierda a derecha.

—No tienes ni idea de lo que soy yo.

El cruzado ya no pudo responder. La cabeza la miraba, con aspecto sorprendido, a escasos centímetros del resto del cuerpo. La muerte había detenido la transformación.

—No se merecía un final tan rápido —murmuró—. Supongo que me estoy ablandando.

El galgo también la miró, como si comprendiera. Adra estaba segura de que sí, de que el perro la entendía. A veces pensaba que era el único que lo hacía.

Más allá del bosque, hacia el oeste. O eso había dicho el cruzado. El sol bajaba y Adra se cubrió la vista con la mano buena. La mano humana. Se puso el guante en la izquierda y se incorporó. Echó a andar con Winston a su lado, ágil y elegante pese a las alforjas abultadas. Caminó en la dirección señalada, aunque las indicaciones del resucitado le hacían poca falta. El rastro de los cruzados era más que evidente.

Antes de que pasaran diez minutos, comenzó a llover.

* * *

Adra se asomó a la ventanilla de tela de malla y contempló el exterior, bañado de una luz tenue, cada vez más escarlata. No era una tienda de campaña cualquiera. El tejido protegía contra la radiación de baja intensidad, era ignífugo e impermeable y, lo más importante en aquel momento, evitaba que los parásitos de la lluvia la devoraran. Su madre le había hablado de un tiempo anterior, un tiempo casi legendario en el que la lluvia solo era agua. Sucia, a lo mejor, pero solo agua. No mordía. Eso también había cambiado.

Vio caer a los comecarne tras la malla. Aunque diminutos, eran capaces de engullir a un ser humano en apenas unos segundos. «Pirañas de las nubes», las llamaba su padre, y se reía cuando lo decía, como si fuera el mejor chiste del mundo. Eran minúsculos, pequeños escarabajos con protopatas de sierra y colmillos afilados. Adra se arrebujó en su capucha y se pegó más a Winston. «¿No hay nada en esta tierra que no sea carnívoro, tóxico o letal?», se preguntó. Quedaba muy poco de las viejas razas, de los perros, de los caballos, de los propios humanos... Y lo que quedaba se había vuelto taimado, dispuesto a lo que fuera para sobrevivir. De nuevo pensó en su padre, en aquella risa inocente. ¿Cómo había podido existir alguien tan despreocupado, tan feliz y optimista, en un mundo como aquel?

—¡El amor, Adra! —solía gritar su padre. Y lo gritó poco antes de desaparecer, antes de que lo perdieran de vista para siempre—. ¡El amor nos sigue haciendo felices!

—Menuda idiotez, papá —se dijo, por enésima vez.

Winston apoyó el morro sobre su hombro y ella le acarició la cabeza.

Poco después la lluvia escampó.
Era hora de cazar cruzados.

TRES

Adra dio con el lugar donde los cruzados se habían guarecido de la lluvia hambrienta. Quedaba a la sombra de un promontorio cubierto de árboles muertos que se elevaba en el bosque como una mano de tierra. Se acuclilló en el suelo embarrado. Había huellas de postes aquí y allá; marcas en el suelo como un código en un idioma ajeno: debían de haber improvisado algún tipo de techumbre en cuanto comenzó a llover. En los charcos de agua sucia todavía se retorció algún comecarne. Cogió uno entre dos dedos, lo partió por la mitad y sorbió la carne del interior. Eran comestibles si su muerte era reciente. Y ricos. Abrió otro para Winston.

El perro la ignoró; olisqueaba de aquí para allá con el hocico casi en tierra, sin acercarse a los parásitos que seguían con vida. Todavía en cuclillas, Adra examinó el terreno. Su madre le había enseñado todo lo que sabía sobre huellas. Y era mucho. Recordó las largas caminatas que habían dado juntas alrededor del pueblo: «Mira, Adra, esta es la pisada de un birloche, esta es una huella de doblelobo, esta de segador...».

Su estimación en el claro había sido correcta: todavía quedaban doce o trece cruzados vivos, quizá alguno más. Una cantidad nada desdeñable. Se arrepintió de no haber sacado más información al que había resucitado. «Mal, Adra, mal». ¿Con qué equipo contaban? Por lo que sabía, al menos llevaban lanzaensalmos. Y si había interpretado bien el símbolo grabado en la coraza de uno de los cadáveres, había artilleros en sus filas, lo que implicaba armamento pesado. ¿Tendrían cohetes? ¿Lanzallamas? Quizá lo más sensato sería regresar a Testamento y contar lo que había descubierto. Sacudió la cabeza y desechó la idea. Los hombres del duque no llegarían a tiempo. Eso sí

conseguía que Rocal le hiciera caso. En su último encuentro no se habían despedido en los mejores términos.

Gruñó y se incorporó. Las huellas continuaban hacia el oeste. Llamó a Winston con un silbido corto y reanudó el camino. El perro le pisaba los talones. Su cuerpo esbelto rozó las piernas de Adra y el contacto le hizo recordar algo, no supo bien qué.

El paisaje era desolador. Siempre lo era en los límites del bosque; ahora más, tras la lluvia de parásitos. Buena parte del terreno estaba cubierta por una alfombra de comecarnes muertos. Solo continuaban con vida los que permanecían sumergidos en los charcos de lluvia; los esfínteres que tenían por boca se abrían y cerraban, desesperados por alimentarse. Recordó algo que solía contar su madre, algo sobre la vida media de la mariposa y de la mosca doméstica. Siempre se había preguntado qué era una mariposa. Moscas había a raudales.

En su camino se encontró con los esqueletos de las criaturas que no habían podido escapar a tiempo de la lluvia asesina. La mayoría pertenecían a animales pequeños y los huesos estaban mondos. Los comecarnes eran metódicos, eso había que concedérselo. La tierra alrededor de los esqueletos estaba removida. Los parásitos que habían tenido la fortuna de alimentarse se habían enterrado en el suelo y allí, a resguardo de los depredadores, mutarían. La mayor parte no sobreviviría a la tensión del cambio, pero unos cuantos lograrían completar su ciclo y se convertirían en nuevos horrores de aquella tierra arrasada. Tras cada tormenta orgánica se gestaba una nueva generación de monstruos.

Adra miró hacia arriba. A lo lejos flotaba la mole inmensa de un leviatán. Cubría medio cielo y sus límites se perdían más allá del horizonte.

Volvió a escuchar la voz de su padre. En su memoria siempre iba corto de aliento, con paso ligero y entusiasmado, cargado de una cesta de hortalizas o con algún saco de bichos deshechos a cuestas:

«Nos ha tocado vivir en un mundo extraordinario, Adra querida. No te preocupes: todo irá bien. Todo irá bien, porque estamos juntos».

Lo había dicho con esa expresión risueña y optimista que tanto la irritaba a veces. Su padre había tenido razón: todo había ido bien (o no demasiado mal) hasta que él desapareció. Luego llegaron los cruzados y lo arrasaron

todo. Adra nunca diría que vivían en un mundo extraordinario, diría que vivían en un mundo de locos, en un mundo de mierda, y si alguna vez se le olvidaba, solo tenía que contemplar su mano enguantada para recordarlo. Para los cruzados y otros muchos, ella era un monstruo, una criatura no muy diferente a los engendros que habían llegado a través de la grieta o a los seres que los leviatanes generaban de manera espontánea. No era cierto: los contaminados no eran monstruos, los contaminados eran solo gente con mala suerte, personas que, como la tierra que habitaban, se habían visto afectadas por la magia nociva que los colosos del cielo habían traído consigo. Al menos ella podía camuflar su deformidad y pasar desapercibida; a algunos los asesinaban nada más nacer; otros, como su mellizo, morían por culpa de las mutaciones.

Según el cruzado muerto había un nido de contaminados un poco más adelante, un lugar donde experimentaban con ellos y luego los vendían como esclavos. Esa era la otra cara de la moneda: unos aborrecían a los contaminados, otros los deseaban. Los burdeles de Arenga estaban llenos de ellos. Los barones también los tenían en alta estima: los compraban como guardaespaldas o como soldados para sus ejércitos. Adra odiaba a los esclavistas casi tanto como a los cruzados. «Sería maravilloso que se mataran entre ellos», se dijo. No iba a tener tanta suerte, eso seguro.

La noche era profunda, pero a Adra no le importaba. Veía en la oscuridad como si fuera de día: otro de sus dones de contaminada. Pero no le hacía gracia avanzar por los bosques de noche, porque viajar en la oscuridad era arriesgado, sobre todo tan lejos de Testamento. En otras condiciones habría buscado el refugio de alguna rama alta y habría dormido allí junto a Winston, a salvo en su arnés, pero sospechaba que los cruzados no pensaban detenerse.

Los árboles raleaban, la tierra era árida y seca, pedregosa. Pasó muy cerca del esqueleto fosilizado de un gigante de zarpas grandes, con una sola cuenca en mitad del cráneo. Alguien había grabado símbolos indescifrables en los huesos blancos. Adra olfateó, pegó el oído al suelo. No había rastro de magia allí. Aun así se alejó deprisa.

Poco después vislumbró las ruinas. Era un edificio antiguo, hecho pedazos, semioculto tras una hilera de árboles que se apostaban en el terreno como un pelotón de ejecución a la espera de órdenes. Winston y ella se acercaron con cautela, escudados entre los árboles y la maleza. En el pasado,

el edificio debió de ser un gran barracón, con cúpulas en el techo y una torre al este.

La torre era ahora un montón de escombros y buena parte de la fachada del edificio se había venido abajo. Los restos oxidados de una verja rodeaban el lugar. Adra se acuclilló entre los árboles, palmeó el lomo de Winston y sacó un catalejo de su mochila. Lo extendió y examinó el edificio y sus alrededores. Las ventanas de la fachada parecían gritos silenciosos clavados en el muro; la puerta principal, un portón doble rectangular, esperaba entreabierta y entre ambas hojas distinguió el brazo extendido de un cadáver.

Contó hasta mil mientras examinaba el edificio. Nada se movía. Prestó atención. Tampoco se escuchaba ningún sonido más allá del viento que susurraba entre los cascotes y las ramas desnudas. Se incorporó y avanzó a paso rápido, algo inclinada, hasta el basamento metálico de la verja. Tras unos instantes de quietud, corrió hacia la torre en ruinas. Winston fue tras ella, silencioso como una sombra.

Desenvainó el sable y contó hasta mil de nuevo, acuclillada entre los cascotes. Luego corrió hacia la puerta, desviando la mirada de cuando en cuando hacia las ventanas de la fachada destrozada. Nadie dio la voz de alarma ni intentó detenerla. Llegó hasta el portón y se escudó tras la hoja izquierda. Winston se pegó a ella. La respiración del perro a su lado la tranquilizaba. Arriesgó un vistazo al interior del edificio. La puerta conducía a un recibidor amplio, con las paredes cubiertas de runas multicolores, y a unas escaleras que comunicaban con los niveles inferiores de la estructura; había desaparecido un tramo entero de escaleras, el que conducía a los pisos de arriba.

Había cuatro cuerpos en el interior, uno de ellos partido en dos. Ningún cruzado a la vista, ni vivo ni muerto. Examinó los cadáveres desde su posición: dos mujeres y dos hombres. Nada señalaba que pertenecieran a ninguna agrupación o misterio. Todavía olía a magia caliente y pólvora. No podían llevar más de media hora muertos. Sopesó la idea de resucitar a alguno para conseguir información, pero la descartó al instante: no podía correr el riesgo de que el resucitado gritara y pusiera en alerta a los que estuvieran dentro.

Redobló la fuerza con que empuñaba el sable, se levantó y entró en el edificio. Ni sus pasos ni los de Winston levantaron eco alguno. Pasó entre los cuerpos y no pudo evitar pensar en el día en que había regresado a su pueblo tras buscar en vano a su padre. Aquella tarde también había caminado entre cadáveres. A cada paso que daba se encontraba con un rostro conocido: Köhli, Hikmat, su tío Jack, su madre...

«Calma. Guarda la calma, Adra. Utiliza el diafragma, hincha la barriga. Respira hondo y guarda la calma, la puta calma».

Cerró los ojos y una imagen enterrada en su cerebro se proyectó contra sus párpados: ella misma, rodeada de perros muertos, pequeños galgos desmembrados, resplandecientes de sangre y entrañas. Se detuvo a medio paso. El corazón se le había disparado en el pecho.

«Cálmate, cálmate, cálmate». No podía perder el control. No aquí. Respiró desde el vientre, visualizó su respiración como una corriente lenta y cálida que recorría su cuerpo. Cuando consiguió serenarse volvió a ponerse en marcha.

Bajó las escaleras despacio, con los ojos entrecerrados. También había cuerpos abajo, cuatro más. Uno de ellos era un cruzado. Le habían cortado la cabeza. Las paredes también estaban recubiertas de runas allí. Era hechicería de escudo y camuflaje, un intento burdo de mantener el lugar a salvo de demonios y curiosos. Todo aquel despliegue de arcanos señalaba que tenían a su disposición un gran caudal de magia.

En el centro de la sala, similar en tamaño a la de la planta de arriba, había una trampilla enorme, de dos por dos metros, abierta de par en par como un bostezo en la piedra. Huellas de sangre fresca conducían hasta las escaleras. Los cruzados habían seguido ese camino. La joven se aproximó al hueco con Winston. El perro tenía el lomo escarpado y estaba visiblemente nervioso. Miró a Adra y luego a la trampilla, con los ojos muy abiertos. Luego se volvió otra vez hacia ella.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo mientras lo acariciaba.

Adra se aproximó a la trampilla y escrutó dentro. Los peldaños descendían hasta un nivel inferior. Vislumbró una galería estrecha que se adentraba hacia el norte. Cerca de las escaleras había un puesto de radio sobre una mesa metálica y otro cadáver caído sobre el aparato. La radio crepitaba,

rodeada de polillas luminosas. Oyó un estampido seco en las profundidades, seguido de un rugido que no podía proceder de una garganta humana.

Examinó sus opciones. Lo más inteligente era esconderse arriba y aguardar a que los cruzados salieran por su propio pie, si salían. O al menos dar tiempo a que todo se calmara por ahí abajo. Cualquiera cosa antes de meterse a ciegas en un lugar desconocido. Retrocedió y miró alrededor, buscando dónde ocultarse. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que Winston no estaba con ella. Se había acercado todavía más a la trampilla. Parecía ansioso por bajar.

—No, Winston, no —susurró—. Ven aquí, ahora. Ven.

El galgo siempre obedecía. Esta vez no lo hizo.

Olfateaba la oscuridad, ansioso. Recorrió el borde de la trampilla de parte a parte, sin parar de olisquear. ¿Qué le ponía tan nervioso? Se escuchó otro rugido procedente de las tinieblas. Winston se giró de nuevo hacia ella, le dedicó una mirada intensa, de esas que solo pueden dedicar los perros, y descendió las escaleras a la carrera.

Ella lo insultó en voz baja.

Ni siquiera se le cruzó por la cabeza la idea de abandonar a Winston a su suerte. Escupió al suelo y luego, espada en mano, se adentró en la oscuridad.

CUATRO

Los peldaños eran estrechos y metálicos. Adra hizo lo posible por avanzar con sigilo y no ceder a la tentación de llamar a Winston a gritos. Cuando llegó al último escalón se detuvo. El perro la miraba, inmóvil unos metros más adelante; ella le hizo gestos para que regresara, pero el galgo echó a correr de nuevo.

—Pero qué...

Avanzó cautelosa por la galería. Procuró no pararse a examinar el cadáver caído sobre el aparato de radio, pero no pudo evitar mirar hacia la mesa y hacia lo que antaño fue la cara de un hombre. Sus rasgos habían desaparecido, borrados por un ensalmo. Al menos debió de ser una muerte rápida.

Pequeños insectos zumbaban alrededor del aparato de radio: polillas incandescentes que parecían coloreadas por un niño torpe. «Parásitos de magia», pensó Adra. Eran un efecto secundario de algunos hechizos. La radio parecía irreal. Sus contornos estaban carcomidos, desdibujados, al igual que las ropas del cadáver y la mesa. Las polillas roían los márgenes de la realidad, voraces. No solo eso: en un quiebre de la lógica, habían devorado hasta las palabras que se pronunciaron justo antes del hechizo y ahora no paraban de susurrarlas, como un mantra sin sentido. Adra las vio revolotear alrededor de la mesa y el cadáver, murmurando sin cesar. Alcanzó a distinguir algunas palabras, libres y ligeras. Escuchó un «disparos», un «ayuda», un «socorro» bajo el zumbido incesante de los insectos mágicos. No tardarían en desvanecerse. Adra se preguntó si el mensaje del guardia habría llegado a buen puerto. Para él, toda ayuda acudiría tarde.

Prosiguió la marcha. Temblaba y se obligó a inspirar cada cuatro pasos. Cada músculo le rogaba ir más deprisa, pero no debía precipitarse. No sabía qué les aguardaba. Pasó junto a dos nuevos cadáveres. Un hombre y una mujer. Con estos habían acabado a balazos, nada de ensalmos. La sangre trazaba arabescos sobre las paredes.

Otra vez escuchó un bramido, un ruido que no era humano. Un escalofrío viajó de su coxis al cráneo. Aun con su excelente visión nocturna, le costaba distinguir a Winston. De las paredes colgaban imágenes enmarcadas en metacrilato; pasaban por la periferia de su visión, bocetos difusos de formas extrañas. Winston seguía muy por delante, pero de cuando en cuando se detenía, como si quisiera asegurarse de que ella iba detrás. Nunca había hecho nada parecido. ¿Nunca? Adra rebuscó entre sus recuerdos. Lo había visto así antes: emocionado, feliz, deseoso de llegar a su objetivo pero... ¿cuándo?

—¿Qué has oído, Winston? ¿Por qué te has metido en este agujero?

Escuchó un disparo lejano, que parecía proceder de debajo de sus pies. Escuchó gritos, gruñidos. Todo abajo, más abajo, en lo profundo. Winston se detuvo otra vez, la miró con la lengua fuera, la comisura de la boca alta, clavándose en los pómulos. Adra habría jurado que sonreía.

—Vuelve aquí, hijo de...

Winston se puso otra vez en movimiento y Adra lo siguió por el pasillo interminable. El corredor se ensanchó tras un giro a la izquierda. Se topó con más cadáveres; entre ellos distinguió el de un hombre ataviado con un mono azul celeste que tenía una etiqueta tejida en la pechera con su nombre y cargo: «Eduard R. Styles. Asistente». Una maraña de tuberías transparentes atravesaba el techo, repleto de líquidos turbios. Adra arrugó la nariz. El lugar apestaba a heces.

A la izquierda encontró una puerta abierta que algún día fue verde pero ahora estaba cubierta de herrumbre y huellas oscuras. No quería mirar dentro, pero cómo no hacerlo. En el centro de la sala había una jaula acampanada que llegaba casi hasta el techo, repleta de cadáveres. El conjunto era fascinante: muerto sobre muerto sobre muerto, carne y más carne apilada. Eran contaminados, al menos dos docenas. Adra vislumbró escamas, picos y garras, manos palmeadas, alas y branquias. Apartó la vista de la pirámide de cuerpos tras los barrotes. En el otro extremo de la estancia había un montón de sacos;

de uno de ellos sobresalía una mano pálida con solo dos dedos. Su gesto, absurdo, parecía una señal de victoria.

Siguió adelante. El pasillo serpenteaba y ella miró a derecha e izquierda y, ahora sí, se fijó en los cuadros. El más cercano le pareció el esquema de un insecto, pero entonces la ilusión desfalleció y pudo leerlo como lo que era: runas. Eran símbolos, símbolos mágicos. Símbolos de protección y camuflaje, mucho más sofisticados que los de la entrada. Miró los cuadros con más detenimiento: sobre el metacrilato había manchas, ajenas a las runas, manchurroneos ocres que ocultaban los arcanos y que los desactivaban.

Arrugó la nariz. De allí procedía el olor a excremento. Adra resopló. Pocas cosas había tan poderosas como las encantaciones que usaban materia contaminada. La mayoría de las runas estaban desactivadas, las habían pintarrajeado con porquería de engendro. Los cruzados debían de llevar una buena cantidad en sus morrales. Adra se subió el cuello de la camisola hasta cubrirse la nariz y la boca.

—Mierda, mierda, mierda —murmuró, pero no había nadie para apreciar la redundancia.

Winston esperaba un poco más adelante, la cabeza vuelta hacia ella. Movía la cola como si acabara de cazar un conejo especialmente jugoso. A Adra le caía el flequillo en la cara. Se arrancó una horquilla y echó el pelo atrás; volvió a engancharlo. Se recolocó la capucha e ignoró un nuevo lamento que retumbó largo rato bajo sus pies.

Otra puerta abierta le reveló una nueva masacre. Casi todos los muertos vestían de lona gris; algunos estaban en jaulas o tenían grilletes en muñecas y tobillos. Los cruzados habían venido a matar, pero Adra sospechaba que la jugada no les estaba saliendo como esperaban: entre los cuerpos había dos de los suyos. La mayoría de estos cadáveres eran de mujeres preñadas. Las había de todas las edades y en todas las etapas de gestación. Adra maldijo de nuevo en voz baja. Distinguió también hombres y mujeres vestidos de azul marino. Sus muertes no le dieron ninguna lástima: eran el personal al cargo de aquel infierno, estaba convencida. Los que vestían de gris eran sus víctimas. Y eran contaminados, de eso tampoco cabía duda. La mayoría mostraba síntomas evidentes: algún miembro extra, cuernos, pigmentaciones extrañas de piel, cráneos descomunales... Era probable que los que no presentaban signos

físicos sufrieran de otro tipo de mutación. Se sintió apenada por la pérdida de todas aquellas vidas.

Abandonó la sala de la matanza y volvió en busca de Winston, que la esperaba a unos metros de distancia, animándola a seguir. Meneaba el rabo: ¿cómo podía estar tan contento? Adra intentó hacer memoria de nuevo. El perro solo se mostraba tan emocionado cuando intuía la cercanía de personas por las que sentía afecto. Por un instante Adra sintió una punzada de esperanza: ¿y si su padre estaba aquí? ¿Y si después de tanto tiempo lo hallaba al fin? Pero la esperanza dejó paso al pánico. No quería encontrarlo, no allí abajo. Porque si estaba en aquel lugar eso significaba que, o bien era una víctima, o bien un verdugo. Y su padre no era un contaminado. Su padre era el último hombre bueno sobre la faz de la Tierra, el último hombre feliz. Adra pensó que tal vez por eso había dejado de buscarlo, porque prefería aferrarse a esa imagen a permitir que la realidad la destruyera con alguno de sus giros atroces.

Tenía que alcanzar a Winston y salir de allí cuanto antes. Los cruzados habían dejado de tener importancia: que se pudrieran allí dentro. Pero el galgo no parecía tener prisa por marcharse. Había llegado ya al final del pasillo, donde una escalera estrecha conducía a un nivel inferior. Muy cerca había un ascensor, una especie de montacargas. Miró en derredor en la oscuridad casi total: las únicas luces eran pequeñas bombillas de emergencia situadas junto a las puertas, que apenas brillaban en la negrura. Una de ellas parpadeaba junto al ascensor, iluminando un cartel: «No tocar a los especímenes sin la presencia de un encargado de planta».

Winston se lanzó escalera abajo. Los bramidos regresaron, ahora con más volumen. Adra quiso encogerse, hacerse un ovillo en el suelo. Pensó en Suel, en cómo había sido antes de la masacre, en el hogar cálido donde había crecido, a salvo de los horrores. Pensó en el dormitorio que compartía con Winston, en cómo se escondía bajo las mantas cuando algún aullido en las montañas la asustaba. Los alaridos ahora se habían transformado en un solo grito continuo, espeluznante, que se le colaba en la mente y amenazaba con quedarse a vivir en su cabeza.

Y entonces cesó. El silencio inundó el corredor. Adra podía oír su propia respiración. Se preguntó si todo habría terminado, fuese lo que fuese todo.

Persiguió el lomo negro del galgo, que cada vez parecía más impaciente por marcarle el camino. Bajó las escaleras y desembocó en un nuevo pasillo que, tras un giro a la izquierda, se abría en un gran arco y se convertía en otra sala enorme. Allí aguardaban más cuerpos.

Casi todos llevaban los mismos monos de tela gris que había visto en las habitaciones superiores. Entre ellos había un solo cruzado. Tenía los ojos abiertos, pero ya no respiraba. Todavía sujetaba entre sus manos engarfiadas el cuerpo de un prisionero. Parecía que los habían llevado hasta allí a rastras para ejecutarlos. Dos hombres con monos azules descansaban sentados a la entrada de la sala, ambos con las gargantas seccionadas. Winston olisqueaba entre el caos de cadáveres.

—¿Qué te pasa, chico? —preguntó Adra en un susurro—. ¿Qué estás buscando?

Winston la miró suplicante con sus intensos ojos oscuros, como si tuviera algo muy importante que decirle, pero no supiera cómo. Regresó a su tarea de oler y buscar, pasó de un cuerpo a otro. Adra se acercó a él, apartó cadáveres a patadas, buscó algún atisbo de vida. Nada.

Winston soltó un gemido largo y fustigó las piernas de Adra con su cola. Había encontrado lo que buscaba. Lamió con alegría el rostro de una de las víctimas, se frotó contra el cuerpo, como si buscara revivirlo con su calor. El cadáver era de un chico joven, un muchacho moreno que no podía tener más de diecisiete años. No era nadie a quien ella conociera. Su muerte parecía similar a la de los que lo acompañaban: todos tenían el mismo color amoratado en el rostro, el mismo rictus de asfixia. «Un ensalmo de estrangulamiento», supuso Adra.

Winston gimió de nuevo. Miró a Adra, luego al chico, luego a Adra. Esta se cubrió la cara con las manos, exasperada.

—¿Quieres que hable con él? ¿Es eso? ¿Quieres que lo resucite?

El galgo batió la cola con más fuerza y se tumbó ante el joven, entre los cadáveres de una anciana y un niño de seis o siete años con ojos de tiburón.

Winston esperaba un nuevo truco de magia.

CINCO

Adra se arrodilló entre los muertos. Ignoró los rostros lívidos y contempló el cadáver del joven. Era de tez cobriza, bien parecido. Tenía la barbilla marcada y los pómulos altos, la frente despejada y el cabello rizado. Era un rostro dulce y, pese a lo horrible de su muerte, parecía haber dado su último suspiro en paz. Frunció el ceño. Lo que estaba a punto de hacer no tenía sentido. Iba a resucitar al chico porque se lo pedía su perro. Para después matarlo.

En la oscuridad de la sala, rota solo por un par de luces de emergencia, Adra se rindió.

Se retiró el guante de la mano izquierda y la piel ensangrentada quedó a la vista. Gotas del tamaño de monedas cayeron al suelo. La sangre aún no se había secado; no había tenido tiempo de recuperarse de la resurrección del cruzado. Se tomó un momento para mirar alrededor. El único movimiento era el fluir lento de las sustancias que recorrían la red de tuberías transparentes del techo; los únicos sonidos: su respiración y la de Winston. El lugar parecía tan muerto como los cadáveres que los rodeaban.

El galgo negro la contemplaba. «Hazlo —decían sus ojos, que parecían de carbón bajo la luz escasa—, hazlo».

Adra examinó la palma de su mano: la musculatura al aire, los cartílagos y las articulaciones, la blancura sucia de los huesos que se intuían bajo la carne como si su esqueleto estuviera iluminado por dentro. Desgarró el mono gris del joven. Colocó la mano izquierda sobre su pecho y le tapó la boca con la derecha.

Hubo un calambre súbito, un crepitar de energías ajenas, como de otro mundo. Adra jadeó, sorprendida. El cadáver del chico parecía defenderse, como si se negara a volver a la vida. Sintió el sabor metálico de la sangre en la boca y su mente se llenó de imágenes inconexas: cuerpos amontonados, una tormenta negra y descomunal atravesada de relámpagos ambarinos, un gigante que empuñaba una espada grande como un árbol... Sacudió la cabeza; procuró despejarse. ¿Qué había pasado? Miró al joven: continuaba muerto.

Era la primera vez que su poder fallaba. Siempre que había recurrido a su don había funcionado, daban igual las circunstancias. Cuando se disponía a intentarlo de nuevo, el cadáver dejó de serlo. El joven abrió los ojos de par en par y se enderezó en un movimiento rápido que la tomó desprevenida. Adra se echó hacia delante y apretó la mano derecha sobre la boca del chico mientras le sostenía la cabeza con la izquierda. Él miró espantado a la desconocida que tenía enfrente y al perro que, en un arranque de euforia, parecía a punto de abalanzarse sobre él.

—Winston, no —le dijo Adra al galgo—. Tranquilo —le pidió al resucitado—. No grites, por favor, porque si gritas nos meterás en un buen lío a los tres. Los que han matado a tus compañeros todavía están cerca y no queremos que vuelvan. ¿Lo entiendes? Si es así, asiente con la cabeza y te soltaré.

Él asintió varias veces para dejar claro que lo había comprendido. Adra asintió también y retiró con precaución la mano de su boca. El joven reculó al momento entre los muertos, alejándose de Adra y el perro sonriente. Gimió al ver los cadáveres de sus compañeros. Adra no tenía tiempo que perder.

—Necesito que te calmes, ¿de acuerdo? Quiero ayudarte y para eso necesito saber qué está pasando aquí.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Me llamo Adra, el galgo es Winston. Pero eso no importa. ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estamos? —«¿Y por qué quería mi perro que te resucitara?», pensó.

Los ojos horrorizados del chico no dejaban de recorrer los cuerpos que los cercaban.

—Los han... —Pareció atragantarse—. ¿Los han matado a todos?

«Y por desgracia a ti también», pensó Adra.

—Son cruzados. Están locos y les gusta matar. Es lo que mejor saben hacer. ¿Qué es este sitio? Contesta rápido, por favor. No tenemos mucho tiempo, pueden volver en cualquier momento. —«Y tengo que matarte, porque si no te mato, te convertirás en algo peor que ellos». Le sonrió, en un intento de tranquilizarlo—. Vamos a salir de esta —dijo y pensó que no era mentira: iba a hacer lo imposible para que su perro y ella salieran vivos de aquel agujero—, pero necesito que me ayudes.

El joven continuaba aturdido. Se contempló el pecho y descubrió la huella rojiza que la mano de Adra había dejado en su piel. Las costillas se le marcaban bajo el mono medio abierto. Al menos no se había puesto a gritar. Adra miró de reojo a Winston y se preguntó en qué lío la había metido. El galgo seguía plantado allí, feliz y contento. Parecía a punto de descoyuntarse la cola de tanto sacudirla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al joven.

—Gale —contestó de inmediato—. Me llamo Gale, espécimen veintidós, planta segunda. Yo... —Sacudió la cabeza—. Gale —dijo—. Solo Gale, por favor. —Y, a pesar de todo, sonrió. Y su sonrisa era enorme. Una sonrisa capaz de cegar al mundo.

—Gale, vale, Gale a secas. Es un nombre bonito, me gusta. ¿Dónde estamos, Gale? Necesito saberlo.

—En el infierno —contestó. Se restregó la cara con las muñecas, negras de roña—. Estamos en el infierno.

Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil. Las piernas le fallaron y resbaló entre los cadáveres de los contaminados. Se llevó de nuevo la mano al pecho y torció el gesto, como si le doliera. ¿Estaría sintiendo ya el inicio del cambio?

—Lo siento, lo siento —dijo—. Me cuesta pensar. —Sus ojos eran verde claro, de un verde curioso, un verde que Adra creía imposible.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Adra.

—No lo sé, no lo sé... Años. —Se acarició el cabello. Las mangas se le bajaron y Adra descubrió marcas de agujas y huellas de sondas que recorrían su piel como un tatuaje fractal—. Tenía doce cuando mis padres me vendieron —dijo—. No sé cuántos tengo ahora.

—¿Tus padres te vendieron? ¿Tus propios padres?

Gale no respondió. De cuando en cuando su vista se apartaba de Adra para mirar los cuerpos. El horror aparecía en su rostro como relámpagos en una tormenta.

—¿De dónde eres? —preguntó Adra. Necesitaba que siguiera hablando. Si entraba en shock, lo perdería.

—De las colinas de Estrago, cerca del bastión Arenga —contestó él.

Adra asintió. Estrago estaba a unos trescientos kilómetros de Testamento. Eran los dominios de la baronesa Dahl, el centro neurálgico del esclavismo en la región. Para aquella mujer, todo estaba a la venta. No era de extrañar que sus súbditos pensarán lo mismo. Pero aun así... ¿vender a su propio hijo?

—¡Tu brazo! —Gale se fijó en la mano roja de Adra—. ¡Estás herida!

—No, no te preocupes. Es una vieja herida que no termina de curarse —Se puso el guante. El joven hizo una nueva mueca de dolor—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó, preocupada.

—Me duele la garganta —contestó—. Como si hubiera comido alambre de espino. Y siento un picor extraño en el pecho, justo aquí. —Se tocó la huella ensangrentada en el plexo solar—. Pero estoy bien. Estoy bien. ¿Esos hombres siguen aquí? Los cruzados...

—Eso me temo. ¿Pudiste verlos? ¿Cuántos eran?

Gale pareció dudar.

—Ocho. Eran ocho, sí. Uno de ellos llevaba una cruz en la mejilla.

—Un primado —dijo Adra—. Uno de sus capitanes.

—No han venido solo a matarnos —dijo Gale—. Quieren algo más. Quieren al Chacal. Se lo oí decir antes de sacarnos de las celdas.

—¿El Chacal? ¿Quién es?

—He oído hablar de él a los guardianes y a los médicos, pero no sé muy bien qué es. Ni siquiera estoy seguro de que sea un él. Sea lo que sea, lo tienen encerrado en los niveles inferiores.

—¿Un contaminado?

—No. Es otra cosa. Por el modo en que hablan, hasta ellos le tienen miedo.

Adra se incorporó. Winston aprovechó para acercarse al joven y lamerle las mejillas con ganas. Gale no se apartó y le acarició la cabeza. ¿Qué podía ser aquel Chacal? ¿Un engendro, tal vez? ¿Alguno de los monstruos que

campaban a sus anchas por el mundo? ¿Habrían capturado vivo algún demonio aquellos locos? Los cruzados lo buscaban, lo querían, pero ¿para qué? ¿Pretendían destruirlo o usarlo en su provecho? Sería una mala noticia que se hicieran con él. ¿Cuántos cruzados quedaban vivos a aquellas alturas? Cuando pasaron por la sala en que se encontraban todavía había ocho, pero a buen seguro ese número se habría reducido en los niveles inferiores. No le quedaba más remedio que comprobarlo: no podía permitir que se salieran con la suya.

Miró a Gale y desenvainó la espada. Todavía no daba muestras de transformarse, pero no podía dejar al muchacho atrás. El galgo había apoyado la cabeza en su hombro y el joven lo había abrazado al tiempo que recostaba la mejilla contra su lomo. La felicidad de Winston se le clavó a Adra como un puñal, pero no le quedaba alternativa. Tenía que matarlo antes de que comenzara la agonía de la metamorfosis. El chico merecía eso, al menos. Empuñó el arma con firmeza.

—Winston, aquí —le pidió. El perro la miró con la lengua fuera, los ojos brillantes y nula intención de obedecer. Iba a repetir la llamada cuando las luces se encendieron.

La claridad la cegó unos instantes. Era una consecuencia nefasta de su visión nocturna: los cambios bruscos de luz la aturdían durante un buen rato. Parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la iluminación. La luz era amarillenta, sucia.

Un motor se puso en marcha en el subsuelo, muy por debajo de ellos, con un zumbido leve. Sonó un disparo, el primero después de mucho tiempo, seguido de otro grito. Un nuevo mecanismo se puso en funcionamiento, un repiqueteo mecánico y continuado que sonaba como si alguien golpeará dos planchas de hierro entre sí. El sonido del motor se mantenía estable, pero el zumbido iba en aumento. Ambos procedían del ascensor. Estaba subiendo. Adra contempló la puerta metálica con aprensión.

El motor y la vibración se detuvieron durante unos segundos y luego regresaron. Tras unos momentos, se produjo una nueva pausa y el mecanismo se reactivó. El ascensor se detenía en cada planta, comprendió Adra. Contuvo la respiración, con la vista fija en la puerta y el sable en alto. Escuchó un sonido ligero, un chasquido leve cuando el ascensor llegó a su planta. Un

segundo después, la puerta se abrió con un deslizarse brusco hacia la izquierda.

En el ascensor solo viajaba una persona: un hombre corpulento, con los ojos en blanco y el uniforme gris de los contaminados desgarrado en las mangas y en el cuello. Tenía la boca abierta en un bostezo descomunal, un grito silencioso y exagerado que parecía a punto de desencajarle las mandíbulas. El contaminado trastabilló fuera con un movimiento convulso y torpe al tiempo que señalaba a Adra con la mano. Winston gruñó junto a ella, con la cola entre las patas. En la boca desencajada del hombre asomaba una cabeza diminuta de ojos rojos, una cabeza de muñequito, de bebé microcefálico. Mantenía abierta la boca del contaminado con dos zarpas verdosas, una arriba y la otra abajo.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó Adra a Gale, desviando un instante la mirada hacia él.

—No —contestó el joven. Apuntó hacia el frente con la barbilla—. Y ellos tampoco.

Tras el recién llegado habían aparecido decenas de pequeñas criaturas, no mayores que cangrejos carroñeros. Contaban con varias patas articuladas acabadas en garras y por cuerpo tenían una cabeza minúscula, similar a la que asomaba de la boca abierta del contaminado.

La criatura dentro del hombre les dedicó una sonrisa de dientes afilados y tanto él como sus compañeras se abalanzaron sobre ellos.

SEIS

Una de las cabezas articuladas se adelantó al resto y se catapultó hacia Adra como una bala de cañón. Iba en busca de su rostro, pero ella esperaba con la espada desenvainada. De un tajo la partió en dos. Se vio envuelta en una lluvia violenta de sangre y materia encefálica. Saltó entonces otro engendro, pero no llegó tan lejos como su compañero. Winston lo cazó al vuelo y tardó poco en despedazarlo. Por el rabillo del ojo Adra pudo ver al perro sacudiendo los restos de la criatura como si de una pelota vieja se tratara.

El gigantón contemplaba a Adra tras su séquito de horrores; inclinaba la cabeza de forma extraña, como si tuviera el cuello roto. Un reguero de sudor se deslizó bajo la ropa de Adra. El calor allí abajo era intenso.

Las cabezas se lanzaron en manada hacia ella. Adra retrocedió. Iba a necesitar algo más que su perro y su espada para defenderse. Echó mano a su cinto: allí guardaba su lanzaensalmos. Apretó el resorte diminuto que liberaba el arma y notó el tacto rugoso de la culata contra la palma de su mano derecha.

Apuntó a la riada de espantos y apretó el gatillo. El ensalmo cargado era un hechizo de calcinación, pero lo que brotó del arma fue una lluvia inofensiva de pétalos violetas. Adra insultó a la madre del azar y redujo a pisotones a varios arácnidos mientras retrocedía y contaba hasta cinco, el tiempo necesario para que el arma se enfriara. Las criaturas quedaron convertidas en una pasta gris y roja pegada al suelo. Todo despedía un olor químico, ácido y rancio a la vez. Parásitos de magia volaban de aquí para allá y repetían las maldiciones de Adra.

Disparó de nuevo y, ahora sí, una ráfaga de aire incendiario salió del arma a una velocidad terrible. Tuvo el tiempo justo de ver como la hueste de

cabezas se achicharraba tras la cortina de llamas. El humo provocado por el hechizo ya afectaba a su visión, pero pudo localizar a un artrópodo agonizante que se arrastraba hacia ella. Lo remató de un pisotón y retrocedió en busca de una orilla en aquel mar de humo.

Se cubrió la boca y la nariz con la ropa. Había usado dos ensalmos y cada uno de ellos costaba más de lo que se podía permitir gastar. Adra vivía de vender los fluidos y sangre de los monstruos que cazaba (lo que le había extraído al segador le serviría para pagar durante dos meses el alquiler de su buhardilla en Testamento), pero el dinero que ganaba parecía desaparecer en cuanto llegaba a sus manos. Los salmos incendiarios le habían costado semanas de caza y uno de ellos ni siquiera había funcionado. Maldijo a Jezek, su proveedor y casero, aunque sabía que él no tenía la culpa. La magia era traicionera.

Miró atrás y vio a Winston plantado delante de Gale; lo estaba protegiendo. Adra se subió un poco más la capucha para que le cubriera la boca, pero en realidad no hacía falta. El humo comenzaba a disiparse y las llamas desaparecían por sí solas. Observó con atención al chico: ¿por qué no había comenzado a transformarse todavía? Seguía siendo humano, un humano asustado que blandía un trozo de tubería que había arrancado de la pared más cercana. Del tubo roto goteaba un líquido azulado que siseaba al contacto con el hormigón del suelo.

Un movimiento inesperado a su espalda reclamó su atención. De entre los restos de humo emergía una forma oscura. «No puede ser», pensó Adra, aunque sabía que sí, que podía ser y que era.

El hombre gigante y deforme, el hombre pilotado, continuaba avanzando hacia ella. Ya no le quedaba ropa. Tampoco piel. Y apenas carne. Sobre sus huesos ennegrecidos colgaban jirones de músculo roto, pero a pesar de su estado seguía en pie. La criatura que manejaba aquel cuerpo había quedado maltrecha, pero seguía viva tras la mandíbula descarnada; sus ojos brillaban llenos de determinación.

Engañada por su lentitud, Adra pensó que tenía tiempo de sobra para enfundar el lanzaensalmos descargado y desenvainar su sable, pero antes de poder actuar aquella cosa aceleró y embistió contra ella. Su fuerza bruta la lanzó al suelo. Escuchó dos golpes: uno, el de su cabeza al chocar contra el

piso; otro, el de su lanzaensalmos, que salió disparado y aterrizó a un par de metros de distancia. Sobre ella el hombre-esqueleto elevó un puño y lo descargó en su rostro. Adra apartó la cara en un movimiento desesperado y el golpe solo le alcanzó en una oreja. No sintió dolor, solo un ruido sordo. Atacó. Se incorporó y lanzó un puñetazo con la derecha mientras tomaba el sable con la izquierda. Su puño impactó contra la mandíbula del gigante y saltaron varios dientes. La criatura piloto chillaba frenética. Se alzó su mano enguantada y levantó su sable en vertical. Chocó con hueso, pero hizo el daño suficiente como para que su enemigo aflojara un poco la presa. Se incorporó a medias y lanzó una nueva estocada a través de la mandíbula entreabierta del cadáver. La hoja atravesó de lleno al monstruo piloto, que se desinfló en el acto, rezumando sangre y ventosidades. El cuerpo titubeó unos segundos, como si no tuviera claro si seguía vivo o no. Luego se desplomó sobre Adra.

Ella inspiró, hizo a un lado el esqueleto ennegrecido y después se incorporó. Se palpó la oreja dolorida. Tenía el lóbulo machacado, pero no parecía demasiado grave.

—Ha sido impresionante —oyó decir a Gale a su espalda.

Se giró hacia él, alerta. «¿Por qué no se transforma?», se preguntó de nuevo. Examinó al muchacho con atención. Seguía con el trozo de tubería en la mano. El líquido que le había salpicado al arrancarla le había quemado la ropa, que ahora mostraba manchas de azul oscuro sobre el pecho y el cuello.

—¿Estás bien? —le preguntó—. No te han herido, ¿verdad?

Gale sacudió la cabeza.

—Ni se me han acercado —dijo—. Ha sido fantástico, en serio. El modo en que has terminado con esas cosas, me refiero. Oye, ¿y lo de los pétalos para qué era? ¿Les dabas la bienvenida?

Adra sonrió a su pesar. Estuvo tentada de seguirle la broma, pero al final no lo hizo.

—Un hechizo que salió mal —confesó.

El chico le caía bien. Y a ella nunca le caía bien nadie. Quizá fueran sus ojos o el modo en que sonreía. Daba igual. Tenía que matarlo. Y era mejor hacerlo cuanto antes. No quería ver cómo se convertía en un nuevo horror que viniera a perseguirla en sueños. Adra recogió el lanzaensalmos del suelo.

«¿Y si no se transforma?», se preguntó de pronto. No podía ser. No había pasado nunca. Matarlo era la elección más lógica, sin duda. Pero la felicidad de Winston, que no se apartaba del joven, le hizo dudar.

Miró a una de las puertas abiertas. Daba a una celda, una mazmorra oscura con un pasador exterior. De allí habían sacado a los contaminados antes de matarlos con el hechizo de asfixia. Evaluó la puerta. Parecía lo bastante fuerte como para resistir un cañonazo directo. Esperaba que fuera suficiente.

—Entra en la celda —dijo Adra y le apuntó con el lanzaensalmos. El arma estaba descargada, pero el chico no tenía por qué saberlo. Gale la miró sin entender—. Ya has visto lo que hace esta cosa. Entra en la celda si no quieres que la use contigo.

—He visto lo que hace, sí, y no creo que se lo quieras hacer a tu perro —replicó Gale.

Winston estaba pegado a él, mirándola con los ojos muy abiertos y la cola otra vez entre las piernas. Se acercó aún más a Gale. Adra sacudió la cabeza y desenvainó el sable. Luego señaló con él al chico.

—Entra ahí —insistió—. Luego volveré por ti. —«Y te mataré si te has transformado».

—¿Cómo sé que volverás? ¿Cómo sé que no te marcharás y me dejarás encerrado?

—Volveré —dijo Adra—. Ahora entra ahí. Es por tu bien, para mantenerte a salvo. —No podía decirle la verdad. No podía decirle que estaba a punto de transformarse en monstruo—. Tengo que evitar que los cruzados lleguen al Chacal y tú solo me retrasarías. Y no quiero dejarte atrás.

—¿Y me tienes que dejar encerrado? ¡Deja al menos que me vaya!

—No te conozco. No sé quién eres. No sé si puedo confiar en ti —dijo ella. Se acercó más, señalando con su sable al pecho del joven—. A la celda.

Gale bajó la mirada a la hoja que enarbolaba Adra. Winston seguía junto a él, cada vez más apocado, el rabo pegado al estómago.

—¿Estás loca?

—A la celda, ahora —dijo Adra.

Gale obedeció. Ella se aproximó y cerró la puerta justo cuando Winston, tras vacilar un instante, se disponía a entrar también. Adra corrió el cerrojo y

dejó al chico encerrado. La puerta tenía una pequeña ventanilla de cristal en la parte alta. Gale la observaba, tenso.

—¿En serio vas a dejarme aquí? —Su voz sonaba lejana tras la puerta.

—No tengo más remedio —insistió Adra. Luego se dirigió al perro—. Vámonos, Winston. Vamos a cazar.

El galgo no se inmutó. Permaneció sentado junto a la puerta de la celda.

—No parece hacerte mucho caso —dijo Gale—. ¿Por qué no me dejas salir?

—Cállate —ordenó Adra. Se dirigió de nuevo al perro—. Winston, vamos.

El perro la miraba y jadeaba, con la lengua fuera. Estaba claro que entendía bien lo que le pedía y elegía ignorarla. Por alguna razón estrambótica, se negaba a abandonar a Gale. Adra gruñó. Pensó en acercarse, agarrar al galgo por las alforjas y moverlo a la fuerza, pero desechó la idea de inmediato. Ya sabía lo que era intentar mover cuarenta y cinco kilos de perro testarudo. Inútil, bastante inútil.

—Volveré por vosotros. No os mováis de aquí.

Gale se encogió de hombros; tampoco tenía más remedio. Winston se tumbó y apoyó la cabeza en el suelo junto a la puerta cerrada. Adra intentó ignorar sus ojos de perro suplicante.

—Si te quedas sin dueña, no esperes que ese te dé cortezas de pan, ¿eh, Winston?

—¡Claro que se las daré! ¡Todas las que quiera!

—Oh, cállate ya.

El galgo seguía con el morro pegado al suelo y los ojos elevados en un gesto que, en otras circunstancias, a Adra le habría parecido gracioso.

—Ahí os quedáis —dijo con un suspiro derrotado.

Echó a andar hacia el tramo de escaleras situado al otro lado de la enorme estancia. Envainó la espada y desenfundó de nuevo el lanzaensalmos. Era un arma espléndida. Había muy pocas así. No solo tenía capacidad para varios ensalmos (a diferencia de la mayoría de las armas que se veían por ahí, de un solo tiro), sino que permitía graduar la intensidad del sortilegio para no dispararlo de una sola vez. Era, de lejos, su posesión más valiosa. Y la que más aborrecía.

En el cinto llevaba varios hechizos, cada uno dentro de su correspondiente cartucho. Escogió dos de abrasión y los introdujo en el cargador lateral del arma. Sí, eran hechizos caros, pero ni por asomo tanto como el hechizo del cartucho blanco que guardaba en la recámara del arma, asegurado siempre para no dispararlo por azar. Aquel sortilegio le había costado una verdadera fortuna. Estaba optimizado a la perfección: su efectividad estaba garantizada a un noventa y cinco por ciento, el máximo que se podía conseguir en aquellos tiempos.

Reservaba aquel hechizo para un hombre muy particular: para el antiguo dueño del lanzaensalmos que empuñaba.

Para Absalón. Para el hombre que había matado a su madre con aquella misma arma.

SIETE

Adra se sacudió de encima una sensación poderosa de déjà vu. La planta a la que había accedido parecía un calco exacto de la estancia de arriba: una galería enorme, con puertas a izquierda y derecha, y un montón de cadáveres en el centro. Los cruzados habían repetido la operación. Habían sacado a los prisioneros de sus celdas y habían acabado con ellos con un ensalmo de asfixia. Había decenas de muertos apilados, todos con el mismo mono gris.

El nacimiento de niños afectados por la magia de los leviatanes era cada vez más frecuente, pero aun así le sorprendió la cantidad de contaminados que habían reunido en aquel lugar. «Mis padres me vendieron», había dicho Gale. ¿Conseguían así sus especímenes, los compraban? Aunque así fuera, eran demasiados.

«¿Quiénes sois? —se preguntó mientras avanzaba entre cadáveres—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Y qué diablos es ese Chacal?».

No dejaba de darle vueltas al asunto del chico y Winston. Le sorprendía que el galgo se comportara de un modo tan extraño. Según Décima (y qué mal le sentaba recordar siquiera a Décima), de entre Adra y Winston, el perro era el que tenía más sentido común. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién era ese Gale? Un contaminado, seguro. Aunque a primera vista no parecía tener ninguna anormalidad, eso no significaba nada. Ella también parecía una humana corriente y estaba muy lejos de serlo. ¿Tendría alguna habilidad especial? ¿Y por qué tardaba tanto en transformarse? No le gustaba nada la idea de haberlos dejado atrás. Pero no podía hacer otra cosa.

Se obligó a apartar al muchacho y al galgo de su pensamiento y se concentró en la galería. Miró alrededor, con el dedo firme en el gatillo del

lanzaensalmos. Estaba claro que allí el mantenimiento no era una prioridad: muchas de las planchas de metal de las paredes tenían manchas de óxido y había polvo por doquier. Las tuberías tomaban el techo, apiñadas como serpientes translúcidas. De una de ellas, la central, procedía la luz que iluminaba el lugar. Adra se aflojó la capa. Cada vez hacía más calor. Si había algún sistema de control de la temperatura en aquel sitio, no se había puesto en marcha al volver la energía.

Aquí y allá se veían también cadáveres del personal a cargo de las instalaciones, tanto médicos y enfermeros como miembros de seguridad. Por primera vez se dio cuenta del pequeño emblema que tenían bordado en las solapas y en las hombreras: una torrecilla almenada. ¿Algún símbolo de la organización a la que pertenecían? Los monos de los prisioneros no lo llevaban. A mitad de camino hacia las escaleras del otro extremo de la planta, Adra se topó con los cuerpos de dos cruzados. «Quedan seis», pensó. Junto a ellos yacía el contaminado que los había matado: una bestia de dos metros y medio de envergadura, con la cabeza llena de tumores y verrugas. Sus ojos enormes, de pupila horizontal, le cubrían medio rostro. Él solo había acabado con dos cruzados antes de que lo abatieran.

Un gruñido bajo en las proximidades hizo que Adra se pusiera en guardia. Reemprendió la marcha, rumbo al siguiente tramo de escaleras. Avanzaba despacio, con cautela. Ahora todas las puertas estaban cerradas. Tuvo la impresión de que después del incidente con el monstruo los cruzados habían desistido de sacar a los prisioneros de sus celdas. Adra comprobó que todas las puertas tenían runas de cierre, además de pestillos dobles. Se intuían sombras tras las cristaleras, sombras grotescas.

Volvió a escucharse el mismo gruñido bajo. Venía de la segunda puerta a su izquierda. Se aproximó hasta allí con cautela. La mirilla medía unos quince por quince centímetros y era de cristal reforzado. Contuvo la respiración y miró por ella. Había un contaminado en el otro extremo de la celda, tumbado sobre sí mismo. Una cabeza ovalada, repleta de espinas, se alzó sobre el nido de costillas descarnadas que era su pecho. No había ojos en sus cuencas, sino una especie de revoltijo de telarañas sobre el que corrían unos seres diminutos, de un rojo intenso. Dos tuberías descendían del techo: una estaba clavada en el cráneo de la criatura, la segunda se hundía en su espina dorsal.

Aquella cosa emitió un sonido gutural al tiempo que extendía una mano en dirección a Adra, como si intuyera su presencia. Los dedos eran fofos y de aspecto blando, con uñas blancas y agrietadas. Junto a la puerta había un rótulo informativo. Adra lo leyó.

ESPÉCIMEN 31.

Híbrido. Destila y respira veneno. Dolor continuo; no sedar. Todo sujeto que entre en contacto directo con el espécimen deberá ser neutralizado de inmediato.

Una hilacha de baba verde fluyó de la boca del monstruo, una abertura en vertical de pliegues rosáceos. Emitió un quejido apagado. Adra se obligó a apartar la vista.

En la celda siguiente había una criatura tumbada en una camilla. Tenía cuerpo de mujer y cabeza de anémona y en lugar de brazos mostraba ramilletes de pseudópodos blancos. También tenía dos tuberías inyectadas: una en la nuca y otra en el vientre. Adra leyó la información en la puerta:

ESPÉCIMEN 34.

Tratar siempre bajo condiciones controladas. Protocolos: A en circunstancias normales y B cuando el espécimen esté sedado. Advertencia: telepatía unidireccional de baja intensidad.

La criatura la miraba. Dos pepitas diminutas, negras y brillantes, le servían de ojos.

—Adraaa —se escuchó, como un eco inesperado en la galería.

La joven se sobresaltó. Telepatía unidireccional... ¿Le estaría leyendo el pensamiento?

—Adraaa —repitió aquella cosa—. Sálvame, Adraaa. Sálvame.

Se alejó de la puerta, conmocionada a su pesar, y continuó su camino. La voz de la mujer anémona parecía perseguirla por el pasillo. Apuró el paso. Nunca había visto contaminados semejantes. Sus mutaciones eran exageradas. Parecían más emparentados con los engendros de los leviatanes que con la especie humana. Se preguntó por enésima vez qué tipo de experimentos estaban realizando con ellos.

Pasó por alto el resto de celdas en su camino hacia las escaleras. Al otro lado de la última puerta algo siseó. Un haz de porquería anaranjada restalló de pronto contra la mirilla y resbaló por el cristal con un sonido viscoso. Adra empuñó con más fuerza el lanzaensalmos.

Una reja de seguridad había cerrado el paso a las escaleras que descendían al nivel inferior, pero los cruzados se habían encargado de destrozarla y hacer a un lado sus restos. Todavía se podía leer el cartel de advertencia, que ahora estaba medio descolgado:

Área restringida.
Paso solo autorizado a personal de nivel 1-2.

Aquellas escaleras eran el camino hacia el Chacal. Adra aguzó el oído. Creyó oír voces a lo lejos, pero tenían un deje extraño, repetitivo, como si allí abajo hubiera un enjambre suelto de polillas de magia. Bajó los peldaños con cuidado. Llevaba el lanzaensalmos en una mano, el sable en la otra. El olor era nauseabundo; el calor, cada vez más insoportable. Desembocó en una habitación rectangular de suelo y paredes blancos, con una mesa en un lateral y una nueva puerta al fondo, una puerta negra a medio abrir. Todo apestaba a vísceras destrozadas.

En la pared a la izquierda de la escalera había un collage sangriento. Alguien había reventado allí y sus restos habían salpicado tanto el muro como el techo. «Quedan cinco», pensó. La explosión había sido tan potente que era difícil hallar un pedazo mayor que una uña. Adra se mostró más cautelosa, si cabía. Era de esperar que hubiera más sortilegios defensivos allí abajo: lo más probable era que un cruzado hubiera pisado o tocado alguno sin querer. ¿Serían runas explosivas camufladas en el suelo?

Había otros tres cadáveres al fondo de la sala y los tres eran miembros de la seguridad de las instalaciones: uno estaba tirado en la mesa; los otros, acribillados junto a la puerta. Se preguntó si los cruzados habían desactivado todas las runas explosivas del pasaje. No podía saberlo a ciencia cierta. Por lo menos habían tenido la deferencia de marcar el camino hacia la puerta con sus huellas.

Adra avanzó. El acceso era un portón doble, impresionante, que casi llegaba hasta el techo, con advertencias de seguridad por doquier. Habían desactivado las runas y sortilegios con más fluidos y porquería de monstruo. El marco chisporroteaba con la magia de cierre alterada, mientras aquí y allá volaban los parásitos, mordisqueando tanto la jamba como la sombra de la hoja contra la pared. El portón estaba entreabierto. Adra se acercó a él y miró al otro lado.

Lo primero que vio fueron dos cruzados situados a apenas un metro del umbral. Uno estaba muerto y el otro lo estaba devorando, medio atragantado por el ansia. El cadáver estaba abierto en canal, de la entrepierna a la garganta, y su compañera, una mujer de pelo rubio corto, hurgaba en sus entrañas con ambas manos, tiraba, desgarraba y luego masticaba con voracidad. No paraba de llorar. Vio a Adra y la miró con el rostro bañado en sangre y lágrimas. Tragó con urgencia.

—Tengo... —La primera palabra fue ronca, casi inaudible entre la carne masticada. La mujer intentó aclararse la garganta—. Tengo que sacarlo de aquí. —En su tono había necesidad de explicarse, de que Adra comprendiera—. Tengo que salvarlo. Me lo guardaré dentro y nos iremos lejos. Eso haré, sí. ¡Eso haré!

Adra inspiró con fuerza, atrapó todo el aire que pudo y contó hasta siete antes de soltarlo de nuevo, con lentitud, mucha lentitud.

«Guarda la calma. Por lo que más quieras: guarda la calma».

Miró más allá de la escena macabra que tenía delante. Había otros dos cruzados en el pasillo. Uno estaba muerto también y por su postura y el arma que llevaba en la mano daba la impresión de que él mismo se había quitado la vida. El otro estaba arrodillado y no dejaba de golpearse la cabeza contra la pared. Había una mancha de sangre en el metal, salpicada de esquirlas de hueso. El golpeteo era constante. No iba a parar hasta matarse.

—Voy a sacarlo de aquí —insistía la mujer, que había vuelto a la tarea de devorar a su compañero. De nuevo hablaba con la boca llena, costaba entender lo que decía—. Lo sacaré, sí, bien escondido dentro, bien escondido. Nadie lo verá, nadie sabrá que lo llevo conmigo. ¡Nadie! —Tiró con sus dientes de una hebra larga de carne.

Adra pasó por fin al otro lado del umbral. Nada más hacerlo sintió una bofetada psíquica: una corriente oscura y maligna acababa de recorrerla de parte a parte. No era magia. Era otra cosa. Una conciencia inhumana y bestial que la examinaba. ¿El Chacal? Apretó los dientes y miró hacia delante. La galería se prolongaba unos veinte metros para ir a terminar ante una segunda puerta, gemela de la anterior. De su parte alta surgía un caos de tuberías transparentes, algunas gruesas como su brazo. A Adra le recordaron a las marañas de raíces que coronaban los árboles inversos de Pacua. Los ruidos grotescos de la mujer caníbal se convirtieron en regüeldos asfixiados. Se había atragantado. Adra vio como se llevaba una mano a la boca en un intento de liberar sus vías respiratorias mientras se aferraba la garganta con la otra mano. Los ojos se le pusieron en blanco al tiempo que su rostro viraba al azul. Adra, sin pensar, le clavó el sable en el pecho.

Tiró del arma y el cuerpo de la mujer se desplomó sobre el de su compañero. Miró hacia adelante. El único cruzado vivo en el pasillo continuaba ajeno a su presencia, pendiente solo del golpeteo sostenido, continuo, medido, que lo unía a la pared. Anduvo hacia él, sin apartar la vista de la puerta negra. Conforme se acercaba, el aire parecía más espeso a su alrededor, la realidad vibraba. Cuando pasó junto al cruzado arrodillado le hundió el sable en la nuca. La sangre la salpicó, pero poco le importaba. El hombre murió en silencio. Adra extrajo la hoja y continuó su camino.

La puerta era negra, maciza, pesada. Estaba entreabierta también, pero la abertura era mínima; aún no acertaba a ver a través de ella. Como las celdas del nivel superior, también tenía un rótulo informativo.

CHACAL.

Código rojo.

No tocar.

No dirigirse a él.

No apagar jamás el sistema de seguridad.

No desactivar el bozal.

No ponerle los ojos bajo ningún concepto.

Todo su instinto la empujaba a huir de allí, a salir corriendo de ese lugar, a no descubrir nunca lo que había tras la puerta. Pero aún quedaba un cruzado vivo y debía de estar al otro lado de las hojas negras.

Entró.

OCHO

—**M**e van a excomulgar por esto —le dijo el primado, muy serio, con un ojo del tamaño de su cabeza en las manos.

Fue lo único que Adra pudo escuchar antes de la oleada de pánico.

El miedo la sobrepasó, la convirtió en nada. Comenzó en la planta de los pies y ascendió rápido, terror puro. Al mismo tiempo, un ramalazo de excitación la atravesó de parte a parte. La electricidad del deseo y del miedo partió su sexo, recorrió su espina dorsal y se instaló en sus omóplatos, codos y dedos. Adra intentó tomar aire, pero era como si no tuviera pulmones en el pecho, como si no quedara oxígeno en todo el universo.

Era experta en controlar sus emociones, pero jamás las había sentido así, aumentadas hasta el paroxismo. No era de extrañar que los cruzados al otro lado de la puerta se hubieran vuelto locos. Tras el miedo y la lujuria, llegaron el hambre y la sed. La realidad desapareció ante sus ojos, borrada por el ataque de sensaciones y urgencias. Intentó sobreponerse a ese torbellino, recordó el orgullo que sentía siempre que lograba vencer sus instintos. Pero no servía, nada servía. No le quedó más remedio que recurrir a su último refugio: su madre. Le pareció escuchar su voz. Era como si la tuviera allí, susurrándole al oído:

—Toma aire, Adra, y llena la barriga. Así, así, como si estuvieras embarazada. —Le ponía la mano sobre el estómago, guiándola—. ¡Muy bien! Ahora cuenta hasta siete, lento. Así, bien. Suelta el aire, despacio, muy despacio, y vuelve a contar hasta siete.

Adra repitió la operación y notó que su cuerpo comenzaba a relajarse. No solo por el ejercicio, también por el recuerdo de la voz materna. Se aferró a

ella mientras seguía respirando. El cuerpo comenzaba a responder. «Yo no estoy sintiendo esto —se dijo Adra—. No soy yo. Estos sentimientos no son míos, esta locura es de otro».

Volvió a inspirar.

—Siente el miedo, Adra, acéptalo —decía su madre en su cabeza. Tenerla allí dolía y consolaba al mismo tiempo—. Deja que te invada y luego deja que se vaya. El miedo no significa nada. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? ¿Morir? La muerte no puede ser peor que vivir en este pueblo de mierda, ¿no?

Siempre que decía eso, Adra se echaba a reír, porque aquel pueblo era lo mejor que tenían. La ausencia irremediable de los que amaba... Eso sí era peor que la muerte.

Volvió en sí. La realidad se reconstruyó ante ella. Estaba en una habitación enorme, pentagonal, cubierta de runas escritas con fluidos de engendro. El techo era más alto allí que en el resto del lugar, lo que producía una sensación de mareo, una agorafobia sofocante tras el ambiente opresivo y cerrado de aquellas instalaciones. Y ante ella, en el centro de la estancia, estaba el monstruo.

El Chacal.

Solo era una cabeza y, sin embargo, cabeza no servía para definirlo. Medía unos tres metros de altura y flotaba en el centro de la sala, rodeada de plataformas. Era una aberración imposible. Era mezcla de lobo y serpiente, de sapo y caimán. Las cuencas de sus ojos estaban vacías y un bozal inmenso de metal blanco, repleto de runas, le cubría la boca. Y aún más horrible que su forma era el estado en que se encontraba. Alguien había troceado aquella monstruosidad para luego volver a unir los pedazos a base de garfios, cadenas y sogas. Buena parte de las sujeciones habían saltado y ahora un sinfín de esas porciones de cara, hueso, cartílago o cerebro flotaban libres, sin alejarse demasiado del resto del conjunto, como si guardaran en su memoria el lugar que antes habían ocupado. Del centro del cráneo surgían decenas de sondas que se perdían en masa en el techo, convertidas en tuberías.

«Lo están drenando», pensó Adra.

Recordó la red de tubos, omnipresente en la base. Los líquidos de esa cosa abastecían de energía las instalaciones, pero no solo eso. Recordó las

tuberías que había visto clavadas en los especímenes de las mazmorras: se lo estaban inyectando también a los contaminados.

Cuando consiguió sobreponerse a la escena, Adra vio al primado. Era un hombre enorme, con el pelo rapado y una cruz grabada a fuego que le cubría el lado izquierdo de la cara. Se había subido a una de las plataformas que rodeaban al monstruo y en aquel momento aproximaba el ojo que tenía en sus manos a la cuenca vacía. Adra recordó la advertencia de la puerta, pero, antes de poder reaccionar, el cruzado colocó el globo ocular en su hueco.

Y el Chacal la miró.

Retrocedió, aturdida. Una fuerza irresistible arremetió contra ella y a punto estuvo de caer. Todo se oscureció. Se borró. Y dejó de estar allí. Se sintió levitar. Perdió contacto con el suelo y la tibieza liviana del aire la rodeó. ¿O era el vacío? Ya no sentía miedo, solo una aprensión fatídica, como la certeza que uno siente cuando sabe que ocurrirá algo terrible y no puede hacer nada para remediarlo.

Las tinieblas empezaron a aclararse y pudo distinguir formas, siluetas grandiosas. ¿Qué eran? ¿Se movían? Miró arriba y abajo y comprendió que volaba: surcaba un espacio desconocido. Ante ella solo había un elemento: la grieta. La misma grieta inmensa que partía el firmamento de su mundo y que parecía lamentarse a lo lejos, como una mueca triste. Pero ahora estaba cerca, tanto que casi podía tocarla. Pudo apreciar su tamaño descomunal, el empuje de su atracción... ¿Por qué era tan grande? ¿Por qué la veía tan cerca? ¿Y por qué era la única luz en esa noche repleta de nada? La revelación le llegó de golpe. ¡Estaba contemplando la grieta desde el otro lado! ¡Iba a atravesarla!

Notó su cuerpo gigante, colosal, notó una masa distinta, más ligera y pesada a la vez. Junto a ella avanzaba un gigante hecho de espanto, una negrura mayúscula: un leviatán. Contempló su superficie, su geografía, los cañones que se abrían en su carne, la cordillera que se elevaba entre humo y niebla en una de sus alas múltiples. La piel de aquel monstruo acogía verdaderos ecosistemas. Vislumbró un bosque de hongos rojos sobre el que volaba una bandada de criaturas con alas en forma de sierra; contempló un lago azul en un esfínter tan gigantesco que podía albergar cien ciudades como Testamento...

No era ella quien volaba junto a aquella monstruosidad, comprendió Adra, era el Chacal. De algún modo estaba en su interior, en su memoria,

viviendo (¿o reviviendo?) aquella escena. ¿Qué era aquella criatura y por qué compartía el cielo con un leviatán? ¿Acaso era uno de ellos? No, el Chacal era comprensible dentro de su extrañeza. Los leviatanes estaban lejos de serlo. ¿Sería una especie de pastor? ¿Él los había guiado hasta la Tierra? O tal vez solo era un acompañante, un parásito que se alimentaba de la destrucción que los leviatanes dejaban a su paso.

Adra se dio cuenta de que no solo veía a través de los ojos del Chacal, también percibía sus emociones. Eran potentes, puro impulso, nada que ver con las suyas. Dos dominaban al resto: el hambre, un hambre voraz, sin tregua, que roía a la bestia desde dentro; y algo extraordinario, poderoso, que Adra no sabía identificar exactamente. ¿Excitación? ¿Alegría? Tal vez... ¿felicidad? El hambre empujaba a la bestia adelante, pero era esa felicidad extrema la que la movía hacia la grieta, junto a los leviatanes.

Porque había varios. Adra percibió monstruos kilométricos de formas difusas. Solo reconoció a uno de ellos: la masa deforme a la que acompañaba el Chacal, aquella cosa hecha de oscuridad sobre oscuridad. Era el leviatán que dominaba la región en la que había pasado toda su vida, una criatura del tamaño de un continente que devoraba la luz a su paso. Siempre había sido un astro permanente en su horizonte, pero ahora lo veía de cerca y sus dimensiones la mareaban. Hubo una avalancha de légamo oscuro en una de sus paredes y un órgano lechoso se abrió paso en la superficie, una burbuja irisada, repleta de venas y verrugas. ¿Un ojo? ¿Una boca? ¿Una glándula externa de uso desconocido? ¿Qué era eso? Una membrana de líquido vibrante, quizá grasa, cubrió como un cortinaje aquel órgano blancuzco. Por un momento Adra tuvo la impresión absurda de que el leviatán le guiñaba un ojo.

El Chacal atravesó la grieta. Y ella con él. Y una horda de criaturas infernales pasó con ellos. Eran monstruos de todos los tamaños, surgidos de lo más profundo de las pesadillas, aberraciones cargadas de espinas, de alas membranosas, garras, colmillos y aguijones.

La alegría del Chacal se volvió euforia al descubrir el mundo que se les ofrecía. Adra tampoco pudo evitar admirar lo que se extendía allí debajo, aquel mapa de verde entrecortado, de ciudades de cemento y cristal y de grandes mares azules. Aquel era el día. La llegada de los leviatanes al planeta Tierra. El advenimiento del horror. Contempló el mundo un segundo antes del

caos. Era indeciblemente hermoso. La visión desapareció de forma abrupta y ella sintió su pérdida como una pequeña muerte. Le habría gustado contemplar durante más tiempo aquel lugar de maravillas.

A su alrededor se había hecho la oscuridad, una oscuridad repleta de susurros, de voces quedas. Distinguió su nombre. Luego el de su padre. Alguien rezaba en las tinieblas. Alguien lloraba. ¿Era ella? Un destello de luz trajo de vuelta a su madre. Sonreía, con el pelo recogido en una coleta, mientras le enseñaba a manejar una espada de madera. Se produjo otro destello y la vio tal y como la había encontrado al regresar al poblado: sin vida, en la plaza, destrozada por el lanzaensalmos de Absalón. Ya no eran los recuerdos del Chacal, ahora eran los suyos. Adra intentó apartarlos a un lado, porque sabía que, así como ella había visto el pasado de aquella criatura, el Chacal, ahora, estaba asomado a su memoria.

De nuevo se hizo la oscuridad. Solo duró un segundo. Luego regresó la luz.

Una ciudad se alzaba en la distancia. Era Testamento. ¿Había estado el Chacal allí? ¿Eran sus propios recuerdos o los de aquel engendro? Por la forma en que se movían solo podían ser los del monstruo. Volaba a gran altura, entre nubes ensangrentadas y la sombra del dios negro que copaba el cielo, rumbo a Testamento. Pero su huésped ignoró el bastión y sus espinas, tan diferente a las ciudades que había vislumbrado Adra en la vieja Tierra, y siguió adelante.

Las emociones del Chacal eran ahora distintas: furia, resentimiento, desesperación tal vez. Bajó la mirada. Adra vio a un ejército, rodeado de cadáveres colosales, uno de ellos tan enorme como la colina de carne de Testamento. Sin duda había tenido lugar allí una batalla terrible, pero los hombres, bien armados y protegidos por armaduras y trajes que jamás había visto, habían dado buena cuenta de sus enemigos. Y eso era nuevo: los hombres nunca triunfaban sobre las grandes bestias.

El Chacal observó al comandante de aquellas tropas, a un hombre alto, poderoso. Empuñaba una espada en su mano izquierda, y tanto una como la otra estaban empapadas en sangre. Pero lo que llamó la atención de Adra fue la mano derecha: era un bulto renegrido y atrofiado sobre el que crecía una garra roja y gris tan grande como la espada. El hombre envainó el arma y se

quitó el yelmo para mirar al recién llegado. Adra supo quién era: Gale, el joven que había dejado encerrado en la mazmorra dos plantas más arriba. Le costó reconocerlo y no solo por la mano deforme: era más maduro y su expresión más firme. ¿Qué estaba viendo? ¿El futuro? No tenía sentido.

La visión se nubló de nuevo y otra distinta vino a sustituirla. Volaba otra vez sobre escenarios conocidos. Volvió a distinguir la silueta familiar de Testamento en la distancia, pero en esta ocasión no estaba dentro del Chacal. Volaba por sí misma. Se sentía liviana y ligera. Libre.

Adra creyó distinguir los restos de Suel, el poblado donde había nacido y crecido, pero no tuvo tiempo de examinarlos. Los dejó atrás, veloz. Y a mayor velocidad sobrevoló el bosque en que se había enfrentado al segador y donde había resucitado al cruzado. Era noche cerrada, pero en aquel delirio su visión en la oscuridad seguía siendo igual de espléndida. Vio a lo lejos las ruinas en las que se había adentrado hacía apenas media hora y se dirigió hacia allí, ingrávida. Era el momento actual. Lo supo sin ninguna duda.

«Pasado, futuro y presente. ¿Qué locura es esta?».

Divisó movimiento al este. Un grupo numeroso avanzaba hacia las ruinas. Vio dos carros, tirados por caballos, aunque la mayor parte del contingente avanzaba a pie. Llevaban armaduras negras y cascos abombados que les daban el aspecto de insectos humanos. Iban armados de bayonetas y lanzaensalmos. Adra tuvo la certeza absoluta de que eran aquellos a los que el guarda de la radio había intentado pedir auxilio antes de que lo mataran. La llamada había tenido éxito, a fin de cuentas. Eran muchos, casi tres docenas. Y estaban muy cerca.

Descendió, incorpórea, hacia las ruinas. Debía regresar. Atravesó los muros destrozados, los techos y los suelos, y desembocó de nuevo en las galerías repletas de cadáveres. Tuvo un atisbo de Winston, todavía tumbado en el suelo ante la celda de Gale con aire desamparado. Bajó hacia los niveles inferiores, dejó atrás los cuerpos de los cruzados y entró de nuevo en la estancia del Chacal.

El primado se esforzaba por retirar el bozal de la criatura desde una de las plataformas que rodeaban a la gran bestia. Adra no sabía qué había detrás de aquella protección, pero no quería descubrirlo; si habían tomado tales medidas de seguridad, no podía ser nada bueno. Ella estaba en un extremo de

otra plataforma, bajo la segunda cuenca vacía. Se había enfundado el lanzaensalmos, pero no había ni rastro del sable. Era extraño verse desde fuera; tuvo la impresión de estar soñando. Pero aquello era real. Su cuerpo actuaba por cuenta propia. No, no era cierto. Era la voluntad del Chacal quien lo movía.

Se vio a sí misma con un recipiente lleno de líquido oscuro entre las manos, una urna enorme. ¿De dónde lo había sacado? Sumergido en su interior estaba el segundo ojo del Chacal. Adra vio como su cuerpo colocaba el recipiente en la plataforma y se agachaba junto a él. Se aproximó con rapidez. Tenía que recuperar su cuerpo, recobrar el control. Había visto de lo que era capaz aquel monstruo con un solo ojo, ¿qué no podría hacer con dos? Atravesó su propia carne y se encontró de nuevo dentro de sí misma.

Notó la sorpresa del Chacal, su desconcierto. Adra luchó por doblegar al monstruo y expulsarlo, pero era demasiado fuerte. Contempló el modo en que sus manos se hundían en el líquido negro y se cerraban alrededor del ojo. El tacto era repugnante, una gelatina viscosa y fría. Sacó el ojo del recipiente, se incorporó y comenzó a alzarlo, lenta, en dirección a la cuenca vacía. Adra no podía contener el movimiento, solo frenarlo levemente. El rostro desmenuzado del Chacal temblaba en anticipación. Adra exploró el resto de su ser, buscando desesperada un lugar donde la presa de su adversario no fuera tan férrea. Para su sorpresa, consiguió mover la pierna izquierda, solo un poco, apenas un centímetro. Centró toda su fuerza de voluntad en esa extremidad y descargó una patada sobre la urna. La tiró de la plataforma.

El cristal se hizo añicos contra el suelo. Ya fuera por el estrépito o por la rebeldía de Adra, el Chacal perdió el control.

Solo fue un segundo, pero eso era lo único que necesitaba.

Solo hace falta un segundo para disparar un lanzaensalmos.

LIBRO II

EL DIOS
EN LAS ALTURAS

PRÓLOGO

El cielo está hecho de carne y vísceras.

De las alturas cuelgan remolinos de materia orgánica, hebras huecas, tubulares, que se desprenden del titán que nada en la mesosfera. Pasan ante su vista a mil kilómetros por hora, la velocidad del caza que pilota. Junto a ella vuela el resto de su escuadra, los pocos que quedan vivos. No los abrumba el bosque invertido que pende sobre sus cabezas y a Sarah le sorprende lo rápido que se han acostumbrado a la pesadilla. Contempla todo con frialdad, como si mirase a través de una cristalera escarchada. Entre el gigante en lo alto y su Eurofighter flotan grandes conglomerados rocosos, verdaderas islas a la deriva en lo alto. En una de ellas distingue los restos de una ciudad despedazada. Se pregunta si allí habrá supervivientes. Sarah está más allá del pánico, más allá de la conmoción. Está en territorios inexplorados de la mente humana.

Las venas grotescas que caen del cielo dan paso a formaciones bulbosas que emiten una fosforescencia tenue. Más allá de la carne a medio congelar del monstruo surgen formaciones cartilaginosas de kilómetros de longitud, algunas adoptan la forma de manojos de dagas, otras parecen glaciares a medio desprenderse. Es imposible no sentirse minúscula.

Sarah comprueba de forma mecánica las lecturas de la cabina de su Eurofighter Discordia. Los sistemas no funcionan como deben. Las pantallas principales están apagadas. ¿Importa? No cree que vuelva a tomar tierra; al menos, no entera. Nota el sudor pegajoso en la frente y en la espalda, hay un zumbido penetrante en sus oídos, tragar saliva le raspa la garganta. Este ha sido el último intento, la última acometida de una humanidad superada. Pero

no ha sido una batalla: ha sido una matanza. Casi daba la impresión de que se ofrecían en sacrificio a las bestias del cielo. ¿Cómo se puede luchar contra lo inexplicable? ¿Cómo derrumbar algo del tamaño de cien ciudades? Sarah revive el momento en que una miríada de criaturas con un vago aspecto de estrellas de mar cubrió el caza de Bangladesh. Lo vaporizaron entre nubes incendiadas. ¿Y Cánovas? El engendro que le salió al paso, una pesadilla que parecía hecha a base de fusionar medusas y serpientes, se tragó su avión de un solo bocado. No, la humanidad no estaba preparada para combatir seres como aquellos. Había quedado demostrado. Fuerzas procedentes de más de diez países se habían dado cita sobre el Mediterráneo y no habían conseguido nada.

Sarah todavía tiene el resplandor del estallido de los misiles prendido en la retina. Los dispararon en ráfaga sobre uno de los órganos externos del leviatán, una especie de aleta que rasgaba las alturas a casi doscientos kilómetros de distancia de su posición. Pero ni siquiera hicieron mella en el coloso que había tomado los cielos.

Diez minutos después de comenzar la batalla, hacía apenas media hora, recibieron la orden de replegarse. Ella soltó una carcajada, la misma que suelta ahora. ¿Replegarse? ¿A dónde? No hay lugar al que huir. Toda la Tierra es un infierno. Casi por inercia, pusieron rumbo hacia la misma base aérea de la que habían partido.

Sarah nunca ha creído en Dios. En su esquema racional y lógico nunca ha sido necesaria la existencia de un ser omnipresente y todopoderoso al que dirigir sus rezos. A su abuela Mariana, una católica fervorosa que llevaba siempre un rosario a cuestas, le espantaba su falta de fe. «Dios está en todas partes, hija mía. En lo pequeño y en lo grande. En lo triste y en lo alegre». Sarah se pregunta qué pensaría su abuela si hubiera vivido para ver a los leviatanes. Llevan solo tres días en los cielos y ya han cambiado la faz del mundo. ¿Los habría catalogado como demonios? ¿La existencia de aquellos seres habría reafirmado su creencia en Dios? Para Sarah no ha habido ninguna revelación de fe. En un universo que contiene horrores semejantes no hay cabida para los dioses. Al menos, para los dioses de los hombres.

Sarah no dio crédito cuando llegaron los monstruos. Vio las imágenes en televisión y en la red, vio el fulgor lejano al otro lado de la ventana, pero todo tenía el pulso artificial de una película. Fueron ocho las grietas que se

abrieron en el cielo, cuatro en el hemisferio sur y otras cuatro en el norte; y cruzaron por ellas seres inmensos, impensables. Uno de ellos, situado en el Índico, era grande como medio Asia. Los llamaron leviatanes. Miles de engendros de todo tipo los siguieron a través de las grietas, criaturas que solo parecían tener en común su ansia por destruirlo todo.

Las comunicaciones globales no tardaron en venirse abajo, pero en el intervalo las noticias no pudieron ser más aterradoras. La simple presencia de aquellas aberraciones parecía estar afectando al planeta. El Pacífico estaba en llamas; África occidental, cubierta de hielo. Buena parte de Centroamérica había perecido, asfixiada por huracanes venenosos. Era el apocalipsis, de eso no había duda. Ocho horas después de la apertura de las grietas, la red mundial quedó destruida y las noticias que llegaban de otros puntos del orbe cesaron. Tuvieron que recurrir a métodos de comunicación local, a las viejas líneas telefónicas y a los canales de radio (y también comenzaban a fallar). Cada vez era más difícil saber qué ocurría al otro lado del globo. Cada vez era más difícil saber qué ocurría en tu propia ciudad.

«Es el fin de los tiempos —piensa Sarah—. No hay vuelta atrás». Aprieta los dientes, intenta ignorar la sequedad abrasadora de su garganta. Están a diez minutos de la base aérea. Las señales fluctúan, van y vienen. Todo está en colapso. El horizonte al este se ilumina, se vuelve verde, de un verde enfermizo. Los cazas vuelan muy juntos, alertas a su entorno. De detrás de una formación ósea que parece una cordillera al revés surge un enjambre de criaturas negras: tienen cinco pares de alas, de distintas longitud y anchura, y parecen afiladas como cuchillos. Durante unos instantes lo cubren todo. Los Eurofighters pasan a través de ellas y las dejan atrás con facilidad.

El radar vuelve a la vida sin previo aviso y siluetea una mancha en las proximidades, una sombra que llega desde el sur. Su velocidad es pareja a la de Sarah. Mide unos veinte metros de largo y ni su movimiento ni su forma tienen que ver con el ingenio humano. Es un ser inverosímil: no hay anatomía que pueda generar la velocidad de un Eurofighter. Sarah rompe a reír. Su mente sigue empeñada en hallar lógica en un mundo que se ha vuelto loco.

La sombra irrumpe en medio de la escuadrilla. Es una bestia con aire de antiguo dragón oriental; su cabeza, descomunal, tiene algo de serpiente y anfibio, de lobo y lagartija. Cuenta con dos pares de alas, decenas de patas

cortas y una suerte de brazos erizados acabados en una única garra: un garfio de hueso negro. El avión de Susan estalla en pedazos cuando la bestia lo golpea con su cola. Los ojos del monstruo son abismos rojos. Vomita una sustancia negra sobre otro de los cazas. Vuela junto a ellos, arrastra muerte. Abren fuego. Varios misiles aire-aire surcan la distancia que los separa e impactan de lleno contra la criatura. Hay explosiones de sangre y hueso, pero el enemigo no afloja: la carne y fluidos que ha perdido lo siguen como una estela. El fuego se recrudece, al igual que los estallidos. Pero no hay nada que hacer, nada hay en su arsenal para derribar al espanto. Todo es inútil. Los aviones se precipitan uno a uno al vacío. Sarah no puede más. Vira y deja atrás a los suyos y al monstruo que los masacra. Lloro.

La base aérea se adivina a lo lejos. Está en llamas. Y hay figuras a su alrededor, sombras que parecen saltar y bailar celebrando la derrota de la humanidad. Sobre las ruinas ennegrecidas se alza un segundo sol, una esfera roja que flota entre los escombros y la panza del leviatán. Parece una burbuja de sangre coagulada. Tiene espinas por toda su superficie y cada una de ellas es tan grande como una catedral. Crecen sobre él árboles de cristal, unidos entre sí por una membrana gelatinosa. No hay lugar al que huir. No hay salvación posible. Todo está perdido.

Casi sin pensar enfila hacia la esfera encarnada. Es un acto desesperado y lo admite. El mundo ha enloquecido, sí, pero al menos ella todavía tiene la posibilidad de elegir cómo va a morir. Escoge que sea así, arremetiendo contra uno de esos demonios. Acelera el Eurofighter y aprieta los dientes. La criatura es enorme, una montaña en el cielo, aunque la empequeñece la magnitud disparatada del leviatán que vuela sobre el mundo.

«No somos nada —piensa Sarah—. Solo vida que se acaba. Pero podemos morder mientras termina».

El impacto se produce a casi dos mil kilómetros por hora. La explosión subsiguiente se convierte en una pequeña nova enquistada en la anatomía del monstruo. Este se viene abajo envuelto en llamas. Emite un sonido extraño, lastimero, una mezcla entre maullido y desinfe.

Nadie lo escucha.

UNO

Gale levantó el colchón con cuidado y miró debajo. Deslizó las manos por las costuras de los bordes hasta dar con lo que buscaba. Ignoraba de quién era aquella celda, pero los pocos prisioneros que había conocido hacían siempre lo mismo. Algunos guardas lo sabían, pero miraban para otro lado. No todos eran unos cabrones.

Comenzó a tirar del nudo torpe de hilo hasta abrir un agujero en la costura. Introdujo los dedos entre la espuma del colchón y palpó dentro. Enseguida halló un bulto pequeño, un envoltorio de tela que hacía de bolsa. Lo abrió con tiento: dentro había tres caramelos de color rosa con forma de corazón. Gale suspiró. Ese era el tesoro del ocupante de la celda. Debía de estar muerto, un cadáver más en la carnicería de fuera, pero aun así sintió una punzada de culpabilidad al robarle los caramelos. ¿De dónde los había sacado? ¿Qué significaban? Nunca lo sabría. Gale recordó lo que ocultaba en su propio colchón: un dibujo. Ese era su bien máspreciado (su único bien, a decir verdad). Era un retrato de Margo. Lo había dibujado al final de su primer año de encierro, cuando se dio cuenta de que estaba olvidando el rostro de su amiga. En aquel tiempo todavía concedían ciertas libertades a los prisioneros. De hecho, ni siquiera los llamaban así. Los llamaban «pacientes» y, alguna que otra vez, «sujetos de experimentación». Luego llegó Klaus y las cosas cambiaron.

Se preguntó si los cruzados habrían matado también a Klaus. Sospechaba que no iba a tener tanta suerte. Klaus pasaba la mayor parte del tiempo lejos de aquella granja de monstruos, ocupado en menesteres de los que Gale prefería no saber nada. Pensar en Klaus siempre le ponía nervioso. Cómo lo

había engañado su aspecto bonachón en un primer momento: esa sonrisa afable, esa mirada dulce, esa barba blanca y bien cuidada... «Eres mi favorito, ¿lo sabes, verdad?», solía decirle. Recordó como le guiñaba un ojo justo antes de subir el volumen de carga en las pruebas de respuesta o como le palmeaba siempre en la cabeza antes de meterlo durante horas en aquel ataúd húmedo que olía a quemado y sudor. Recordó las bromas groseras que le hacía cuando lo llevaban a la habitación donde lo obligaban a...

Apartó a Klaus de sus pensamientos y se asomó a la mirilla, al menos Adra no había cerrado la pequeña portezuela que la cegaba. El galgo se incorporó en cuanto advirtió su presencia. Apoyó las patas delanteras en la puerta y con la lengua fuera le dedicó una de sus miradas de perro desconcertado y moderadamente feliz. No dejaba de batir la cola con energía. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha.

—Si pudiera te daría uno, Winston. —Le mostró un caramelo y frunció el ceño, pensativo—. ¿Sabes si los perros podéis comer estas cosas?

No hacía más de quince minutos que Adra se había marchado, pero una parte de su cerebro (la más racional y, quizá por eso, la más pesimista) había interpretado aquello como un portazo definitivo a sus posibilidades de fuga. Adra no regresaría o, en caso de hacerlo, sería para llevarse a su perro con ella, aunque fuera a rastras, y a él lo abandonaría allí, condenándolo a morir de hambre o a volver a caer en manos de los que controlaban aquel lugar. O tal vez fueran los cruzados quienes regresaran y terminaran con él de una vez por todas.

Sin embargo, la parte menos racional de su cerebro, la que estaba más conectada a sus entrañas y su instinto, tenía esperanza. Porque Gale estaba convencido de que la aparición de Adra era importante. Lo había sentido nada más recuperar la conciencia y verla allí, de rodillas entre los muertos. Había tenido la certeza de que existía una conexión entre ambos, un vínculo tan fuerte que pudo notarlo pese a su aturdimiento. Tuvo la sensación absurda de que, de alguna forma, había regresado a casa. Pero Adra se había ido.

—Tu amiga no está muy bien de la cabeza, ¿verdad?

El perro no contestó, se limitó a mirarlo con la lengua fuera y a mover la cola.

Gale miró más allá de Winston. Alcanzaba a ver los cadáveres de sus compañeros de encierro, deslavazados en el suelo. También había guardias. Y personal médico. Los cruzados no habían hecho distinciones.

Recordaba poco del ataque. Se había quedado adormilado después de la cena. Había comido sin ganas de la bandeja que había encontrado en la cama después de regresar de la batería de pruebas por las que había pasado esa tarde. No habían sido desagradables, solo unos análisis de rutina y una extracción de sangre. Le había tocado Johan, que nunca hablaba, pero era preciso y metódico. Johan nunca le hacía daño cuando le clavaba la aguja. Y era mil veces mejor que Tira, la que te miraba de ese modo voraz cuando gritabas, como si se alimentara de tu dolor. O Swen, el nuevo, que nunca acertaba con las agujas y no hacía más que disculparse, nervioso, como si le costara habituarse a trabajar con alguien que, al menos en apariencia, era tan humano como él. «Ah, la culpa —pensó Gale—. Si de verdad te hubieras sentido tan culpable, no habrías estado ahí, metiéndome una sonda por el culo».

Primero había escuchado disparos, luego los gritos. Estaba muy habituado a los segundos, pero no a los primeros. Se había levantado del camastro y se había acercado a la puerta de la celda, inquieto. «¿Qué passa? ¿Qué passa?», preguntaba asustada Marie, su vecina de celda. Una vez había conseguido morder a un guarda: ahora, casi sin dientes, hablaba entre siseos.

Los cruzados abrieron las puertas. Los obligaron a salir, entre gritos, empujones y más disparos. A Swen le habían partido la cara de un culatazo. Gale había intentado resistirse. Aquellos hombres traían la muerte consigo y él, a pesar de todo, no quería morir. Lo habían sacado de la celda a golpes.

Uno de los cruzados, no muy alto, apenas podía cargar con el lanzaensalmos descomunal que llevaba. Había apuntado hacia ellos con gesto rígido y había apretado el gatillo mientras les deseaba buenas noches. Y Gale dejó de respirar. Cayó al suelo, con las manos en la garganta, intentando coger aire, sin conseguirlo. El mundo se apagó y solo hubo oscuridad, una oscuridad absoluta.

Pero eso fue antes. No sabía cómo se había librado de esa muerte que había devorado a sus compañeros, pero estaba vivo y coleando; y esperaba seguir así. Escuchó un ruido fuera y volvió a asomarse al ventanuco de la

puerta. La luz tenue del pasillo llenaba de grises su prisión, en las esquinas verdeaba el moho.

—¿Winston? —El perro estaba alerta, pendiente del fondo de la galería. A Gale le pareció oír pasos.

El galgo sacudió la cola de nuevo, con fuerza. Parecía contenerse, como si quisiera mantener un mínimo de dignidad y no salir corriendo hacia ese algo que se acercaba.

—¿Es Adra? ¿Ha vuelto? —Gale intentó tranquilizarse; no quería hacerse ilusiones.

Los pasos se convirtieron en sombra, la sombra en figura y Adra surgió de entre la luz mortecina. Cojeaba un poco, pero parecía entera. Gale nunca se había alegrado tanto de ver a alguien. Renqueante, llegó hasta la celda y acarició a Winston al pasar. La joven traía la capa algo chamuscada y la piel tiznada de negro. Tenía algunas marcas rojizas en la mano desnuda y en los brazos, tal vez quemaduras, pero no parecía estar herida de gravedad. Llevaba el lanzaensalmos enfundado y a Gale eso le pareció buena señal.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, pero ella no dio muestra de haberlo oído. Parecía distraída—. ¿Qué ha pasado allí abajo? —repitió, más alto.

—Encontré al Chacal y lo maté —dijo Adra, con la confusión pintada en el rostro, como si hubiera olvidado que él estaba allí, al otro lado de la puerta—. Al menos eso creo. Ya no quedan cruzados, están todos muertos. —Miró a Gale a través de la mirilla y el joven creyó detectar en sus ojos un matiz de alarma—. ¿Tú cómo estás?

—Encerrado, como me dejaste —contestó—. ¿Podrías sacarme de aquí, por favor?

Ella dudó. Fue una vacilación breve, pero a él le puso el corazón en un puño. Al final asintió, retiró el cerrojo y abrió la puerta.

Gale salió de la celda y miró alrededor. Se acarició el brazo derecho con la mano izquierda.

—Sabía que volverías —dijo.

—Pues ya sabías más que yo —murmuró ella. Lo miraba de forma extraña, muy similar a como lo habían mirado los primeros médicos que lo trataron en aquel lugar, como si fuera una criatura extraña, nunca vista, a la que

les gustaría viviseccionar. Luego sacudió la cabeza y miró hacia arriba, preocupada—. Tenemos que movernos rápido.

—¿Qué pasa? —preguntó Gale.

Adra le hizo un gesto para que guardara silencio. Winston también estaba nervioso; daba vueltas en torno a ella, con la cola entre las patas.

—Los tenemos encima —dijo Adra.

Se mordió el labio inferior y se acercó a los cadáveres de la galería. Comenzó a caminar entre ellos, en busca de algo. Gale la siguió, curioso. Su intriga se transformó en sorpresa cuando Adra se agachó ante una prisionera muerta y comenzó a quitarle la ropa con urgencia.

—¿Qué haces? —preguntó, espantado.

Adra siguió dando la callada por respuesta. Una vez desvestido el cadáver procedió a desnudarse. Gale desvió la mirada con rapidez.

—Vaya, un caballero —se burló Adra. Suavizó enseguida el tono—. El guardia de arriba hizo una llamada de auxilio antes de que lo mataran y la ayuda está al llegar.

Gale se preguntó cómo lo sabía. La miró de reojo mientras se vestía con el mono que acababa de quitarle al cadáver. Vislumbró el atisbo oscuro de un pezón y la curva de un seno. Apartó la vista de nuevo.

—Prefiero que me tomen por una prisionera a que piensen que he tenido algo que ver con esta matanza —dijo Adra. Gale escuchó el sonido de una cremallera que subía—. Winston, aquí.

El perro se acercó a ella y Gale se dio la vuelta. La joven guardó las botas y el lanzaensalmos en las alforjas del galgo y ocultó el resto de la ropa bajo los cadáveres. Luego agarró del cuello a Winston y le habló despacio, con la cara casi pegada al morro negro y alargado.

—Testamento. Vuelve a casa, Winston. Hay gente mala fuera, que no te vean. Testamento, ¡ya!

El galgo no dudó ni un segundo. Pasó de la inmovilidad absoluta a la carrera al instante, como si hubiera saltado un resorte que llevase horas en tensión. Desapareció por las escaleras, rumbo al piso de arriba.

—¿De verdad entiende lo que le dices?

—Cuando le conviene. —Prestó atención y Gale con ella. No se oía nada, pero era un silencio intenso, preocupante—. Estará bien —dijo Adra—.

Es sigiloso y rápido. Conseguirá escabullirse.

Gale ahora sí logró escuchar algo. Dos detonaciones amortiguadas por la distancia, casi inaudibles. Miró a Adra, preocupado.

—Estará bien —insistió ella.

La joven le quitó las zapatillas de fieltro al cadáver de la mujer, pero enseguida comprobó que le venían grandes. Agarró sin contemplaciones otro cuerpo cercano. Examinó su calzado, asintió y se hizo con él. Los pies de la joven destacaban entre las sombras de la luz enferma, blancos, muy blancos en contraste con el resto de su cuerpo.

—Entonces... ¿cuál es el plan? —preguntó Gale—. ¿Tienes uno o estás improvisando sobre la marcha?

—El plan es poner cara inocente y parecer inofensivos —dijo—. Y escapar en cuanto tengamos una oportunidad.

—¿Y si no la tenemos? En el tiempo que llevo en este sitio no he tenido ninguna.

—La tendremos —aseguró ella.

Gale sacudió la cabeza. Creyó escuchar ruido arriba, tal vez el paso de alguien que intentaba ser sigiloso. Respiró hondo. Venía ayuda, o eso había dicho Adra. Pero ¿qué clase de ayuda? Miró alrededor, sin saber qué hacer. ¿Escuchaba susurros o era su imaginación? Si Klaus estaba allí, estaría perdido.

Contempló a uno de los guardias, reventado contra una pared, y cayó en la cuenta de que todos los que conocían su rostro estaban muertos (a excepción del cabrón de Klaus). Se acercó al montón de cadáveres. Distinguió un cuerpo más o menos de su tamaño: un hombre joven, no mucho mayor que el propio Gale. Con rapidez, empezó a despojarlo de su mono. El chico tenía la cara desencajada y la lengua fuera y a Gale le pareció que lo miraba con rencor. «Tal vez era el dueño de los caramelos», pensó.

—¿Qué haces? —le preguntó Adra.

—¿Me ayudas?

Adra dudó un instante, pero ayudó a tirar del cuerpo y a quitarle el mono. Mientras terminaba de sacárselo, Gale comenzó a arrancarse el suyo.

—¿Qué más te da un mono que otro?

Gale no respondió, ocupado en cambiarse el uniforme. Adra guardó silencio unos instantes.

—Tienen número de identificación —entendió Adra—. No quieres que sepan quién eres.

—Es solo que no me gusta mi número —dijo Gale con una sonrisa nerviosa—. Me ha traído mala suerte.

Adra le hizo un nuevo gesto para que callara y señaló hacia arriba. Ahora se oían pasos con toda claridad.

—Haz lo que te diga y todo irá bien —le susurró.

—¿Seguro que es una buena idea? —preguntó él.

La joven le dirigió una mirada indescifrable.

—No —contestó y se giró hacia la escalera.

Algo llegaba.

DOS

Un ojo flotaba a media altura en la escalera, como una luna pequeña y grotesca. Hizo un barrido lento de izquierda a derecha. Era verde, un ojo humano con el iris musgo y mustio.

Colgaba de él una trenza de nervio óptico. Gale retrocedió un paso, sobresaltado. Nada más moverse, el ojo fijó su atención en él. La mirada solo duró unos segundos, pero Gale sintió como si lo volviesen del revés y le escrutaran las entrañas.

Seis figuras descendieron por las escaleras, cautas. Vestían trajes de cuero negro e iban armadas con algún tipo de rifle con bayoneta. Gale se fijó en que algunos también llevaban lanzaensalmos muy parecidos al de Adra. Se desplegaron con rapidez y eficiencia en el primer tramo de la galería. Una de ellos, una mujer de tamaño considerable, encañonó a Adra de forma brusca. Como el resto, llevaba un casco negro que solo dejaba la boca al descubierto. Era una protección peculiar, de un material iridiscente con perforaciones y abombamientos extraños aquí y allá. Parecía orgánico, como si le hubieran arrancado la cabeza a un gran insecto para usarla de yelmo. Gale se preguntó cómo podían ver con aquella cosa puesta.

Adra levantó las manos al momento y él la imitó.

—No dispaes, por favor —dijo la joven, casi en un susurro. Luego añadió, con voz temblorosa—: no nos hagáis daño.

Gale la miró de reojo. Era ridículo verla fingir, pero su interpretación pareció convencer a los recién llegados. La mujer se relajó y bajó unos centímetros el arma.

—¿Cuántos son? —preguntó. Por el tono de su voz, cortante, parecía acostumbrada a que respondieran rápido a sus preguntas.

—No lo sé —dijo Gale. A él sí se le daba bien mentir—. Estábamos en uno de los laboratorios, a la espera de que nos hicieran unas pruebas y... Nos escondimos bajo una camilla cuando escuchamos los primeros disparos. Hemos salido ahora y nos hemos encontrado con esto.

—Los han matado a todos —murmuró Adra. Se llevó las manos a la cara, como si intentara contener el llanto. Gale estuvo a punto de soltar una carcajada histérica—. Hace un rato oímos gritos en los niveles inferiores. Desde entonces, nada. No sabíamos qué hacer.

La frase de Adra terminó en un gemido. Tras un segundo de silencio, la mujer hizo un gesto con la mano a sus compañeros y estos se adentraron en la galería sin prestar atención a la montonera de cadáveres. Uno de ellos pisó una mano y a Gale se le encogieron las tripas al escuchar el crujido de las falanges. Comenzaron a examinar las distintas dependencias del nivel, a la búsqueda —supuso Gale—, de enemigos ocultos.

La mujer se quitó el casco y examinó a los dos prisioneros, sin bajar el arma del todo. Tenía el pelo negro muy corto y expresión desconfiada. La nariz estaba aplastada y algo torcida, como si se la hubiera roto en más de una ocasión. Su mirada se detuvo de nuevo en Adra, quien aguantó el escrutinio metida en su papel de víctima asustada. Gale procuró adoptar una actitud sumisa. Fue fácil. Se había pasado los últimos años haciendo lo posible por parecer inofensivo, invisible, en un intento de que lo pasaran por alto, de que no contaran con él y lo olvidaran. No había funcionado demasiado bien.

—No tenéis por qué tener miedo —les dijo—. Al contrario. Estamos aquí para garantizar vuestra seguridad.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —preguntó Adra.

Uno de los hombres se acercó a ellos e interrumpió la conversación.

—Vía libre, Ciara —le anunció.

La mujer hizo un nuevo gesto, esta vez en dirección al ojo que seguía flotando al pie de la escalera. Poco después tres figuras más descendieron por ella. Eran diferentes al resto y no solo por llevar el rostro al descubierto. Vestían uniformes grises, similares a los monos de prisionero, y también mostraban el emblema en forma de torre bordado en la solapa. Uno de ellos

era un hombre negro e inmenso que llevaba un moño trenzado, sujeto con un palillo afilado de metal. Caminaba junto a él una mujer calva y menuda, de ojos plateados, que miraba inquieta alrededor. El tercer hombre, el más retrasado, era alto, pálido y solo tenía un ojo: un ojo idéntico al que los había examinado un minuto antes y que ahora flotaba sobre su hombro.

—Este nivel es seguro —dijo Ciara a los recién llegados—. Vamos a seguir descendiendo. —Se dirigió al hombre negro—: ¿Azor, puedes comunicarte con tu hermano desde aquí?

—Apenas. Hay demasiadas interferencias.

—Entonces de poco nos sirves —gruñó Ciara—. Sal y di a la escuadra tercera y cuarta que se reúnan con nosotros. Llévate a estos dos contigo —ordenó, señalando a Adra y Gale.

Azor hizo un gesto vago, parecido a un asentimiento. Miró a sus nuevos prisioneros.

—Seguidme —les pidió.

Gale arriesgó una mirada rápida hacia Adra. Esta obedeció, mansa, y él no tardó en imitarla.

Le costaba respirar y sentía una pesadez agotadora en sus miembros, como si pesaran el doble de lo habitual. Inspiró hondo y sus pulmones se llenaron de la peste a matanza de la galería. Fijó su atención en las escaleras. Azor los precedió en el ascenso, se movía despacio, examinándolo todo con atención. Cuando llegaron arriba, Gale no reconoció el lugar y no solo por los signos de lucha. ¿Cuánto hacía que no abandonaba el segundo nivel? Mucho. Dos o tres años. El tiempo perdía significado allá abajo. Polillas luminosas revoloteaban por el techo y mordisqueaban los bordes de la realidad. Pedían auxilio con voces mínimas.

En el primer nivel había otra docena de hombres armados, todos con sus trajes negros y ceñidos, y aquellos cascos que les daban aspecto de hormigas mutadas. Azor, el hombre del moño, transmitió las órdenes de Ciara y los soldados bajaron al instante. Hizo un gesto a Gale y a Adra para que siguieran caminando.

Al ver los peldaños que conducían afuera, Gale luchó de nuevo por tomar aire. «¿Se puede tener miedo de la libertad?», se preguntó. Recordó el dibujo de Margo, oculto en su colchón, y casi entró en pánico. Estuvo a punto de

pedirle a Azor que regresaran, de decirle que necesitaba volver a su celda, que había dejado atrás algo importante.

«La olvidaré. Si no me llevo el dibujo, la olvidaré. Mierda, la voy a olvidar».

Las escaleras condujeron al sótano del edificio en ruinas. El lugar era más inhóspito de lo que recordaba. Gimió al pisar algo inesperado; se examinó el pie derecho, pero no era más que una piedra que se le había quedado incrustada en la suela de la zapatilla. La extrajo con rapidez y se limpió la mano contra la ropa.

Allí aguardaba el resto del contingente, desperdigados por todo el lugar. Eran cerca de una veintena de hombres y mujeres armados. Azor pidió a dos soldados que se hicieran cargo de Gale y de Adra. Los escoltaron hasta una esquina y uno de ellos les ordenó que se sentaran. Adra se encogió y se hizo un ovillo contra la pared. Uno de los hombres pareció quedar al cargo de su vigilancia, aunque no tardó en alejarse un poco, como si quisiera darles intimidad o, lo más probable, como si no les concediera ninguna importancia. «Sabe que no tenemos oportunidad de escapar», se dijo Gale mientras contemplaba a los centinelas dispuestos en las escaleras que conducían a la parte superior. No había otra salida. Se preguntó si vería la luz del día después de tanto tiempo. Qué maravilloso sería volver a verla, por polvorienta que fuera.

—¿Qué crees que están haciendo? —le susurró a Adra.

—Asegurarse de que no quedan cruzados allí abajo. Tal vez... tal vez quieran recuperar algún cuerpo. Ya no están aquí los cadáveres que vi al entrar —Señaló hacia un lado del sótano: todavía quedaban restos de sangre. Las paredes estaban cubiertas de runas, muchas de ellas tachadas, emborronadas. Inutilizadas—. Supongo que luego descubriremos qué nos tienen reservado a nosotros. —Bajó la voz—: Necesito que me cuentes más cosas sobre este sitio, Gale. Voy a ciegas.

—Poco puedo contarte —dijo él—. Experimentan con contaminados y lo llevan haciendo desde hace tiempo. No sé qué buscan. No sé qué pretenden. Nunca me lo han dicho. —De nuevo tuvo ante sí el rostro beatífico de Klaus: «Sois el futuro, mis niños. Y tú más que nadie». Revivió el momento en que la mano de aquel hombre se detuvo en la cara interna de su muslo. Se estremeció:

todavía podía sentir su tacto frío y pegajoso—. He perdido la cuenta de las veces que me han inyectado cosas, de las descargas... de todo lo demás. —Apretó los dientes. Recordar era duro—. No puedo volver abajo —dijo—. Simplemente no puedo.

—No volverás allí —dijo ella. Y a Gale le sonó casi como una promesa.

Adra volvió a encogerse y desde su posición se dedicó a examinar a los soldados más cercanos. Gale, a su vez, la examinó a ella con disimulo. Tenía la nariz larga y los rasgos duros. Le gustaba mirarla, era como intentar recomponer un puzle. Le habían dado muchos rompecabezas ahí abajo, entre prueba y prueba (¿o eran pruebas también todos esos puzles?). Se preguntó cómo sería tenerla de amiga. Hacía demasiado que no tenía nada de eso. Pensó en Margo, en su dibujo. Se prometió que, si salían de esta, dibujaría a Adra.

* * *

Se acurrucó contra la pared sucia. El tiempo transcurría lento, tenso: todos parecían aguardar algo. Prestó atención a Azor, que caminaba cerca, sin parar de hablar solo. Adra y Gale se miraron extrañados. Aguzó el oído, pendiente del aparente monólogo.

—Plata se caga viva, ya te digo. Todas las protecciones están comprometidas y el sistema de camuflaje no tardará en venirse abajo. —El hombre hacía pausas, como si alguien respondiera—. Lo sé; pienso estar muy lejos de aquí cuando eso ocurra. —Pausa más larga—. ¿Qué quieres que te diga? Dependerá de lo rápido que venga el cargo... ¿Podrías enterarte, por favor? —Un nuevo silencio—. ¿Qué dice el doctor Carter sobre los especímenes?

Gale se estremeció. Carter era el apellido de Klaus, el hombre enfermizo que había gobernado su porción de infierno. Azor seguía hablando:

—Del segundo nivel tenemos dos, pero puede que encontremos más en el tercero. —Otro silencio, corto—. Ahora mismo te digo.

Se acercó a ellos a paso vivo. Gale notó como Adra se tensaba junto a él, pero Azor solo miró los números de su pecho.

—No ha habido suerte —dijo—. Especímenes quince y veinticinco. Si estaba en ese nivel, el veintidós estará muerto. Ese lugar es un puto matadero.

Gale tragó saliva y aguantó la mirada de Adra, a la espera de algún comentario. Pero Adra no dijo nada.

* * *

¿De quiénes eran los monos que habían cogido?, se preguntó Gale. ¿Con qué talentos contaban aquellos contaminados? Esperaba que nada demasiado excéntrico, nada que pudiera delatarlos con facilidad. Gale resopló: ¿cuánto tardarían en descubrir que no era el sujeto que indicaba su ropa? Allí no había nadie que lo conociera físicamente, de eso estaba convencido. Pero sospechaba que Klaus no estaba lejos. En cuanto lo viera, estaría perdido.

«No hay nadie aquí como tú, mi pequeño»: la voz sonó de nuevo en su cabeza. Y sintió la mano que ascendía, despacio, por su muslo.

Un grupo de soldados emergió de la trampilla. Custodiaban a varias criaturas peculiares, más prisioneros de Klaus y los suyos. Los primeros en salir fueron una mujer desnuda, con cabeza de anémona y ramilletes de tentáculos por brazos, y un joven castaño que era una mezcla entre ser humano y arácnido. Su tronco, sus extremidades superiores y su cabeza eran de hombre, pero por debajo de su tórax crecía un abdomen enorme, negro, del que surgían ocho patas quebradas y peludas. Llevaba la parte de arriba de un mono de prisionero adaptado a su fisonomía, tan desgarrado que casi parecía un conjunto de trapos mal cosidos.

Después salieron dos chicos, apenas niños. Eran gemelos, diferenciados solo por el color de sus ojos: uno los tenía de un verde vivo y el otro de un rojo espeluznante. Gale enarcó las cejas al verlos en un gesto disimulado de reconocimiento. Sabía que los conocía de algo, aunque no recordaba de qué. Ambos caminaban ausentes, como en trance.

Condujeron a los presos junto a Adra y Gale. El joven araña parecía a punto de echarse a llorar. Sus ojos eran dulces y estaban llenos de horror; olía a menta. Gale lo examinó con una mezcla de ternura y admiración: jamás había

visto algo que combinara una apariencia tan monstruosa con un rostro tan vulnerable.

Poco después Ciara salió de la trampilla escoltada por varios de sus hombres. Parecía preocupada. Detrás iba la mujer de ojos plateados. Gale dedujo que era a la que llamaban Plata y pensó que parecía a un segundo de ponerse a gritar. El tono de su voz se elevaba, sus gestos rebullían:

—¡No tenemos tiempo, Ciara! ¡Las protecciones están hechas pedazos! ¡Tú lo has visto! Han abrasado las runas de contención. ¡Tenemos que marcharnos de aquí antes de que todo el sistema se vaya a tomar por culo y el Chacal nos encuentre!

Gale miró a Adra. Ella parecía tan perpleja como él.

—Chacal... —murmuró la mujer anémona, cerca de ellos. Su voz era apenas un susurro eléctrico—. Tienen miedo al Chacal.

—El Chacal está muerto —dijo Adra entre dientes—. Ardió.

Ciara preguntó algo al hombre de la trenza, algo que Gale no alcanzó a oír. Plata sí lo escuchó, gruñó y sacudió la cabeza.

—¿Dos horas? —dijo—. ¡Es demasiado tiempo! ¡Las protecciones no durarán tanto!

—¿Hay alguna forma de frenar la degeneración? —preguntó Ciara.

Plata agitó los brazos, furiosa.

—¡Necesitaría sangre envenenada, mucha sangre! Tendría que repasar las runas una por una y no tengo ni idea de cuánto tiempo nos daría eso. No mucho, os lo puedo asegurar.

—Allí abajo tienes sangre de sobra —le dijo Ciara. Se giró hacia uno de sus lugartenientes, un hombre con aspecto de armario—. ¡Garriga, que tu equipo ayude a Plata en lo que pida! ¡Vamos! —se dirigió a otro de los suyos—: ¡Almansa, preparad las cargas, tenemos que volar todo esto! En cuanto llegue el cargo, saldremos de aquí cagando leches.

—¿Qué está pasando? —preguntó Adra a uno de los hombres armados más cercanos. Este la ignoró—. ¿Qué van a hacer con nosotros?

Quien respondió fue la mujer anémona, en un nuevo susurro:

—Quieren llevarse la cabeza. La temen, pero la necesitan, porque sin ella no son nada. A nosotros nos llevarán con ellos. A los que no puedan trasladar los dejarán allí abajo para que mueran.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó Gale, horrorizado.

—Telepatía unidireccional de baja intensidad —murmuró Adra.

Gale entendió, entonces.

—¿Puede leer mentes?

—Puedo oírlas. Todas las mentes. —Sus pequeños tentáculos se movían, como si respondieran a la brisa de su aliento. Su boca estaba enterrada en el centro, casi oculta entre los filamentos rosados—. Todas las voces a un mismo tiempo. Susurran, murmuran, gritan... —Emitió un sonido extravagante y corto, casi un eructo.

—¿Cómo van a llevarse la cabeza? —le insistió Adra, en voz baja—. Ya no puede quedar nada.

—Algo queda, lo suficiente —siseó la telépata—. Cualquier resto le sirve para regenerarse. Tienen prisa. Mucha prisa. Las protecciones se vienen abajo. Las protecciones que ocultan este lugar, que lo esconden... Tienen miedo de que el Chacal los encuentre. Chacal, Chacal, Chacal...

Adra se echó hacia delante hasta quedar casi frente a frente con la telépata.

—¿De qué estás hablando? —dijo—. El Chacal está ahí abajo. Acabo de prenderle fuego.

—No. No, no, no —contestó la mujer anémona. Los tentáculos se movieron hacia Adra, casi la tocaban—. Prendiste fuego a su cabeza. El Chacal es el monstruo al que se la arrancaron. Se la cortaron. Pero eso no lo mató. Sigue vivo.

Y quiere recuperar lo que es suyo.

TRES

Adra no apartaba la mirada de la mujer anémona. Gale tampoco podía evitarlo. Su aspecto era extraordinario. No dejaba de emitir burbujes y sonidos extraños, melódicos. Era como si estuviera cantando, como si nunca dejara de cantar. Hasta cuando hablaba se escuchaba de fondo esa melodía gaseosa y cristalina. Los dos gemelos permanecían apartados, sentados muy firmes, con la vista perdida en el vacío. El chico araña, encogido, lo contemplaba todo con los ojos muy abiertos. Las manos le temblaban.

Adra miró de reojo hacia los hombres de Ciara, controlando sus idas y venidas. Nadie parecía prestarles mucha atención. Se acercó más a la telepata con un movimiento rápido, un deslizar de trasero y manos.

—Puedes entrar en la mente de las personas, ¿verdad? —le preguntó—. Puedes leerlas.

—Puedo engarzar piedras en el aire. Y conjugar los verbos silenciosos. Puedo hacer muchas cosas. Esa que mencionas también, sí.

—¿Quiénes son estos hombres? ¿Por qué están experimentando con vosotros? —Gale la miró y frunció el ceño, no estaba seguro de querer saberlo.

—Montones de peces —canturreó entonces la mujer desnuda. Gale sacudió la cabeza: ¿de qué estaba hablando?—. Eso es lo que quieren. Peces. Eso es lo que quieren que seamos. Peces bailarines, peces coquetos, peces que muerden. Quieren que nos salgan dientes. Para luego quitárnoslos.

—Dice tonterías —dijo Gale—. Déjala en paz.

Adra se acercó más. Intentó cogerla de la muñeca, pero solo consiguió espantarla.

—Necesito averiguar qué está sucediendo. ¿Quién es esta gente? ¿Por qué os tenían encerrados?

—Porque brillamos y quieren robarnos nuestro brillo. Por eso.

Adra suspiró.

—No vas a sacarle nada interesante —apuntó Gale—. Puede que esté conmovida.

—Es capaz de leer mentes —dijo Adra—. Tiene que haber averiguado algo en el tiempo que lleva allí abajo.

—Usan protecciones de todo tipo —dijo Gale—. Dudo mucho que llegase a averiguar algo importante.

—No me lo creo. En algún momento debieron de descuidarse. Y ahora mismo no hay ninguna protección que evite que lea mentes, nada que...

—Son el Baluarte —interrumpió la mujer anémona—. Ba-lu-arte. Ba de batalla, lu de lucidez, arte de Artemisa. Se creen héroes. Eso se creen. Nosotros somos accesorios. Medios. Somos peces. Sí. Eso somos: peces. Y nos alimentaban con peces. Al menos a mí me los daban. Había unos así, chiquititos. —Enroscó y desenroscó las puntas de los tentáculos que tenía por brazos en un movimiento sinuoso, hipnótico—. De colores. Rojos, verdes y azules. Los rojos sabían a lluvia; los verdes, a besos; los azules, a muerte.

—Qué pesadita con los peces —se quejó Adra—. ¿Por qué se creen héroes?

—Porque son estúpidos. Creen que pueden detener lo imposible. Se creen campeones de la humanidad, sus últimos defensores, cuando no son nada. Buscan la piedra filosofal y al final la piedra caerá sobre ellos y los aplastará —dijo la mujer—. Serán zumo de huesos. Comida para peces. —Miró a Adra fijamente—. ¿Tú tienes peces?

Adra respiró hondo.

—No, no tengo peces.

—Déjame en paz entonces. Quiero enhebrar aire.

La mujer anémona se pegó a la pared, sin dejar de canturrear. Hipaba de vez en cuando.

—Me temo que la has perdido —dijo Gale.

—¿Qué quería decir con eso? —preguntó Adra.

—Allí abajo no había campeones ni héroes ni nada que se le pareciera — dijo Gale—. Solo un montón de hijos de puta. —El chico araña miró a Adra e hizo un gesto afirmativo, lento y cuidadoso, como si tuviera miedo de participar.

Adra miró alrededor.

—Baluarte —murmuró en voz baja. Daba la impresión de que pretendía comprobar la consistencia de la palabra.

Varios soldados aparecieron por la trampilla, cargados de cajas. Gale contempló como las dejaban junto a las escaleras que conducían a la primera planta. Volvieron a bajar y al poco regresaron con más.

—Parece que están de mudanza —murmuró.

—Imagino que se están llevando todas las cosas de valor que puedan — susurró Adra.

—No parecen nada contentos con todo este desastre. —Gale soltó una risita por lo bajo—. Mira qué cara de amargura lleva ese. —Señaló hacia uno de los hombres, que jadeaba bajo el peso de un buen montón de carpetas apiladas.

—Supongo que los cruzados les han fastidiado la fiesta.

Gale le sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—¿Qué hacías tú ahí abajo? —le preguntó.

—Buscar a mi perro —contestó ella—. Y cazar cruzados. Me caen mal.

Gale señaló hacia sus captores.

—¿Y crees que el enemigo de tu enemigo podría ser tu aliado?

—No. El enemigo de mi enemigo sigue siendo un cabrón.

* * *

Nació un zumbido de la nada y creció poco a poco. Todos miraron más allá de las escaleras. El cargo llegaba tras una larga espera y el alivio entre las fuerzas allí reunidas fue evidente. Gale escuchó como el sonido, un rugido pétreo, se detenía muy cerca del edificio donde aguardaban. Se preguntó qué tipo de artefacto los esperaba fuera.

Se removió, inquieto. Tenía los nervios maltrechos y todo le picaba, como si bailaran insectos revoltosos bajo su piel. La pierna se le había dormido. Cambió de postura y apretó los dientes cuando la extremidad comenzó a volver a la vida. Adra le dirigió una mirada que él fue incapaz de interpretar. ¿Lástima, quizá? ¿O tal vez curiosidad?

Los hombres de Ciara seguían extrayendo cajas y más cajas del complejo subterráneo. Algunas metálicas, selladas de manera hermética; otras de cartón viejo, mal cerradas, con cables y papeles que asomaban bajo las tapas. Dos de ellas eran transparentes, llenas de instrumentos de laboratorio y aseguradas con varios nudos de cinta plástica. Todo lo que sacaban se amontonaba junto a la escalera. Colocaron sobre las cajas herramientas extrañas y artefactos cubiertos de runas activas que reflejaban la luz escasa del sótano.

Oyó pasos procedentes de arriba y vio a otro grupo nutrido de hombres y mujeres que bajaban los peldaños: la gente del cargo. Llevaban el mismo uniforme que sus compañeros, aunque ninguno tenía casco. Klaus no estaba entre ellos. El que parecía liderarlos, un hombre delgado, de pelo enmarañado y barbilla cuadrada, buscó a Ciara con la mirada y se acercó a ella, veloz. Le habló, apremiante. Gale no podía escuchar lo que decía. La telépata había dejado de canturrear y observaba atenta a los recién llegados.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Gale.

—La gente del cargo tiene miedo —dijo la mujer anémona, en un murmullo de aire—. Aquí todos tienen miedo. Unos tienen miedo al Chacal, otros tienen miedo a los cruzados. Casi todos tienen miedo los unos de los otros. Sobre todo Ciara. —Soltó otro murmullo, tal vez una risa—. Ciara está aterrorizada. ¡La capitana está aterrorizada! Tiene tanto miedo que se podrían llenar varios mundos con él. Y dos armarios. —Emitió una risa infantil, divertida.

Se oyeron más pasos en la escalera y Gale se giró, temeroso de que Klaus apareciera por fin. Eran ocho hombres, también sin casco, que llevaban a la espalda mochilas de aspecto pesado. Respiró aliviado al ver que seguía sin haber rastro del doctor Carter. Dos de ellos empujaban una carretilla cargada con una caja plateada enorme, de casi metro y medio de altura, recubierta de runas activas. La introdujeron en el búnker con esfuerzo. Gale miró hacia Adra. La joven no parecía prestar atención a los recién llegados;

respiraba despacio, sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. El chico araña comenzó a sollozar. La mujer anémona canturreaba. Los gemelos se limitaban a permanecer inmóviles, mirando al vacío. ¿Por qué le resultaban tan familiares? ¿Dónde los había visto antes?

Poco después nuevos engendros salieron de la trampilla que llevaba al búnker, escoltados por hombres armados pertenecientes a los dos grupos. Algunos iban cargados de cadenas y sus grilletes estaban también cubiertos de runas; otros salían en camilla, tal vez heridos, tal vez porque sus mutaciones no les permitían desplazarse por sí mismos. Uno, un ser sin brazos ni piernas, llevaba una escafandra; otro estaba clavado a una plancha de metal con cientos de puntas cableadas. No parecía sentir dolor. Muy al contrario, gemía de placer cada vez que el movimiento hacía que los clavos se removieran en su carne.

—Distintas maneras de contener a distintos contaminados —dijo Adra, que había regresado de nuevo al mundo de los vivos—. Jamás había visto a tantos juntos.

Gale se incorporó con una mueca de dolor y agitó la otra pierna, a la que le había llegado el turno de dormirse. Señaló hacia sus captores. El sótano estaba atestado y probablemente había más fuera.

—Ellos también tienen a sus contaminados. Esa Plata, el del ojo que vuela, el que habla solo... Obedecen, trabajan para ellos.

Aparecieron más prisioneros. El siguiente en salir era impresionante: una criatura enorme, de casi tres metros de altura y de color azul turbio. Tenía la mirada ida, la carne cubierta de llagas secas y garras de hueso en vez de dedos. Lo guiaban hacia las escaleras junto al resto, cuando uno de los soldados se les adelantó.

—No, no, no —dijo. Era rubio, con un rostro angelical—. Este pájaro no va al cargo, este pájaro se queda con nosotros. ¿A que sí, tontorrón? ¿A que no quieres marcharte con esos brutos?

El gigante respiraba con dificultad, bronco, como si tuviera un volcán metido en el pecho.

—¿Mi papá está aquí? —preguntó. Su voz era extraña: rotunda y al mismo tiempo aniñada—. Me dijeron que estaría aquí. Quiero ver a mi papá.

—Tu papá vendrá enseguida —le dijo el soldado rubio mientras lo guiaba a la esquina de Gale, Adra y el resto de contaminados—. Ha desenterrado a tu madre para follársela y darte un hermanito. Pero es tan tonto que se equivoca siempre de agujero.

—¿Qué es «follársela»?

Pese a su tamaño, los hombres de Ciara no parecían muy preocupados por él. «Es un pobre idiota —pensó Gale—. Un pobre idiota gigante y azul. Vaya circo que estamos montando». El gigante se sentó cerca de los gemelos, con un caos de crujidos y rodillas que se doblaban. Tenía algo pegajoso en la mano: un pedazo de carne que se llevó a la boca y comenzó a lamer. El chico araña se apartó del monstruo, angustiado.

—¿Qué te pasa, bicho? ¿Te asusta el grandote? —le preguntó el soldado rubio—. ¿Pero tú te has visto? Joder, das ganas de vomitar.

Se marchó a grandes pasos. Los sollozos del chico araña se convirtieron en llanto. Gale se le arrimó e intentó consolarlo.

—Todo va a salir bien —le dijo. El chico se sobresaltó cuando se dirigió a él. Lo miró con ojos enormes y claros.

Adra apoyó sus palabras.

—Tiene razón. Todo va a salir bien, confía en mí. Saldremos de esta.

El chico araña pareció calmarse un poco; se restregó la cara y dejó una mancha de lágrima y polvo en las mejillas.

—Y no hagas caso de ese imbécil —apuntó Gale—. Eres hermoso. Lo que pasa es que hay gente que no sabe mirar.

—¿Y yo? —preguntó la mujer anémona con un gorgoteo de campanillas—. ¿También soy hermosa?

Adra sonrió.

—Mucho. No he visto a nadie como tú.

—¿Eres mi padre? —preguntó el gigante entonces, mirándola con ojos desorbitados y una larga ristra de baba.

—No —contestó ella—. Pero no me importaría serlo. —Adra miró a los contaminados allí reunidos—. Todo va a salir bien —insistió. Y algo en su voz parecía asegurar que así sería, sin duda.

El chico araña la contempló fascinado. Volvió a restregarse las lágrimas con una mano humana mientras con una de sus patas arácnidas palmeó la

espalda de Adra, como si le diera la razón. Gale resistió la tentación de tocar una de aquellas extremidades: las vellosidades negras que las recubrían parecían suaves y cálidas. Quiso abrazarlo, refugiarse en su cuerpo artrópodo. Como siempre, Gale se sintió consolado y asqueado a la vez por su necesidad de afecto. Echó de menos a Winston.

La caja inmensa reapareció de las profundidades, empujada por los mismos dos hombres. Todos callaron al verla. El olor a quemado era repugnante. Adra murmuró: «El Chacal» y Gale la miró, espantado. ¿Aquella caja contenía los restos de la cabeza que había quemado Adra? Otro soldado llevaba una gran urna de cristal repleta de agua sucia. Dentro flotaba algo que bien podía ser un pez muerto.

—¡Por el amor del cielo, no saquéis ese ojo sin protección! —exclamó Plata al verlo—. ¡El Chacal lo detectará!

Ciara se acercó a ella, seguida del hombre delgado que había llegado en el cargo. Los tres discutieron en voz baja. Plata gesticulaba, cada vez más disgustada. Señalaba hacia el recipiente y Ciara asentía. El otro negaba una y otra vez.

Gale y Adra miraron a la mujer anémoma al mismo tiempo, interrogantes.

—Están discutiendo sobre si transportar o no el ojo y la cabeza en el mismo cargo —dijo la telépata, que parecía haberle cogido el gusto a hurgar en mentes ajenas—. Ciara dice que no. Insiste en ello. El cargo no es un entorno controlado. Puede haber accidentes. Es mala idea que el ojo y la cabeza estén tan cerca, dadas las circunstancias. Y sí, todo eso es cierto. Lo es. Pero Ciara miente. Ay, Ciara, mentirosilla. En el Baluarte hay distintas facciones con distintos puntos de vista y distintas intenciones. Ciara pertenece a una, Klaus lidera otra y los que han venido en el cargo son fieles a Klaus. Ciara quiere el ojo para que los suyos jueguen con él, oh, sí. ¿Y quién me va a dar a mí mis peces?

Gale se envaró y a punto estuvo de preguntar si Klaus estaba cerca, pero al abrir la boca no salió sonido alguno.

—¿Puedes ir más profundo? —preguntó Adra—. ¿Puedes averiguar más?

—Solo navego en la superficie —contestó la telépata con su voz cantarina—. No puedo ir más allá, no puedo. Siguen hablando. Siguen. Sus bocas se mueven. No oigo lo que dicen las bocas, pero escucho el eco de las

palabras de los otros en sus mentes. —Los zarcillos se removieron—. El hombre de Klaus quiere la cabeza completa, Ciara quiere llevarse el ojo. Plata está asustada. ¡Pobre Plata! El recipiente está desprotegido, insiste. Que lo proteja con runas nuevas, dice Ciara. Plata se queja, los contaminados de abajo ya llevan demasiado tiempo muertos, su sangre no vale. —Comenzó a canturrear de nuevo y Gale pensó que la habían perdido otra vez. Pero se interrumpió y dijo—: Necesita sangre fresca.

De repente sus tentáculos dejaron de agitarse. La canción cesó. Todo su cuerpo se detuvo, rígido. Solo acertó a decir una palabra más:

—No.

Y lo que dijo Ciara esta vez pudieron oírlo todos.

—Sacad a la telémeta y matadla. Estoy harta de que hurgue en mi cabeza, me hace cosquillas. Tendrás sangre de sobra con ella, Plata.

La mujer anémona salió de la inmovilidad, aterrada. Retrocedió, negó con fuerza, sus tentáculos danzaron encabritados.

—Todo va a salir bien, todo va a salir bien —decía mirando a Adra. La joven permanecía inmóvil, impasible—. ¡Todo va a salir bien!

Plata agarró a Ciara por el brazo y esta se soltó, irritada.

—Ciara, no... No podemos desperdiciar a los sujetos.

—¿Querías sangre, Plata? Ahí la tienes.

Dos hombres armados entraron en el círculo de prisioneros. La telémeta gimió e intentó levantarse, pero tropezó y cayó. Gorgoteó de manera patética. El gigante azul soltó algo que era mezcla de llanto y carcajada. El chico araña volvió a sollozar y replegó sus múltiples patas; los gemelos seguían inmóviles, indiferentes al mundo. Gale no sabía cómo reaccionar. Miró a Adra. La joven parecía ajena a los acontecimientos. No se inmutó cuando los dos hombres pasaron junto a ella. La telémeta emitió un sonido lastimero, un gemido largo, e intentó huir, pero un soldado la atrapó de uno de los ramilletes de tentáculos que tenía por brazos y tiró hacia atrás. La mujer aulló. Un pseudópodo se rompió, salpicando el aire de gotas translúcidas que, en la locura del momento, Gale tomó por lágrimas.

«Está llena de llanto», pensó. Pero el líquido cristalino dio paso a un goteo denso, de color bermellón oscuro.

—Traedla aquí —ordenó Plata. Había sacado de su mochila un paño blanco que procedió a extender en el suelo. También sacó una gran cuchilla, un pincel y un pequeño frasco de cerámica que colocó sobre el paño.

Arrastraron a la anémona, que pataleaba inútilmente. Ignoraron sus chillidos de cristal quebrado y la tendieron en el suelo. Plata empuñó el filo y de un tajo experto le cortó la garganta. En cuclillas, con la telépata todavía viva, espasmódica, Plata comenzó a trabajar. Acercó el frasco al surtidor de sangre, lo llenó y después vertió el contenido dentro del recipiente de cristal. Con las primeras gotas rubí el líquido oscuro se volvió limpio y todos pudieron ver el ojo que bailaba en su interior. El iris del Chacal era del color exacto de la sangre de la mujer anémona. Plata se mojó las manos con el resto del contenido del frasco y pronto el cristal se oscureció de nuevo, cubierto de las runas rápidas que dibujaba con los dedos sobre el recipiente. En el silencio concentrado de la estancia solo se escuchaba el gorgoteo de la mujer que moría y los llantos apagados del chico araña.

Satisfecha con su trabajo, Plata se dirigió a Ciara y le hizo un gesto de aprobación. Esta asintió.

—¡Atención! ¡Vamos a ponernos en marcha! —dijo—. Mi grupo, conmigo. Laertes y los suyos transportarán en el cargo todo lo que hemos sacado de este antro y los contaminados peligrosos. Los demás caminaremos hasta la base de apoyo con el resto. ¡Vamos, vamos! ¡Ya hemos pasado demasiado tiempo aquí!

Los hombres que los vigilaban indicaron al grupo de prisioneros que se levantarán. A Gale le costó hacerlo, no podía apartar la mirada del cadáver de la telépata. Ya había dejado de moverse. Por enésima vez recordó a otros prisioneros, allí abajo, a los que gritaban en habitaciones contiguas durante algunas de las pruebas, a los que chillaban cuando los sacaban de las celdas para llevarlos a quién sabía qué horror nuevo o recurrente. Por enésima vez se preguntó si no podría haber salvado a Margo. De no ser por Gino, el guarda que los vigilaba por aquel entonces, ni siquiera se habría enterado de que había muerto. Por enésima vez se preguntó si no podría haber hecho algo. Aquí, también. ¿Podría haber salvado a la mujer anémona? No, claro que no. Era Gale. Solo Gale.

—¡En marcha! —ordenó uno de los soldados de Ciara.

Conforme ascendían las escaleras que los conducían al exterior, escuchó a los hombres que los escoltaban. Estaban impacientes por dejar el búnker atrás. Miró a Adra y ella evitó su mirada. Pensó en el dibujo de Margo y cerró los ojos en un intento de evocarla, de recordar los buenos tiempos y sentirse un poco más seguro. Miró hacia adelante, hacia un nuevo mundo que ya había olvidado.

Después de años de cautiverio, salió del edificio. Era una noche roja y las estrellas picaban el cielo. Divisó en la lejanía la mole del leviatán. Recordó que en el pueblo muchos se arrodillaban para rezarle.

«Si rezas al dios en las alturas, todo irá bien», decían.

Mentira.

Una bandada de criaturas con alas de fuego ocupó unos instantes la atención de todos. Volaron sobre sus cabezas en sucesión rápida e incendiaria, vistos y no vistos. El aire olía a podredumbre, a carroña, pero era mejor que el olor del búnker: era algo nuevo.

Adra caminaba a su lado. Le puso una mano en el hombro, con tal indecisión y ligereza que ella ni se dio cuenta. Aquel contacto mínimo lo reconfortó, pese a todo.

El cargo estaba a unos metros del edificio en ruinas. Era algo inesperado: un peñasco irregular, de superficie lisa, reluciente como obsidiana. Aguardaba suspendido en el aire, con motores a cada lado, unos ingenios de metal retorcido que emitían un zumbido discontinuo. En la proa de la roca destacaba un timón enorme de metal bronceo, con un hombre igualmente dorado al frente. En la popa había un ramillete de árboles de copas frondosas. Gale había oído hablar de las islas flotantes, pero era la primera vez que veía una. Intentó recordar lo poco que sabía de aquellas criaturas de piedra viva. Eran grandes porciones de terreno que habían cobrado vida durante la llegada de los leviatanes, influidos por la magia brutal de estos. La mayoría flotaban a la deriva por los cielos, libres y salvajes, pero algunas habían sido domadas por el hombre. Hasta se comentaba que, en ocasiones, eran las mismas islas quienes elegían a sus pilotos. Se fijó en el hombre dorado del timón. Sus ojos estaban vacíos, inertes. No había vida en ellos. Gale se preguntó si podía tratarse de un pastor de islas o si solo era un contaminado más.

Este islote-nave era de tamaño reducido: tenía unos siete metros de eslora y dos de manga, probablemente formaba parte de una isla mayor. Tenía parapetos a ambos lados, cargados de cañones y lanzaensalmos carcomidos de óxido y líquenes terrosos. Desde la cubierta caían varias escaleras de mano, una de ellas inmensa, repleta de sujeciones. Por ella subieron a los especímenes que habían asegurado, al igual que subieron las cajas y bártulos que habían sacado del búnker. Pero el cargo no era el destino del grupo de Gale.

Los guiaron unos metros más allá. Allí había un par de carros tirados por caballos, custodiados por un pequeño grupo armado. Ciara hizo que se detuvieran. Se había salido con la suya y llevaba la urna con el ojo del Chacal. Hizo un gesto a uno de sus hombres, que lo acomodó en un carro. El resto del contingente siguió ayudando en el transporte de material y contaminados a la isla flotante. Una vez terminaron, el grupo que había llegado con el cargo subió también a bordo. Varios se colocaron en los parapetos de artillería y los demás se desplegaron por la cubierta. El musculado reluciente a cargo del timón realizó entonces una maniobra compleja y el islote comenzó a moverse y ascender despacio. Poco a poco fue ganando velocidad.

Quedó un grupo armado de cerca de treinta hombres, liderados por Ciara, a cargo del ojo del Chacal y los prisioneros restantes. El gigante azul resoplaba, un poco alejado del resto, mientras lamía con fruición el tasajo de carne que tenía entre manos. Gale procuró no pensar en él y desvió la vista. Descubrió que Ciara lo miraba con un brillo peculiar, como si supiera algo que desconocía. La mujer le dedicó una mueca feroz que, tal vez, en algún lugar, pudiera interpretarse como una sonrisa: solo entonces Gale se dio cuenta de que tenía un par de colmillos extra.

—¡En marcha! —ordenó Ciara.

Uno de sus captores le dio un empujón suave, con un suspiro cansado. «Tienen tan pocas ganas de estar aquí como nosotros», pensó él, y eso le dio un atisbo de esperanza. Luego se acordó de la mujer anémica y echó a andar, obediente, torpe y tembloroso.

CUATRO

Una luna roja abría la noche y la convertía en un mar de sombras encarnadas.

Gale avanzaba. Las cabezas de los caballos que tiraban del carromato de Ciara eran dos manchas espectrales en la semioscuridad. Eran blancos, grandes y estaban bien alimentados. «Cuidan mejor a sus animales que a sus prisioneros», pensó Gale con amargura.

Los cautivos del búnker marchaban en el centro de la formación, rodeados de guardianes que cargaban sus fusiles al hombro con aire marcial. Primero caminaba el gigante azul: lo hacía con zancadas torpes y los ojos muy abiertos, como si todo a su alrededor lo asombrase, los demás andaban detrás, intentando mantener el máximo espacio posible entre el gigante y ellos. Había algo en los movimientos del monstruo azul, perezosos pero potentes, que resultaba estremecedor.

Cerraba la comitiva el segundo carromato. Tiraban de él dos caballos negros, más revoltosos y enjutos que sus hermanos. Resoplaban y enseñaban los dientes mientras arrastraban su carga, llena de material extraído del búnker. Allí dentro se apilaba todo lo que no había acabado a bordo del islote, con la excepción de la urna que contenía el ojo del Chacal, que viajaba delante, en el carro de Ciara. «No quiere quitarle el ojo de encima al ojo», pensó Gale. También pensó que su cerebro tenía ocurrencias muy poco graciosas.

Adra andaba a su lado, en silencio, muy atenta al camino y a todo lo que los rodeaba. Los ojos de Gale tardaron en acostumbrarse a las siluetas rojizas

que conformaban el mundo. Se adaptó como pudo al ritmo de la marcha, pero con la escasa visibilidad del sendero costaba no tropezar.

—No llevan ningún tipo de luz para iluminar el camino —comentó.

—Sus cascos deben de contar con visión nocturna —dijo Adra—. No pueden arriesgarse a llevar luz con ellos. Atraería depredadores. —Miró hacia arriba—. Nosotros tendremos que conformarnos con la luna.

Pero Gale sabía que Adra gozaba de una visión nocturna extraordinaria: sorteaba los obstáculos con facilidad y no hacía otra cosa que escrutar las tinieblas que los rodeaban, alerta. Se sorbió los mocos y tiritó. El frío del exterior contrastaba con el calor sofocante del búnker. Y hasta aquel era un cambio agradable. Miró de reojo a Adra. Le sorprendía la serenidad con la que se estaba tomando aquel paseo entre las sombras. Le habría gustado estar tan calmado como ella, ¡pero el universo estaba ahí fuera! Se sentía, a la par, exultante y muerto de miedo. Para bien o para mal había escapado al fin de su prisión, tras años de encierro. Alzó la mirada. A lo lejos, sobre las sombras del mundo, se recortaba la mole negra del leviatán. Podrían caminar durante días y seguirían viéndolo allí, impasible.

—No, no voy a rezarte, hijo de puta —masculló.

Ciara había desplegado cuatro patrullas de exploradores: dos a los flancos, otra en vanguardia y, la última, en retaguardia. Gale intentó afinar la vista entre las tinieblas, pero solo consiguió que le dolieran los ojos. Le pareció ver el gesto rápido de la cabeza de Ciara, en un movimiento continuo de vigilancia, tal vez de paranoia. Sentado junto a ella, con las piernas colgando del carro, estaba el tercer contaminado del grupo, del que todavía no sabían el nombre. Sus cuencas vacías parecían fijas en los prisioneros, como si los espicara tras las sombras de su calavera. Ambos ojos se habían desgajado de su cabeza al poco de iniciar la marcha. Uno de ellos había pasado volando muy cerca de Gale, mientras se encaminaba hacia donde quiera que hubiera ordenado su dueño. Era repugnante, como un insecto regordete de color apagado. ¿Aquellos ojos autónomos eran una mutación casual del contaminado o tendrían algo que ver con los ojos terribles del Chacal? Adra apenas le había contado nada de su enfrentamiento con aquella bestia. Gale se moría de curiosidad. ¿Cómo era? ¿Por qué todos lo temían?

Poco después de que los ojos del contaminado se perdieran de vista, una explosión potente sacudió el mundo. Y Gale no encontró alivio alguno en saber que el lugar en que había estado encerrado durante tanto tiempo había dejado de existir. En lo único en que pudo pensar fue en el dibujo de Margo, perdido para siempre.

La comitiva se abrió, se partió por el centro como un mar bíblico para evitar un nuevo obstáculo en el camino. Gale lo esquivó cuando llegó a su altura: un esqueleto indescifrable cortaba el sendero, duro y tenebroso. Destacaba, sórdido, entre árboles marchitos, montículos secos y aullidos lejanos de quién sabía qué criaturas. «¿Es este el mundo al que quiero regresar?», pensó Gale. En un impulso, agarró la mano de Adra. Esta la apartó, sobresaltada.

Algo rugió en la distancia y el corazón de Gale se aceleró. El chico araña gimió. Ciara hizo un gesto para que se detuvieran, se puso en pie sobre el carro y escrutó entre las sombras. La pausa fue mínima: pronto reanudaron la marcha.

Comenzaba a notar el cansancio: no estaba habituado a esfuerzos semejantes. En su rutina de prisionero solo cabían los paseos de media hora escasa por la galería, donde lo sacaban de tarde en tarde, siempre solo. «Es para que no se te atrofien los músculos», decía Klaus, con esa sonrisa dulce que Gale había aprendido a odiar. Los pies le dolían, el calzado que llevaba no estaba concebido para caminar campo a través. Cada pocos pasos sentía que algo se le clavaba. Era como si la propia tierra mordiese.

Las tinieblas parecían bañadas en sangre. El viento murmuraba entre las ramas secas y sus palabras no eran amables. Hablaba de lo que anida en las sombras, de lo afilado de los dientes que quieren devorarte, de las pesadillas que cobran forma en la oscuridad mientras duermes. Se oyó otro aullido. Algo gritó en la distancia. Gale se estremeció.

Agarró la mano del chico araña, que seguía gimiendo por lo bajo. La mano era suave, nada que ver con el tacto encallecido de Adra. El chico le dedicó una mirada agradecida y algo de color volvió a su rostro, sus ocho patas se reorganizaron para adaptarse al ritmo de las dos, solo dos, piernas de Gale. El trayecto continuó y no pudo evitar quejarse. Le dolían los tobillos y

las rodillas, sentía los pies en carne viva, y además, le estaban dando ganas de orinar.

La comitiva se detuvo sin razón aparente. Gale miró alrededor, nervioso.

—Ciara ha ordenado que nos detengamos —dijo Adra. Ella no parecía ceder al cansancio y seguía moviéndose con soltura. Gale envidió su forma física.

El gigante resollaba más adelante, sin dejar de mordisquear el pedazo de carne seca que tenía entre las manos. Lo hacía despacio, como si pretendiera que durara para siempre. Esperaron en silencio, pendientes de cada ruido, de cada sospecha de amenaza entre la vegetación apagada. Poco después emergió uno de los exploradores del grupo de vanguardia.

—No podemos seguir por este camino —anunció—. Hay una manada de errantes cortando el paso a unos dos kilómetros de aquí.

—¿Cuántos son? —preguntó Ciara.

—Difícil saberlo. Varios centenares, eso seguro.

—Mierda —musitó su jefa. Quedó callada unos segundos.

—¿Errantes cerca de Testamento? —murmuró Adra—. Eso no puede ser bueno.

—¿Qué son errantes? —preguntó Gale.

—No quieres saberlo.

—Si no quisiera saberlo, no habría preguntado.

—¡Callaos! —ordenó uno de los hombres de Ciara. Apuntó con su arma y Gale suspiró. Era cansado estar siempre al filo de una muerte caprichosa.

Aguardaron unos minutos, el tiempo que tardaron en reunirse con ellos las patrullas de exploración restantes. Ciara habló con sus lugartenientes junto al carro de los caballos blancos. El debate fue largo, con alguna voz más alta que otra. Finalmente parecieron llegar a un acuerdo:

—Nos desviaremos hasta las ruinas de la base aérea; no estamos lejos —anunció Ciara—. Pasaremos allí el resto de la noche y esperaremos a que los errantes se marchen. Enfrentarse a una manada tan grande sería un suicidio.

Algunos de sus hombres no parecían felices con la decisión, pero obedecieron sin rechistar. Plata sonrió, satisfecha. Era evidente que la idea era suya.

—Se alegra de que le hagan caso —dijo Gale—. Si el Chacal es tan peligroso, no sé por qué tiene que insistir tanto para conseguir que tomen medidas básicas de seguridad. ¿Os acordáis de cómo gritaba en el sótano?

—Está asustada —dijo Adra—. Aquí todos están muertos de miedo. No hace falta que nos lo diga una anémona parlante para saberlo.

—¿Tú no tienes miedo? —le preguntó el chico araña, tímido.

—El miedo no sirve para nada —le contestó ella—. Así que dejo que pase de largo. Deberías aplicarte el cuento.

—No le hagas caso —le dijo Gale—. Está loca.

—Tiene razón —dijo el muchacho. Bajó la vista hasta el caos de patas sobre las que avanzaba—. Siempre he tenido miedo. Miedo a que me vean. Miedo a que me hagan daño. Miedo a la oscuridad. No puedo dejarlo pasar. No sé cómo hacerlo. —Gimió de nuevo—. Y no voy a tener tiempo para aprender. Es demasiado tarde.

Gale lo miró desalentado.

—No digas eso. —Se dirigió a Adra—: Nunca es demasiado tarde para aprender, ¿verdad?

—Claro que no —dijo ella, aunque no sonó muy convincente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Gale al chico araña. Tal vez era momento de cambiar de tema.

—Angilberct. —El chico parpadeó; sus pestañas eran largas y oscuras. Añadió, apresurado—: Mis amigos me llaman Angie.

—¿Tienes amigos? —preguntó Gale, sorprendido.

El chico pareció dolido por la insinuación.

—Claro que tengo amigos.

Adra les chistó: el grupo se ponía en marcha de nuevo. Uno de los soldados de Ciara empujó a Adra para que avivara el paso. A pesar de llevar casco, Gale lo reconoció: era el rubio que se había burlado del gigante.

—Vamos, culito. No tenemos toda la noche.

Gale notó cómo la joven se tensaba. ¿Hacía un esfuerzo por no reaccionar, por no abrirle la cabeza a aquel tipo con su propia arma? Rio para sus adentros. El pensamiento era aterrador, pero también divertido.

La parada solo había servido para que a Gale se le enfriaran los músculos y ahora le molestaban más, si cabía. Deseó que no estuvieran muy

lejos. Deseó que se hiciera la luz, aunque fuera de ese sol apagado, grisáceo, que recordaba de sus días anteriores al encierro en el gran búnker. Una vez, Margo le había enseñado un libro antiguo con imágenes, un libro donde el cielo era de un azul que aturdió. ¿Era real ese azul o una libertad imaginativa de su autor?

—¿Falta mucho para amanecer? —le preguntó a Adra—. Me gustaría ver el sol.

—Dos o tres horas —susurró ella.

Las ruinas no tardaron en aparecer. Sobrevivían en un paraje desolado, sobre tierra cubierta de cicatrices viejas y zonas quemadas. Los muros habían resistido, se mantenían en pie, ennegrecidos. Gale estiró el cuello para examinar mejor el lugar. Vio grandes maquinarias destrozadas en las pistas, amasijos de hierro fundido.

—Aviones —dijo Angie, casi sin respiración.

Gale volvió a mirar, maravillado. ¿Esos desechos eran los artefactos legendarios con los que la humanidad surcaba los cielos? Angie y él se sonrieron. Adra bufó.

—Es una base aérea. Lo que queda de ella. Desde aquí luchaban contra los monstruos que traspasaron la grieta.

—Pues no lo hicieron nada bien —apuntó Gale.

Los dirigieron hacia lo que quedaba de un pabellón, muy cerca de una de las pistas de despegue. Su llegada espantó a una bandada de escarabajos negros que echaron a volar en formación simétrica, perfecta y triangular. Chillaban enfadados; durante unos segundos el ruido los ensordecía.

La puerta del hangar había desaparecido y el interior era una ruina. Encontraron metal oxidado y huesos, restos de humano y máquina, en algún caso fusionados de tal manera que costaba distinguir dónde empezaba uno y acababa la otra. Los hombres armados avanzaron primero, reconocieron el lugar y comprobaron que era seguro. Hicieron entrar al resto. El gigante azul gruñó inquieto al pasar el umbral.

—¿Está mi papá aquí? —preguntó.

—¿Por qué hemos traído a este con nosotros? —quiso saber uno de los soldados—. Se lo tenían que haber llevado también en el cargo.

—No te preocupes por él. Tiene la mente de un niño de cinco años.

—¿Crees que eso no lo hace peligroso? Joder, no has conocido a mi sobrino.

El otro, por toda respuesta, le hizo un gesto obsceno con el dedo.

—Vamos, muchacho. Tu padre no tardará en llegar —le dijo otro soldado al gigante. Este se le quedó mirando, abobado. Asintió despacio y, más despacio todavía, temeroso, entró en el pabellón.

Ocuparon el ala este del hangar, la más cercana a la puerta. Guiaron a los contaminados hacia una de las columnas laterales que sostenían la estructura y les ordenaron sentarse allí. Gale quedó frente a los dos gemelos. Seguía con esa sensación poderosa de familiaridad que no terminaba de ubicar. No recordaba haberlos visto durante su encierro, aunque también era cierto que era raro que se cruzara con otros prisioneros.

—¿Los conoces? —le preguntó a Angie. El chico araña negó con la cabeza.

—Apenas he visto a nadie en el búnker. Solo a un par con quienes coincidía en algunas pruebas. Había una mujer de dos cabezas. Era agradable. ¿Sabes de quién te hablo?

—No —dijo Gale.

—¿Y a Marco, el piroquinético? Me hizo una flor de fuego.

—No recuerdo a nadie así. —No quiso seguir haciendo memoria. No solía ver dos veces el mismo rostro en el búnker. Que Gale supiera, él era el espécimen que más tiempo había sobrevivido allí abajo. «Eres mi favorito». Se estremeció—. ¿Cuánto tiempo estuviste allí? —le preguntó a Angie.

—No lo sé, no lo sé... Unos tres meses. Tal vez cuatro. Antes de eso vivía en Caléndula, cerca del Bastión Rojo, con unos vendedores de planta-sueño. Me trataban bien. Deben de pensar que estoy muerto —añadió, con voz triste.

—Solo tres meses. —Gale bajó la vista. A veces le parecía que llevaba la vida entera bajo tierra, que no tenía pasado. Allí, en el búnker, tendía a pensar que tampoco tenía futuro.

Un pequeño revuelo hizo que mirasen hacia el gigante. Junto a él, el soldado rubio le tendía otro tasajo, que se apresuraba a retirar cuando el gigante intentaba cogerlo con sus movimientos torpes.

—Vamos, chico, ¿qué te pasa? ¿No tienes hambre? —Y lo apartaba del alcance del gigante con celeridad—. Venga, chico, que no se diga. Puedes hacerlo.

—No debería hacer eso —murmuró Angie.

Y justo como si escuchara al chico araña, el gigante se echó hacia delante y agarró del brazo al guardia con un movimiento feroz, preciso, y se lo arrancó de cuajo. Gale se encogió al escuchar el sonido de rasgado. El gigante rugió y, de un simple zarpazo, destrozó la cabeza del soldado. El cuerpo cayó al suelo y se convulsionó, hecho jirones. El gigante se incorporó de un salto.

—¿¡Dónde está mi padre!?! —bramó, enfurecido.

Los soldados se pusieron en guardia al momento.

—¡No disparéis ni uséis los lanzaensalmos! —gritó Ciara—. ¡Atraeréis a los errantes!

El gigante mostró los dientes, enormes y amarillentos, mientras los hombres de Ciara se desplegaban a su alrededor, enarbolando sus fusiles como si de lanzas se trataran. Adra miró a Gale y al chico araña.

—Ahora —les dijo.

CINCO

Gale se incorporó de un salto, pero el chico araña no lo imitó. Se envolvió en sus propias patas y agachó la cabeza, formando una esfera negra y rosada.

—¡Vamos, Angie! —le apremió Gale, en un susurro. Se le había formado una bola de saliva incómoda y caliente en la garganta, un tapón que no conseguía tragar.

—Tú no eres mi amigo —dijo el otro, con voz apenas audible—. No me llames así.

—Angiloquesea, vámonos, por favor. —Gale se agachó y apretó con ternura una de las patas negras y vellosas del joven en un intento, fallido, de calmarlo—. Te sacaremos de aquí.

El chico araña clavó la vista en el suelo.

—Tiene demasiado miedo —dijo Adra—. No podemos esperar, Gale, tenemos que irnos.

—¿¡Dónde está mi padre!?! —rugió de nuevo el gigante mientras aporreaba con los puños el piso maltrecho del pabellón.

Los soldados lo cercaron con sus bayonetas, todavía a una distancia prudencial. El cadáver de su compañero estaba tendido en el suelo; lo único reconocible que quedaba en su rostro era un ojo azul, vacío de expresión. El gigante quedó acorralado contra una de las paredes del hangar, junto a los restos de un viejo caza de combate, a solo unos metros de los prisioneros. La máquina estaba destripada y su contenido yacía esparcido alrededor, como un presagio de lo que le esperaba al hombre azul. Alguien había tirado a su lado una nevera vetusta y rojiza, que anunciaba el nombre descolorido de un refresco que ya no existía.

Ciara dio un paso hacia los soldados. A pesar del frío de la noche, tenía un velo de sudor en la frente.

—¡Tranquilízate! —le pidió al gigante, con voz firme—. ¡Nadie quiere hacerte daño! ¡Estamos aquí para llevarte a un lugar seguro!

—¡No me iré hasta que venga mi papá! —bramó. Su carne fofa, repleta de quemaduras y llagas, se movía de arriba abajo, al ritmo de su respiración acelerada—: ¡Que venga papá! ¡Que venga ya! ¡Traedlo!

—No va a venir. —Ciara dio otro paso adelante, ligero, como si no pesara—. No va a venir, porque te está esperando en el lugar a donde vamos. Tiene muchas ganas de verte.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!

El gigante se giró a velocidad inesperada y arrancó una pieza alargada del amasijo de hierros que era el viejo avión, tal vez un pedazo de ala, tal vez de la cola. Soltó un rugido animal y amenazó a sus enemigos con su espada improvisada. Los hombres de Ciara retrocedieron.

—¡Estás mintiendo! —insistió el gigante mientras enarbolaba aquel trozo chatarra—. ¡Trae a mi papá! ¡Trae a mi papá ahora!

Adra se inclinó hacia Gale.

—¡Es el momento! —le dijo—. ¡Vámonos!

—¡No podemos dejar aquí a Angie! ¡Recuerda tu estúpida promesa! ¡Dijiste que todo iba a salir bien!

Gale sabía que lo lógico era huir, sabía que estaba comportándose como un idiota, pero también sabía que no podía dejar atrás al chico araña; no después de lo que había pasado con la anémona. Miró a los adolescentes pálidos. Estos tampoco parecían tener intención de marcha; ambos miraban al vacío con expresión desinteresada, como si lo que sucediera no fuera con ellos.

Cuando Adra volvió a hablar lo hizo con voz tranquila:

—Yo no he prometido nada —dijo—. Nunca prometo nada. Gale, por favor... —Le tendió la mano.

El joven miró al ovillo de terror que era Angie, a las patas y brazos que envolvían su abdomen. ¿Podrían arrastrarlo contra su voluntad? ¿Cuánto podía pesar? ¿Cien kilos? ¿Más? Adra era fuerte, pero no creía que pudiera mover cien kilos de masa arácnida en una huida desesperada. Se volvió hacia el

gigante, que aullaba. Daba espadazos de izquierda a derecha, enfurecido. De su boca saltaban espumarajos también azulados.

—¡Papá! —gritaba—. ¡Papá! ¡Estoy aquí, papá! ¡Ven a por mí!

Ciara hizo una señal a dos de los suyos y cargaron por un flanco con un ataque medido. Cuando el gigante se giró para responder, dos más atacaron desde el otro costado con sus bayonetas. Uno de los filos se clavó en la pantorrilla de su víctima; otro, sobre su cadera. El chico araña gimió al escuchar el alarido del gigante y se aovilló aún más.

—¡Papá! —gritó el gigante. Intentó cargar hacia el frente, pero perdió pie y cayó de rodillas—. ¡Papá! ¡Papá! ¡Me hacen daño! ¡Papá! ¡Papáaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Los hombres de Ciara se abalanzaron sobre él saizando y apuñalando con furia. Los rugidos del hombre azul se multiplicaban. Un charco de sangre azul comenzó a crecer a sus pies, lamiendo el suelo.

—¡Gale! —Adra le tendió la mano—. ¡Ven conmigo o me voy sola!

—Haz lo que quieras —susurró este, a duras penas. Los gritos del gigante se le clavaban en el cerebro como dardos. Angie temblaba, más allá del miedo.

Adra hizo una inspiración lenta y retuvo el aire. Se quedó parada en el sitio, la mano todavía extendida hacia Gale. Los hombres de Ciara seguían masacrando al gigante azul. Este aferraba su trozo de ala con la desesperación con la que un niño se aferra a un juguete que están a punto de arrebatarse. Y justo cuando parecía que su derrota era inevitable, se alzó de nuevo con otro rugido brutal y embistió hacia delante. Su objetivo era Ciara.

Arrojó el arma con todas sus fuerzas hacia la líder de los hombres que lo estaban matando. El gran trozo de chatarra falló: silbó en el aire y golpeó con brutalidad el carro de los caballos blancos. La carga saltó por los aires y los animales corcovearon, muertos de miedo. La volandera del carro salió escupida, el eje izquierdo se partió con un sonido limpio, rápido, y toda la parte trasera del vehículo quedó destrozada.

Transcurrieron dos segundos de silencio que fueron centurias. Ciara, aturdida, miró el carro y luego al gigante. Este había caído, ahora de forma definitiva. Estaba muerto, pero algunos hombres seguían acuchillándolo,

despedazándolo, como si quisieran estar realmente seguros. Ciara salió de su ensimismamiento.

—¡La urna! —gritó.

Corrió hacia los restos del carro en busca del contenedor. Rebuscó entre los remanentes y dio con su objetivo. Se apartó de la ruina que era el carro, con la enorme urna entre las manos. Se la escuchó maldecir, pero no era por el estado del recipiente que contenía el ojo del Chacal. Sobre la madera resquebrajada yacía el cuerpo inerte de Plata, atravesado por el pedazo de ala.

Azor se acercó a Plata y la agarró por el cuello. La miró estupefacto, con la boca abierta en una mueca ridícula.

—Está muerta —dijo, con voz ronca.

—Pues claro que está muerta —dijo Ciara, casi en grito—. El trozo de avión la ha abierto desde el coño a los pulmones. Joder, esperemos que la urna esté bien. —La alzó para examinarla. El líquido de color sangre se aclaró, se volvió anaranjado.

—Esa no es buena señal —murmuró Azor. Todavía sujetaba el cadáver de Plata—. Dale la vuelta.

Ciara giró la urna y gruñó. El recipiente estaba abollado en un lateral, con varias runas emborronadas.

—Estamos expuestos —anunció Ciara. Luego volvió la vista al carro—. Menudo momento para morirte, Plata.

Quedó inmóvil durante unos segundos, con la urna en las manos. De repente pareció volver a la vida. Examinó su entorno y miró a los prisioneros.

—¿Y vosotros qué diablos estáis haciendo?

Adra seguía de pie, con aspecto de alguien a punto de despedirse. Ciara la examinó, pensativa.

—¿Ninguno de vosotros será tecnomante, verdad?

Nadie respondió.

—Solo había un tecnomante en esa base, Ciara, y no era sujeto de experimentos —dijo Azor—. Trabajaba para Klaus, los cruzados lo mataron.

Ciara maldijo de nuevo. Sus hombres estaban desplegados en torno al cadáver del gigante, como si tuvieran miedo de que fuera a levantarse.

—Azor, contacta con tu hermano y explícale la situación —dijo mientras dejaba el recipiente con sumo cuidado en el suelo—. Necesitamos evacuación

inmediata o un tecnomante capaz de reparar las runas.

Azor titubeó, parecía reticente a abandonar el cuerpo de Plata. Se levantó con lentitud, inseguro. Bajó del carro arruinado y se alejó unos pasos, demasiados como para que los prisioneros pudieran escuchar lo que decía. Los soldados volvían a estar en tensión, solo había que ver el modo en que se aferraban a sus armas. Gale se preguntó otra vez qué era ese Chacal y por qué le tenían tanto miedo.

Adra se sentó junto a él. Gale la miró y trató de sonreír, pero ella sacudió la cabeza. El chico araña seguía hecho un ovillo y los dos adolescentes continuaban igual: no se habían movido. Sus rostros permanecían inmóviles; sus miradas, ausentes. Gale se preguntó si sufrirían algún tipo de tara mental. Miró a la montaña azul, lo que quedaba del gigante. Hacía unos instantes había estado vivo y ahora era un montón de despojos. Varias salamandras de fuego se arremolinaban en la pared del hangar, atraídas por el olor a muerte. Una de ellas hipó y de su boca escapó una voluta de humo amarillo. El chico araña levantó la cabeza para observarlas y empezó a descomponer su ovillo de patas y brazos.

El contaminado de los ojos verde musgo se acercó a Ciara.

—Debemos destruir la urna cuanto antes —le dijo a su jefa—. Es nuestra única oportunidad de salir vivos de esta. Plata no exageraba, Ciara. Sabes a lo que nos exponemos.

—No voy a destruir el ojo, Mecha. Es demasiado poderoso. No prescindiré de él.

—No nos servirá de nada si el Chacal nos mata.

Ciara hizo un gesto negativo.

—Ni siquiera sabemos si al destruir el ojo evitaremos que el Chacal lo localice.

—Salgamos de aquí, entonces —le pidió Mecha. Se relamió, nervioso—. Pongamos la mayor distancia posible entre esa cosa y nosotros. No son tiempos para ser valientes, jefa.

Los interrumpió Azor a gritos:

—¡Todavía no hay rastro de él! —chilló—. Roza dice que el radar está limpio. De momento estamos a salvo. Klaus está furioso, mejor no comparto

contigo los insultos que te ha dedicado, Ciara. —Por su tono de voz parecía estar de acuerdo con buena parte de ellos.

—Eso me da igual. ¿Te han dado alguna directriz que no implique abandonar el ojo o salir huyendo?

—La obvia: reconstruir las runas —dijo Azor—. Han llamado a Galatea. Ella le dirá a mi hermano cómo hay que hacerlo y yo lo llevaré a cabo. Tengo algunas nociones de tecnomancia. Poca cosa, pero quizá funcione.

—¿De verdad crees que podrás?

Azor se encogió de hombros. El moño se le había desatado y una trenza larga serpenteaba sobre su hombro y pecho.

—Creo que puedo intentarlo —dijo—. Sé lo importante que es ese ojo, Ciara. Pero prométeme una cosa: a la menor señal de que el Chacal se acerca saldremos pitando de aquí, ¿de acuerdo?

Ciara tardó unos instantes en contestar:

—De acuerdo —accedió de mala gana.

Gale miró a Adra, inquieto. El rostro de la joven era implacable, una máscara pétrea. No necesitaba telepatía ni de baja ni de alta intensidad para saber qué estaba pensando: que tenía que haberlo abandonado.

Que tenía que haber huido cuando estuvo a tiempo.

SEIS

—No podía irme —susurró Gale—. No podía marcharme sin él.

Adra recogió una ruedecilla diminuta del suelo. Parecía una tuerca de algún tipo, probablemente de los restos del avión. La hizo rodar con la palma de su mano.

—Adra, di algo, por favor.

La joven se frotó la mano contra la ropa para limpiarla de polvo, de la suciedad acumulada del suelo del hangar. Guardó silencio durante unos segundos, como si quisiera estar muy segura antes de hablar. Miró a Gale.

—No lo entiendo —dijo—. No lo conoces. No le debes nada.

El chico araña los espiaba, todavía encorvado, sin terminar de desovillarse. Sus ojos grandes relucían como piedras preciosas.

—Qué importa —dijo Gale—. Tú no me conoces a mí, pero al final te has quedado.

Adra soltó la pieza con cuidado y esta se alejó, titubeante, por el hangar.

—No me ha dado tiempo a escapar —gruñó.

—Claro —dijo Gale, sonriente.

Miró hacia los soldados. La tensión entre ellos continuaba: era casi un crepitar eléctrico, un baile de hormigas en el aire. Azor paseaba más allá del carro arruinado y del cadáver de Plata; de cuando en cuando miraba, preocupado, la gran urna que contenía el ojo del Chacal. Su trenza bailaba con él, parecía impaciente. Por lo que Gale había podido entender, tenía algún tipo de enlace con su hermano, que estaba quien sabía dónde, tal vez con Klaus. Por azar sus miradas se cruzaron y Gale desvió la vista con rapidez. Se fijó

ahora en Ciara. Estaba cruzada de brazos y parecía aún más preocupada que el resto.

—No quiero que pase por lo que he pasado yo —dijo Gale de pronto—. No sabes cómo ha sido, Adra. Años sin ver la luz del sol. Años sin respirar aire libre. Años de dolor, de humillación, de no entender nada... ¿La gente no se vuelve loca en esas circunstancias? —Soltó una carcajada—. Yo lo hice. Estuve loco durante un tiempo. Chillaba, me arañaba, me golpeaba contra las paredes... Pero no me permitieron estar loco. Me ataron a una camilla y me curaron. No sé cómo lo hicieron, pero los muy cabrones me curaron. Creo que tenían miedo de que me hiciera algo irreparable. Querían seguir jugando conmigo... —Gale se cubrió el rostro con las manos un instante, luego las bajó poco a poco. Miró a Angie—. Tengo que salvarlo —murmuró—. Tienes razón, no lo conozco de nada y no debería importarme. Pero tengo que salvarlo. Por mí y por Margo.

Adra se acercó un poco más a él.

—¿Quién es Margo?

Gale dudó. No quería compartir esa parte de su historia.

—Una amiga. Mi mejor amiga. Nos... compraron al mismo tiempo. Ella murió al poco de llegar.

—Lo siento —dijo Adra. De nuevo se hizo el silencio entre ambos.

El revuelo entre los hombres de Ciara los distrajo. Azor se acercó a zancadas largas a la urna.

—Sí, sí, sí... —decía, sin parar de asentir con la cabeza, con tal violencia que parecía que se le desprendería del cuello. Miró a Ciara—. Roza está con Galatea —le informó. Volvió a centrarse en la conversación, acuclillado junto a la urna—. Hay quince runas, tres están estropeadas por el golpe. Roza, voy a describirte las que rodean esas tres. No pierdas detalle y transmíteselo tal y como te lo digo a Galatea. ¿Preparado? Allá vamos.

Adra se removió junto a Gale. Se llevó la mano al cabello y comenzó a desatarse la coleta alborotada. De debajo de la cinta de cuero, como si de un truco de magia se tratara, extrajo una cuchilla de unos cinco centímetros de longitud. La arrastró por el suelo en dirección a Gale, que la tomó con rapidez y la ocultó en la manga del mono.

—En cuanto pueda, me marcho —le susurró Adra—. Tú decides si quieres venir conmigo. Si te quedas, puede que esa cuchilla sea vuestra única opción.

Durante un instante, Gale no tuvo claro a qué se refería. Luego hizo un gesto afirmativo. Si llegaba el momento, no le temblaría la mano.

Ciara alzó la urna y la llevó hasta el lago de sangre añil que rebosaba bajo los restos del gigante. El cadáver estaba destrozado, un banquete de ensañamiento. Las tripas resbalaban por las laderas de su carne como maromas gruesas y azules.

—No todos somos iguales por dentro —murmuró Ciara—. ¿Servirá esta sangre? —le preguntó a Azor.

—Sí —contestó—. Líquido vital, sangre... No importa el color.

—¿Seguro que sabes cómo hacerlo?

—¿Se te ocurre otra alternativa? —preguntó Azor. Ciara negó con la cabeza, él suspiró y examinó la urna de nuevo. No tardó en volver a hablar con su interlocutor invisible—. Necesito que visualices la runa que ha dibujado Galatea, ¿de acuerdo? Necesito que te la grabes en la memoria. —Se dirigió de nuevo a Ciara—: Todavía no hay rastro en los radares.

En los minutos siguientes Azor trabajó en silencio sobre la urna. Mojaba el pincel de Plata en la sangre del gigante y, luego, con el entrecejo arrugado y la boca fruncida, pintaba despacio sobre el cristal.

—La tengo —susurró satisfecho cuando hubo terminado. Tenía la frente perlada de sudor—. Segunda runa, Roza. Mismo proceso. Memoriza la que ha dibujado Galatea, grábatela bien, por favor.

Azor de nuevo se aplicó a la tarea, bajo la atenta mirada del resto del grupo y de Ciara. Todos seguían igual de nerviosos, a la espera. Lo único que se escuchaba en el hangar era el goteo lento de la sangre del gigante al caer del destrozo que era su cuerpo.

Gale oyó un siseo de ropa a su izquierda. Los dos adolescentes pálidos se habían movido a la vez. Sus cabezas habían girado cuarenta y cinco grados para mirar al noroeste, ligeramente levantadas. Se incorporaron en un solo movimiento, idéntico y fluido.

—¡Eh! —les llamó la atención el soldado más cercano—. ¿Qué hacéis? ¡Sentaos ahora mismo!

—Viene hacia aquí —dijeron al mismo tiempo.

—¿Qué cojo...? —Los encañonó con su arma—. ¡Ciara!

—Viene hacia aquí —repitieron. Sus voces se modulaban una a la otra, formaban un sonido único que surgía de una garganta doble.

—¿Quién viene? —preguntó Ciara. Azor había dejado de pintar para observar, atento.

—Un dios de otro cielo —dijo uno de ellos.

—Un dios de otra tierra —dijo el otro.

—¡Azor! —gritó Ciara—. ¡Pregunta a Roza si hay novedad en el radar!

Apenas tardó unos instantes en recibir respuesta:

—¡Ninguna! ¡Sigue todo despejado! ¿Quiénes son esos críos?

Los dos chicos permanecían sin reaccionar, con la vista perdida tras las paredes. Gale se preguntó también quiénes eran, perdido a su vez en los rostros gemelos. ¿De qué le sonaban? ¿Por qué le resultaban tan familiares? Ciara corrió hacia la entrada. Se volvió para gritarle a Azor:

—¿Roza está viendo el radar? ¿Lo tiene delante? ¡Contesta!

—No, no lo está viendo. ¿Qué pasa, Ciara?

—¡Agita la urna, Azor!

El hombre obedeció. El líquido de la urna se volvió de un blanco lechoso y luego se aclaró. En el agua limpia y transparente, el ojo del Chacal los observaba.

—¡Nos han vendido! —chilló Ciara—. Nos han abandonado a nuestra suerte. ¡Nos vamos! ¡Nos vamos! ¡Rápido! ¡Aléjate de la urna, Azor!

Azor soltó la urna y se movió con agilidad. Ciara empuñó el lanzaensalmos que llevaba al hombro, un escopetón tremendo en el que bullían varios sortilegios cargados. De un solo disparo fundió la urna y su contenido. Las runas que lo habían protegido flotaron durante unos instantes en el aire, como culebras ingravidas; en la distancia sonó un trueno que no era tal, sino un rugido de furia amortiguado por una distancia que menguaba.

—¡Corred! —ordenó Ciara.

Huyeron en desbandada, sin orden ni concierto. Adra se incorporó de un salto. Gale tiró de Angie, que miraba frenético a su alrededor.

Los dos adolescentes pálidos sonrieron al mismo tiempo.

—Ya viene.

SIETE

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Fuera de aquí! —Ciara gritaba y corría. Se volvió solo para dar órdenes a sus hombres—. ¡Formación en abanico! ¡Corred! ¡Corred! ¡Nos replegamos hacia el punto de encuentro Alfa Dos! ¡Si alguien queda atrás lo veremos allí!

—¿Y los especímenes? —chilló Azor. Tenía en la mano un pedazo de cristal que había sobrevivido de la urna y lo miraba con expresión confusa.

—¡Que se jodan los especímenes! —Ciara se perdió en la lejanía. Sus hombres, alborotados, avanzaban a la carrera tras ella. Uno de ellos cojeaba, maltrecho por el encuentro con el gigante azul. Su pie sangraba, pero sus ojos estaban fijos en la salida.

Entre el bullicio, Gale agarró al chico araña.

—¡Angie, levanta! ¡Levántate! —gritó. Los ojos del chico volvían a mostrar duda y Gale temió que se sumiera otra vez en esa parálisis que había frustrado el intento de fuga anterior. Pero el aullido colosal que llenó los cielos bastó para que Angie se incorporara, hecho un barullo de patas y pánico.

Gale buscó a Adra con la vista, pero no los había esperado. «Bien por ti», pensó Gale, aunque decepcionado. Tiró de Angie y siguió a los soldados, que salían a trompicones del hangar. Se repitió el aullido, aún más demoledor: era como si la realidad entera estuviera profiriendo aquel sonido temible, como si el cielo se estuviera viniendo abajo. Adelantaron al soldado que cojeaba, dejando un punteo de sangre en el suelo. Justo cuando alcanzaban la salida, el techo del pabellón se abolló con un crujido. Gale reprimió un grito.

—¡Corre, Angie! ¡Corre!

Y eso hicieron. Pisaron el asfalto de aquellas instalaciones viejas y la noche se llenó con el ruido de alas furiosas, de gimoteos demenciales, de rugidos. Algo había llegado, algo inmenso. En su huida, Gale casi pisó a una tortuga negra que escapaba, como ellos, del nudo de caos. Su concha era puntiaguda, cubierta de espinas. Gale miró al animal, perplejo, y ahora fue Angie quien tiró de él.

—¡Son venenosas! —le advirtió—. ¡No te pares! ¡No te pares!

Gale miró atrás. A través de la puerta desvencijada del hangar pudo ver a los dos gemelos. Miraban hacia arriba, inmóviles, en la misma postura que habían adoptado tras incorporarse. El techo se abrió como una cremallera sobre sus cabezas. Gale vislumbró una zarpa de una sola garra, una curva ósea afilada, y supo que nunca volvería a ver a los dos jóvenes, que nunca resolvería el misterio de su familiaridad. Miró a Angie y este le apremió con un gesto. Tenían que salir de allí.

Se empotró contra tinieblas y neblina rojiza, en dirección a la arboleda lejana que rodeaba la base aérea. La luna brillaba en el horizonte, sangrienta. El suelo retumbó cuando algo innombrable aterrizó dentro del hangar que dejaban a sus espaldas. Gale corrió, ignorando el corazón que le latía a velocidades desconocidas.

La noche era helada y húmeda, y la oscuridad parecía estar viva, ondeaba como el humo de un incendio a su alrededor. Desorientado y ya sin aliento, Gale boqueó para tomar más aire. Angie lo agarró del brazo y le obligó a detenerse.

—Sube —le dijo. Gale tardó en comprender.

—¿Qué dices?!

—Que te subas a mí —insistió Angie—. Puedo cargar bastante peso y soy mucho más rápido que alguien con dos patas.

Gale dudó. Le parecía extraño, humillante para Angie, utilizarlo de montura, pero no había tiempo para discutir. Angie se agachó y Gale se agarró como pudo a sus hombros anchos y huesudos. El abdomen era suave y brillante. Gale se reclinó sobre él, rodeándolo, en un abrazo tan íntimo como desconcertante.

—¡Sujétate bien! —gritó Angie, mientras sus patas se organizaban y arrancaban a correr a gran velocidad.

Abandonaron el asfalto y entraron de nuevo en territorio desconocido. Angie sorteaba desechos, piedras, ramas y demás obstáculos del camino con facilidad. «Es curioso —pensó Gale— que el más veloz fuera el que tenía más miedo de escapar». Entre los hierbajos y árboles maltrechos alguna flor tóxica brillaba como un pequeño faro traicionero. Despedían un perfume excesivo, sofocante. Gale notó como la humedad de la neblina le empapaba la cara, ¿o estaba llorando sin saberlo?

Apenas llevaban unos minutos en movimiento cuando Angie aminoró la marcha; frenó con cuidado para no caer sobre el terreno, resbaladizo de humedad. Gale también lo escuchó: pasos entre la vegetación. ¿Sería Adra? ¿Alguno de los hombres de Ciara? Escuchó rugidos nuevos en algún punto indeterminado de los alrededores. Y justo cuando Angie iba a echar a correr de nuevo, algo cayó a plomo frente a ellos, bloqueando su camino.

Era la parte superior de un hombre partido en dos. Todavía estaba vivo. La cabeza balbuceaba entre los restos del casco despedazado, como si rezara. Gale reconoció en él al hombre que cojeaba. «Al menos ya no le dolerá el pie», pensó, y se horrorizó ante su propio humor negro. El rugido sonó a su espalda. Angie se giró despacio, con Gale a cuestas.

«Maldita sea mi suerte», pensó Gale e intentó tragar saliva. No le quedaba.

El Chacal era un alud de carne temblorosa, un cruce desproporcionado entre lagarto y coyote, entre pesadilla y delirio. Tenía dos pares de alas, uno enorme, el otro minúsculo, y múltiples patas cortas, de insecto. Ambos flancos del engendro estaban rodeados de brazos retorcidos rematados por una única garra. Donde debía estar su cabeza había un tajo sanguinolento, lleno de velos de carne, cartílago y venas tronchadas. En su lomo, entre las dos alas principales, había un largo tentáculo bamboleante, como un intestino desnudo, de cuyo extremo asomaba una cabeza diminuta de ojos imbéciles. Sus facciones eran una mezcla nauseabunda de reptil y anfibio, de hiena y cuervo. Gale comprendió que aquella no era su cabeza original. Era un parche, algo que había hecho crecer para sustituir la cabeza perdida.

—¡Corre, Angie! ¡Corre!

Antes de que el chico araña pudiera reaccionar, el Chacal se precipitó hacia delante y se convirtió en una sombra apenas visible, una montaña

acelerada. Una corriente de aire pútrido pasó sobre ellos. Se escuchó el estruendo de árboles que se venían abajo; se oyeron detonaciones, un ruido exagerado que era al mismo tiempo una explosión y un grito de agonía.

Una sombra se deslizó en las tinieblas y fue en su dirección. Una letanía de disparos rompió la noche. El Chacal bramó y Gale se pegó más al abdomen de Angie.

—¡Gale! —llamó la sombra.

Era Adra. Bendita y loca Adra. Salió de entre los árboles como una visión prodigiosa.

—¡Venid conmigo, vamos! —les gritó—. ¡Vamos! ¡Por aquí!

Angie avanzó junto a Adra, con Gale a cuestas. Los guiaba sin dudar, como si la noche fuera día para ella. Indicó que se detuvieran. Alguien corría a unos metros de distancia, una sombra nueva que iba a su encuentro, que disparaba hacia atrás enloquecida. Era otro de los soldados de Ciara. Había perdido el casco y su rostro mostraba una expresión aterrorizada. Uno de sus brazos terminaba en un muñón desgarrado. No esperaba a Adra. La joven saltó hacia él en un movimiento tan fluido como contundente. Solo necesitó un momento para romperle el cuello. Tomó el arma.

—Vamos, vamos, vamos...

Avanzó sigilosa, la cara contraída en un gesto de concentración intensa. Los rodeaba un caos de gritos y detonaciones de baja intensidad, quizá disparos de arma de fuego, quizá ensalmos. Adra resoplaba delante. Gale la veía mascullar entre dientes, pero era incapaz de entender lo que decía. Parecía estar contando. La oscuridad se les echaba encima, tintada de rojo. La neblina redoblaba su esfuerzo por cercarlos.

Adra se detuvo sin aviso y Angie casi chocó contra ella. Masculló un «perdón» educado, pero Adra no le prestaba atención. Miraba a lo lejos, más allá del follaje.

—Errantes —murmuró—. El ruido los ha atraído. Vienen hacia aquí. Son centenares.

—¿Qué son errantes? —preguntó Gale, otra vez.

Para su sorpresa, fue Angie quien contestó.

—Muertos que están vivos —dijo en un susurro—. Todo lo que matan se une a ellos. Es como un hormiguero, un enjambre que crece con cada nueva

víctima. Da igual lo que sea, da igual lo que se lleve por delante: animales, hombres, monstruos... Todo se convierte en parte de él. Todo forma parte de él.

El resumen de Adra fue bastante más dramático. Señaló hacia el frente con la barbilla.

—Es eso.

Gale suspiró. Estaba cansado; cansado de tener miedo, cansado de huir. Ni siquiera la adrenalina lo sostenía ahora. Luego recordó el búnker donde había permanecido encerrado tantos años. Por lo menos había escapado. Era libre; aunque fuera a morir en los próximos minutos, era libre. Al menos había conseguido eso. Al menos había escapado de las garras de Klaus. ¿Qué sería mejor?, se preguntó: ¿ser despedazado por el Chacal o pasar a formar parte de una mente colmena? Se encogió de hombros. Tanto daba.

Una horda de siluetas negras apareció a unos metros de distancia. Por un momento creyó que una nube de luciérnagas volaba a su encuentro. Pero no era así.

Eran los ojos de aquellos seres. Ojos incendiados. Ojos brillantes. Ojos hambrientos.

OCHO

El fulgor se acercaba como una ráfaga de disparos lentos.

Adra levantó el arma y abrió fuego. El tableteo de su fusil se unió a la cacofonía que envolvía la noche; las balas levantaban polvo, carne y ruido; abrían agujeros grotescos en la formación de la manada errante.

—¡Por aquí! —gritó. Disparaba a una mano. Se volvió y echó a correr entre árboles raquíuticos.

Gale y Angie tardaron en reaccionar. Las tinieblas se despejaban y mostraban la vanguardia de errantes: un caos de distintos cuerpos de diferentes criaturas, la mayoría en estado avanzado de descomposición. Había seres humanos allí, animales y demonios, una multitud silenciosa que mostraba al mundo sus colmillos y aguijones, sus zarpas y sus entrañas, sus cornamentas y su carne estragada. Aquella maraña de muerte viva estaba cubierta por una película líquida, un cruce entre rocío y sudario que caía como un cortinaje raído sobre sus cuerpos. Se movían de forma dispareja: unos se arrastraban, otros cojeaban. Lo único que se movía en sincronía en aquel espanto múltiple eran los ojos (ojos grandes, pequeños, como tajos, como bocas, ojos sangrientos, esmeralda, amarillos...). Y ahora todos esos ojos estaban clavados en ellos.

Gale pensó que aquello no ocurría, que era una maldición echada a otras dos personas, a otro pobre prisionero vestido de oscuro y a un chico araña al que nunca había conocido. Esas dos personas miraban hipnotizadas a la multitud de engendros que se aproximaba.

Apretó los dientes e hizo un esfuerzo por volver a la realidad.

—¡Corre, Angie! —gritó—. ¡Sácanos de aquí!

Este sacudió la cabeza en algo que pudo ser una negativa, pero obedeció la orden. Gale se aferró a sus hombros. El cuerpo de Angie se tensaba, espoleado por la adrenalina. No miró atrás.

Adra era un relámpago acelerado. Gale supuso que, de haber querido, la joven se habría puesto a salvo con facilidad; solo hacía falta ver cómo se movía para comprenderlo. Pero aflojaba el paso para que pudieran darle alcance. «No solo la alcanzaremos nosotros —pensó Gale—. También los errantes. Y el Chacal». Resopló. ¿Cómo se suponía que iban a salir vivos de allí? Gale daba por sentado que, en el gran orden de las cosas, su existencia no importaba nada. Pero le tenía bastante cariño a su vida, por desagradable que hubiera sido hasta ahora.

«Qué tontería», se dijo. Como si en este mundo hubiera un gran orden de las cosas.

—¡Por aquí! —gritó Adra. Frenó en seco y cambió de rumbo. Gale vio en la distancia el brillo turbio de los ojos de más errantes. También se aproximaban desde aquella dirección. «¿Mis ojos brillarán así cuando muera y me una a ellos?», se preguntó. ¿Seguiría sintiendo, pensando, sufriendo, una vez su conciencia fuera una con aquella masa?

Un rugido poderoso les heló la sangre y un pedazo de noche alzó el vuelo. Elevaron la vista al unísono mientras los árboles quebradizos pasaban veloces a su alrededor. Era el Chacal. ¿Se marchaba? ¿Buscaba nuevas víctimas desde el aire? Varias figuras se precipitaron desde la sombra alada. Gale entrecerró los ojos. Eran errantes, pedazos desgajados de la manada, trozos de carne que caían desde las alturas. ¿La habían emprendido también con aquel monstruo? Sería una adquisición magnífica para la criatura múltiple, eso desde luego. Más sombras se destrozaron contra el suelo y contra los árboles. No lo iban a tener nada fácil para hacerse con ese manjar.

Adra se detuvo de nuevo. Se arrodilló, con una mano en el pecho y los ojos cerrados. Luego echó a correr en una dirección totalmente diferente. Angie y Gale vieron una figura clavada a un árbol, empotrada en él; era apenas un manchón en la corteza. Gale se aferró más fuerte al cuerpo de Angie. Avanzaban a toda velocidad.

Los árboles desaparecieron y el terreno cambió; el suelo se llenó de una gravilla carmín, molesta y resbaladiza. Adra soltó un improperio. Tenían a

varios soldados de Ciara ante ellos. Eran seis: uno de ellos estaba postrado en el suelo y se sujetaba el pecho con las manos mientras hilachas de sangre escapaban de entre sus dedos. Los demás apuntaban hacia la izquierda, hacia el caos de siluetas que se aproximaba desde allí. A Adra tan solo le dedicaron un vistazo rápido, suficiente para comprender que no era una amenaza. A su derecha el terreno se cortaba y daba paso a un talud de unos cinco metros de altura; de su pendiente emergía una maraña de raíces como serpientes momificadas.

El Chacal gritó en los cielos. Los errantes avanzaban veloces. Había dos grupos principales: el que se aproximaba hacia los hombres de Ciara y el que los perseguía a ellos. Iban demasiado rápido, hasta para Angie. Gale comprendió que no tenían escapatoria. Daba igual cuánto corrieran, los iban a atrapar. Un pájaro de pico largo y azul despegó de repente de un árbol cercano, huyendo de la amenaza, y a Gale se le aceleró aún más la respiración; sintió que los testículos se le encogían. Los errantes continuaban su marcha silenciosa, ni siquiera se oían sus pasos. Muchos arrastraban tras de sí lo que en el pasado habían sido sus entrañas y que ahora no eran más que cordajes secos y polvorientos. ¿Cómo se movían tan rápido?

Los hombres de Ciara abrieron fuego. La propia Adra lo hizo, pero las balas no conseguían frenar a aquel batallón de engendros. Por muy mutilados que estuvieran seguían avanzando. Eran imparables. Adra dejó de disparar y alzó la vista, como si buscara inspiración en la luna ardiente que se dejaba ver en las alturas. En su rostro había una inquietud que Gale desconocía. Puso una mano en el hombro del chico araña.

—Marchaos —les ordenó—. Huid todo lo rápido que podáis y dejad siempre la luna a vuestra derecha, ¿me entendéis? Seguid esa dirección sin desviaros y llegaréis a Testamento. Buscad a Jezek Darby. ¿Me habéis oído? ¡Jezek Darby!

—¿Y tú qué vas hacer? —le preguntó Gale.

Adra gruñó.

—Voy a perder la calma.

—¿Qué significa eso? —preguntó Gale.

La joven lo ignoró y palmeó el abdomen de Angie, como si fuera un caballo cualquiera.

—¡Corred! —gritó—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Corred todo lo que podáis! ¡Y no miréis atrás!

La maraña de errantes se cernía sobre ellos. Adra se giró despacio. Angie corría veloz, un caos de patas que iban tan rápido que parecían no estar unidas al cuerpo. Gale no cumplió la última orden de Adra. No entendía qué estaba pasando y no apartó la mirada de ella. Sí, sí que pensaba mirar atrás, todo el tiempo que pudiera. Necesitaba saber qué ocurría.

Adra se encogió sobre sí misma y profirió un grito de dolor. Luego volvió a incorporarse, de golpe. Creció. Era imposible, pero había doblado su tamaño. Sus brazos se alargaron y se partieron en dos con un nuevo alarido de dolor, se abrieron formando extremidades extra. Sus manos, pequeñas, duras, ahora eran garras. Su espalda se ensanchó y las ramificaciones de hueso que brotaban de su carne rasgaron su mono de prisionera. Gale vio que las vértebras-rama que surgían de su columna formaban espinas largas y afiladas. Al final de su espalda, el coxis desgarró la piel blanca y una cola interminable de hueso se desenrolló en busca de la libertad.

—Es una contaminada —murmuró Gale, más allá de la sorpresa.

La vio saltar hacia delante, transfigurada en torbellino, y arremeter contra la línea de errantes que ya llegaba. Luego la noche se cerró sobre ella. Gale no apartaba la mirada de la oscuridad, agarrado a Angie como podía. Los disparos de los hombres de Ciara dejaron de oírse y comenzaron los gritos.

No llegaron muy lejos.

La sacudida y el alarido de Angie fueron consecutivos. Ambos rodaron por el suelo. Gale dio con su cara contra el terreno y se revolvió entre raíces medio desenterradas. Angie hipaba y gimoteaba un poco más adelante, con los ojos muy abiertos. A sus espaldas, el griterío continuaba.

Gale se arrastró hacia el chico araña.

—¿Cómo estás? —le preguntó—. ¿Puedes levantarte? ¿Puedes seguir?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé —gimió Angie—. He tropezado con una de esas dichosas raíces. —Se agarró una pata e hizo una mueca. Intentó incorporarse, pero otras dos patas cedieron y cayó de nuevo.

Se hizo el silencio tras ellos.

Y entre el silencio, un siseo. Luego el sonido de un trote acelerado, de zarpas que partían raíces a su paso.

Gale se giró despacio.

La oscuridad se abrió a su espalda. Una forma se catapultó en su dirección. Era enorme. Corría a cuatro patas. No: corría sobre dos patas y dos brazos. Otras dos extremidades estaban extendidas hacia él. Su rostro era una premonición.

Era Adra. Solo que no lo era. Los ojos, ahora de un turquesa extraordinario, centelleaban rabiosos. No había nada racional tras ellos, no había nadie detrás. Gale, casi por impulso, se levantó y se interpuso entre Angie y aquello que llegaba. La idea de huir se le pasó por la cabeza, pero la hizo a un lado.

Era difícil reconocer a Adra en aquella cosa. La nariz era larga, imponente: un hocico huesudo o, tal vez, un pico. La piel seguía en movimiento, como si la anatomía que ocultaba debajo todavía estuviera reacomodándose. Sus mandíbulas estaban sembradas de filos, sus ojos resplandecían y sus mejillas, rotas, palpitaban. El pelo rubio de la joven ahora era oscuro, tiniebla, y se retorció con vida propia. Los mechones, negros como petróleo, caían sobre sus hombros y se enredaban en sus brazos y en sus senos. Rugió, parada a unos metros de distancia. Su lengua era bífida.

—Adra, ¡somos nosotros! ¿No nos reconoces?

La criatura alzó su zarpa izquierda, un racimo tajante del que todavía pendían jirones de carne. Aulló y saltó hacia ellos.

—¡Adra! —gritó Gale.

El golpe fue brutal, una acometida salvaje. Gale dio un paso atrás. «Esa es mi sangre —pensó en un delirio—. Todo eso es mi sangre». El mundo era rojo y nebuloso bajo la luna.

Luego se volvió negro.

LIBRO III

TESTAMENTO

PRÓLOGO

Lock teme por Nadissa, por Bennet y por el cuaderno. La tierra es un tiburón; la tierra les da caza.

Se abomba y quiebra tras ellos, marca el trayecto del horror que los persigue. Lock hace un esfuerzo por mirar atrás y lo consigue a duras penas: el pánico domina su cuerpo. De los catorce que escaparon, solo quedan siete. Corren por una llanura pedregosa y cuarteada, lejos unos de otros, como si esa distancia les diera oportunidades de sobrevivir. Se abren grietas en el suelo, la arenisca forma remolinos entre las hendiduras. Aletas puntiagudas rompen la tierra en su persecución, aletas de color medianoche que llevan sus nombres como lápidas.

Busca a Nadissa y durante unos instantes terribles no la ve. Luego la descubre, envuelta en su velo gris: ve los mechones cobrizos que escapan y le cubren la cara. Corre a su izquierda, lejos, a casi treinta metros de distancia. Entre ellos está Bojan. Mientras mira, el hombre, agotado, cae al suelo. Lock grita, le pide que se levante, pero Bojan se despide con la mano: un sigue adelante, un no es culpa tuya. Lock se obliga a seguir mirando. Sí, sí, sí, sí es su culpa. Él, Lock, les dio esperanza. Él es el idiota, el imbécil. Se creía el más listo y les dio una salida. Morirán todos y él es culpable.

Le toca a Bojan. El horror enfila hacia él. Surge de las profundidades y arrastra polvo y roca. Es una criatura cenicienta que parece mezcla de carne y mineral, con las aletas en escala en su lomo. Se lanza hacia el caído. Es un relámpago hambriento. Abre las fauces —son como diamantes, espejos en violeta—, las cierra. Bojan ya no está.

Lock corre. No puede hacer otra cosa. ¿Es mejor acabar así, devorados, o continuar siendo esclavos de Malachy en la Madriguera? Bojan siempre dice (¡decía!) que Malachy está loco, que ha hecho de la demencia un arte. Vivir bajo su imperio era insoportable. Una pizca de poder, una pizca de oscuridad, una gran pizca de miedo: así se creó el tirano perfecto.

«Sácanos de aquí —le había pedido Nadissa, esta vez de palabra, no con los ojos como lo hacía siempre—. Da igual lo que nos pase. No aguantamos más. Mejor enfrentarnos al exterior que seguir viviendo con Malachy».

No sabe si el bebé es suyo, de Malachy o de cualquiera de los que la han violado en los últimos tiempos. Es algo cotidiano allí abajo: nadie está a salvo de los amos de la Madriguera, da igual la edad, da igual el sexo. Es uno de los peajes que hay que pagar por la protección de los bárbaros. Él tampoco se ha librado: la última vez que tuvo que pagarlo fue el día en que Malachy volvió a escoger a Nadissa para sus juegos. No pudo evitar que el odio que sentía por aquel hombre, por aquel monstruo, se le notara en la mirada. Malachy decidió cambiar de víctima. «Os quiero a todos. A todos por igual», dijo la bestia. El sudor brillaba en su calva rapada de infante mal construido. Nadie hizo nada. Él tampoco, porque resistirse era una condena a muerte. Malachy violó a Lock y luego lo molió a golpes. Cuando se marchó, Bennet y Nadissa se acercaron y lo abrazaron tan fuerte que le hicieron daño. Pero no se quejó. Los necesitaba cerca. Ese dolor era bueno, ese dolor sanaba.

Accedió al ruego de Nadissa. Los lideraría hacia la libertad. Como habían hecho en las leyendas los héroes de otros tiempos. Estaba en el cuaderno: Gremio le había hablado de pueblos antiguos a los que un dios sin escamas, dientes ni tentáculos guiaba por el desierto.

Alguien grita. Decide no mirar. Es otra persona que confió en él y ahora es pasto de monstruos. ¿Cormac? ¿Siena? Otra pérdida. Las aletas siguen su marcha, cortan el terreno como si alguien lo serrase desde abajo. De cuando en cuando aparece un lomo gris entre la nube de polvo que se ha formado en la superficie.

Frente a ellos, a lo lejos, en la oscuridad de la noche turbia, tintada por los púrpuras de la luna contaminada, se vislumbran varias colinas de diferentes tamaños. Asoman entre las sombras como cabezas de gigantes

cortadas por la mitad, pilas ciclópeas de morado podrido. Una de ellas se adivina enorme.

¿Por qué ha accedido a guiarlos? ¿Por qué ha creído en la ridícula posibilidad de que exista una tierra prometida? No recuerda quién fue el primero que habló del oasis del norte, un lugar donde las bestias no osaban acercarse. Pudo ser Gremio: era el más anciano del lugar, tanto que recordaba el día en que los monstruos llegaron por las brechas del cielo. Los entretenía con las historias de la era del hombre. Hablaba de los automóviles y los aviones, de las redes que comunicaron todo el orbe, de la luz eléctrica, de las salas de baile, de bebidas refrescantes... Les hablaba del cine, de las películas, de los héroes. De Bogart, de Conan, de Espartaco, de Mickey el Ratón... Y todo eso Lock lo apuntaba en su cuaderno, con los pedazos de esquisto negro que arrancaba de las paredes de la cueva. Su padre le enseñó a leer y a escribir mucho antes de acabar con Malachy bajo tierra. «Aquí estaremos a salvo», le había asegurado. Su padre murió en un derrumbamiento poco después. Todos morían. Todos acababan muriendo allí abajo, tarde o temprano. El propio Gremio cayó. Malachy le aplastó la cabeza con una roca cuando ya no pudo cavar más. En la Madriguera no había espacio para luz ni salas de baile ni bebidas refrescantes. Y no había héroes. Solo Malachy y sus hombres y el hambre y la violencia caótica, inesperada, que respiraban como el oxígeno escaso de los túneles.

Alguien. Alguien le habló de un lugar maravilloso donde los monstruos no se atrevían a entrar. Una tierra limpia en la que los hombres podían salir adelante sin jugarse la vida a cada segundo. Había una leyenda extraordinaria, fantástica, sobre un avión que despedazó a una de las grandes mascotas de los leviatanes. Según se contaba, las demás criaturas no se acercaban a sus restos, como si aun ellos guardaran reverencia por un camarada caído o —qué absurdo— respetaran el coraje de quien derribó al engendro. Él lo creyó, porque necesitaba creer en algo.

Pero con su fe Lock los ha condenado a todos. Cómo se ha dejado engañar. En este mundo no hay nada que se pueda parecer remotamente a un lugar seguro.

La muerte de Gloria fue la gota que lo desbordó todo. Malachy y sus hombres siguieron su costumbre macabra y la devoraron cuando comenzaron a

hacerse notorias las señales de su embarazo. Las pócimas que le dieron las viejas para que abortara no sirvieron de nada. Casi nunca servían. Algunas de las mujeres se provocaban el aborto a golpes. Otras saltaban desde una pasarela.

«Sácanos de aquí», dijo Bennet, con lágrimas en los ojos. Lloraba por la muerte de Gloria y porque sabía que Nadissa sería la próxima. «Te seguiremos donde vayas, Lock. Lo sabes. Hasta la misma muerte si es preciso, pero sácanos de aquí».

Y aceptó.

La noche púrpura parece un hematoma en la piel del mundo. Corre, Lock. Corre Nadissa, corre Bennet. Corre Siena, corre Cormac, corre Deva. Ya lo sospechaba, pero ahora lo ve: las colinas a las que se acercan no son colinas, son montículos de carne, pedazos de uno de los grandes engendros que llegaron a la tierra hace ya cincuenta años. De uno de los promontorios de carroña surgen espinas, grandes como catedrales, oscuras y puntiagudas, extrañamente bellas. Mira a su izquierda. Necesita comprobar que Nadissa está bien, que Bennet sigue vivo. A él lo ve correr adelante. Siempre es el más rápido. Pero Nadissa se ha quedado muy atrás. Ha caído de rodillas. Justo frente a ella hay un árbol retorcido que parece el esqueleto de un demonio de brazos múltiples. El árbol susurra palabras que Lock no puede oír, pero que mantienen hechizada a la mujer a la que ama, a la madre de un niño que será suyo, sea de quien sea en realidad. Se arranca la camisola e introduce la tela en sus oídos mientras retrocede hacia el árbol. Cuando le faltan apenas veinte metros, la tierra se abre y un ser de cuarzo y tendones se precipita sobre Nadissa y la despedaza a ella y al árbol que la ha condenado. Acaba rápido, pero, por mucho que viva, esos segundos permanecerán grabados en su memoria para siempre. Bennet se ha detenido y mira. La mueca en su rostro no se parece a nada que Lock haya visto.

No lo soporta. Se deja caer. Que acabe ya, decide, se irá con Nadissa. La seguirá hasta la muerte, hasta más allá si es preciso. Alguien lo llama — ¿Bennet? ¿Puede hablar, después de esto? ¿Le quedan palabras?—, pero no presta atención. No quiere seguir huyendo. No hay salida. Bennet también morirá. Le parece escuchar a Siena a lo lejos: ella también morirá. La tierra se abre en canal a escasos metros de donde Lock aguarda el final. Llueven

pedras. Se alzan serpientes en el cielo. Forman parte de un horror mayor: un cúmulo de tierra, cristal, huesos y lo que parecen cadáveres amalgamados. Da la impresión de que emergen del mismo centro del planeta. El monstruo tarda una eternidad en erguirse. Cuelgan racimos de perlas orgánicas de su delantera, brillan bajo la luna enfermiza como si estuvieran repletas de agua. Hay decenas de bocas abiertas en su superficie.

«Mátame, mátame, llévame con ella».

Pero no lo hace. Las serpientes intentan aproximarse desde el aire, pero en el último momento se echan hacia atrás. Lock se levanta, se tambalea. El monstruo retrocede. Brama. El monstruo tiene hambre, pero no quiere estar allí.

—¡No!

La criatura desaparece en el subsuelo en una nueva explosión de roca y tierra.

—¡No! ¡Vuelve! ¡Vuelve aquí! —grita Lock, fuera de sí—. ¡Cobarde, vuelve aquí!

Lo ve marchar y cae de rodillas de nuevo. A lo lejos, en la distancia, las montañas aúllan.

Como si despertara, mira a su alrededor. Alguien se acerca. Es Bennet, el chico apenas adolescente al que Nadissa y él tanto han querido, al que se abrazaron en la oscuridad de la Madriguera. Detrás viene Siena. No hay más supervivientes y no hay monstruos que los acechen, solo la luz lavanda de la luna. Bennet se deja caer a su lado y ambos miran el mismo punto, la misma mancha de sangre y carne que fue Nadissa. Se dan la mano, en silencio. Siena permanece en pie, un poco retrasada, como si no quisiera molestar.

Lock contempla el lugar a donde han ido a parar, este lugar nuevo del que hablaba, quizá, Gremio. No siente nada. Solo vacío. Han llegado a la tierra prometida, pero él está vacío. Nadissa se ha ido y eso no podrá superarlo: no es posible volver a la vida. Bennet le aprieta la mano y lo contempla con una seriedad pavorosa, con sus grandes ojos azules de creyente.

Están condenados. Todos lo están.

Abre su abrigo viejo, raído, y saca el cuaderno de debajo de su camisa, acaricia sus cubiertas y lo agarra con afecto. Extrae de su bolsillo un pedazo de carbón y acude a la última hoja, donde apuntó los nombres de los miembros

de la expedición. Comienza a tachar, apenas puede contener el temblor de sus dedos. Solo quedan tres nombres: Lock Rocal, Bennet Europa, Siena Dahl.

Mira alrededor de nuevo y decide que este es un buen lugar para escribir una última nota sobre el hombre y su final.

Un buen lugar para empezar un testamento.

UNO

La mujer que le abrió la puerta estaba desnuda.

Tenía la piel oscura, del color de algo apetitoso; joven y hermosa, como era de esperar. Adra se llevó la mano al pecho en un acto inconsciente de comparación. Una cadena de plata colgaba entre los senos de la chica. De la cadena pendía un unicornio diminuto, con ojos de amatista.

—Estoy buscando a Décima —dijo Adra. Intentó controlar su irritación. Las manos se le movían solas, las abría y las cerraba una y otra vez.

La joven la examinó con desprecio e hizo ademán de cerrar la puerta. Adra se le adelantó, y metió el pie y el codo con rapidez. Sentía bullir una furia fría, un enfado muy particular que solo la asaltaba en ese umbral. Maldita, maldita fuera Décima diez veces.

—¡Oye! —gritó la desconocida.

Adra la empujó y se abrió paso. Habría preferido no entrar y quedarse de manera perpetua en ese espacio extraordinario que era cualquier lugar que no contuviera a Décima pero, como solía ocurrir, las circunstancias se imponían a sus deseos.

La entrada a las dependencias de su vecina seguía como de costumbre: atestada de objetos, a cada cual más variopinto y curioso. Eran recuerdos de sus viajes en la Mordisco, algunos en tan mal estado que daba pena verlos. Eso a Décima poco le importaba: para ella todo era valioso, hasta la cabeza apolillada de ciervo que presidía una pared, la esfera de cristal donde nevaba si la sacudías o los portarretratos deslucidos de gente que llevaba más de cien años muerta... En Testamento solo había una persona que pudiera rivalizar con

aquella colección de reliquias: el mismísimo duque. Décima era una de sus mejores proveedoras.

Adra la llamó a gritos.

—¡Décima! ¿Dónde estás?

Intentó avanzar y la chica la aferró del brazo.

—¡Pero dónde vas! ¿Quién te crees que eres para entrar así?

—Alguien armado. —Le enseñó la pistola que llevaba al cinto, hasta ahora oculta bajo la capa. Era una de las armas de los hombres de Ciara—. Y no es aconsejable tocarle las narices a alguien que va armado.

La chica la soltó al momento y retrocedió. Llevaba sandalias de tacón alto, de aguja. Que Adra supiera, antigüedades como aquellas ya solo se conseguían en Malparaíso o en los burdeles flotantes. La desconocida se había preparado a conciencia para lucirlos: llevaba las uñas de los pies pintadas de granate y anillos plateados en los dedos.

—¡Décima! —Esta vez fue la joven quien la llamó. Miró de reojo hacia la cortina de brocado que separaba el corredor de entrada de la estancia principal. La preocupación en su voz era evidente. Adra casi sintió lástima por ella.

Se oyeron pasos tras el cortinaje. Este se hizo a un lado y apareció la dueña del lugar, sonriente, con una copa de licor ambarino en la mano. Adra pensó que al menos estaba vestida, benditas fueran las pequeñas misericordias del destino. Décima se acercó despacio. Con gesto teatral, se apartó un mechón errante y rojo de la cara. Por un segundo quedó a la vista el destrozo que era su oreja izquierda.

—La pobre chica no tiene la culpa de tu mal humor —dijo Décima—, no lo pagues con ella.

—La pobre chica... —refunfuñó Adra—. Ni siquiera recuerdas cómo se llama.

—Selena o algo parecido. ¿No es así, bonita?

—Andrea —soltó la otra, con voz herida.

—Un nombre precioso. —Décima sonrió a la joven—. Ha sido un placer conocerte, Andrea. Ahora recoge tus cosas y márchate, por favor. Tengo visita.

La chica se envaró en el sitio, incómoda. Frunció el ceño, resopló y desapareció veloz por la cortina. Adra y Décima se miraron en un silencio

absoluto, separadas por apenas tres pasos. Su vecina la observaba burlona, como siempre miraba ella. Adra pensó que aun ante la muerte se mantendría con esa misma media sonrisa, ladeada e inconsciente.

Décima se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo corto; al hacerlo, el chal con el que se cubría se deslizó, dejando al descubierto uno de sus hombros anchos, blancos y pecosos. Décima era un monstruo de mujer, más alta y fornida que cualquier hombre que Adra hubiera visto. Y, sin embargo, su piel pálida, estrellada de pecas, era de una delicadeza extraordinaria, hasta tierna. Al otro lado de la cortina se escuchó el ruido de algo que se rompía: un jarrón, una estatuilla o cualquier otro de los múltiples adornos del dormitorio de Décima. Ninguna de las dos se inmutó, pero a Adra le pareció ver, durante medio segundo, una sombra de turbación en su vecina.

Andrea regresó, vestida al fin. Calzaba botas viejas y sucias, y llevaba las sandalias de tacón entre los dedos de una mano. Tenía todo el aspecto de alguien que quiere estar cuanto antes en otro lugar. Cuando puso una mano en el picaporte, Décima la detuvo:

—Deja el colgante aquí, si eres tan amable.

—Creía que era un regalo —dijo ella.

—No hago regalos. Solo era un préstamo para una situación muy concreta. Quítatelo, por favor.

La joven no replicó. Se sacó el unicornio por encima de la cabeza y lo dejó en una mesita de ébano, sobre un plato repleto de monedas y piezas de relojería. Luego se marchó y se llevó consigo su pecho perfecto y sus uñas pintadas. El eco del portazo que dio al salir tardó en apagarse.

Envuelta en el silencio tenso y ridículo que siempre acompañaba a sus encuentros con Décima, Adra pensó que preferiría que le atravesaran una pierna con un hierro candente que pedirle algo. Pero no le quedaba alternativa.

—Necesito tu ayuda.

—Hola, querida —dijo Décima y le sonrió. Se le marcaron las comisuras de los labios bajo los pómulos, como si nunca hubiera matado una mosca. Como si nunca hubiera mutilado a nadie ni arrancado un corazón a cuchilladas —. Tienes mal aspecto, ¿no has dormido bien?

—No tengo tiempo para tus tonterías —soltó Adra—. Necesito que me ayudes.

—Ya, ya, eso ya lo he oído. Sabes que lo haré. —La sonrisa casi se convirtió en carcajada—. ¿Qué quieres de mí, Adrastea?

—Ven a mi casa. Es importante.

Décima se acercó a una distancia peligrosa. Adra contuvo la respiración. Frente a frente, su vecina le sacaba casi medio metro. De acercarse un paso más, tendría la cara enterrada entre la tela que cubría su pecho. Décima se inclinó y Adra encontró su rostro anguloso casi en la cara, su mandíbula poderosa a apenas unos centímetros. En un movimiento veloz y seguro, podría recurrir al beso o al degüello.

Décima se lo puso fácil:

—¿Quién se muere esta vez?

* * *

La buhardilla de Adra quedaba justo sobre las dependencias de Décima y, aunque compartieran edificio, poco tenían que ver entre ellas. El cuarto de Adra era una ratonera, mientras que su vecina tenía tres habitaciones para ella sola, todo un lujo en Testamento. Transportar bienes de bastión en bastión era arriesgado, pero muy lucrativo, y a Décima siempre le había gustado hacer ostentación de su riqueza.

Subieron con premura los peldaños sucios que comunicaban las dos plantas. La luz turbia que se colaba por los ventanucos era todavía escasa, pero las luciérnagas de los quinqués, como cada amanecer, se habían apagado ya. Las sombras de las dos mujeres eran charcos viscosos que las precedían en las escaleras.

Adra dio un golpe seco en el vértice superior izquierdo de su puerta, que se abrió con un sonido quejumbroso de madera vieja. La hoja no terminaba de encajar y Jezek no hacía nada por arreglarla. «Adra, mi preciosa Adra —dijo la última vez, con ese tono meloso tan suyo—, ¿el mundo se desmorona y tú quieres que me ponga a arreglar puertas? Anda, no me jodas y disfruta del apocalipsis».

Era la primera ocasión en meses que Décima entraba en su habitación. Esta, escasa y asfixiante, era una oda al desorden, como la vida de Adra en

general, como el mundo entero a fin de cuentas. En las dependencias de su vecina, cada objeto y recuerdo tenían un lugar asignado; en el cuarto de Adra todo era caos. Ahora, además, contenía a un chico araña atemorizado y a un joven al que había matado una vez y resucitado dos.

Gale estaba tirado en la cama revuelta, desarropado. La herida abierta, roja y horrible, le nacía en la base de la garganta y llegaba hasta cerca del ombligo. Era un rayo de carne, un trazo sangriento. El poder de Adra no curaba las heridas a quienes resucitaba, de eso se encargaba la transformación. Pero Gale tampoco había cambiado en esta ocasión. No por entero, al menos. Adra evitó mirar la garra que surgía de la muñeca derecha del muchacho.

—¿Tienes nuevos amigos? —le preguntó Décima. Ahora no había burla en sus palabras, solo curiosidad. Y cierta sorpresa.

Adra decidió ignorarla.

—¿Más convulsiones? —le preguntó Adra a Angie.

El chico araña se había replegado a una esquina del cuarto e intentaba hacerse invisible contra la pared. Todavía la contemplaba espantado. Ella lo entendía: la había visto perder el control, había visto en lo que se había convertido y de lo que era capaz.

—No desde que te fuiste —contestó, casi en un susurro. Miraba acobardado a la recién llegada. No era para menos: Décima parecía concebida para impresionar (y eso que no llevaba ni sus armas ni su coraza). Adra sabía que antes de transportar cargamentos se había dedicado a labores más oscuras, pero nunca había querido preguntar.

Décima señaló hacia Gale con un movimiento de barbilla.

—¿Qué le ha pasado al chico?

—Yo —contestó Adra.

—¿Lo atacaste o...?

—Perdí el control, lo maté y luego lo resucité. Por segunda vez. —Miró de reojo a Décima y a punto estuvo de sonreír al ver su expresión de asombro—. No hay tiempo para detalles. Tengo que encontrar a Jezek y no me atrevo a dejarlos solos. Gale tiene ataques, cada vez más frecuentes. ¿Puedes ocuparte de él? Evita que se trague la lengua y todo eso.

Décima no contestó, pero, por su gesto de resignación, Adra supo que se quedaría.

—¿Jezek no está abajo?

—No ha dormido en su cuarto —dijo Adra.

—Qué cabrón. Ya sabes dónde está entonces.

—Prometió no volver a hacerlo.

—¿Lo creíste? No eres tan ingenua, Adrastea.

Adra se mordió la lengua. Décima era la única persona que la llamaba así. Lo hacía, por supuesto, porque sabía que la sacaba de quicio. Intentó calmarse. No podía empezar una discusión ahora: la necesitaba.

—Puede que lo sea. Dicen que me parezco mucho a mi padre. Y en este mundo no ha habido nadie tan ingenuo como él. —Con esfuerzo, extrajo la manta de debajo del cuerpo de Gale y consiguió arroparlo con ella—. ¿Te encargarás de ellos?

—Lo haré, sí. Una vez más, vengo a salvarte el culo. Pero luego espero muchas explicaciones.

Adra asintió, distraída. La mirada se le escapó de nuevo hacia la garra. Era curva, de unos veinte centímetros, y nacía a mitad de la muñeca de Gale. Lo que antaño fue una mano ahora era un muñón arrugado, casi consumido, oculto por la garra. Apareció poco después de que lo resucitara por segunda vez: su mano se marchitó a ojos vista mientras aquella formación ósea crecía de su carne, milímetro a milímetro, cubierta por una telaraña de materia orgánica que al final se desprendió de ella como una piel vieja. A excepción de su tamaño, era idéntica a la del Gale de la visión provocada por el Chacal.

Recordó a la mujer anémona. «Creen que pueden detener lo imposible», había dicho, refiriéndose a los que dirigían aquel búnker repleto de contaminados. «Se creen campeones de la humanidad, sus últimos defensores, cuando no son nada». Pero Adra sospechaba que allí abajo sí habían logrado algo. Había visto a Gale en la visión del Chacal, un Gale futuro, un Gale que había vencido a uno de los grandes monstruos. Y esa visión no era una fantasía, porque esta garra era la misma garra. Más pequeña, sí, pero lo era.

—Despierta, querida —dijo Décima.

Adra volvió en sí. Sacudió la cabeza y se dirigió a la puerta.

—Volveré pronto —anunció. La otra la detuvo con un gesto. Ahora había verdadera preocupación en su cara:

—¿Dónde está Winston? —preguntó.

—Está bien —contestó Adra. Y se aferró a esas dos palabras como si fueran la única verdad que importaba, como si no le hubiera dado un vuelco el corazón cuando no lo encontró aguardando a la entrada del edificio de Jezek —. Estará bien —insistió.

Tras otro golpe a su puerta maltratada, salió al corredor. Necesitaba a Jezek. Él sabría qué hacer para curar a Gale, estaba segura. Bajó las escaleras de dos en dos. Los peldaños descuidados crujían bajo sus pasos.

No podía olvidar el rostro de Gale al morir, su mirada de espanto, cuando la Adra transformada se le echó encima. No era así como tenía que haber pasado. Adra, como siempre, tenía un recuerdo vago de lo sucedido: todo estaba cubierto por una neblina roja y la furia. El plan fue darles tiempo a Angie y a Gale para escapar mientras ella se encargaba de los errantes. Pero la voluntad de la Adra monstruo no era la voluntad de la Adra normal. Había perdido el control: dejó la carnicería a medias para correr en busca de los dos que huían. Se le escapaba el motivo. Fue un impulso irrefrenable, algo que brotó de sus intestinos. Se estremeció al recordar la euforia brutal que sintió al descubrir a Gale, indefenso, a su alcance. La Adra monstruo —que no ella, la Adra racional y dominada— lo había reconocido.

Lo mató. Lo abrió de un zarpazo desde la garganta hasta el ombligo y, como si no fuera suficiente, le rompió el cuello de un golpe. Algo extraño sucedió entonces, un estremecimiento visceral, una tormenta en su interior... El velo de furia se atenuó y Adra volvió a su forma humana. Casi por impulso, saltó hacia Gale y lo trajo de vuelta a la vida. Lo resucitó, porque qué más podía hacer. Pensó en la primera vez que lo hizo, aquella que no tuvo consecuencias. ¿Por qué no se había transformado entonces, como los demás resucitados de Adra? ¿Por qué ahora se había sumido en aquel desmayo violento? Cada vez más preguntas, cada vez más complejas. ¿Qué habían hecho con Gale en el búnker? ¿Qué pasó realmente allí? Recordó al primado, agonizante en la prisión del Chacal. Por primera vez Adra había sentido compasión hacia el enemigo.

«Sea lo que sea, lo que has visto es real —le dijo Bautista—. Sea lo que sea lo que te ha mostrado la bestia, es real. O lo será».

Pero ella no lo creyó. Hasta que apareció la garra.

Llegó abajo. El edificio era una construcción de madera reforzada con planchas de metal. Tenía tres pisos y era uno de los más altos de Testamento. Todo él pertenecía a Jezek; lenguas envidiosas contaban que había hecho algún trato diabólico con el duque para poseer tanto espacio, pero Adra sabía que todo provenía de su talento como comerciante y artesano de ensalmos. La planta baja era del uso exclusivo de Jezek. Allí estaban su tienda, su almacén, su taller y el cuchitril inmundo donde dormía, porque para Jezek dormir era algo sobrevalorado.

La puerta que llevaba al exterior era de madera sintiente arrancada a un árbol murmurador y en ella estaba grabada la esencia de Adra. Al reconocerla, la puerta le facilitó el paso.

Se tocó el oído al notar humedad: la herida de su oreja había vuelto a abrirse. Se limpió la mano en la pernera del pantalón, que no era suyo. La prenda pertenecía a uno de los cadáveres de los hombres de Ciara. Se la había quitado, al igual que la casaca y la coraza. Transformarse siempre le destrozaba la ropa. Había aparecido en Testamento de esa guisa y a buen seguro que había llamado la atención de los vigilantes de la puerta. Y no solo por su vestimenta: la presencia de Angie cargando con Gale seguramente había dado de qué hablar. No la habían detenido, la conocían demasiado bien. Ya en casa se libró de la coraza y la casaca, ambas ensangrentadas, y se puso una de sus blusas y la capa.

Echó un nuevo vistazo a la entrada embarrada. Al llegar había creído ver huellas de Winston, pero ahora no había ni rastro de ellas.

«Estará bien —se repitió—, estará a salvo».

Winston era, como ella, un superviviente. Intentó frenar el recuerdo, pero estaba demasiado cansada. ¿Cuántos años tenía en aquel entonces? ¿Siete, quizá ocho? Estrépito, la galga del poblado, tuvo cachorros, seis preciosos animalillos, cuatro hembras y dos machos. Adra se enamoró de ellos. Hasta que una mañana uno de los perritos, en mitad del juego, la mordió con más fuerza de la que esperaba. Adra se asustó. Y se transformó por primera vez.

«Contrólate, contrólate, contrólate».

Solo sobrevivió Winston. Quería pensar que fue su mirada inteligente, de ojos oscuros y brillantes, lo que la contuvo. Era una idea esperanzadora: si se detuvo entonces, tal vez lograría controlarse en el futuro.

«Estará bien. Tiene que estar bien. Porque si Winston muere...».

Prefirió no terminar ese pensamiento. Testamento olía a podredumbre, a humedad, a sudor y a una vaga esperanza. Tomó aliento y aceleró la marcha. Tenía que encontrar a Jezek.

DOS

Aceleró el paso por las callejuelas mugrientas. La barriada de Jezek estaba al sur, muy cerca de la puerta de acceso, y era un caos de estructuras pequeñas y apiñadas. El bastión había crecido mucho en los últimos años, pero era un crecimiento fruto de la improvisación, sin plan urbanístico. Testamento era una ciudad extraña, de personalidades múltiples: amable y al mismo tiempo insensata, a veces cruel. Adra consideraba que era un reflejo fiel del hombre que la gobernaba.

Su destino quedaba al otro extremo del bastión y si quería ahorrar tiempo, tendría que atajar a través del caos de edificios hacinados. Entró en un pasadizo entre chabolas y pisó sobre mojado. Una mujer arrugada le salió al paso, enarbolando una fregona. De su boca escaparon mil improperios.

—¡Lo siento, Cuaresma! —Adra juntó las manos ante el rostro, en señal de disculpa—. ¡De verdad que lo siento, tengo mucha prisa!

—¡Tú siempre tienes prisa, niñaata!

Adra ascendió por una pasarela contrahecha, con cuidado de no resbalar en los tablones recién fregados, para cruzar el cinturón de chabolas. Cuando llegó al otro lado paró un momento para recuperar el aliento. Alguien vació una cuba de porquería a unos metros de distancia. Hedía, como toda la ciudad. El olor de Testamento era pesado, se te colaba por las fosas nasales y te arañaba la garganta; nunca te acostumbrabas. Para Adra era el olor de la seguridad. Allí estaba a salvo o, al menos, estaba a salvo de los monstruos y aberraciones que vagaban por el mundo.

A lo lejos se divisaba la mole de carne que una vez fue parte de uno de los engendros invasores. Aquel montículo dominaba toda la llanura. Era una

montonera bermellón y grotesca de la que sobresalían un sinfín de espinas enormes, de un negro obsidiana. Aquella cosa murió en los primeros días de la invasión y sembró con sus restos varios kilómetros a la redonda. Desde entonces, y por algún motivo desconocido, ninguna de las criaturas que deambulaban por los alrededores osaba acercarse. La situación, del todo inesperada, sirvió para que naciera un pequeño asentamiento que, poco a poco, se fue convirtiendo en una verdadera ciudad. La levantaron alrededor de uno de los pedazos del monstruo, el más pequeño y menos hediondo. Cuando el viento soplaba del norte, del lugar donde estaba la montaña de carne roja, permanecer en las calles era insoportable. Los vendedores de filtros nasales y mascarillas tenían un dicho: «El viento frío nos llena el bolsillo».

Las botas de Adra no tardaron en mancharse del barro perpetuo de las calles. Avanzó vigilante, atenta a cualquier movimiento fuera de lugar, a cualquier signo del galgo. Conocía a la perfección todos los caminos de la ciudad y también sus sonidos: los gritos de los vendedores, los insultos lanzados de una ventana a otra entre chozas y edificios de piedra o chapa. Se escuchaba el cacareo frenético de las gallinas en los corrales y el balido —ese balido que casi parecía carcajada— de las cabras. Eran de las pocas criaturas domésticas que habían sobrevivido al holocausto. Su madre solía decir que ya podía acabarse realmente el mundo, que ya podían bajar todos los leviatanes y devorar lo que quedaba de vida: en sus estómagos seguirían ilesas, balando como locas, unas cuantas cabras.

Una vez dejó atrás los cercados, Adra se adentró en el corazón de la ciudad. La colina de carne se expandía en el centro, con dos espinas que sobresalían en forma de uve sobre su cima. La base de la espina izquierda estaba horadada; allí tenía sus dependencias el duque Rocal. La parte baja de la espina derecha también estaba hueca y servía de almacén principal del asentamiento.

Había otras dos espinas cerca. La espina de Desembarco, como daban en llamarla, se alzaba en vertical, a unos doscientos metros de la colina de carne y anclados en ella estaban los bajeles de los comerciantes y visitantes del bastión. Allí aguardaba Mordisco, la nave de Décima, desprovista de sus pieles de camuflaje. La otra espina debió de desprenderse hacía mucho tiempo y ahora se extendía, cuan larga era, en paralelo a una de las calzadas

principales. También la habían vaciado y la habían convertido en refugio, preparado para guarecer a la población civil en caso de emergencia.

Resultaba extraño, pero no solo los monstruos evitaban Testamento. Nunca llovía allí: ni comecarnes, ni cuchillas ni cenizas venenosas. Tampoco había torbellinos de sangre, ni llamaradas vivas, ni ninguna de las demás locuras meteoromágicas que assolaban la superficie del mundo.

Adra apretó el paso, ahora casi corría. No podía detenerse y esperaba atravesar Escarmiento, la plaza mayor del bastión, sin la interrupción de costumbre.

—¡Adra! ¡Adra! ¡Adra!

No hubo suerte. Un griterío considerable y agudo le salió al paso cuando ya cruzaba la plaza. Era un rebaño de niños, la mayoría descalzos y desaliñados. Se aproximaron a ella, rápidos. Adra recordó a los errantes con los que había lidiado hacía apenas unas horas.

—No puedo pararme hoy con vosotros, mocosos, tengo prisa.

Corrieron junto a ella, acosándola a preguntas. Adra continuó su avance, escoltada ahora por el grupo infantil más adorable e irritante que hubiera conocido.

—¿Has matado a muchos monstruos?

—¿Traes algún corazón doble?

—¿Sigues enfadada con Décima?

—¿Nos enseñas tu lanzaensalmos?

Adra intentó acelerar, pero era difícil rodeada de críos. Al final de la plaza estaban montando el mercado. Los comerciantes comenzaban a cubrir los puestos con telas raídas y ordenaban sus cajas de viandas, ropas y herramientas. Uno de ellos reconoció a Adra y la saludó al pasar. Varios niños se quedaron atrás cuando les ofreció una pieza de carne seca, pero la mayoría siguió la estela de Adra, como las enormes criaturas que acompañaban a los leviatanes. Un chiquillo hizo la pregunta que tanto temía.

—¿Dónde está Winston?

Y se desató una retahíla de nuevos ataques:

—¿Está bien?

—¿Está muerto?

—¿Está herido?

—¿Dónde está? ¡Siempre va contigo!

El líder del grupo era un chico de unos trece años de cráneo rapado y una trencita que parecía una cola de rata. Adra había olvidado su nombre, pero en su cabeza siempre sería así: Cola de Rata. Era el más insistente. Se lo quitó de encima de un empellón.

—¡Dejadme en paz! ¡Tengo cosas que hacer y me estáis retrasando! ¡Winston está bien! —Ese era su nuevo mantra, la nueva frase a la que afianzarse.

Los niños huyeron en desbandada y Adra siguió su camino. Dejó atrás el centro, dejó atrás el mercado y las viviendas mejor construidas. Conforme se alejaba de la plaza, las casas volvieron a convertirse en racimos de chabolas y, a medida que se alejaba aún más, estas también escaseaban. Había tejedurías grandes, donde el sonido de los telares llegaba como un zumbido suave; alguna taberna de mala muerte; un par de hornos renqueantes y una plazoleta descuidada donde un grupo de adolescentes había madrugado para hacer acrobacias sobre patinetes de madera y latón.

El objetivo de Adra pronto quedó a la vista, muy cerca de Testamento, pero sin formar parte realmente de la ciudad. Era otra protuberancia carnosa, aunque diferente al resto: una especie de gusano o pedazo de intestino desproporcionado, cubierto de acanaladuras. Había un par de viviendas junto a él y un vallado que lo rodeaba todo.

El Tubo.

Se dirigió hacia allí a paso vivo. Cuando aún le quedaban unos metros para llegar, una silueta oscura tumbada ante la valla se incorporó de un salto y corrió hacia ella a toda la velocidad que le daban sus patas largas. La alegría que sintió al verlo fue indescriptible, como si acabara de explotarle un sol en el pecho.

—¡Winston! —exclamó.

Un buen puñado de kilos y amor le cayeron encima. El galgo la cubrió de lametones entusiastas con su lengua infinita, la pisoteó con sus extremidades huesudas. Adra se dejó hacer.

—Lleva horas vagando por aquí —dijo una voz desde el cercado—. Le he dado agua y un poco de pan, pero no deja que me acerque. —Allí estaba Barruf. Orondo y aseado, bien vestido, fumando una pipa enorme. Siempre

desentonaba en el lugar como una nota disorde, como una canción mal cantada.

—Me dijiste que no lo dejarías volver, Barruf. Teníamos un trato.

—Lo sé, lo sé, pero Jezek es muy convincente. —Agachó la cabeza y Adra pensó que, por lo menos, tenía la decencia de parecer arrepentido—. El cabrón tiene mucha labia.

—Y tú una conciencia de mierda.

—Hay que sobrevivir, cariño —dijo Barruf—. Yo no tengo el cuajo que tienes tú para salir ahí fuera a capar engendros.

A pesar de la urgencia, Adra dedicó unos minutos a inspeccionar a Winston. Se aseguró de repararlo por completo, escudriñó su piel en busca de heridas o irritaciones. El galgo estaba bien, no tenía ni un rasguño. Era un bastardo con suerte; Adra, a veces, tenía la impresión de que alguien o algo velaba por él. El perro todavía llevaba las alforjas, intactas. Abrió la bolsa derecha y sacó su lanzaensalmos. Se lo enfundó y se incorporó.

—Conmigo, Winston. —Y la frase la hizo sentir dichosa.

El galgo obedeció con alegría desmesurada. Adra se acercó a Barruf y a la gran protuberancia orgánica. Olía a humo, a carne recién guisada.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —le preguntó sin mirarlo.

—Desde anoche —dijo Barruf entre las nubecillas violetas de su pipa—. Se lo está pasando de vicio, te lo aseguro.

Adra expulsó aire en un resoplido exagerado.

—Eso no lo dudo. Pero no quiero quedarme sin casero.

Barruf se encogió de hombros. Él proveía y los demás pagaban, ¿qué iba a hacer? Adra se sentía decepcionada, pero no sorprendida. ¿Quién era ella para juzgarlo? Siempre volvían a lo mismo: todos velaban por sus propios intereses, sin pensar en los cadáveres que dejaban atrás. Sobrevive sin pensar en el precio, a costa de lo que sea. Adelante, siempre adelante, y no mires nunca a tu espalda.

Barruf se hizo a un lado para abrir una puerta de hojalata mal pintada. Realizó una reverencia teatral y Adra reprimió el impulso de soltarle un puñetazo.

La antesala al Tubo era un garito estrecho, de paredes de madera mohosa con fotografías desvaídas de mujeres desnudas y un suelo de polvo y gravilla.

Tras la barra servía Lepo, un joven amarillento y blando, con el labio inferior hendido. Limpiaba vasos con desgana. Le hizo un gesto de saludo, una sacudida de cabeza.

—¿Vienes por él, no? —preguntó el chico—. Ya le advertí a Barruf que no lo dejara entrar. ¿Le has sacudido?

—Hoy no, pero me la guardo.

—¡Je! —dijo, y añadió en un susurro—: cuando le des, dale fuerte.

Ella asintió. Aguardó a que Lepo le tendiera una de las mascarillas que guardaba bajo la barra y procedió a asegurarla sobre su boca y su nariz; hizo una mueca de dolor cuando la cinta le rozó la oreja herida. Se acercó a la puerta metálica que conducía al verdadero negocio. Era recia y dura, encajada en la carne flexible del monstruo, con una gran mirilla a media altura. Recordó al momento las puertas de las celdas del búnker.

La abrió, dejó a la vista el pasillo rojo que zigzagueaba a través de aquella víscera espantosa, y pasó al otro lado. Winston entró tras ella, sin vacilar un segundo. Para el galgo todo era una gran aventura. Ahora avanzaba, alerta pero feliz, en esa pose puntiaguda de concentración extrema —que empezaba en el hocico y acababa en la punta final de la cola, tiesa como un palo— que tanto le gustaba a Adra. Solo mirar al perro era una recompensa. Recordó a su padre, al que Winston había adorado. Su padre tuvo un gato, un animalejo sucio y huraño que lo seguía a todas partes. Se le subía al hombro, al cuello, a la cabeza... Eran inseparables, como Winston y ella. ¿Qué fue de ese gato? No conseguía recordarlo y tal vez fuera mejor así. El galgo le ladraba al gato sin cesar. Adra nunca tuvo claro si quería jugar con él o destriparlo, quizá ambas cosas. El gato se refugiaba tras el cuello de su padre y miraba al perro con una mirada pícaro, como si lo retara a intentar atraparlo. Y el padre de Adra reía, cómo no, haciendo suyo cada momento, cada instante de felicidad.

Adra odió echarlo tanto de menos y se agarró a la pared sin pensar. Despegó la mano de inmediato: la membrana blanda y pegajosa le cubría los dedos, se le colaba bajo las uñas. Todo esto también era parte del monstruo cuyos restos se desperdigaban por la zona, una parte de la que algunos habían sabido sacar provecho. Había quien se arriesgaba a viajar desde otros bastiones solo para poder pasar unas horas allí dentro. El túnel de carne se

abría ante ella, iluminado por faroles pequeños de aceite dispuestos en un suelo que no era tal, sino una lengua más larga que la de Winston, una base escarlata y blanda que hacía un ruido repugnante de succión a cada paso que daba.

El pasadizo desembocaba en una galería amplia y orgánica. Adra pestañeó con fuerza para librarse de las lágrimas que le nublaban la vista. Un humo denso y maloliente la atosigaba, aun con la mascarilla puesta. Winston gimoteó, un ruido apenas perceptible de galgo preocupado, y retrocedió hasta salir de la influencia de la humareda. En el suelo, a ambos lados de las paredes de carne, había dispuestas dos largas rejillas y, bajo estas, carbones al rojo vivo. El calor era intenso y hacía que del órgano del monstruo brotara la niebla extraña. Tres hileras largas de bancos se alineaban en paralelo en el centro de la caverna y apenas quedaba un hueco libre.

Al menos treinta personas se hacinaban allí. Algunos cantaban, otros gemían. Todo el que respiraba la niebla caía en un trance profundo. Adra sabía que algunos tenían visiones; otros, sueños extraordinarios. Había quien decía que al aspirar aquel humo se veía proyectado al espacio sideral, a lugares que no se podían describir con lenguaje humano. Lo que todos aseguraban era que, mientras duraba ese trance, los embargaba una sensación de felicidad tan plena, tan absoluta, que luego costaba mucho reintegrarse en el mundo real.

—No sé cómo eres tan gilipollas —le dijo a Jezek.

Su casero estaba hecho un ovillo en un extremo de uno de los bancos, envuelto en su abrigo de pieles. Estaba callado, inexpresivo e inmóvil, demasiado inmóvil. Asustada, Adra trasteó entre los pliegues del abrigo hasta encontrar su garganta. Tenía pulso: seguía vivo.

—Despierta —susurró, apremiante—. Venga, ya está bien. ¡Despierta! — Lo agarró del cuello y lo zarandeó de un lado a otro.

Jezek abrió los ojos y le dedicó una sonrisa indolente, perezosa. Adra rechinó los dientes.

—Me mentiste —le recriminó—. Dijiste que no volverías por aquí.

—Digo tantas cosas... —murmuró, somnoliento. Tenía el pelo disparatado, como si acabara de recibir una corriente eléctrica—. El mundo es demasiado gris. Aquí al menos hay luz.

—Pues ve apagándola, nos vamos a casa —dijo Adra—. Necesito tu ayuda.

—¿Has pensado, bella mía, en que eres la mar de convenida? —Jezek rio. Un reguero de saliva cayó por su barbilla y le manchó las pieles—. Quiero esto, necesito aquello. ¿No has pensado que el pobre Jezek también tiene sus necesidades?

—Te estás matando, viejo imbécil. Eso es lo que estás haciendo; y te quiero vivo.

—Eres una perra egoísta. Solo piensas en ti. —Se sentó en el banco y se frotó el pelo con ambas manos—. ¿Qué quieres, Adra? Aparte de que siga vivo, me refiero.

—Necesito que salves a alguien —dijo con firmeza. Y luego añadió—: A alguien a quien yo he matado.

TRES

Winston entró como un rayo en la habitación, con alegría desbordada y el rabo en vorágine. Adra tuvo que agarrarlo de las alforjas para impedir que saltara sobre Gale. Miró el arnés que sujetaba las bolsas del perro, desgastado, a punto de reventar. Tendría que cambiarlo pronto. «Otra cosa pendiente», se dijo, y se sintió cansada, muy cansada.

Ojeó a Jezek, que todavía parecía algo trastornado por el Tubo. Sus movimientos eran lentos, torpes, pero Adra sabía que pronto volvería a la normalidad. Por ahora examinaba a los reunidos en el cuartucho, con las manos en los bolsillos de su gabardo y los ojos enrojecidos. Extrajo una mano, despacio, y con ella salieron unas gafas. Se las colocó con gesto afectado: el cristal izquierdo estaba destrozado, convertido en una telaraña disparatada; tras el derecho se veía un ojo castaño e inmenso.

—Jodeeerrr —arrastró la palabra como si quisiera regodearse en cada fonema—, esto parece el camarote de los hermanos Marzo.

Hacía tiempo que Adra había dejado de buscarle sentido a las expresiones pintorescas de Jezek. Si se refería a la cantidad de personas presentes, tenía que darle la razón. Nunca había visto su cuarto tan atestado. Se notó nerviosa, agobiada. Aquellas cuatro paredes eran su refugio y estaba acostumbrada a que solo incluyeran una Adra y un Winston; de vez en cuando, en otro tiempo, una Décima.

Como si acabara de escuchar su nombre, Décima le prestó atención. Se había apoderado del mejor asiento de la estancia. Estaba acomodada allí, en el sofá de Adra, transmutada en reina del mundo y envuelta por completo en su

chal de seda lila, como una oruga gigante dentro de su crisálida. Cabeceó en dirección a su casero.

—Me han dicho que has vuelto a las andadas.

—No me sermonees tú también —dijo Jezek—. No tienes autoridad moral. —Décima soltó una risotada, como si le acabaran de contar el chiste más gracioso del mundo. Jezek miró hacia Angie, que seguía acobardado en su esquina—. Te rodeas de gente muy peculiar, Adra. Hacía tiempo que no veía un archet. Creía que habían huido todos al este.

—¿Un qué? —dijo Angie, extrañado. Se frotó las manos una contra la otra, inquieto. Sus patas sanas también se removían, nerviosas bajo el abdomen, como si cogiera carrerilla para darse a la fuga—. ¿Un archet?

Jezek no le contestó. Ninguno lo hizo y Angie siguió callado, pegado a la pared y con los ojos muy abiertos, pendiente de cada movimiento del casero. Este se acercó a la cama.

—Recapitulemos. —Miró a Adra a través del cristal sano—. Aseguras que lo has resucitado dos veces. La primera no sucedió nada y la segunda... Bueno. —Señaló hacia la garra, acusatorio—. A la segunda ha pasado eso. ¿Te cae bien el muchacho? Porque si lo que intentabas era ayudarlo, se te da más bien regular...

Esperó una réplica de Adra, pero ella no dijo nada. Se limitó a asentir, acuclillada junto a Winston. Acarició el pelaje oscuro y aterciopelado del galgo. La respiración del animal era un oleaje tranquilizador. Lo mantuvo sujeto de las correas mientras lo liberaba de las alforjas.

En Testamento tenían algo parecido a un hospital: una casucha en el barrio norte donde varios voluntarios trabajaban para ayudar a los heridos y enfermos, a cambio de comida, mantas u otros servicios. Sus esfuerzos eran loables, pero sus resultados, desiguales, y Adra se alegraba de no haber tenido que recurrir a ellos. Tenía a Jezek, un verdadero experto en elaborar ensalmos, pócimas y ungüentos. Había hecho de lo extraño su campo de trabajo y luego había sabido ganarse muy bien la vida con ello. No había una palabra precisa que describiera su profesión. Él se definía como mitad alquimista, mitad charlatán de feria y mitad genio chiflado («Sí, tres mitades, Adra, ¿qué pasa? Contengo multitudes»). Si alguien podía saber qué le ocurría a Gale y cómo ayudarlo, era él.

Jezeq se sentó junto a Gale y le subió ambos párpados, primero uno y después el otro. Luego examinó la herida.

—Necesito tiempo y calma para echarle un vistazo —dijo—. Aquí hay demasiada gente y demasiados perros. ¿Os importaría salir un rato? —Dudó unos segundos, como si repasara mentalmente lo que acababa de decir. Soltó un gruñido—. Qué leches: da igual si os importa o no. Os quiero fuera a todos.

Se volvió hacia Décima:

—Tráeme un té, cariño. O algo de esa mierda que tú llamas té.

—No me queda, te lo has bebido todo. Y no tendré más hasta que vuelva la semana que viene de Misericordia.

—Entonces que te den.

—Que te den a ti dos veces.

Jezeq soltó un resoplido por la nariz, entre carcajada y bufido, y un moco oscuro cayó por una de sus fosas nasales. Se lo limpió con el dorso del antebrazo. Luego miró a Gale con una fijación concentrada, casi enfermiza. Adra conocía ese estado, conocía ese humor: era momento de dejarlo a solas. Hizo una señal a Décima y a Angie para que la siguieran.

Le costó trabajo convencer a Winston. En ese momento su obsesión era acercarse a Gale, y Adra lo arrastró como pudo hasta el pasillo; el galgo gimoteaba con cada uno de sus tirones. Angie abandonó la seguridad de su esquina y cruzó el cuarto sin dejar de mirar a Jezeq. Cojeaba al andar.

—¿Tú también necesitas que te reparen, guapo? —le preguntó Décima, una vez fuera.

Angie negó con la cabeza.

—Se pasará solo —dijo—. Lo único que necesito es descansar. —Y acto seguido añadió—: Soy más fuerte de lo que parezco.

—Pues pareces bastante fuerte —dijo Décima y le sonrió. Lo tomó por los hombros con delicadeza y lo guio hacia las escaleras que conducían a su piso.

Adra se preguntó qué podría hacer con Angie. Aunque se hizo daño al huir de los errantes, el chico araña cargó con Gale durante todo el trayecto hasta Testamento. No solo era más fuerte de lo que parecía, pensó, también más valiente. La había visto convertida en monstruo; la había visto destrozar a Gale; la había visto resucitarlo. Y seguía allí. No había huido, como habría

hecho cualquier otro en su lugar. Adra lo recordó tirado en el suelo, enredado en sí mismo, con los ojos desorbitados, mientras ella le devolvía la vida a Gale por segunda vez. Se recordó a sí misma, recordó cómo jadeaba, sin aliento, con el brazo izquierdo en carne viva.

—Esto es lo que soy —le dijo en ese momento, en ese lugar, con las manos manchadas con la sangre de Gale y la suya propia—. Esto es lo que hago. Soy una contaminada, como tú. Me transformo cuando pierdo el control. Y soy capaz de resucitar a cualquiera solo con tocarlo con la mano izquierda... —Se detuvo, consciente de que Angie ni escuchaba ni entendía, ofuscado por completo.

Intentó regresar al presente, concentrarse en lo inmediato. Otra vez tuvo la puerta de Décima delante, mucho más elegante que la suya: esta se abría con una llave, nada de golpes. Winston de pronto tomó conciencia de la presencia de otra de sus personas favoritas y saludó a Décima con entusiasmo. Se acercó a ella y la golpeó con la cabeza, en busca de atención. Ella rio.

—Para, Winston, que no puedo abrir la puerta. ¡Para o no te daré galletas!

El galgo pareció decidir que eso era importante y dejó que Décima abriera. Centró su atención en Angie. Se acercó a él, cabeceó despacio, lo midió con tiento. Winston parecía confuso. Tal vez no entendía bien cómo podía un humano tener tantas patas. Décima hizo un gesto para que pasaran, pero Angie no se movió de su sitio, amedrentado por el interés de Winston.

—Es un amigo, no te lo comas —le dijo Adra al perro. Se dejó caer en el sillón favorito de Décima. Era una butaca enorme, con un marco impresionante de madera tallada. Querubines y serpientes danzaban alrededor del tapizado de terciopelo.

Angie permaneció inmóvil en la puerta, como si temiera que un movimiento brusco pudiera soliviantar al perro.

—Entra y cierra, que no te va a hacer daño —le dijo Décima—. Como mucho te llenará de babas. —Se sentó en el otro sofá de la estancia, un dos piezas adyacente al de Adra, y cruzó las piernas—. Ven, anda, siéntate conmigo. —Palmeó el asiento vacío a su lado.

Angie esbozó una sonrisa mínima y se aproximó despacio, mirando de reojo al galgo. Adra sacudió la cabeza. Con apenas dos frases amables,

Décima había conseguido más con aquel muchacho que Adra en las últimas horas. El chico araña se acomodó como pudo junto a Décima. Winston dudó, buscando con la mirada las galletas prometidas. Decepcionado, se subió de un salto al sillón de Adra y se hizo un hueco a su lado.

—Ya estamos cómodos —dijo Décima—: Y ahora cuéntame todo, Adrastea. —La miró con expresión severa—. ¿Qué está pasando? ¿Quién es ese chico y por qué es tan importante? Si no me equivoco, ayer no lo conocías de nada. Y tú no eres de cogerle cariño a extraños. —Se detuvo un momento, pensativa, y añadió—: Ni siquiera a tus amigos.

Adra se recostó en el sillón y se permitió un instante de comodidad antes de tener que enfrentarse a su vecina. No sabía por dónde empezar, así que decidió hacerlo por el principio.

Habló deprisa, deseosa de pasar el trámite cuanto antes. Le habló del segador, del cruzado resucitado, del búnker y la carnicería que encontró allí, de la primera resurrección de Gale. Le habló del Chacal. Angie la contemplaba fascinado, con la boca entreabierta. Hasta Winston parecía hipnotizado por sus palabras y levantaba unos milímetros las orejas cada vez que escuchaba su nombre en el relato.

Cuando narró la visión que la asaltó al entrar en la prisión del Chacal, Décima interrumpió su relato:

—¿Me estás diciendo que crees que esa visión era cierta? ¿Que el chico que está en tu cama será una especie de héroe en el futuro, que va a acabar con los leviatanes o algo así? —Arrugó la frente, escéptica.

—Sé lo que vi —dijo Adra, molesta por el tono incrédulo. Estaba agotada y lo último que buscaba era discutir—. No sé lo que puede hacer Gale o no. No sé en qué lo han convertido los tarados del Baluarte. Pero sé lo que vi. Y estoy convencida de que va a suceder tal y como lo vi.

—Porque la garra es la misma —dijo Décima, ahora en un tono más conciliador—. Pero es un sinsentido, entiéndelo. ¿No has pensado que podría ser una casualidad? Viste una garra en tu visión y luego le ha salido una a él. Tal vez ni siquiera es la misma garra.

—No es solo eso —dijo Adra. Winston se hizo un ovillo gigante sobre ella, lleno de ángulos incómodos. Tuvo que hacer un esfuerzo para asomar la cabeza tras él y poder continuar la conversación—. Las criaturas que son

como el Chacal tienen ese efecto en los seres humanos, les provocan visiones del presente, el pasado y el futuro... Es... como si vivieran toda su existencia al mismo tiempo y, en ocasiones, nos arrastraran a nosotros con ellos.

—¿Y cómo sabes tú todo eso? ¿De pronto te has vuelto experta en aberraciones?

—Él me lo contó —anunció—. El primado. —Y luego, casi sin querer, se encontró añadiendo—: Y me dijo dónde encontrar a Absalón.

CUATRO

El Chacal ardía.

Los pedazos de carne y hueso que lo orbitaban aceleraron su movimiento. Dejaban un rastro de llamas rápidas alrededor de la cabeza descomunal y deshecha de la bestia, que se retorció entre los correajes y cadenas que la mantenían presa. Adra retrocedió un paso en el andamio, justo cuando se derrumbaba. Cayó a plomo entre corrientes de aire incendiadas.

Se aferró a la baranda para intentar frenar el golpe, pero el impacto contra el suelo la dejó sin respiración. Tomó una gran bocanada de aire caliente, tosió y se rehízo con esfuerzo. Se escuchó un alarido bajo, un grito amortiguado por el bozal. Luego todo estalló o pareció hacerlo. Las paredes temblaron, el mundo vibró al compás del sufrimiento del monstruo encadenado. El olor sofocante de la carroña quemada ascendió por la nariz de Adra y la boca se le llenó del sabor de la ceniza.

Tras el caos llegó la calma. La gran cabeza se consumía, ahora en silencio. Adra examinó su entorno. El ojo del monstruo rodaba por el suelo. Casi parecía un insecto que se daba a la fuga, arrastrando zarcillos de nervios ópticos. Los estertores del Chacal eran sacudidas de un color negro grasiento incrustadas en el fuego. Adra se incorporó e intentó ignorar las quejas que llegaban de todo su cuerpo.

Vio al primado.

Parte del andamiaje había aplastado a Bautista. Un marco se había desprendido al caer y el extremo de una barra, roto y afilado, atravesaba su vientre. Resoplaba sangre, con la mirada fija en el Chacal; el resplandor del fuego confería al primado el aspecto de un demonio a las puertas de la muerte.

Aunque agonizara, Adra sabía muy bien que un demonio seguía siendo un demonio. Vio su lanzaensalmos, que había caído a apenas unos metros, y lo recuperó. Se aproximó a Bautista, que seguía concentrado en el final de su enemigo.

—Arde, monstruo, arde —le escuchó decir. Solo miró a Adra cuando la tuvo prácticamente encima, encañonándolo con el lanzaensalmos.

Bautista hizo algo inesperado: la llamó por su nombre.

—Adra... Eres Adra. Te conozco, acabo de verte. —Escupió un cuajarón de sangre. La cruz en su cara pulsaba, como un parásito que le devorase el rostro—. Tanto, tanto frío... Me manejaba como un títere, como a un pelele. Mi lengua era mía y el delirio también, pero todo lo demás le pertenecía a él. Me has salvado, niña, a pesar de todo, me has salvado.

—¿De qué estás hablando? —dijo Adra. Como si su condición de cruzado no fuera suficiente, encima aquel «niña». Debía matarlo. Debía matarlo ahí mismo.

—Creíamos que podríamos controlarlo. —Bautista se llevó las manos a la barra que lo atravesaba. Adra no entendía cómo podía seguir hablando—. Que sería igual que con los otros. Pero esta cosa es diferente... Demasiado... poder, demasiada furia para manejar...

Adra se acercó aún más, sin dejar de apuntar. Le temblaban las manos y el arma se movía con ellas. «Calma, Adra, calma. No liberes al monstruo. No aquí».

—No tienes nada que temer de mí —murmuró el primado—. Lo único que siento hacia ti es... agradecimiento. Lo juro... por lo más sagrado. Sin ti ese engendro me habría consumido. Sin ti mi alma no sería más que... —Tosió y escupió de nuevo. Su coraza estaba manchada de sangre—. Herrumbre.

—¿Para qué lo queríais? ¿Para qué buscabais a esa cosa?

—Para usarla en nuestro beneficio. —Bautista intentó sonreír. La sangre fluyó por las comisuras de sus labios y convirtió su amago de sonrisa en una mueca desesperada—. Pocos saben cuál es nuestro cometido real. Pocos saben cuál es nuestra labor ingrata, lo que hacemos, lo que tendremos que hacer por el bien de la humanidad. Pocos saben el peso que cargamos sobre nuestros hombros, la carga que nos quiebra la espalda. Solo unos cuantos, solo los primados y la Cruz Interior conocen la verdad. El resto... Ah, el resto no

lo entendería. Hay esperanza, Adra. Hay esperanza... El mundo se derrumba, pero todavía... hay esperanza. Salvaremos a la especie humana, aunque nos condenemos en el proceso.

Guardó silencio, inmóvil, agarrado a la barra, con los ojos cerrados. Adra temió que hubiera muerto, que no le quedara más remedio que traerlo de vuelta para seguir escuchando sus delirios. Pero Bautista regresó con un parpadeo incrédulo, como si él mismo se sorprendiera de seguir con vida. Habló rápido, apenas en un susurro:

—Los que son... como él... traen conocimiento. Pasado, presente y futuro se entremezclan, todo lo que han visto, todo lo que verán está en su esencia. Es... su naturaleza. Y puedes aprovecharte de ello si sabes cómo. Nos sirven de oráculos y de... —Hizo un esfuerzo por mirar a Adra. Lloraba. Tal vez de dolor, tal vez de angustia por la muerte que se le echaba encima, tal vez de alegría por una pronta liberación—. Dime, ¿qué te ha mostrado el demonio? ¿Has visto algo? ¿Has tenido alguna visión mientras... te enfrentabas a él?

Adra no contestó. Su arma seguía temblando.

—Sea lo que sea lo que hayas visto es real —afirmó Bautista—. Sea lo que sea lo que te ha mostrado la bestia, es real. O lo será. Es así. Dicen la verdad. Aunque no les guste hacerlo y a nosotros, a veces, no nos guste oírla.

Sollozaba.

—¿Real? Lo que vi fue algo extraño, imposible. Lo que vi fue... —Miró al primado. Tragó saliva antes de hablar—: El cadáver de uno de los grandes monstruos. No uno de los leviatanes, pero uno de los grandes. El Chacal estaba ahí. Y un hombre que conducía un ejército victorioso.

—La espada y la garra —murmuró el primado y asintió despacio. Como si aquello lo explicara todo—. Adra... Duele demasiado —dijo entonces—. Hazme un último favor. Libérame del peso de la carne, para que mi espíritu alcance la gloria. Mi dios me llama.

«No tendrás esa suerte», pensó Adra. No todavía, al menos.

—Te he contado lo que vi. ¿Qué viste tú? Dices que yo estaba en tu visión.

—No quieres saberlo. La verdad será la última de nuestras cadenas. Te conozco, niña. Sé quién eres. Te he visto... Te he visto. Y lo he visto a él. Al

hombre del que me hablas: Gale... —Se retorció en el suelo. El dolor debía de ser insufrible—. Busca a Absalón. Él te mostrará el camino.

—¿Absalón? —El lanzaensalmos casi se le escurrió de entre las manos, pero consiguió sujetarlo a tiempo.

—Si quieres la verdad, con él la tendrás —dijo—. Está en Malparaíso, en un poblado al sur del bastión Rojo. Ya no es un cruzado. Los demonios lo hirieron y apenas escapó con vida. Os espera. Lleva tiempo esperándoos.

* * *

—Qué puta locura —dijo Décima cuando Adra acabó de hablar—. Qué puta locura —repitió, como si quisiera recalcar muy bien ese punto. Luego se levantó del sofá—. Necesito un trago. Y Angie también.

Desapareció tras el cortinaje de seda y reapareció al cabo de un momento con tres copas de cristal, agarradas por la base, y un decantador de cristal tallado. De cuerpo ancho y cuello estrecho, estaba lleno del mismo licor ámbar con el que Adra la había encontrado apenas dos horas atrás.

Décima llenó las copas y le ofreció una. Adra consiguió quitarse parte de Winston de encima, lo suficiente para aceptarla. Sus ojos se encontraron con los de Décima y desvió la mirada, incómoda.

—Ni se te ocurra decirle a Jezek que tengo de esto —dijo su vecina—. No me iba a durar ni medio día. Que siga bebiendo esa cosa repugnante que destila él mismo.

Décima le tendió una copa a Angie, quien olisqueó el contenido. No parecía tenerlas todas consigo.

—Te sentará bien, no te preocupes. No tengo por costumbre drogar a mis invitados. A menos que me lo pidan.

Angie bebió y se le iluminaron los ojos. Décima le sonrió. Adra dio un sorbo probatorio. Era delicioso: sabía a miel, a uvas y a primavera en un mundo mejor. Se relamió y dio un trago más largo. Acarició a Winston, recorrió sus costillas con los dedos. El galgo, tranquilo, volvió a sumirse en sus sueños de perro. Adra apuró la copa de un trago y Décima se la volvió a llenar.

—¿Qué opinas? —le preguntó Adra.

—¿Sobre la vida en general, sobre algo en particular o sobre la sarta de necesidades que me has contado? —Décima se desenredó con los dedos un par de mechones largos y espesos. No tenía aspecto de haber dormido mucho, pero Adra sospechaba que la noche de Décima había sido mucho más divertida que la suya—. Cuesta encontrar algo que me sorprenda. He visto mucha mierda y he aprendido a reconocerla en cuanto la tengo cerca. Y todo lo que me has contado me parece mierda de la gorda.

—¿Crees que es una trampa?

—No lo sé, pero huele a podrido. De eso estoy segura. Nada tiene pies ni cabeza.

—No sé qué pensar, yo... —El agotamiento la derrotaba. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir?—. Lo que tengo claro es que necesito comprobar si lo que me ha dicho sobre Absalón es cierto. ¿Cuándo tienes programado tu siguiente viaje a Malparaíso?

—No tengo previsto acercarme allí en un futuro próximo. Ahora mismo la ruta con Misericordia es la que me está resultando más lucrativa. Tendrás que buscar a otra idiota que te lleve hasta allí.

Adra entendía su resentimiento. Y habría sido mala idea compartir viaje con ella, con esa habilidad especial para sacarla de quicio. Se llevó las manos a la cabeza. Sus sienes latían. Escuchó la voz de Décima, pero la oyó de forma lejana, como si llegara de muy lejos, de lo profundo. Se llevó la mano a la oreja. La herida se había vuelto a abrir. Sus dedos relucían, ensangrentados. Pensó en el oído destrozado de la propia Décima. Nunca le había contado cómo ocurrió. Solo sabía que llevaba un parásito en el canal auditivo que le permitía oír con normalidad. Se estremeció al pensarlo: una criatura viva que se alimentaba de tu sangre, con diminutos zarcillos que se introducían en tu cuerpo e imitaban el órgano que habías perdido, con la esperanza de que no dieras cuenta de que estaba allí. La gracia estaba en que aquellos parásitos imitaban tan bien un oído humano que funcionaban igual que uno de verdad.

Décima interrumpió sus pensamientos.

—Vas a ponerme perdido el sofá. Eso luego no hay quien lo lave. Ven conmigo, te curaré en el baño.

—No hace falta —dijo.

—No lo hago por ti —le aseguró Décima—, lo hago por mi sillón.

Para fastidio de Winston, Adra se levantó y siguió a su vecina tras el cortinaje. El recibidor tenía una puerta a cada lado: dormitorio y baño. La puerta del dormitorio estaba abierta y Adra procuró no fijarse en la cama, enorme y revuelta, que ocupaba buena parte de la habitación. Entró en el baño. Sabía que era el orgullo de Décima y con razón: no tenía nada que ver con las letrinas asquerosas de las que disfrutaba el resto de Testamento. Había una bañera enorme, de loza blanca, que había transportado desde Afrenta. Todo allí estaba limpio, reluciente, tan limpio que Adra se sintió, como siempre, fuera de lugar.

Décima sacó unas vendas y un bote de unguento del armarito sobre el lavabo y el depósito de agua secundario. Adra se quedó en pie, con la vista fija en el espejo, sin reconocerse. Décima le apartó el pelo y comenzó a limpiar la herida. Ella tomó aire. Le resultaba insoportable su presencia, el olor tan familiar, la cercanía peligrosa. Intentó ignorar las pequeñas punzadas de dolor que provenían de su oreja.

—No sé qué hacer con esto —dijo Décima, resignada—. Le he puesto un poco de crema desinfectante, pero no sé si venderlo. Puede que no sea mala idea dejarlo al descubierto. Deberías preguntarle a Jezek si...

—Déjalo —dijo Adra, casi enfadada—. De verdad, déjalo.

—Tal vez si...

—Te he dicho que lo dejes, Décima —se quejó, cada vez más irritada.

Décima se detuvo. La agarró de la barbilla y la obligó a mirarla.

—Me tienes harta, Adrastea.

Y Adra no pudo resistirlo más. Se irguió y la besó con fuerza, con ira, con el resentimiento que llevaba acumulado desde que se había marchado de Testamento para la última caza, aquella que había desembocado en Angie, en Gale y en mil cosas más. Décima respondió de inmediato, con la misma furia, con la misma rabia, como solo se puede besar a las puertas del fin del mundo. Adra sabía que solo era el principio. El deseo la envolvió. Agarró el cabello de Décima para acercarla más, para devorarla. Comenzó a recorrer su cuello, a morderlo. Notó la energía, el poder que la impulsaba, muy similar al que había sentido en su enfrentamiento con el Chacal. De lejos escuchó un gruñido extraño, animal. Tardó en darse cuenta de que provenía de su garganta.

La mano de Décima se deslizó bajo su camisola y se cerró sobre un pecho, tan pequeño que casi no estaba allí. Adra gimió de nuevo y se asustó de ese sonido, de su vulnerabilidad. Su propia necesidad la horrorizaba.

—No, no... Déjalo, déjalo —dijo, y se apartó. En dos pasos acelerados, Adra abandonó el cuarto de baño y quedó frente a la cama revuelta. Cerró los ojos para no verla.

—Solo intento ayudarte —dijo Décima.

—Lo sé. —La vergüenza, la ira y el deseo se mezclaban en ella, formaban algo espantoso que apenas podía soportar.

—Tienes miedo —dijo Décima, afligida—. Tienes miedo a dejarte llevar, miedo a perder el control. Tienes miedo a todo. Y esa no es manera de vivir. Acabarás destruyéndote.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó ella. Se encaró a Décima—. Has visto de lo que soy capaz. Has visto lo que le hice a ese chico. Podrías ser tú. Podría ser Winston... ¿Podría ser cualquiera!

—¿Crees que no podría detenerte? —Décima rio, pero era una risa triste.

Adra se abrazó a sí misma, como si quisiera poner una barrera más entre su vecina y ella.

—No, no podrías. —Negó con la cabeza—. Pero no es solo eso, te equivocas si lo crees. Yo... yo... —Cerró los puños—. No soy como tú, Décima. No puedo fingir que entre nosotras no hay deudas pendientes, que no te debo nada ni...

—¿Otra vez estás con eso? —Décima bufó—. ¿Qué te detiene entonces: tu miedo a hacerme daño o tu miedo a que algún día exija algún pago por salvarte la vida?

Adra la miró con odio. Esto. Esto era lo que temía. La capacidad de Décima de dar donde más dolía, de desvelar verdades horribles sobre sí misma que intentaba llevar siempre ocultas. Solo ella tenía ese poder y por eso siempre la temería más que a cualquier enemigo.

Quedaron cara a cara; cerca, demasiado cerca. Adra intentaba contener su enfado. Pero en el rostro de Décima solo había pena, una pena inmensa. Y eso lo hacía aún peor.

—Vete a la mierda, Décima.

Cuando salía de la habitación, oyó su voz de nuevo, derrotada.

—¿Crees que me importan todas esas chicas? Busco a las que más se parecen a ti. Un gesto, un lunar, un rostro... A veces hago que se pongan el colgante. Cualquier cosa para fingir que es contigo con quien...

Adra no escuchó el resto. Con el corazón en pedazos, atravesó el cortinaje de brocado y huyó.

CINCO

Adra aseguraba que una de las claves de su supervivencia era conocer siempre su siguiente paso. Ahora se sentía perdida, clavada en el pasillo, sin saber muy bien qué hacer ni dónde ir. La puerta a su espalda se abrió y ella se giró, con la esperanza insensata de que apareciera Décima con alguna frase mágica que lo resolviera todo. Pero era Angie. Winston se escabulló y fue con ella. El chico araña la contempló desde el umbral, entre afligido e interrogante.

—Necesito despejarme —dijo Adra—. Vuelve dentro.

—¿Cómo estás? —le preguntó Angie. Era la primera vez que la miraba desde que había pasado lo de Gale o, por lo menos, la primera vez que la miraba a ella directamente, y no a la esquina, a algún mueble o a las telarañas del techo.

—Estoy bien. En serio, vuelve dentro.

Angie pareció reflexionar unos segundos, como si se le planteara una decisión compleja, y luego desapareció dentro de las habitaciones de Décima. Adra palmeó el lomo del galgo, algo decepcionada. Era absurdo, pensó. Décima nunca saldría a buscarla y, aunque lo hiciera, ¿qué conseguirían?

Echó a andar. Winston corrió veloz en dirección a la buhardilla, en dirección a Gale, pero no le quedó más remedio que retroceder cuando vio que Adra tomaba la dirección contraria y bajaba las escaleras.

A medio tramo se sentó en un escalón. El aire enrarecido del edificio olía a moho. Adra suspiró, irritada. Implicar a Décima había sido un error, un error que cometía una y otra vez. Dejó caer la cabeza y la hundió entre sus brazos. Se estremeció: todavía la olía en su piel. Se frotó la boca con el dorso de la

mano, como si quisiera librarse de su sabor, como si eso fuera posible. «¿Y qué puedes reprocharle —se preguntó—, si cada vez que se acerca tú buscas una excusa para empezar una pelea?». Era mejor mantenerla alejada. Alejada estaría a salvo.

Recordó la manera en que se conocieron, cómo comenzaron su danza grotesca. Sus caminos empezaron a cruzarse cinco años atrás, poco después de la masacre de Suel. Por aquel entonces Adra apenas conocía a sus vecinos. Jezek solo era su casero, un viejo conocido de su madre; Décima tan solo una mujer imponente con la que se cruzaba en las escaleras y con la que fantaseaba a veces. Pero fue ella la que encontró a Adra aquella mañana en la buhardilla, adormecida; aquella mañana en la que Adra intentó poner fin a todo. Fue Winston el que la avisó, quien arañó la puerta de Décima hasta que salió. Y fue su vecina la que la agarró del pelo y le metió los dedos por la garganta para que vomitara. Así que le debía la vida, una vida a la que, en aquellos momentos, tampoco le tenía mucho aprecio. No era una deuda agradable de llevar a cuestas.

Estaba demasiado cansada para mantenerse lúcida. Respiró despacio, en secuencias, con una mano en el abdomen y otra, lánguida, en el muslo. Notó el hocico húmedo de Winston contra el cuello y sonrió. Se dejó mecer por los sonidos que llegaban a la escalera: voces lejanas de la calle, alguien que cantaba, el quejido del viento contra los postigos de las ventanas... Cedió al sueño y dejó de ser.

Volvió en sí de repente. Alguien la llamaba. Miró en dirección a la voz, aturdida. Angie se asomaba por el hueco de la escalera.

—Jezek quiere hablar contigo —dijo. Y como si fuera necesario, apuntó—: Es sobre Gale.

Adra se incorporó despacio y arrastró sus pies doloridos de peldaño en peldaño. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero no se sentía descansada. Continuaba entumecida, agarrotada; podría trazar una constelación entre los distintos dolores de su cuerpo. Deseó su cama y deseó, sobre todo, la cama grande y cómoda de Décima, dormir abrazada a ella como aquella vez tras lo de la buhardilla, cuando Décima le canturreó como si fuera una niña.

Sintió un ramalazo de culpabilidad al pasar junto a la puerta de su vecina, pero no se detuvo. Tomó la escalera estrecha que llevaba a la buhardilla y

Winston se le adelantó, emocionado por ver a Gale de nuevo.

Dentro, Jezek se lavaba las manos en una palangana. Gale seguía inconsciente, en aquel desmayo extraño en que se había sumido desde su segunda resurrección. De nuevo Adra sujetó al galgo como pudo para evitar que se abalanzara sobre la cama.

—¿Puedes hacer algo por él? —le preguntó a su casero.

—Cavarle una tumba —dijo—. O puedes jugártela, esperar a que muera y traerlo de vuelta otra vez. Será divertido ver lo que pasa ahora.

El abatimiento aplastó a Adra. Albergaba esperanzas de que Jezek pudiera salvarlo: era un experto en obrar milagros, al menos eso decía siempre. Winston escapó de su presa y subió al colchón de un salto.

—¿Quién es ese muchacho? —le preguntó Jezek.

—Ya te lo he contado todo —dijo ella.

Observaron a Winston. El perro olfateó a Gale con entusiasmo y le babeó la cara de un solo lametazo largo. Luego procedió a tumbarse a su lado.

—Me has contado que lo encontraste en un búnker regentado por una organización siniestra de nombre estúpido. Es un contaminado. ¿Pero qué es capaz de hacer? ¿Lo sabes? Quizá su poder ha interferido con el tuyo, no lo sé...

—No tengo ni idea —dijo—. En algunas celdas había información sobre las habilidades de los prisioneros y las precauciones a seguir, pero en la sección en la que encontré a Gale no había nada de nada. De todas formas, tiene que ser importante: se cambió de mono para que no reconocieran su número. En su momento no le presté mucha atención, pero cuanto más lo pienso... —Adra no terminó la frase. Incrédula, vio que Winston ya roncaba, con una pata protectora extendida sobre la cadera de Gale.

El agua de la palangana ahora era roja. Jezek terminó de lavarse, suspiró y se aproximó a la cama.

—Ven, Adra, quiero que veas esto.

Señaló la herida que partía el pecho de Gale.

—Se está cerrando —dijo—. El chico tiene algún tipo de factor regenerativo que hace que las heridas se curen, aunque no a la velocidad suficiente como para recuperarse de heridas graves. Aun así, lo que está acabando con él es otra cosa. Creo que es tu poder lo que lo está matando. Su

sistema no puede lidiar al mismo tiempo con el destrozo que le has hecho y la magia que lo quiere convertir en monstruo. Es como si todo su ser peleara contra esa transformación. —Le clavó su mirada asimétrica: un ojo enorme, el otro asomado a la telaraña de cristal roto—. Puedo equivocarme, pero sospecho que no ando desencaminado.

—Entonces va a morir. —Adra escuchó su voz y no la reconoció: estaba quebrada, asustada. No entendía por qué la idea de no volver a ver a Gale se le antojaba tan terrible.

—Hay una posibilidad de que sobreviva, pero no va a gustarte.

—¿Y por qué no has empezado por ahí? —gruñó Adra—. Has dicho que no había nada que hacer.

—Te he contado lo que yo puedo hacer por él —dijo Jezek—: enterrarlo. Pero hay alguien que sí puede ayudar. Su sistema se ha vuelto loco. Si restañamos la herida, si le libramos de ella, puede que sea capaz de frenar la transformación.

—¿Y qué sugieres que...? —Guardó silencio. ¿Una solución que no iba a gustarle? Conocía la respuesta—: El duque.

—El duque —confirmó él.

Adra estuvo a punto de echarse a reír.

* * *

Mientras atravesaba por segunda vez las calles de Testamento, se preguntó si estaba en sus cabales. La locura era la única explicación posible. En menos de un día había pedido ayuda a Décima y ahora se dirigía a pedírsela al duque Rocal.

Sin duda la locura era la única explicación, o eso pensó a la altura del mercado. A esas horas era ya un hervidero de gente que aprovechaba que el día era un poco menos gris de lo habitual. Esquivó los saludos, las preguntas. Tuvo suerte de evitar a la pandilla de Cola de Rata y enfiló hacia la espina ducal. Echó en falta a Winston, pero apartarlo de Gale no fue posible: recibió una mirada de desdén y unas zarpas que se afianzaban en la colcha. Adra miró hacia la espina de Desembarco y Mordisco, la nave de Décima. Según

Bautista, Absalón esperaba en Malparaíso. Los esperaba, había dicho, tanto a Gale como a ella. Pero, para llegar hasta Absalón, Gale debía sobrevivir. Y si lo conseguía, ¿cómo podrían llegar hasta allí? Había otras naves, sí, pero sería complicado dar con alguna que volara hasta el bastión Rojo: el trayecto era peligroso y los viajes, escasos. Solo había un par de bajeles tan seguros como la Mordisco, pero contratar sus servicios estaba fuera de su alcance.

Justo cuando apartaba la mirada fue consciente de algo que había pasado por alto. Allí, tras Nadissa, la nave oficial de Testamento, había una isla flotante, pequeña y verdosa, muy parecida a la isla de Baluarte que se llevó consigo los restos de la cabeza del Chacal y los contaminados del búnker. Podría ser pura casualidad, pero Adra notó cierta inquietud en el estómago. Apretó el paso y se dirigió al palacio del duque.

La construcción no dejaba de impresionar: estaba excavada en hueso, en la parte baja de la gran espina que se elevaba en el corazón de la ciudad. Rebosaba vida de sol a sol. Era un hervidero de comerciantes, funcionarios y ciudadanos de Testamento que visitaban la biblioteca y las salas de exposición. Aquel lugar, además de centro neurálgico del bastión, era un museo donde se conservaban muestras del pasado de la humanidad. El palacio era, ante todo, un edificio práctico. Su exterior carecía de adornos y ostentación, la puerta principal era poco más que un tablón grande de madera que se abría en dos batientes y casi todas las ventanas eran hendiduras verticales y estrechas en el hueso, pensadas para la defensa.

Dos hombres custodiaban la entrada, identificados como miembros de la guardia del duque por su uniforme negro, sobrio, y la enseña de latón en el pecho. Reconocieron a Adra y le permitieron pasar. Su labor era de mera vigilancia: cualquiera tenía derecho a acceder al palacio. El duque aseguraba que las puertas de su despacho siempre estaban abiertas a sus vecinos para cualquier queja o petición. A efectos prácticos, no eran muchos los que lo visitaban. El duque, en realidad, era muy celoso de su tiempo y ponía todos los impedimentos que se le ocurrían antes de atender a sus conciudadanos. Para empezar, cualquier candidato debía vérselas con Alcibíades, su secretario, antes de conseguir cita con él.

Cuando Adra llegó, Alcibíades trabajaba sentado a la mesa de caoba rayada que hacía las veces de recepción. La vio aparecer y, agitado, se levantó

y la interceptó con rapidez.

—El duque no puede atenderte ahora —susurró. Siempre hablaba en susurros. A veces costaba escucharlo—. Está ocupado.

—No importa, esperaré. Es importante.

Alcibíades la miró confuso, como si no entendiera por qué otros seres humanos decidían malgastar su tiempo en palacio. Regresó veloz a su mesa y se enfrascó en sus tareas. Para él, ella ya no existía.

Adra vagabundó por la gran estancia, mirando aquí y allá. En la entrada a su despacho, el duque exponía algunas piezas de su colección. El palacio entero era un museo, un templo a un mundo perdido. Todo Testamento lo era, de hecho. La galería que conducía al despacho de Rocal estaba repleta de vitrinas donde se exponían, sobre todo, mapas, planos de ciudades antiguas y diversas reliquias de la vieja tecnología humana. Los mapas fascinaban a Adra. Podía contemplarlos durante horas. Se detuvo ante una vitrina donde se mostraban varias decenas de teléfonos móviles, todos en distinto estado de conservación. Por muy lleno de magia que estuviera su mundo, a Adra nada le parecía tan milagroso como una herramienta que permitía enviar mensajes al otro lado del planeta o acceder a toda la información de la humanidad desde la palma de una mano.

Se cansó de deambular y se sentó en una de las butacas de la galería. Era incómoda, tanto que sospechaba que el duque las elegía a conciencia para desanimar a sus visitantes. El tiempo era pesado, lento y, como para dejar constancia de ello, una de las paredes estaba cubierta por veinticuatro relojes alineados en dos columnas: cada uno marcaba una hora diferente. Alcibíades escribía en un cuaderno de proporciones exageradas, sin mirarla. El susurro de su pluma y el tic-tac desacompañado de los relojes era lo único que se escuchaba en la estancia.

La puerta se abrió al fin y Adra se levantó con pesadez. Dos personas abandonaron el despacho de Rocal. Una de ellas era un hombre delgado, de barba blanca, vestido de púrpura y gris. Parecía enfadado, caminaba tenso, con los puños apretados y la mirada endurecida. Adra se estremeció al reconocer a su acompañante: era uno de los gemelos del búnker. Pero eso no podía ser, ambos habían caído víctimas del Chacal. Se quedó mirándolo, pasmada. No, no era uno de ellos. Era mayor, quizá un año, o dos, pero era

evidente que se trataba de un familiar de los gemelos, otro hermano. Recordó la isla flotante que acababa de ver amarrada a la espina de Desembarco. Baluarte estaba en Testamento. «¿Qué han venido a hacer aquí?», se preguntó. No podía apartar la vista del muchacho. Y él se dio cuenta: sus miradas se enfrentaron cuando pasaron junto a ella. Adra disimuló y miró los relojes, sin saber muy bien el porqué. Era imposible que él supiera quién era.

—¿Adra?

Sobresaltada, se giró hacia la voz. Alcibíades sonreía a su lado, con su gesto inseguro de siempre.

—El duque te espera.

SEIS

Entrar en el despacho del duque Rocal era como acceder a otro mundo, uno antiguo y olvidado. La habitación era enorme y alargada, cubierta de alfombras de diseños orgánicos, hipnóticos, que mareaban un poco si los mirabas demasiado tiempo. Del techo colgaban, en hilera, una docena de lámparas, todas exquisitas, dispuestas en armonía perfecta. En la pared derecha se exponían piezas de cerámica y pequeñas esculturas, colocadas en estantes, baldas y hornacinas que eran obras de arte en sí mismas. Varios cuadros cubrían la pared izquierda, retratos del pasado perdido que Testamento se esforzaba por mantener con vida: hombres ilustres a caballo, reyes dignos en sus tronos, escenas de caza... Al parecer, una de aquellas obras era de un artista prestigioso en su tiempo. Era un cuadro extraño, un caos ordenado de figuras angulosas y colores suaves. Siempre que lo veía, a Adra le parecía distinguir un barco surrealista a punto de zozobrar. Se llamaba Tensión suave y a ella le parecía un buen modo de describir su relación con el duque.

Rocal trabajaba sentado a la larga mesa curva del despacho. A su espalda, un mosaico de pantallas y monitores, alineados borde con borde, marco con marco, parecía a punto de abalanzarse sobre él. Había televisores antiguos, pantallas de plasma, de ordenador; todos de diferentes tamaños, todos en diferente grado de deterioro. El ventanal más grande —la mayor oquedad excavada en la espina— estaba allí, clavado en el centro de la conjunción de monitores, como si fuera una pantalla más. Era una de las pocas ventanas de la ciudad cerrada con un cristal (y era un cristal pulcro y reluciente, un cristal que Adra sabía que limpiaban a diario). A través de ella

se veía el desorden abigarrado que era el barrio norte de Testamento y, a lo lejos, la cúpula inmensa de carne del monstruo caído. El cielo era color cemento, con una línea de nubes en llamas que un sinfín de espantos negros sobrevolaba en la distancia.

El duque la observaba a su manera habitual: con un interés ínfimo y cansado, como quien descubre una mancha nueva de humedad en el techo. Tenía las manos entrelazadas ante el rostro, pero solo cubrían en parte su gesto de hastío infinito. Aun así, Adra creyó ver algo nuevo, el eco de un movimiento enérgico o el rescoldo de una emoción pasada.

Rocal era delgado como un arañazo y vestía de negro impoluto. Su rostro era inquietante, simétrico; sus ojos, fríos, estaban situados a distancias equidistantes de su nariz angulosa, de su boca apenas delineada, de las orejas algo afiladas que asomaban bajo el cabello corto y severo. Nadie conocía su edad y era difícil de adivinar. Muchos decían que era el hijo de Lock Rocal, quien fundó Testamento más de sesenta años atrás; otros, que él era el mismísimo fundador. Adra descartaba lo segundo: a pesar de su apariencia ambigua, Rocal no podía ser más viejo que la ciudad.

—Adra —dijo el duque. Su voz era indiferente, seca, y aun así parecía dejar claro que su presencia era una molestia de la que necesitaba librarse de inmediato. Con un gesto desganado le indicó que se sentara en una de las dos butacas frente a la mesa.

—Duque —dijo ella y tomó asiento. Intentó usar el mismo tono desprovisto de sentimiento, sin éxito. Hacía falta mucha práctica y una garganta helada para conseguirlo—. Lamento abusar de tu tiempo, pero no me queda más remedio. Necesito ayuda.

—Y, como bien sabes, yo estoy aquí para ayudar en lo que pueda a todos mis conciudadanos. —Adra buscó ironía en sus palabras, pero no la encontró—. Dime qué necesitas y espero poder hacer algo por ti.

—Necesito esencia. Es urgente.

El duque valoró su petición en silencio.

—No es para ti, entiendo. Tampoco para el archet que te acompañaba esta mañana: él se tenía en pie, aunque renqueaba. Supongo que será para el joven que cargaba a sus espaldas. Parecía malherido, ¿me equivoco?

Adra no se sorprendió. El duque se preciaba de estar al tanto de todo lo que sucedía en su ciudad, era normal que estuviera al corriente de su llegada con Angie y Gale. No obstante, a veces sus habilidades de percepción y espionaje parecían ir más allá de lo posible.

—No, no te equivocas. Se muere y necesito salvarlo.

—Todos mueren —dijo el duque. Adra desvió la mirada de manera automática hacia el libro de cubierta negra que ocupaba la curva izquierda de su mesa. El duque apuntaba en ella el nombre de todos los fallecidos del bastión—. ¿Qué tiene él de especial? ¿Por qué debería salvarlo a él y no a Marguerite, la hija de Soan, que se muere de fiebre negra?

—¿Por qué no salvarlos a los dos? —preguntó Adra.

—Porque la esencia es escasa —contestó—. Lo sabes. Y Testamento la necesita para sobrevivir. Es nuestra moneda de cambio con otros bastiones, la que nos proporciona alimento, agua limpia y sortilegios. Si por mí fuera, la esencia estaría a libre disposición de todos, pero hacerlo nos condenaría. Tengo que pensar en el bien común, Adra, no en el bien particular. Así sobrevivimos.

No se lo iba a poner fácil. Rocal nunca lo hacía. Se había sumido en un silencio atento, interrogativo, sin dejar de mirarla. Los silencios del duque eran peligrosos, jugaba con ellos, era el lugar donde medraba. Aguardaba a que dijera qué ofrecía a cambio de la esencia, comprendió ella. Pero Adra no quería dar ese paso aún.

—¿Quiénes eran los hombres con los que estabas reunido? —preguntó—. Es la primera vez que los veo en el bastión.

—No debes preocuparte por ellos —contestó Rocal.

—Parecían molestos cuando los vi pasar. Enfadados, creo. Espero que no sea grave.

—Nada que tenga que ver contigo; nada que tenga que ver con Testamento.

Volvió el silencio. «¿Qué relación tiene Rocal con Baluarte?», se preguntó Adra. ¿A qué habían acudido esos hombres? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Estarían buscándolos?

—Se llama Gale —dijo de pronto.

—¿Quién es Gale?

—Es el nombre del chico al que quiero salvar. Es mi amigo. No tengo muchos amigos. Lo digo para que lo apuntes en tu cuaderno. Junto al nombre de mi madre y de toda Suel.

—No es propio de ti jugar esa carta, Adra. Y sabes que no sirve. No me siento culpable por lo que le sucedió a tu gente —afirmó, con el mismo tono distante—. La culpabilidad no mantendrá en marcha esta ciudad; ni la furia ni la rabia ni cualquier sentimentalismo barato. Solo la eficiencia. Seamos eficientes, Adra, no nos hagamos perder el tiempo.

«Afrontemos esto desde la perspectiva de los negocios. Quieres algo que yo poseo. Algo de un valor considerable. ¿Qué tienes tú que pueda igualar o superar ese valor?».

—Me conoces, duque. Sabes que no tengo nada.

—Te subestimas. Eres muy consciente de lo que puedes ofrecerme.

Adra gruñó. Era inevitable. Lo había sabido desde que Jezek insinuó que acudir a Rocal era el único modo de salvar a Gale. Se removió en el asiento, incómoda.

—¿No podría ofrecerte mi cuerpo, un ojo o algo así? —preguntó con sarcasmo.

—Nada de eso me sirve.

Adra se preguntó si el duque tendría sangre en las venas. ¿Habría tenido una erección alguna vez? Tal vez se le ponía tiesa cuando hacía cuentas con esa vieja calculadora solar que tenía o cuando intentaba cuadrar los presupuestos de la ciudad.

—Quieres mis servicios.

El duque asintió.

—Eres la mejor cazadora de Testamento. Y la mejor exploradora.

Adra lo miró con desconfianza.

—No es un halago, es la realidad. Y has hecho mucho por este bastión, lo reconozco. Pero siempre te has negado a trabajar directamente para mí. Me gustaría que recapacitaras. Me gustaría contar contigo. A cambio te daré lo que me pides.

Ese era el precio: su libertad. Trabajar para Rocal. A pesar de las dificultades, hasta ahora había conseguido evitarlo. Contribuía en lo que podía a Testamento y pagaba de manera puntual los impuestos que el duque exigía

por residir en una plaza segura, pero nunca había querido dar el paso que la convertiría en una asalariada más a sus órdenes. Sabía lo que significaba conservar su independencia.

—No puedo aceptarlo —dijo.

Como respuesta, el duque hizo algo inesperado. Abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo una redoma repleta de una crema morada. Esencia.

La puso en la mesa, entre ambos. Adra sabía que el duque custodiaba la esencia en un recinto especial del palacio. Que tuviera allí una redoma le hizo preguntarse si Rocal ya esperaba su visita.

—Eres terca, Adra. —Si se hubiera atrevido a decir que era tan terca como su madre, ella se habría levantado al momento de la mesa, pero Rocal calculaba muy bien los límites de sus acciones—. Hoy es un día fuera de lo normal, un día de esos en los que me gustaría tener claro quiénes están de parte de la ciudad y quiénes están contra ella. A veces es difícil hacer distinciones y por eso es tan tentador tratar a todos como si buscaran su ruina. —Colocó un dedo sobre la redoma y la empujó hacia Adra—. Puedes llevártela si aceptas una única condición: me deberás un favor que me cobraré en el futuro, una petición a la que no podrás negarte. Por supuesto, no será nada que exceda tus capacidades.

Adra suspiró. Un sometimiento parcial, eso le ofrecía el duque. No le quedaba otro remedio que aceptar y él lo sabía. Hasta ahora toda la conversación había sido un regateo donde ella llevaba las de perder, pero no pensaba dejar que el duque tuviera la última palabra:

—Otra cosa más —dijo Adra—. Un añadido, una cláusula de esas que tanto te gustan. Acepto con una condición: que salves también a Marguerite.

Las comisuras de los labios del duque temblaron. Adra tardó un instante en darse cuenta de que Rocal estaba sonriendo.

* * *

Las manos de Jezek brillaban, bañadas en crema violácea. Colocó las palmas en la herida abierta y comenzó a frotar con delicadeza. Luego pasó al cuello, en movimientos lentos y circulares. Dedicó un buen rato a la tarea y Adra

pensó que era más un rito que una obligación: había visto los efectos de la esencia y sabía que tanto cuidado, en realidad, no era necesario. Winston observaba atento, sin acercarse. Adra dejó a su casero y se aproximó a Angie, que aguardaba con las patas desparramadas por el sofá, contemplando a Jezek con los ojos muy abiertos.

—¿Qué está usando? —le preguntó a Adra.

—Lo llaman esencia, supongo que por darle un nombre. Pero es porquería corrupta, carroña. Los hombres del duque la extraen de un órgano del monstruo que reventó en este lugar. Y, como la mayor parte de los despojos de estas cosas, tiene propiedades poco convencionales.

Angie la miró con la boca abierta.

—¿Ese desecho sirve para curar?

—Eso es. Desde heridas graves a lesiones internas o incluso algunas enfermedades. Debía de ser algún órgano que el monstruo usaba para regenerarse. Al final no le sirvió de mucho —dijo Adra, con una risilla seca—. Por lo menos podemos aprovecharla nosotros. Esperemos que ayude a Gale.

—Esperemos. —Angie miró a Adra con una mezcla de ilusión y tristeza. Luego señaló hacia una de sus patas—: Ya está mucho mejor. Un poco de descanso basta para que me recupere. ¿Crees que yo también podría tener un órgano de esos?

—No sabes mucho de ti mismo, ¿verdad?

—Casi nada —murmuró Angie—. Mis padres adoptivos nunca me contaron cómo me encontraron. —Miró a Adra, esperanzado—. Jezek ha dicho que soy un archet. Es la primera vez que oigo esa palabra, ¿y tú?

—Lo mismo —dijo—. Y si la había oído antes, la he olvidado.

Recordó que el duque también se refirió así a Angie, pero prefirió guardarse para ella la conversación con Rocal.

El chico araña suspiró.

—Décima me ha dicho que no me preocupe, que en realidad nadie sabe mucho de sí mismo. —Le dedicó una sonrisa—. Es una mujer sabia, Décima. No deberías pelearte con ella. En cualquier momento... ya sabes. Podría ocurrir como con la mujer anémona. Estás y, de pronto, no estás.

—Hay gente que siempre está —dijo Adra.

Se volvió hacia Jezek, deseosa de cambiar de tema. Este se limpiaba los restos de crema de las manos con un trapo viejo. Su piel parecía más tersa allí donde la esencia había entrado en contacto con ella, menos apergaminada. Las uñas brillaban. Se giró hacia ellos:

—Ahora toca esperar —les dijo.

Y esperaron.

SIETE

El ataque llegó al atardecer.

Winston fue el primero en darse cuenta. Se incorporó sobre el colchón con el lomo erizado, el cuerpo encorvado como una ene nerviosa. Tenía la vista fija en la ventana del cuartucho, un rectángulo torpe y exiguo cortado en la madera.

Adra y Jezek cruzaron una mirada de alarma, pero antes de poder reaccionar algo atravesó la ventana con un silbido penetrante y fue a clavarse en la pared opuesta. Era una araña: quedó afianzada en un tablón, sujeta con garras múltiples, no sería más grande que una mano adulta. En su vientre pulsaba una esfera añil, un hechizo embolsado a punto de desencadenarse. Adra se incorporó de un salto, pero fue Jezek quien actuó primero. Cogió un jarrón de la mesita (un regalo de Décima que Adra no había tenido el valor de tirar) y encerró a la araña. A velocidad de vértigo, introdujo una mano en uno de los bolsillos de su gabardo y extrajo una cinta de adhesivo mugriento con la que procedió a pegar la base del jarrón a la pared. Antes de que pudiera terminar, el hechizo se activó.

Se escuchó una explosión mínima, un sonido burbujeante, como de descorche, la jarra tembló y a través de su contorno de pétalos de cerámica comenzaron a fluir hilos de humo ocre. «Ya podía haberme regalado una urna o una campana», pensó Adra.

—¡Adormecedera! —gritó Jezek—. ¡No respi...!

No pudo seguir. Mareado, intentó agarrarse a la mesa, pero solo consiguió derrumbarla con su propio peso. Jezek cayó de mala manera sobre el mueble, pero él, ya inconsciente, ni se enteró. Las hilachas fluyeron y se

expandieron, se convirtieron en lazos de humo y nubes enredadas. Adra aguantó la respiración y saltó hacia la mesilla: esperaba que el tiempo que les había proporcionado Jezek fuera suficiente. Winston intentó bajar de la cama, pero sus patas fallaron y cayó de morros, aturdido primero y desmayado después.

Adra tiró del pomo del cajón de la mesilla y sacó la pieza entera; el contenido se desparramó sobre el suelo. Sabía que era un tiro a la desesperada, pero ahí estaban: dos mascarillas que guardaba para los días en que la peste a monstruo se hacía insoportable. Recordaba haberlas comprado, pero no si las había usado ya. Se colocó ambas, una sobre otra. Un ruido a su espalda hizo que se girara: era Angie, que acababa de caer de bruces, derrotado también por la adormecedera. Pese a las mascarillas, Adra continuó aguantando la respiración. Se abrazó al mantra habitual, a la invocación a la calma.

Rebuscó entre los restos del cajón desperdigado y encontró lo que buscaba: una daga larga y oxidada, apenas un filo con una empuñadura corta de cuero. La agarró justo en el momento en que una segunda araña disparada desde el exterior se coló en el cuarto y fue a afianzarse en el techo. Unos segundos después, su carga de adormecedera estalló en las alturas. Adra avanzó a cuatro patas hacia la puerta, arrastrando las rodillas sobre el piso rugoso. El hechizo pronto llenaría el cuarto. Se obligó a respirar, una inhalación mínima, tomada casi a ras de suelo a través de las mascarillas superpuestas.

El humo se extendía como una niebla lenta y maliciosa, pero no debía salir de la habitación, todavía no. Contó hasta diez. Se repitió las frases de su madre, los lemas de tranquilidad. Por suerte, no tuvo que esperar demasiado. Escuchó pasos fuera, apenas perceptibles. Intentó contarlos, pero no fue capaz: comenzaba a marearse. Más de cuatro personas, eso seguro. Apretó el mango de la daga y echó en falta su sable; se maldijo por haberlo perdido en la prisión del Chacal.

La puerta se abrió con un golpe violento y Adra actuó al instante. Se abalanzó hacia la primera silueta que apareció en el umbral. Era un hombre armado que vestía con ropajes polvorientos, anónimos, casi de pordiosero, en contraste claro con la escopeta con la que apuntaba, un arma de buena

manufactura, negra y reluciente. El desconocido llevaba puesta una máscara transparente, de blandura engañosa, que parecía fabricada en cartílago. Adra cargó contra él y le arrebató la máscara con una mano mientras le impedía maniobrar con su propio cuerpo, para evitar que la encañonara.

—¡Aparta! —escuchó gritar a alguien tras ellos.

El hombre se revolvió para cumplir la orden. Adra hundió el puñal en su torso, una, dos veces. Tres. El extraño se encogió y ella con él. Sonó un disparo, una detonación seca que voló sobre sus cabezas. Adra acompañó en su caída al desconocido, se escudó con su cuerpo y retorció la daga en su interior. La sangre manaba caliente.

—¡Mata a esa cabrona! —pidió una tercera voz—. ¡Mátala! ¡Mátala!

Se oyó un nuevo disparo. El cuerpo tras el que se resguardaba lo recibió de pleno en la espalda. Adra agarró el rifle del caído y se movió hacia la izquierda, buscando la protección de la pared. Examinó el arma: era de disparo único y carga lenta. Podría recurrir a su lanzaensalmos, pero prefería hacerlo solo como último recurso: los únicos hechizos cargados eran incendiarios y usarlos podría calcinar con facilidad todo el edificio. La furia que la embargaba había cambiado: más calmada, ahora era una ira fría, venenosa. Podía manejarla.

La habían atacado en su casa, en su propia casa. Iban a pagar por ello.

Uno de los atacantes, en un alarde tan valiente como idiota, entró a cuerpo descubierto en la habitación, con la intención de descerrajar un tiro sobre ella. No tuvo tiempo de apretar el gatillo. Un disparo de Adra le destrozó la cara. El hombre dio una sacudida y se desplomó con un aleteo estúpido.

Fuera sonaron más disparos: detonaciones rápidas, continuadas, pero esta vez no tenían a Adra como blanco. El tiroteo duró apenas un minuto. Unos instantes después, Décima asomó por la puerta. Llevaba todavía su camión, pero iba armada con dos pistolones humeantes que apuntaban hacia el techo. Incluso entre la violencia, el humo y el ardor de la lucha, Adra no pudo evitar sentir un ramalazo de euforia al verla aparecer. Décima la miró perpleja durante menos de un segundo, luego, consciente del humo de la habitación, se agachó ante un cadáver, le arrancó la mascarilla y se la colocó.

—Ayúdame con estos —dijo Adra, mientras señalaba al interior de su cuarto—. Tenemos que sacarlos de aquí.

—¿Quién es toda esta gente?

—Probablemente son del Baluarte.

—¿Te han seguido hasta Testamento?

Recordó al hombre de la barba blanca y al pariente de los gemelos. Recordó su salida del despacho del duque y no supo qué contestar.

—Ayúdame, venga, seguro que hay más fuera —dijo.

Décima entró al cuarto, levantó el cuerpo raquítico de Jezek y se lo echó al hombro como si en vez de un hombre adulto fuera el pellejo de algún animal. Agarró a Winston por debajo de las patas y lo arrastró como pudo. Adra se encargó de Gale. El joven apenas pesaba. Su contacto hizo que se estremeciera; sintió un crepitar eléctrico, un rescoldo de energía muy similar a la que había notado cuando lo resucitó en el búnker.

—¿Oyes eso? —le preguntó Décima.

Adra prestó atención. Se escuchaba un sonido lejano de campanas, una llamada de emergencia. Algo ocurría en algún punto de Testamento. ¿Un fuego, otro ataque, algún tipo de enfrentamiento? Adra sacudió la cabeza: fuera lo que fuese, no tenía nada que ver con ella, al menos, de momento. Con cuidado, dejó a Gale en el suelo y fue a por Angie, no sin antes atisbar por la ventana. Atardecía. El cielo se inflamaba y las nubes amortajadas se estiraban en las alturas, más allá de la mole del leviatán, un mundo sobre el mundo. En el tejado del edificio vecino, dos hombres acechaban, escudados bajo los aleros de la torrecilla que coronaba la estructura. Adra reconoció el uniforme del Baluarte. El humo pardo la ocultaba y se arriesgó a seguir mirando, con los ojos entrecerrados. A pie de calle descubrió varias siluetas, algunas cerca de la puerta de entrada. Contó cinco. Una de ellas era grande como un segador.

Intentó sacar a Angie a rastras, pero el chico araña pesaba demasiado. Décima había desaparecido y se preguntó qué la retrasaba. Como respuesta a su pregunta, la mercenaria apareció en el pasillo. Era evidente que volvía de sus dependencias: llevaba una cota a medio poner sobre el camión y un fusil negro que arrojó a Adra. Esta lo recogió al vuelo, agarró la correa y se lo colgó a la espalda. Entre ambas consiguieron arrastrar a Angie al pasillo, no sin esfuerzo.

Una vez fuera, Décima se acuclilló ante Jezek, que seguía inconsciente. Extrajo una diminuta cápsula negra de la funda de uno de sus revólveres y la abrió bajo las narices de su casero, que se incorporó en el acto, tosiendo y maldiciendo. Adra se asomó al ventanuco de la escalera. Las sombras se acercaban.

—Vienen más.

—¿Cuántos son? —preguntó Décima.

—Cinco. Uno de ellos parece un contaminado —contestó—. Pero tampoco podemos descartar que los demás lo sean. Hay otros dos en el tejado de la Pocilga de Krato. —A través de una callejuela estrecha se aproximaban otros nueve hombres armados—. Y más en camino —dijo.

—Vaya mierda, vaya mierda —masculló Jezek, entre toses—. Que sea la última vez que montas una fiesta sin pedirme permiso, Adra. ¿Por qué oigo campanas?

—Porque suenan campanas —contestó Décima.

—Más mierda —rezongó. Alzó la mirada hacia sus inquilinas—. No dejéis que entren, yo me encargo del patilargo y el perro. ¡Venga, moveos!

Adra y Décima descendieron veloces, la una junto a la otra, casi tocándose. No intercambiaron palabra. La puerta principal estaba abierta de par en par. Un chorro de excrecencia negra anulaba los sortilegios de protección.

Dos sombras se abrieron paso en el umbral. Una de ellas era una mujer envuelta en harapos que empuñaba un escopetón de cuatro cañones. El otro era un hombre, aunque su piel parecía de cuero rígido y de su frente emergían dos cuernos curvos; sus ojos eran botones negros y minúsculos, casi ocultos entre estratos de piedra. La mujer abrió fuego con dos de sus cañones sobre ellas. Adra y Décima saltaron al mismo tiempo, cada una en una dirección distinta, y dispararon contra la mujer. Adra falló, pero Décima la alcanzó de lleno en el pecho. La mujer golpeó contra la pared por el impulso y luego cayó de costado.

El contaminado soltó un gruñido, se inclinó hacia delante, abrió la boca y el mundo enloqueció. Adra intentó taparse los oídos, pero era inútil, era como si gritase directamente en el interior de su cráneo. Se tambaleó: era imposible centrar la mirada, imposible pensar, imposible mantenerse en equilibrio. El

grito amenazaba con demolerle el cráneo, con derretir su cerebro. Pero de pronto cesó. Adra sacudió la cabeza en un intento de despejarse. El contaminado seguía junto a la puerta, decapitado, y de su cuello brotaba un chorro de cenizas. Los restos de carne pedregosa de su cabeza creaban un mosaico dantesco en la pared, como una sombra encarnada y gris. Décima empuñaba su lanzaensalmos. Adra la miró, sorprendida.

—¿Te has olvidado de que estoy casi sorda?

Abrió la mano y le enseñó un pequeño ser tentacular, sanguinolento, que se retorció entre espasmos. Décima se lo acababa de arrancar.

Avanzaron hacia la puerta y se atrincheraron allí, una a cada lado. El marco repicaba bajo los impactos de las balas. Ambas dispararon. Durante unos minutos hubo fuego cruzado, pero Adra no llegó a distinguir si habían herido a alguien. Un velo de neblina turbia oscureció su visión, una migraña que amenazaba con crecer hasta explotar.

Una voz las llamó desde la escalera:

—¡Seguidme! —Era Jezek, acompañado de Angie, que cargaba con Gale. El chico araña todavía parecía algo atontado. En las escaleras también esperaba Winston. Hizo ademán de ir hacia Adra, pero esta lo contuvo con un gesto.

Jezek se apresuró hacia la parte trasera de su tienda, allí donde vivía. Tras otra salva de disparos desde la puerta, Adra y Décima corrieron tras él.

Atravesaron el pasillo corto que conducía al habitáculo de Jezek. Décima disparó hacia atrás, sin apuntar siquiera, con intención de frenar a posibles perseguidores. Jezek se agachó junto al jergón desastroso que era su cama, lo alzó y luego retiró la alfombra, dejando a la vista una trampilla de metal. La abrió y la oscuridad tenebrosa de una galería quedó encuadrada en el suelo. Adra miró a su casero, sorprendida. Había visitado aquel cuartucho decenas de veces y nunca se habría imaginado que ocultara un pasaje secreto. Winston husmeaba la oscuridad, tan intrigado como ella.

Bajaron por una escalera de madera desvencijada, primero Angie con Gale a cuestas; luego Winston, que intentaba ganar la posición de cabeza; después Adra. Décima aguardó junto a Jezek mientras este colocaba la cama en su lugar desde abajo y, después, se las ingeniaba para disponer la alfombra sobre la trampilla, de forma que quedara oculta una vez cerrada. La trampilla

chirrió. Era metálica y tenía dos pestillos enormes, ambos cubiertos de runas de refuerzo. Jezek los corrió y pulsó un interruptor. Una luz ambarina y temblorosa se derramó por la escalera. En el techo, a intervalos regulares, colgaban bombillas llenas de luciérnagas.

El descenso fue más largo de lo que Adra habría esperado. Por las paredes, de roca negra y seca, trepaban finas venas rojas.

—Bienvenidos a la Jezekcueva —anunció su casero.

Desembocaron en una caverna de tamaño notable. Una capa de materia orgánica, cubierta de tela metálica, dominaba la pared este. Aquel era el verdadero laboratorio de Jezek, comprendió Adra, no el espacio minúsculo tras la tienda. Allí era donde hacía sus experimentos y pociones, donde montaba los lanzaensalmos y preparaba sus hechizos. El lugar estaba atestado. Había estanterías repletas de libros, frascos y redomas, además de armarios y archivadores —uno de ellos cubierto de candados—, y mesas de trabajo, bombonas de gases inciertos, una nevera de gran tamaño... Sobre una camilla yacía el cuerpo a medio diseccionar de un corajudo. Líquenes y algas envolvían las costillas que asomaban de su pecho abierto. Adra lo miró y recordó lo que había visto en el búnker del Baluarte.

En las paredes se alineaban varias puertas cerradas. Una de ellas destacaba por su brillo y aparente robustez: casi parecía de diamante negro. La cubría una capa fina de escarcha.

—¿Podrán entrar aquí? —preguntó Décima.

—Soy científico, no adivino. Pero espero que no —contestó Jezek—. ¿De dónde han salido esos cabrones?

Adra suspiró. Su llegada a Testamento no había sido precisamente anónima y Angie no era alguien que pasara desapercibido. Cualquiera podría haberle revelado al Baluarte dónde vivía: el bastión no era tan grande y Adra era muy conocida. Recordó al duque. ¿Habría sido él? No tenía mucho sentido, sobre todo después de su última conversación. Rocal la necesitaba para algo, se lo había dejado muy claro. Quién sabía: bien podría ser una maniobra para cubrirse las espaldas.

Bajó las manos y se las examinó. Tenía la piel manchada de la mezcla de ceniza, sangre y porquería negra que ahora cubría el marco de la puerta de entrada de su edificio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Angie, con voz temblorosa.

No era a él a quien buscaba el Baluarte. Adra lo tenía claro. Era a Gale. Miró al joven inconsciente. El sufrimiento que antes deformaba sus rasgos había quedado atrás. Ahora solo parecía dormir.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Adra—. ¿Hay otra salida, Jezek?

—Por supuesto. Siempre hay que tener una vía de escape. ¿No has aprendido nada conmigo durante todos estos años?

—¿La salida es esa? —preguntó Décima, señalando hacia la puerta negra, brillante y helada.

Jezek sonrió y enseñó sus dientes pequeños y amarillentos.

—Eso da a mi habitación de juegos. No te aconsejo que entres, a no ser que quieras morir de forma muy desagradable.

Señaló hacia una puerta diminuta, casi una escotilla, situada en el otro extremo de la cueva. Era pequeña, de chapa arrugada y roñosa.

—Mi querida Alicia: escaparemos por la madriguera del conejo.

OCHO

Salieron a una calle desierta, un callejón situado a medio kilómetro del edificio, cubierto por un tejadillo de red metálica. Hedía a orina y óxido. Adra iba por delante, lanzaensalmos en mano. Tras ella, Winston se sacudió con fuerza, como si quisiera librarse de la atmósfera húmeda que los había acompañado en el corto trayecto por el subsuelo de Testamento.

Se giró para asegurarse de que los demás la seguían. Angie llevaba a Gale en brazos, como si fuera un niño pequeño. Décima iba tras ellos. Adra no pudo evitar una sonrisa: la indumentaria de su vecina no era la más apropiada para la acción (al menos, no para esta clase de acción). Las campanas seguían repicando en algún punto de la ciudad. En otras circunstancias Adra habría sido la primera en acercarse al foco del problema para intentar ayudar. Se preguntó si todo aquello no sería una maniobra de distracción para el ataque del Baluarte. Se estaban tomando muchas molestias para recuperar a Gale. Frunció el ceño: ¿cómo habían averiguado que seguía con vida? Ciara y sus hombres estaban convencidos de que había muerto en el búnker, una víctima más de la masacre. ¿Quizá alguien les habló del joven al que un chico araña cargaba a sus espaldas?

Miró hacia la boca del callejón. Nada se movía. Las sombras parecían pintadas en el aire.

—Tenemos que salir de Testamento —dijo Adra—. No podemos quedarnos en el bastión.

—A mí no me metas en más berenjenales —dijo Jezek—. No pienso moverme de aquí, vosotros haced lo que se os antoje. Tengo negocios que atender.

Adra quiso preguntarle si parte de esos negocios los haría en el Tubo, pero prefirió callar.

—¿Por qué quieres irte? —quiso saber Décima. Se acercó a Adra, con el rostro medio girado para poder oírla mejor. Desde el oído dañado caían hilachas lentas de sangre que se entremezclaban con el rojo de su cabello.

—Dos hombres del Baluarte visitaron al duque esta mañana —explicó Adra—. Están relacionados con él, no sé de qué modo, no sé de qué manera. Creo que buscan a Gale y no podemos arriesgarnos a quedarnos aquí. No sé hasta dónde llega su poder ni cuántos son. Y tampoco sé si el duque podrá... o querrá... protegernos. —Ignoraba los tejemanejes en los que podía estar metido Rocal. No le sorprendería que entregara a Gale al Baluarte solo para evitar conflictos. Cuanto más lo pensaba, más probable le parecía. Testamento estaba por encima de cualquier individuo, incluso por encima de su mejor cazadora—. No van a parar hasta que lo tengan.

—No parece gran cosa —dijo Décima. Miró al muchacho desmayado con gesto compasivo, como si contemplase a un niño dormido.

—Ni Adra tampoco, a primera vista —dijo Jezek. La tomó del brazo y lo agitó—. Luego ves que es toda fibra, ¿eh, Adra? No hay que fiarse de las apariencias.

Adra ignoró a su casero. No apartaba los ojos de Décima.

—Tenemos que irnos de la ciudad. —Lo dijo con seguridad. Era la única opción.

Ella no flaqueó ante su mirada. Estuvieron así durante unos segundos, en un duelo absurdo, sin pestañear apenas. Décima gruñó.

—Eres un jodido incordio, ¿lo sabes, Adastrea?

—Lo sabe —dijo Jezek—. Créeme que lo sabe. Largaos con viento fresco y llevaos a los niños con vosotras. Adra, pásame el rifle. Os cubriré desde el tejado mientras os acercáis a la espina de Desembarco.

Adra obedeció. Se permitió una sonrisa diminuta de agradecimiento a Décima, quien gruñó de nuevo.

—Ten cuidado —le pidió a Jezek.

—Lo tendré. Le tengo cariño a mi pellejo, ya sabes, no quiero que me lo perforen. —Escupió al suelo mugriento, quizá a modo de despedida—. Intentaré averiguar qué es lo que sabe el duque de todo esto. —Al ver la cara

de alarma de Adra se apresuró a añadir—: Soy demasiado importante para Testamento como para que Rocal se arriesgue a perderme.

—Ahí te doy la razón —dijo Adra—. Lo único que le importa es esta maldita ciudad. —Se dirigió a Angie—: ¿Cómo están tus patas?

—Mejor. —A Angie no le tembló la voz esta vez—. No me quedaré atrás —aseguró.

—Hora de irse —dijo Décima y le pasó uno de sus pistolones a Adra. La culata era de marfil blanco y el cuerpo era negro y brillante, con runas grabadas en su superficie reluciente. Al tocarlo, manchaba levemente, como si estuviera hecho de carbón.

Adra empuñó el arma y se pusieron en marcha. Abandonaron la protección de la calleja y entraron en el laberinto de calles que formaba la barriada sur. Las callejuelas eran estrechas, cubiertas de un caos superpuesto de tejadillos de red y de lona. Adra lideró la expedición, junto a Winston. Angie los seguía, con Gale a cuestas, y Décima cerraba la marcha. El bloque de casuchas que atravesaban, grisáceas y cubiertas de manchas de humedad, llegó a su final. Adra se acercó a la bocacalle y espió fuera. Una columna de humo ascendía desde el norte. Esa era la razón de las campanadas: un incendio. Las llamas parecían espíritus soliviantados en la distancia, demonios que le hicieran gestos: «Ven, ven, ven a jugar con nosotros, Adra. Queremos consumirte, queremos besarte los huesos. Queremos convertirte en ceniza».

—No me estás ayudando, cerebro —murmuró por lo bajo.

La espina de Desembarco quedaba a un kilómetro de distancia. La Mordisco esperaba, bien sujeta al enorme hueso. Justo encima flotaba ingrávido el islote vivo del Baluarte, una gran masa pedregosa tocada de verde. Llegaba el momento de meterse en la boca del lobo y, tal y como estaban las cosas, seguro que ese lobo tenía dos pares de mandíbulas y garras venenosas. Hizo un gesto a sus acompañantes para que la siguieran.

Avanzaron por la plaza de la Esperanza, entre tugurios, puestos, corros de subastas abandonados por la alerta y comercios cerrados. Las calles estaban desiertas. Pegados a la pared, vigilaban todas las direcciones a un tiempo. Las campanas seguían sonando.

Winston se clavó a medio paso y Adra con él.

Parecieron salir de la nada. Eran tres: dos armados con lanzaensalmos y el otro con una escopeta rematada por un cañón rodeado de dientes. Adra retrocedió, irritada por no haberlos visto antes. Una mujer de uniforme negro apuntó con su lanzaensalmos y abrió fuego. El hechizo vertió sobre ellos una andanada de hollín inofensivo. «Bendita suerte», pensó mientras disparaba su revólver y perdonaba todas las veces en que sus propios ensalmos habían fallado. Su bala impactó en el hombro del atacante de la escopeta, que reculó, trastabillando, mientras disparaba a su vez. Una tormenta de plomo voló cerca de su cara.

Otro lanzaensalmos apuntó a Angie, pero al momento cambió de objetivo. Adra comprendió que no querían dañar a Gale. Décima también pareció entenderlo: saltó sobre Angie, salió del ángulo de tiro, y colocó su pistolón en la sien del joven inconsciente que el archet cargaba en brazos.

—¡Quietos o le vuelo la cabeza ahora mismo! ¡Quietos!

Su grito fue como una corriente de aire frío. Todo se detuvo.

—No tenemos nada contra vosotros —dijo la mujer de negro. Su voz intentaba ser tranquilizadora, pero no lo conseguía. Llevaba el pelo corto, al estilo de Ciara—. Solo los queremos a ellos. Entregádnoslos y os dejaremos en paz.

—Disculpa, vas a tener que hablar un poco más fuerte —le dijo Décima—. He tenido un pequeño problema de audición por vuestra puta culpa.

—No es lo que pensáis —dijo el soldado armado con la escopeta dentada. Hablaba muy rápido. Demasiado—. Estamos en el mismo lado. Puede que no os lo parezca, pero estamos del mismo...

Sonaron tres disparos, en sucesión rápida, y con cada uno de ellos uno de los hombres del Baluarte cayó abatido con una bala en la cabeza. Adra miró en dirección al tejado cercano. Jezek estaba allí, con un fusil humeante en las manos. Les hizo un gesto para que se pusieran en marcha.

—Menuda puntería —masculló Décima, admirada—. ¿Sabías tú eso de Jezek?

—¡Vamos! —ordenó Adra.

Echaron a correr. Otro laberinto de calles primero, luego otra plazoleta. La campana insistía, con su repique constante. De algún punto, no muy lejano,

les llegó la detonación violenta de un arma de fuego. Angie todavía no estaba del todo recuperado, pero mantenía su promesa de no quedarse atrás.

Al dejar el amparo del muro que rodeaba un almacén de carroña, se toparon de frente con la mole inmensa de la espina de Desembarco. Medía más de trescientos metros y a media altura anclaban cinco naves: una de ellas era la Mordisco, un bajel feo y rechoncho, con aspecto de insecto gigante. Cruzaron a la carrera el terreno baldío que rodeaba la espina y comenzaron el ascenso. Los peldaños tallados alrededor del hueso eran irregulares y no había baranda que protegiera de un posible traspié. Mal lugar para tener vértigo. «Esto no va a funcionar», se dijo Adra, descompuesta, pero apretó los dientes y se aferró a la pared de la espina.

Al norte, el incendio iluminaba la noche creciente. Alcanzó a distinguir el ajeteo de la brigada de emergencias del duque, atareada en intentar sofocar el fuego. Escuchó disparos, no muy lejos. ¿Podría ser Jezek? Quizá intentaba distraer a sus perseguidores. Poco podría hacer. Ahora estaban expuestos y, cuanto más subieran, cuanto más cerca estuvieran de la nave de Décima, mayor sería su vulnerabilidad. Solo era cuestión de tiempo que los descubrieran. Y luego, ¿qué? Alzó la mirada. Vio el vientre de la Mordisco a apenas cincuenta metros de distancia. Y más arriba, la isla del Baluarte, la piedra desnuda y los cañones, amenazantes. Runas enormes de escudo y protección cubrían su superficie. Procuró no mirar a sus pies, no recordar el vacío que la esperaba si caía.

La escalera se le antojó interminable; la espiral de peldaños que se elevaba alrededor de la espina parecía ascender en el aire hasta abandonar el planeta y sumirse en el vacío sideral. Desde aquella altura el mundo era una postal desolada. La montaña de carne en la tierra, el leviatán en las alturas... La ciudad se derramaba alrededor de la espina como una mancha de suciedad, interrumpida por desniveles de terreno y el cauce seco de algo que en algún momento fue un río y que ahora parecía una cicatriz vieja.

—Adra... —murmuró Décima.

Contuvo la respiración. Varias siluetas llegaban desde distintos puntos de la ciudad, deprisa, todas confluyendo en la espina. Eran muchas, demasiadas. La mayoría avanzaba por tierra, pero vio varias que se aproximaban por el aire en un vuelo torpe, sin gracia. Pronto los tendrían encima.

«Solo unos pasos más», pensó Adra. Unos pasos más y después, quién sabía.

Décima se adelantó en cuanto llegaron a la altura de la Mordisco. La pasarela de madera que conducía hasta la escotilla de acceso tampoco tenía protección y las sacudidas del viento podían llegar a ser peligrosas. Adra alargó una mano y se aferró a la cuerda de anclaje mientras con la otra agarraba a Winston por el arnés. Por muy pesado que fuera el galgo, le asustó la idea de que pudiera salir volando. Delante de ellos, Décima recorrió la pasarela como si el viento o la caída no le preocuparan lo más mínimo, como una reina que avanza decidida y orgullosa hacia su trono. Operó en la brida que cerraba la escotilla, la abrió y luego entraron, veloces.

El interior de la Mordisco era una tiniebla rojiza. El puente de mando, alargado y con forma de óvalo, ocupaba la mayor parte de la primera altura de la nave. Los camarotes exiguos estaban en los laterales; debajo, la bodega de carga, los tanques y los motores.

Dos figuras les salieron al paso, ambas armadas. Adra las reconoció. Eran la tripulación de Décima: Bianca y Sato. En su mente los llamaba la Bella y la Bestia, como en aquel cuento antiguo que le contaba su madre, aunque en realidad, que ella supiera, no estaban emparejados. Se cuidaba mucho de compartir esos apodos, sobre todo ante la Bestia. Su intelecto era tan limitado como agresivo su carácter.

—¿Capitana? —La expresión de Sato era de confusión permanente, como si el mundo fuera demasiado difícil para él—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué está pasando?

—Testamento arde y nosotros nos vamos. ¿Cómo tenemos el tanque? —preguntó.

Bianca contestó, veloz:

—Menos de media carga. Estamos esperando a los carroñeros para llenarlo. No podemos...

Décima hizo un gesto impaciente.

—Tendremos que proveernos por el camino.

Sato pareció aún más aturdido. Adra pensó que en cualquier momento pondría los ojos en blanco y un hilillo de saliva comenzaría a resbalar por su barbilla.

—¿Cómo que nos vamos? ¡Solo hace dos días que llegamos!

—No te quejes, has tenido dos días para holgazanear y gastarte toda la soldada en mujeres. Nos vamos, rápido.

—¿Por el fuego? —preguntó Bianca, extrañada.

—No, por eso —dijo Adra, señalando con la cabeza en dirección a la escotilla. Se escuchaban disparos fuera. Desde arriba les llegó el sonido de piedra en movimiento. La isla se ponía en marcha.

—¡Bianca, al timón! —ordenó Décima—. ¡Sato, extiende las pieles! ¡Nos vamos! ¡Nos vamos! —Los dos tripulantes de la Mordisco obedecieron. Uno acudió al timón de proa; el otro corrió hacia un mecanismo repleto de cordajes situado en el centro del puente—. ¡Tenemos que contenerlos! ¡Adra, ocúpate de babor!

—¿Qué es babor? —preguntó, con el pistolón ya en las manos.

—¡La izquierda, joder, la izquierda!

Adra se dirigió hacia una de las ventanillas estrechas que se abrían como navajazos en los laterales de la nave. Se asomó y disparó desde allí hacia una sombra movediza. Desde fuera respondieron a sus disparos. Los impactos de bala repicaban en la madera y la chapa de la nave como una lluvia acelerada. Un proyectil atravesó el fuselaje y silbó alto. Sobre sus cabezas sonó un relámpago de trapo: Sato extendía las pieles. Una cortina hecha de pellejos de monstruo descendió sobre el fuselaje de la nave con una lentitud que a Adra le pareció exasperante. Algo en lo profundo tosió, un golpe brusco, de enfermo que agoniza.

—¡Nave desanclada! —gritó Bianca. La tos subía de nivel, reverberaba, trepaba por las paredes del bajel, se transmitía a sus huesos con una vibración demencial.

Por el hueco que quedaba todavía sin cubrir, Adra pudo ver como la isla maniobraba para aproximarse y abordarlos; los grandes lanzaensalmos asomaban como falos largos y amenazadores. Sabía que no usarían esos cañones: no podían arriesgarse a perder a Gale. Adra retrocedió cuando la piel cubrió, al fin, la ventanilla. Algo enorme golpeó contra un lateral de la Mordisco y el navío se inclinó hacia la derecha. Los disparos recrudecieron. Angie había dejado a Gale en el suelo y se cubría los oídos con manos y patas.

Décima dio un grito, dejó su puesto y corrió hacia proa. La parte frontal de la Mordisco estaba abierta al exterior. En su morro de insecto se abrían dos grandes escotillas circulares, cada una de ellas cubierta por una sustancia blanca gelatinosa y translúcida que les confería un aspecto similar a los ojos de uno de los grandes depredadores del cielo. Décima se sentó en el armatoste inmenso que operaba el cañón de la Mordisco, un caos de válvulas y muelles situado entre ambos ojos del bajel. El Baluarte no se atrevería a usar toda su potencia de fuego, pero ellos no tenían ese problema. Adra recordó las grandes runas que ensuciaban la isla.

—¡Décima! ¡Está protegida contra ensalmos! ¡Un solo disparo no les hará nada!

—Lo sé —contestó ella.

Y abrió fuego sobre Nadissa, la nave de Testamento. Esta carecía de protecciones mágicas: se defendía de manera más tradicional, ensamblada entre piezas acorazadas y contundentes. El ensalmo, un hechizo potente de impacto, golpeó en el lateral de estribor de la nave y la lanzó, como un ariete borracho sobre la isla flotante. El choque fue demoledor. Una especie de alarido pétreo se hizo con el mundo durante unos segundos. Adra se sintió culpable al recordar el carácter casi consciente de las islas flotantes.

Intentó concentrarse en su propio pellejo. Los disparos sonaron más alejados; un gran pedazo de roca comenzaba a desgajarse de la isla y esta, retrasada por los daños, no maniobraba con la velocidad adecuada. Adra se acercó, tambaleándose hacia uno de los asientos en línea destinados al pasaje, situados a babor. La nave se alejaba despacio de Testamento. El motor rugía de forma constante bajo sus pies. De cuando en cuando se escuchaba el aleteo de las alas falsas de la Mordisco.

Décima se apartó del cañón, se acercó al timón y allí, de un pequeño compartimento situado en un lateral, sacó una caja dorada de buen tamaño. De ella extrajo otro parásito y se lo colocó en el oído con la rapidez que da la práctica. Sonrió a Adra.

—Para oírte mejor —le dijo. Y soltó una carcajada aguda. Adra recordó el amor de Décima por el peligro, por la aventura. Los ojos le brillaban. Si no la conociera, habría supuesto que estaba borracha. La envidió: ella solo tenía un nudo de miedo y resentimiento en el estómago.

—¿Qué rumbo pongo, capitana? —preguntó Bianca.

—Malparaíso —contestó Décima—. Preferiría no decir esto, pero vamos hacia el bastión Rojo.

Adra resopló. Malparaíso y el bastión Rojo eran los dominios del barón Europa, un hombre de virtudes escasas y fama perversa; de él se contaba que cuando se encaprichaba de una joven la asesinaba antes de poseerla. De todas formas, su intención era mantenerse alejada lo más posible del barón. Ella buscaba a Absalón: tenía un ensalmo para él. Pero antes de dispararlo pretendía hablar largo y tendido con el primado.

Fue consciente de que Décima estaba junto a ella. La capitana de la Mordisco apoyó una mano en su hombro y después le acarició el cuello, un roce mínimo, de ánimo. Esta vez, Adra no se apartó.

—Espero que tu amigo merezca la pena —murmuró Décima. Se levantó y se dirigió hacia Angie, que temblaba. Winston estaba a su lado, como si quisiera consolarlo.

Adra miró a Gale, que seguía inconsciente en el suelo. No estaba segura, pero tenía la sensación de que la garra había crecido.

«¿Quién eres?», se preguntó.

Fuera el mundo y el viento rugían. Fuera, la noche, llena de monstruos y malos augurios, se les echaba encima, los cercaba, ansiosa por sepultarlos. Fuera, en las alturas, como una capa de espanto, flotaba el leviatán.

LIBRO IV

EL OJO
DE LA TORMENTA

PRÓLOGO

Si cierra los ojos, el dolor hace que la oscuridad se vuelva blanca.

Rhea está dividida en dos elementos: ella y el dolor, y cada vez queda menos de Rhea. Escucha los gritos, pero pertenecen al dolor, no tienen nada que ver con ella. Si cierra los ojos, esos gritos se le clavan como esparpales en el cráneo. El enemigo la despedaza.

Por instinto y por hábito tantea en busca de algo con que defenderse. Sus dedos se arrastran por la cama. Busca su puñal, su sable, cualquiera de sus armas, pero no podrá derrotar así a este adversario. Lo tiene metido dentro, muy dentro.

Abre los ojos y la realidad salta sobre ella. Está en su dormitorio, pero le cuesta reconocerlo: el dolor lo cubre todo, el mundo está cubierto por una pátina irreal que ahoga los detalles y la asfixia. Ve a Nime, amarillenta y escuálida, agazapada entre sus piernas. Nime es la más anciana del lugar, con esos casi cincuenta años que se le notan en cada arruga, en cada mirada. Es ella quien la asiste, como ha asistido en todos los nacimientos del poblado desde que tiene memoria. Rhea nunca imaginó que uno de esos partos sería el suyo. No imaginó que ella también yacería y chillaría en ese acto absurdo de traer vida a un mundo acabado.

Rhea resopla. Está exhausta, pero también estaba exhausta hace una hora y ahí sigue, aguantando y empujando. La estancia huele a sudor, a mierda, a sangre y a vómito. En un impulso irracional, se lanza hacia Nime y la aferra del cuello de la blusa. La prenda es áspera, aún más entre los dedos de Rhea, que se han vuelto extrañamente sensibles.

—Sácamelo —susurra, entre jadeos—. Sácamelo de una vez. ¡Sácamelo! ¡No quiero tenerlo dentro! ¡Sácamelo!

El dolor la dobla y la dispara hacia atrás. Ella, que se precia de nunca perder el control, vuelve a gritar. Abierta de piernas en su cama, en su dormitorio, en la casucha que construyó con sus propias manos, está segura de que va a morir. La manta que cubre el colchón está pegajosa de su sudor y de quién sabe qué más.

«Matar es más sencillo que dar vida», pensará después, cuando todo acabe. Matar, si eres diestro, no te causa dolor. Parir es como si te colaran una antorcha en las entrañas y luego la sacaran para volver a metértela después. Como si un cosechador se te metiera dentro, como una lluvia de comecarnes, como un mordisco de crótalo en el útero. Rhea se pierde en comparaciones, busca símiles que la ayuden a lidiar con todo, nuevos nombres con los que identificar su tormento. «Si te nombro, podré doblegarte», piensa en su delirio.

—¡Empuja, Rhea! ¡Empuja! —grita Nime desde un mundo muy lejano, entre brumas, espejismos y promesas incumplidas. Rhea lo intenta y el estallido de dolor tiene la forma del rostro de Elyon. Él dijo que estaría con ella cuando llegara el momento. El padre del enemigo que se abre paso a través de su cuerpo dijo que estaría allí, a su lado. Ella sonrió, porque sabía lo difícil que era que cumpliera su palabra.

Cuando recupera un ápice de aliento, grita:

—¡Elyon, voy a arrancarte la piel! ¡Te arrancaré la piel, bastardo! —Alarga la erre de bastardo en un sonido interminable; el dolor le da derecho a gritar como quiera, a decir lo que quiera—. ¡Me prometiste que estarías aquí!

La primera vez que lo vio, hace cinco años, salía reptando de una pila de cadáveres.

Rhea, postrada en la cama, recuerda la cadena de decisiones que la llevó hasta él y hasta el momento presente, abierta de piernas ante la más anciana del lugar.

La primera decisión fue bordear los límites de influencia de Testamento en busca de presas mejores. No había tenido suerte en las últimas salidas y decidió ir más allá de donde dictaba el sentido común. Cuando llevaba unas horas de marcha vio nacer el tifón de espinas en la distancia. Apareció de improviso, como aparecen siempre esos fenómenos aberrantes: una turba de

polvo se levantó del terreno hasta convertirse en un torbellino descomunal de piedra desmenuzada que arrasaba con todo a su paso. Por una vez, la fortuna estuvo de su parte: aquel látigo de destrucción no fue hacia ella, pero el asentamiento del río seco no tendría tanta suerte. El tifón de espinas se dirigió hacia allí a tal velocidad que no tendrían tiempo de evacuarlo. Aquel poblado pequeño estaba solo a medio día de camino de Testamento y era casi un calco exacto de Suel, el poblado de Rhea, otro más de los asentamientos diminutos que crecían al resguardo de la ciudad del duque Rocal. Lo habían construido junto a un evernauta muerto con la intención de aprovecharse de la parte comestible de su carne que, como ocurría con aquellas grandes bestias, tardaría años en descomponerse.

El poblado era tan reciente que todavía no tenía nombre. Ni lo tendría jamás. Rhea, desde la distancia, vio el avance del tifón. Los tifones de espinas no eran un fenómeno atmosférico muy común, pero la casualidad había querido que aquel fuera ya el tercero del que Rhea era testigo. Sabía que para cuando llegara al asentamiento, a lo que quedase de él, no encontraría nada vivo. Aun así —y esa fue su segunda decisión—, Rhea se encaminó hacia allí. No buscaba supervivientes, sino cualquier cosa que pudiera vender a su contacto en Testamento. Jezek siempre pagaba bien y ella tenía que ganarse la vida. Los escrúpulos eran para los perdedores y los muertos.

A más de un kilómetro de distancia le salió al paso el hedor de la muerte y tuvo que taparse la boca con un pañuelo. El tifón también había despedazado al evernauta. De aquella bestia larga, interminable, con forma de gusano grueso, solo quedaban despojos.

Rhea se adentró en el maremagno de horror.

Estudió los restos que se esparcían en torno a ella mientras avanzaba. El tifón no había hecho distinciones: lo había destrozado todo por igual, hasta la misma tierra aparecía estragada y revuelta. Tras unos minutos de búsqueda comprendió que no encontraría nada de valor. ¿De qué servía torturarse más en aquel matadero? Cuando ya daba media vuelta se topó con una zona que, de manera inexplicable, había quedado casi intacta, como si la destrucción hubiera decidido tomarse un alto en el camino antes de seguir su avance. En lo que debió de ser algo parecido a una plaza o un círculo de encuentro, encontró

cadáveres amontonados a los que la tormenta apenas había tocado. Algunos estaban prácticamente intactos, casi parecían dormidos.

En una de esas pilas de muerte, varios cuerpos se enredaban como amantes. Mientras pasaba a su lado, a Rhea le pareció ver movimiento debajo, un meneo lánguido que hizo que se pusiera en alerta.

Empuñó con más fuerza el sable. Y ella, que se preciaba de no tener miedo a nada, estuvo tentada de salir huyendo, de escapar lo antes posible. Pero se quedó allí, inmóvil, a la espera. Algo la llamaba, algo entre la curiosidad y la premonición. Y apareció una mano, un brazo, una cabeza. Apareció él, como si acabara de nacer allí, entre los difuntos.

Su única herida era un corte en el pómulo, una herida breve, de apenas un centímetro, que le hacía parecer todavía más vulnerable. Un hilo de sangre bajaba hasta su barbilla y se colaba entre sus labios, como si no fuera más que vino derramado. Se tambaleaba como un borracho, las rodillas se le doblaban, sus piernas lo traicionaban. Apartó los cadáveres que lo rodeaban y, sin fuerzas, cayó hacia delante. Rhea apenas tuvo tiempo de sostenerlo. Su contacto quemaba: ardía de fiebre. El tifón lo había dañado de alguna manera que no se percibía a simple vista.

Se lo llevó consigo y esa fue su tercera decisión. La que le cambiaría la vida. Podría haberlo dejado allí. Podría haberlo condenado a muerte. Habría sido más fácil, habría sido lo lógico.

Cargó con el desconocido hasta Testamento, hasta Jezek, y entre los dos hicieron lo que pudieron por salvarlo. Al principio pensó que no lo conseguirían. Aquel extraño era demasiado frágil, un hombre esquelético con rasgos aniñados y unos ojos enormes. Se debatió entre la vida y la muerte durante días, devorado por la fiebre y los espasmos.

Jezek insistía en que era imposible que hubiera salido intacto del tifón de espinas.

—Tal vez se coló en el corazón del tifón —dijo Rhea, sin saber muy bien por qué—. Quizá se escondió en el ojo de la tormenta.

Jezek la regañó con la mirada. Era evidente que decía tonterías.

Al décimo día el hombre se incorporó en la cama y miró a Rhea a los ojos. Estaba restablecido, pero no por entero: no recordaba nada y apenas sabía hablar, solo pronunciaba palabras sin sentido. Era como si el torbellino

de espinas se le hubiera metido en la cabeza y hubiera revuelto todo lo que encontró allí dentro.

Rhea le enseñó. Él aprendía rápido, con ansia voraz. Ella le dio un nombre: Elyon. Se lo había oído decir a su madre, no recordaba el contexto —tal vez alguna de esas viejas leyendas con las que entretenían las horas de camino—. Él lo repitió varias veces en voz alta, como si quisiera acostumbrarse. Ella sonrió.

«Si te nombro, podré doblegarte».

Elyon se recuperó despacio. Sus ojos desproporcionados observaban el mundo con sorpresa constante, como si le maravillara el regalo de su supervivencia. Una noche, ya de regreso en Suel, ella le preguntó cómo podía sonreír siempre. Veían en el horizonte columnas de fuego, rodeadas de sombras turbulentas y criaturas repletas de ojos ciegos y agujones. Sobre ellos, muy muy alto, flotaba un banco de escualos de piel transparente. En la distancia se escuchaba el aullido de criaturas sin nombre.

—Porque estoy... vivo —contestó él. Todavía le costaba hablar—. Y eso es fantástico. Y estás ahí, te veo. Y eso es bueno. Verte es bueno. Y siento el latir de la tierra y eso es bueno también. —Las llamas en la distancia parecían caracteres colosales escritos en el telón negro del mundo. En las alturas, el leviatán aguardaba, bañado en una luz espectral y orgánica—. Pienso. Existo. Y tú piensas y existes. Y aquí los dos. En el fin del mundo.

Ella no tuvo respuesta. Rhea había crecido entre violencia y horror, y aquella filosofía simplista le desagradó y, al mismo tiempo, le atrajo. Durante mucho tiempo se preguntó quién era ella en relación con el universo, cuál era su lugar en aquel caos y, después de mucho pensar, llegó a la conclusión de que ni una cosa ni otra tenían importancia. Se enamoró del hombre extraño, a pesar de su fragilidad, de su aspecto aniñado, a pesar de que no parecían vivir del todo en el mismo universo. Y ese amor la desconcertaba.

Su madre no la había preparado para algo así. En la tierra demolida no había espacio ni tiempo para sentimentalismos. Su madre fue pragmática y repetitiva en su consejo: «Busca hombres fuertes que te protejan y te cuiden. Y deséchalos cuando no te sirvan. Haz lo que sea necesario para sobrevivir, Rhea, porque en un mundo que no conoce la misericordia tienes que ser cruel para seguir adelante». Rhea no entendía cómo había conseguido Elyon echar

abajo sus barreras, cómo había logrado despertar en ella tantas sensaciones contradictorias.

Enamorarse no fue una decisión consciente, sino más bien una enfermedad que contrajo su corazón y se extendió a su cabeza.

Tampoco comprendió por qué él se enamoró de ella. Elyon, aunque no supiera su verdadero nombre, aunque no tuviera recuerdos de su vida anterior, sí sabía quién era. Conocía cuál era su lugar en el mundo. Eran seres opuestos, como muerte y vida.

* * *

La última decisión, remate de todo este hilo de recuerdos, fue la de tener el bebé: mantenerlo vivo en su barriga en vez de beber alguna de las pócimas que Jezek guardaba en su armarito amarillo.

Y es una decisión de la que Rhea se arrepiente ahora. Oh, cómo se arrepiente.

—¡Ya viene! —dice Nime—. Asoma la cabeza, veo la cabeza. ¡Queda poco, cariño, queda poco!

—No... me llames... cariño —resopla ella. Su mano aletea. Ya no busca un arma, sino otra mano que no está allí.

La primera vez que Elyon desapareció tuvo un ataque de pánico. Salió en su búsqueda, pero no lo encontró. Ella, la mejor rastreadora de la zona, fue incapaz de dar con él. Elyon regresó diez días después, cuando ya lloraba su pérdida. Traía un ramo en la mano, de tallos, raíces y flores. Las flores eran hermosas, de un color brillante que los del poblado llamaban agridulce; pensó que, tal vez, eran un regalo para ella, una disculpa; pero no era así: eran un regalo para todos. Las plantó él mismo y varios meses después aquellas plantas crecían por doquier. Eran bonitas, con sus pétalos enormes y anaranjados, y no parecían querer matarte.

—¿Dónde las has encontrado? —le preguntó ella.

—Por ahí —contestó él.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí —contestó él y le dedicó una de sus sonrisas únicas, plena de felicidad.

Rhea no era una persona posesiva. Entendía que todo estaba a un solo segundo de desmoronarse, de desaparecer, y que era mejor disfrutarlo sin firmar contratos ni pedir garantías. Poco a poco se acostumbró a las ausencias sin despedida de Elyon y a sus regresos repentinos. Sabía que no podía hacer nada por evitarlo, por mucho que le doliera no tenerlo cerca. Y él siempre regresaba. Siempre. Y siempre indemne. Comenzó a pensar que algo velaba por él. ¿Quizá fuera un contaminado, con el poder de pasar desapercibido en un mundo de depredadores? No, eso no tenía sentido, del mismo modo que su amor no tenía sentido.

Una tarde, con ella ya embarazada, volvió de una de sus ausencias con dos galgos, uno blanco y otro negro. Nunca contó de dónde los había sacado. Rhea sabía que en alguna de las islas flotantes —o tal vez en Malparaíso— pagarían una buena cantidad por ellos, pero sugerirle a Elyon algo tan práctico era una causa perdida.

La última vez, apenas dos semanas atrás, regresó con un gatito minúsculo entre las manos.

—Estaba a punto de morir —le dijo—. Como yo cuando me encontraste.

* * *

Sale de su cuerpo. El invasor sale de su cuerpo y ella siente tal alivio que grita de nuevo. Resopla, jadea, siente que se ahoga. Llega la calma y un silencio raro, un silencio artificial y pegajoso que se rompe cuando aquello que ha emergido se echa a llorar con energía violenta. «Estoy aquí —parece gritar al mundo—. Estoy aquí y he venido para quedarme».

—Es una niña —dice Nime. Se la enseña y la criatura, sucia, bañada por sus propios jugos, es rolliza y sana. Y fea como un demonio.

Rhea ve aquel gesto arrugado y piensa al momento en su madre, Adrastea. Un nombre diferente, hasta en otros tiempos. Un nombre mágico. Y justo cuando va a pronunciarlo en voz alta, cuando va a conferir realidad a la criatura que ha salido de su vientre, el dolor regresa. Es un relámpago de

ácido, una explosión dentada en las entrañas. Nime reaparece en su campo de visión, con el ceño fruncido y el bulto sucio que es su hija en brazos.

—Viene otro —anuncia. Como si hiciera falta.

De nuevo, la agonía. Pensaba que no le quedarían fuerzas, pero aparecen de algún lugar desconocido. Ahora todo es diferente. Es un dolor nuevo, nada que ver con el primero. Es un dolor con saña, con eco. Rhea se desdobra otra vez. Intenta regresar al refugio de sus recuerdos. De nuevo ve a Elyon. El paso de los años no parece haberle cambiado. Recuerda sus paseos por la linde del poblado, la manera curiosa que él tenía de encontrar belleza hasta en lo más deprimente. Recuerda cuando emergió de entre los muertos.

Algo sale de su cuerpo. No, algo reptaba fuera de su cuerpo. Nime retrocede, Rhea no consigue leer su expresión, no la entiende. ¿Es espanto? ¿Es miedo? ¿Es asco? Se oyen gritos y golpes. Se oye un gruñido, un rugido insólito, imposible de modular por una garganta humana. Rhea intenta incorporarse, pero no puede. La otra niña, la primera, la niña que pronto se llamará Adrastea, llora. Nime chilla; su chillido es como un filo que parte la habitación en dos mitades, como otro tifón de espinas, el recuerdo de otro tiempo. Su grito es como una grieta en el cielo. Se escucha el golpe de un cuerpo al caer.

—¡Quítamelo! —aúlla Nime, desesperada—. ¡Quítamelo! ¡Quíta...!

Su voz se quiebra, se llena de sangre.

UNO

Hasta donde alcanzaba la vista, el mundo era un cementerio.

Abajo, mucho más abajo, se amontonaban los cadáveres: miles y miles de cuerpos de seres humanoides, de rasgos carentes de expresión, como si la muerte los hubiera sorprendido en la cúspide de la imbecilidad. Los había de todos los tamaños. Los mayores eran descomunales, verdaderos gigantes; de haber estado de pie, sus cabezas se habrían incrustado en las nubes espesas y grises que atravesaban la nave. Desde las alturas, los más pequeños parecían niños.

Gale los contemplaba medio encorvado desde uno de los ojos de insecto de la Mordisco. De cuando en cuando intentaba enderezarse, pero una cuchillada de dolor le recorría el brazo derecho hasta el hombro. Pegó la frente en el ventanal y el cristal se empañó al momento.

Rostros inexpresivos, grandes como lunas, como cráteres encajados en la tierra, miraban hacia el infinito desde la oscuridad profunda de sus cuencas vacías. Marañas de brazos a medio pudrir se alzaban de entre los muertos como árboles de un bosque grotesco, algunos tan desproporcionados que la Mordisco podría aterrizar en la yema de uno de sus dedos. Había cadáveres que daban la impresión de ser recientes, como si acabaran de caer fulminados un instante antes. Otros eran esqueletos mondos, de una blancura cegadora; estos parecían más antiguos que el mismo tiempo.

Gale no podía apartar la mirada de los cuerpos hacinados. Él también podría ser ahora un cadáver deshecho, destrozado en lo que quedara de búnker.

«He muerto y he resucitado».

La frase lo perseguía. Era un golpe insistente de martillo, un repique en su cerebro. «Adra me ha resucitado. Dos veces».

Lo recorrió un temblor ligero y se abrazó en un intento de sofocarlo, pero el contacto áspero de la cosa en que terminaba su brazo derecho le repugnó. El temblor se convirtió en estremecimiento. Cerró los ojos y respiró hondo. Adra lo había traído de vuelta a la vida en dos ocasiones. Primero en el búnker de Klaus, ahora lo sabía; y, por segunda vez, después de que ella misma lo matara.

«Por lo visto, tendrías que haberte convertido en monstruo —le había dicho Angie—. Eso es lo que pasa cuando Adra usa su poder».

Pero no fue así. En la primera ocasión salió indemne, esquivó esa bala. En la segunda, en cambio, volvió a la vida con una extremidad deforme. Abrió los ojos y contempló la garra. Era roja, vetada en gris, una pinza curva y dura que crecía sobre el muñón retorcido que una vez fue su mano. ¿No era mayor que ayer? Quizá fuera simple aprensión. O tal vez esa cosa crecía. Volvió la mirada al campo de cadáveres que se extendía en tierra, diluidos por las sombras escasas de una mañana nebulosa. Monstruos muertos allí abajo, monstruos vivos aquí en la nave. Estaba rodeado de ellos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Angie. Estaba a su lado; se había materializado desde la nada.

Gale no supo responder. ¿Cómo iba a estar bien? Hizo un gesto torpe, algo que podía entenderse como una afirmación, y se envolvió con firmeza en la manta de lana. Desde que despertó estaba aterido de frío y se sentía ajeno, como si la vuelta a la vida hubiera levantado un muro de hielo entre sus sentidos y la realidad.

Notó un roce suave contra su cadera, algo duro pero afectuoso. Winston restregaba la cabeza contra él. Lo acarició y disfrutó del tacto sedoso del pelaje corto del perro, pero de forma distante, adormilada. No entendía la devoción que Winston sentía por él. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.

Pudo, al fin, erguirse un poco y desvió su atención hacia el puente de mando. Bianca tenía el turno de timón. La mujer lo descubrió mirándola y le dedicó una sonrisa completa. Bianca sabía sonreír con el cuerpo entero, no solo con los labios. Cada uno de sus movimientos era elegante y medido,

parecía calculado para favorecer a su dueña. Gale pensó que tenía unos ojos muy bonitos y claros, de un color difícil de describir. ¿Ojos miel? ¿Ojos ámbar?

—Impresiona, ¿verdad? —preguntó la joven con un cabeceo al frente.

Gale asintió, pensando más en sus ojos que en el paisaje desolador que sobrevolaban, pero fue Angie el que habló.

—¿Qué son esas... criaturas? —preguntó el chico araña.

—Nadie lo sabe —contestó Décima.

Vigilaba desde el otro ventanal, el segundo ojo de insecto de la nave. Gale buscó con disimulo el apoyo de la baranda de sujeción que rodeaba el puente de mando. Aquella mujer lo intimidaba, no sabía bien por qué.

—Un tipo de Rojo me contó que aquí abajo había una ciudad —dijo Décima— y que el día en que llegaron los leviatanes su magia afectó a sus habitantes: los hizo crecer, los retorció y retorció hasta matarlos. No sé si será verdad —admitió—. En Malparaíso se cuentan muchas historias y casi todas son mentiras o exageraciones, a veces las dos cosas. Sean lo que sean, no me gusta volar tan cerca de ellos.

—Podría ganar altura —propuso Bianca desde el timón—. A mí también me ponen nerviosa.

—Vamos escasos de carroña, prefiero no hacer maniobras innecesarias —dijo Décima—. Y esta no es la mejor zona para aterrizar y abastecernos.

—¿Por qué no? Aquí hay carroña de sobra —dijo Angie.

—Demasiada. —Décima se apartó del ventanal y se agarró a la pequeña escala que conducía al asiento del cañón, a media altura entre los dos ojos de insecto—. Si te fijas, no hay ni un carroñero. Y si ellos no quieren esa carne, nosotros tampoco.

Un ruido silbante distrajo a Gale. Adra estaba sentada en uno de los asientos destinados al pasaje, limpiando sus armas, soplando por el cañón del lanzaensalmos.

Angie se lo había explicado todo: sus resurrecciones, el poder de Adra, la visión según la cual él (¡él!) se convertiría en una especie de héroe en la lucha contra los grandes monstruos. Qué insensatez. ¿De verdad Adra creía eso? ¿Lo creían los demás? ¿Tan locos estaban como para pensar que el Baluarte lo había convertido en una especie de... superhombre? Todo era tan

irreal que Gale a veces pensaba que no era más que un sueño, que seguía prisionero en su celda y que tarde o temprano despertaría para darse de bruces con la realidad.

Adra levantó la vista y sus miradas se cruzaron. Gale apartó la suya, como un niño cogido en falta. Recordó la primera vez que la había visto, en el búnker, cuando recuperó la consciencia. Ahora sabía que Adra lo había resucitado, que en realidad había muerto víctima del mismo ensalmo que fulminó a sus compañeros de cautiverio y a sus guardianes. Revivió la premonición rotunda de que la aparición de Adra era importante, de que había un vínculo entre ambos y el destino los había reunido allí. Eso, al menos, se había revelado como cierto.

«Estuve muerto. Realmente muerto. Dos veces».

Volvió a mirar por el ventanal, distraído. El día anterior Adra lo había sometido a un interrogatorio intenso. Le hizo mil preguntas sobre su pasado y sobre el tiempo que pasó encerrado en el búnker. Quería saberlo todo. Gale le habló del poblado en el que creció y de cómo lo vendieron a los hombres de Klaus. No le dijo el motivo, ¿qué importancia tenía? Aquello ya parecía lejano, tan lejano que pertenecía a otra vida que no era suya. Gale insistía en que no era nadie y que todo aquello era un error. No tenía habilidades especiales. Nunca había hecho nada excepcional. Nada. Era humano, un humano anodino, un humano normal. Y ella lo había mirado como si cada una de sus frases fuera una mentira que tenía el deber de desmontar.

—En cuanto tuviste la oportunidad, te cambiaste el mono para que no reconocieran tu número —le dijo Adra—. ¿Por qué, Gale? ¿Si no eres nadie, por qué lo hiciste? ¿Y por qué buscaban los del Baluarte al espécimen veintidós?

Gale pensó en Klaus. Recordó la estancia blanca, la que Klaus llamaba «la sala de la pasión», con énfasis jocoso en cada palabra. Le costaba incluso pensar en ello. Le angustiaba recordar lo que sucedió entre aquellas cuatro paredes. Se sentía culpable, humillado, sucio, como si todo aquello fuera culpa suya. No pudo soportar la mirada de Adra, esa mirada de piedra que exigía —que demandaba— respuestas.

Se las dio. Lo hizo en voz baja.

—Uno de esos cabrones estaba obsesionado conmigo —contestó—. Abusaba de mí. —El muro de hielo que lo acompañaba desde su segunda muerte le permitía hablar de ello, aun con esfuerzo. Sin esa pared fría entre sus sentimientos y él, habría sido incapaz—. Pensé que si me cambiaba de número, sería más sencillo escapar.

Adra guardó silencio, tomada por sorpresa. Él siguió hablando:

—No sé quién pensáis que soy, pero estáis equivocados. No soy especial —insistió—. No soy nada. Si soy la razón de este viaje, estáis cometiendo un error muy grave.

—Hay errores que no tenemos más remedio que cometer —dijo Adra.

—¿Como matarme? —le preguntó Gale. Lo hizo de manera rápida, buscando hacer daño. Durante un segundo no se reconoció.

—No era yo —contestó ella. Parecía aturdida, como si la pregunta de Gale de verdad la hubiera afectado. No tardó en rehacerse—. Siento mucho lo que pasó —le dijo—. Y siento presionarte tanto, de verdad que lo siento. Pero tienes que reconocer que hay algo muy extraño en todo esto. Algo que necesitamos averiguar. —Él asintió, más por librarse de ella que por darle la razón—. Si recuerdas algo, cualquier cosa, lo que sea, dímelo, por favor.

—No soy importante, Adra —repitió él. Era un buen lema—. Ni siquiera era importante para los cruzados. Me mataron, ¿recuerdas? No fueron al búnker por mí. Fueron por el Chacal.

Una voz recia sacó a Gale de sus recuerdos del día anterior:

—Putos bichos —dijo Sato, el tipo grotesco y feo que, junto a Décima y Bianca, completaba la tripulación de la Mordisco.

Gale no lo soportaba. Siempre procuraba ver lo mejor de los demás. Era un truco que le había enseñado Margo y que lo ayudó a ganarse cierta simpatía entre los guardas más humanos del búnker. Seguía intentándolo, pero le costaba encontrar algo positivo que decir y pensar de Sato. Era zafio y desagradable, corto de miras y estúpido. Buscar algo bueno que decir del empleado de Décima era como andar revolviendo mierda con tenacillas con la esperanza de encontrar algo comestible.

—Esta nave siempre está llena de bichos, no los aguanto —insistió Sato—. Y siempre me tienen que tocar los cojones a mí.

Ahí Gale tenía que darle la razón: por todas partes rondaban insectos, pequeñas criaturas asquerosas atraídas por el olor de la carroña que servía de combustible a la nave. Por lo general solían ser inofensivas, pero siempre eran irritantes. Sobre todo las que picaban. Gale tenía una roncha en el antebrazo y escocía como mil demonios. Sato no hacía otra cosa que recordarles a todos que a él, durante ese viaje, ya le habían picado veintidós veces.

—Si te ducharas te dejarían en paz —intervino Bianca.

—El agua mata, joder. La gente se ahoga en ella. —Sato dio un manotazo para espantar al culpable más reciente de su mal humor. Con el ímpetu del gesto golpeó una plancha de madera y soltó un nuevo improperio.

Un estruendo súbito rompió la quietud del exterior. Gale miró por la ventana. Allí abajo, en el campo de cuerpos, un brazo colosal acababa de salir de su inmovilidad. Su mano, enorme, se dirigía hacia ellos, como un reflejo desproporcionado del golpe que Sato acababa de dar a la nave. La podredumbre devoraba tres de los dedos, grandes como torres.

Décima saltó al cañón lanzaensalmos, pero no había tiempo de apuntar y calibrar el disparo.

—¡Bianca! ¡Todo a babor! —gritó—. ¡Ahora! ¡Ahora!

La Mordisco se quejó por el cambio inesperado de rumbo. Las entrañas de la nave se removieron, su almacén crujió como si fuera a partirse en dos, las alas falsas se batieron con desenfreno. Gale apretó un puño y cerró la garra con fuerza o, por lo menos, lo intentó, pero lo único que consiguió fue curvarla sobre sí misma en un movimiento doloroso.

La luz del día desapareció, eclipsada por la mano que se les venía encima. Gale, a través del cristal, solo podía ver una gran extensión de carne, abierta en algunos puntos, mostrando la textura del músculo ennegrecido y retazos amarillentos de hueso. La Mordisco mantuvo su quejido amargo y dio medio giro justo cuando la extremidad descomunal la rozaba. Gale rodó por el suelo. Angie cayó también, enredado entre sus patas arácnidas. Por todo el puente se escuchó el traqueteo de la Mordisco llevada al límite.

La mano se cerraba despacio sobre la nave. La envolvía por entero, camino de formar un puño y aplastarla.

—¡A estribor ahora, todo a estribor! —aulló Décima, mientras operaba con el cañón.

Gale gritó, aterrado; la Mordisco respondió con otro crujido y avanzó en el túnel menguante de la mano gigantesca a medio cerrar. Décima disparó al fin. El ensalmo taladró la carne de la palma inmensa. Una lluvia de detritos y sangre negra salpicó contra el fuselaje de la nave. Los ventanales se tizaron de oscuro. La mano continuó cerrándose, ajena al daño causado por el ensalmo.

Y en el último instante, cuando estaba a punto de aplastarlos, se detuvo.

Unos instantes de silencio incrédulo se cernieron sobre el puente de mando.

—¡Muévete, Bianca! —gritó Décima, bajando de un salto del cañón—. ¡Acelera, acelera!

El rostro de Bianca estaba transformado, desfigurado por el miedo. Durante medio segundo no reaccionó y Gale pensó que se quedarían allí para siempre, atrapados en la garra de un monstruo indeciso.

Bianca salió de su estupor. Maniobró la nave en dirección a la salida del túnel de carne que había formado aquella zarpa descomunal. Los crujidos se repetían, pero la Mordisco aguantaba. Gale esperaba que los daños solo fueran superficiales. Se imaginó cayendo en picado hacia aquel campo de horrores. Imaginó su propio cuerpo destrozado entre los restos de los gigantes. Pero no ocurrió. La Mordisco escapó hacia la luz brumosa del día. Sobre el horizonte ondeaba una aurora boreal de colores extraños que parecía incitarles a seguir adelante.

Gale se levantó con cuidado. Le asaltó el ramalazo de dolor habitual en el brazo derecho, pero consiguió ponerse en pie. Angie seguía en el suelo. Lo que quedaba del mono del búnker se le había abierto todavía más y Gale pudo ver su abdomen oscuro, su barriga brillante y negra de araña, que se convertía, poco a poco, en la piel blanca y suave de un humano joven. Angie levantó la cabeza hacia él, con el miedo pintado todavía en la cara.

Gale intentó ayudar. Le tendió la mano, pero al hacerlo vio la garra de nuevo y se detuvo.

Monstruos. Monstruos por todas partes.

DOS

La Mordisco estaba herida.

Viajaban a menor velocidad, a menor altura y la nave acusaba una tendencia insidiosa a cabecear hacia la izquierda. Una de las alas de camuflaje ya no se movía: colgaba, inerte, como una costra de piel a medio arrancar. El armazón continuaba con su lamento, cada segundo de vuelo parecía una tortura para la madera. Gale se preguntó si reventaría, si el fuselaje de la nave se abriría en canal y los escupiría fuera como pepitas de fruta.

Miró a Décima. Tenía la frente arrugada en un gesto severo.

—¿Tan mal estamos? —preguntó, con suavidad. Winston lo seguía a todas partes, con la lengua fuera y aspecto feliz. El perro no parecía demasiado preocupado.

—Siempre estamos a las puertas del desastre, Gale —gruñó Décima. Se arrodilló ante un panel de madera situado a popa—. Ahora hemos dado un paso más allá.

Deslizó el panel hasta retirarlo por completo. Quedó al descubierto una maraña de cables multicolores. Uno de ellos, el más grueso, tenía un recubrimiento viscoso, una gelatina transparente y mucosa. Dentro del cable rebullían, lentas, volutas de humo ocre. Décima soltó otro gruñido y se incorporó en toda su estatura.

Una trampilla se abrió en el otro extremo del puente y la cabeza de Sato emergió del suelo como una planta deforme.

—Mal, mal, mal —canturreó—. Todo está muy mal, mal, mal. —Se aupó fuera con agilidad simiesca, espantó otro insecto y se enderezó con un quejido—. Estamos jodidos, capitana.

Bianca fue la siguiente en salir. Marcas de hollín embadurnaban su rostro y sus manos. Se las restregó contra el pantalón con impaciencia. Gale notó un hormigueo tenso en la boca del estómago al contemplar la leve curva de sus caderas. Se sintió estúpido. Y aliviado al mismo tiempo, porque aquel amago de excitación implicaba que sus emociones regresaban.

—Lo que nos temíamos —anunció Bianca—. La línea de giromanes de babor está tocada. Uno ha saltado por los aires y hay varios quemados por el esfuerzo extra. —Miró hacia la capitana de la Mordisco—. Tenemos que sustituirlos enseguida y no podemos hacerlo con la nave en el aire. Hay que aterrizar.

—Teníamos que hacerlo de todas formas —dijo Décima—. Casi no nos queda carroña.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Gale.

—Esa es una pregunta interesante —le dijo Décima—. Llevo tiempo haciéndomela. ¿Qué eres capaz de hacer, Gale? ¿Por qué eres tan importante para tanta gente?

—Ahora no, Décima —intercedió Adra. Estaba sentada en uno de los asientos de babor, encorvada, abrazándose las rodillas.

Décima refunfuñó por lo bajo, pero lo dejó estar. Tras el interrogatorio del día anterior, la actitud de Adra hacia Gale parecía haber cambiado. Él la miró y sonrió, pero no hubo sonrisa de vuelta. Adra tenía el pelo más alborotado que de costumbre y bajo sus ojos grises había sombras nuevas; Gale sospechaba que no había dormido algo desde la huida de Testamento, tres días atrás. Se preguntó qué pasaría si perdía el control y se convertía en monstruo dentro de la nave. Desechó el pensamiento con rapidez: prefería no recordar el aspecto de Adra transformada.

—¿No llegaremos a Malparaíso sin repostar? —le preguntó Adra a Décima.

La capitana se rascó el brazo, irritada.

—Imposible —contestó—. Aun sin los problemas con los giromanes necesitamos la carroña para alimentar los escudos. Sin ellos a plena potencia no podremos atravesar el cinturón de escupideras. Es tan sencillo como eso.

—Este viaje me da mala espina, capitana —dijo Sato.

Bianca bufó.

—A ti todo te da mala espina. En serio, ¿cuántos viajes hemos hecho últimamente donde no nos hayamos jugado el pellejo al menos una vez? En Gólgota un puto dragón leproso intentó montar la nave. Y los motores se nos pararon... ¡Se pararon!, en el último trayecto a Teseo, cuando nos topamos con la bolsa de ruido blanco.

—Es diferente —dijo Décima—. Puede haber imprevistos hasta en la ruta más segura, pero el trayecto hasta Malparaíso siempre es una mala idea. Sí, este viaje ha sido una mala idea desde el principio. —Clavó los ojos en Adra, que aguantó su mirada sin titubear—. Estamos saltando de infierno a infierno para meternos de cabeza en una trampa. Me pregunto por qué. — Elevó la voz—: ¿Me oyes, Adra? Me pregunto por qué.

A Gale le pareció que la tensión entre Adra y Décima era similar a la que sufría el almacén de la Mordisco y no quería estar allí cuando explotara. Abandonó el puente de mando para buscar el refugio del pequeño camarote a estribor que compartía con Angie.

Camarote era una palabra demasiado generosa para aquel cubículo: más bien se trataba de un armario. Solo había una litera de dos camastros montados uno sobre otro, y apenas quedaba espacio para abrir y cerrar la puerta. Gale se tumbó en la litera de abajo, la misma en la que había despertado el día anterior.

No recordaba nada del coma en que se había sumido tras su segunda resurrección, pero sí recordaba volver en sí, desorientado por completo, sin saber qué era ese continuo mecerse ni de dónde venía aquel sonido rítmico, como de palmadas lentas (luego supo que era el batir de las alas falsas con las que la Mordisco se hacía pasar por monstruo). A quien primero vio fue a Angie. Y después llegó Winston para cubrirlo de lametazos, babas y alegría. Por unos instantes se sintió feliz. Sintió que estaba con los suyos; que, pese a no saber dónde se encontraba, había vuelto al hogar. En cuanto descubrió aquello que fue su mano, todo se vino abajo.

Se dio la vuelta en la litera y se aovilló de cara a la pared. No se había dado cuenta de lo cansado que estaba. Casi sin querer se fue sumiendo en una semiinconsciencia turbia y sin sueños, dominada por figuras que danzaban en la periferia de su visión y que parecían hacerle señales. Creyó ver a Margo entre ellas.

Angie fue quien lo sacó de su duermevela. Lo agitaba con insistencia cuidadosa, como si temiera romperlo.

—Décima me manda a buscarte. Vamos a aterrizar —le informó. Por su tono era complicado distinguir si eso le aliviaba o le aterrorizaba.

Gale se incorporó despacio. Aquella siesta improvisada no había servido de mucho: cargaba con la misma pesadez y el mismo desánimo que antes de dormir. Salió del camarote a paso lento, precedido por Angie, que se bamboleaba con cada sacudida de la nave. La Mordisco descendía, ahora con Décima al timón. El resto ocupaban ya los asientos maltrechos, atornillados a la pared de babor, entre el camarote de Décima y la puerta que conducía al cubículo de baño. Sato y Bianca ya habían amarrado sus cintos de sujeción, Adra peleaba con Winston para colocarle el arnés que había improvisado con un par de cinturones. El perro se debatía como un poseso, aun más tras ver a Gale. Parecía ansioso por ir a saludar.

—Ya me llenarás de babas más tarde, Winston. Haz caso a Adra.

Se acomodaron en los únicos asientos que quedaban libres y el galgo pareció calmarse al fin. Torpe y todavía aturdido, con una sola mano útil, a Gale le costaba acertar con los enganches de sus sujeciones. Bianca se desató y se acercó a ayudarlo. En cuanto la tuvo cerca, Gale contuvo la respiración para no llenarse de su aroma, una mezcla curiosa de sudor, almizcle y talco. La joven lo miró a los ojos, una mirada larga y profunda, y luego sonrió de una manera que le hizo estremecerse. Gale soltó aire en cuanto Bianca se alejó de regreso a su asiento, incómodo. Intentó no pensar en ella y estiró el cuello para mirar a través de uno de los ventanales.

La tierra los esperaba, a escasos metros ya de distancia. Mostraba un aspecto árido y desolado, recubierta de una telaraña de grietas. Un destello hizo que Gale mirara al norte. En esa dirección, la misma hacia la que se dirigían, entre la panza del leviatán y los colmillos afilados de una cordillera envuelta en humo, se intuía una sombra siniestra, un cúmulo formidable de nubes y relámpagos. Era una tormenta, una tormenta oscura y lejana.

Más cerca observó el vuelo errático de cinco engendros alados: grandes avispones burdeos, rodeados de criaturas semejantes a gusanos, largas y pálidas, que parecían flotar en el aire. Gale se fijó en el punto donde aterrizarían. Allí aguardaba un monstruo reventado, una criatura que en vida

debió de estar provista de alas múltiples y de extremidades prolongadas y serpenteantes. Era grande, de unos ocho metros de altura, una verdadera colina de carne.

—Agarraos bien —les dijo Décima. Gale vio que la capitana se había atado al timón con cinchas de cuero—, porque el aterrizaje va a ser movido.

Los espasmos de la nave se multiplicaron con cada maniobra de Décima. La Mordisco parecía a un segundo de desintegrarse, a un instante de estallar. Todo temblaba, retumbaba y se sacudía. Gale apretó los dientes y observó a Angie junto a él. El chico araña miraba aterrado hacia delante. Sus dientes castañeban. Bianca tenía los ojos cerrados y Adra echaba el cuerpo atrás, con la cabeza pegada a la pared de la nave, respirando con su calma habitual.

La Mordisco tomó tierra con una convulsión que los lanzó a todos contra sus sujeciones. Gale soltó un grito y Angie se quejó con amargura, incómodo entre los dos asientos a los que había tenido que amarrar su cuerpo complejo. Adra les dirigió una mirada de lástima, se desató las correas y se acercó a Décima. Comenzó a susurrarle algo, a hablar muy rápido en voz baja. Gale distinguió un sabor metálico e inconfundible: se había mordido el labio con la sacudida y tenía sangre en la boca, una nueva herida de la que alardear. Intentó levantarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Bianca, que ya estaba a su lado. Le ayudó a desatarse. Una de las manos se detuvo unos segundos más de lo necesario en su cintura y él reaccionó al contacto con un estremecimiento que casi era una erección. Ella pareció darse cuenta y sonrió.

—Sí, sí —contestó él, nervioso. ¿Qué le estaba pasando? Tenía el deseo a flor de piel, una lujuria desconocida que le arañaba entre los pulmones y el bajo vientre. Como siempre, se sintió culpable de las respuestas inesperadas de su cuerpo. Apartó la mirada de Bianca para intentar sosegarse y se encontró con la de Sato, que los espiaba desde su asiento. La expresión de su rostro era sombría y peligrosa.

Décima dio una palmada y él prestó atención, sobresaltado.

—Bianca, Sato, la Mordisco es vuestra. —Se apartó del timón con un movimiento enérgico—. La quiero lista cuanto antes. No podemos perder demasiado tiempo aquí.

Adra se acercó a paso rápido a Angie y a Gale.

—¿Querías ayudar? —preguntó—. Pues venid conmigo.

Abrió uno de los armarios de intendencia y, tras hurgar en su interior, sacó lo que parecía una carretilla plegable. Les tendió unas mascarillas y un par de guantes a cada uno. Gale se puso el guante izquierdo y hubo un momento incómodo cuando se quedó contemplando el derecho. Adra no dijo nada, se limitó a darles dos hachas. La de Gale era reducida, casi un juguete.

—¿Podrás manejarla con una sola mano? —le preguntó.

Gale hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Es un hacha. ¿Qué crees que quiero que haga? —Señaló hacia la mole desmedida que aguardaba fuera, a apenas veinte metros de distancia—. Cortar. Y tú también, Angie —dijo. Su hacha era bastante más grande que la de Gale. El chico araña hizo una mueca que dejaba muy claro qué pensaba de todo aquel asunto—. Ya, no va a ser agradable, pero alguien tiene que hacerlo y os ha tocado a vosotros. Os cubriré mientras tanto: la zona tiene que ser un hervidero de carroñeros.

—Yo me quedaré al cañón —dijo Décima—. Si algo se nos acerca, intentaré contenerlo. Daos prisa: cuanto más tiempo estemos en tierra, más peligro corremos.

Los tres se aproximaron a la puerta de embarque. Adra giró la rueda de apertura y la portilla se hizo a un lado. La pasarela inclinada era endeble y delgada, tanto que parecía a punto de quebrarse. Winston se acercó despacio hacia la salida, indeciso, pero al final decidió quedarse en la nave. Gale lo entendía. El hedor allí fuera era insoportable, aun con la mascarilla puesta. Por desgracia, ellos no tenían elección.

Se acercaron a la orilla del cadáver inmenso. El sol se ocultaba tras él, a medio camino del atardecer, y un halo ambarino lo cubría todo. Angie empujaba la carretilla, que había conseguido desplegar tras unos segundos de ensayo y error. Gale avanzaba a su lado, hacha en mano; el tacto de la herramienta era extraño, y, al mismo tiempo, le parecía más natural que la garra grotesca en que acababa su brazo. Adra eligió la zona más prometedora de carne rancia.

—Aquí, dadle aquí —indicó—. Hacedlo fuerte, sin miedo, que no se va a quejar. —Comprobó con rapidez el tambor de ensalmos de su arma—. Creo

que necesitaremos llenar la carretilla cinco o seis veces por lo menos.

Gale puso un pie sobre la carne blanda e intentó no escuchar el ruido que hacía bajo su peso. Ante él se levantaba una pared de pesadilla de la que sobresalían cartílagos, huesos y enredaderas de podredumbre. Soltó un tajo de prueba y una cuña de carne resbaló por el filo. Clavó el hacha en otro punto y, una vez tuvo la mano libre, agarró el trozo recién cortado y lo tiró dentro de la carretilla que Angie había dispuesto entre los dos. El muchacho araña contemplaba el montículo que tenían delante con expresión vacía y los brazos caídos.

—Tenemos que darnos prisa —le recordó Gale.

Angie asintió y comenzó a cortar. Primero de forma desgarbada, luego con energía, casi con rabia. Gale lo imitó: cortar y cortar, tajo, tajo, tajo. Llegó un momento en que, sin apenas darse cuenta, comenzó a usar la garra. Trinchaba lo que acababa de cortar y luego empujaba el trozo con el filo del hacha para que se desprendiera de la zarpa y cayera a la carretilla. Adra vigilaba a apenas un metro de ellos. Tal vez cansada de no hacer nada, acabó por unirse a la tarea de despiece, usando la espada larga que había cogido del arsenal de la Mordisco.

Tardaron diez minutos en llenar por primera vez la carretilla. Angie se encargó de empujarla hasta la nave, seguido muy de cerca por Gale y Adra. En la parte baja de la Mordisco los esperaba la portilla abierta que conducía a las bodegas y por ella lanzaron la carga de podredumbre. Después regresaron al monstruo muerto, a la pesadilla de seguir atacando aquella montaña de carne. Gale, en más de una ocasión, tuvo que reprimir una arcada. Si empezaba a vomitar no pararía nunca, se vaciaría por completo hasta dejar las entrañas a sus pies.

—Tengo una fantasía —le dijo a Angie durante una pausa breve—. Incluye una ducha. Aunque fuera con agua helada, como las del búnker.

Angie no contestó, inmerso en su propio tormento.

Iban por su tercer viaje cuando aparecieron los carroñeros. Eran criaturas oscuras, del tamaño de Winston, babosas negras y relucientes de patas incontables y breves, que descendían, hambrientas, por la cuesta a la izquierda de la Mordisco.

—Quietos —les ordenó Adra, espada en mano—. No os mováis. Ni siquiera respiréis.

Gale esperaba que atacara, pero no lo hizo. Los carroñeros pasaron veloces junto a ellos y se precipitaron sobre el monstruo muerto. El sonido de las criaturas al alimentarse era repugnante: chupaban y mascaban con silbidos mocosos. Adra les hizo un gesto y se alejaron unos metros para retomar la tarea a una distancia prudencial de los carroñeros, que continuaban con su banquete, ajenos a su presencia. Volvieron a la carga.

El tiempo se dilató y el cansancio comenzó a hacer mella. La nueva zona tenía más tendones y era más difícil de cortar. La carne era gomosa, los nervios se extendían por ella como ramificaciones elásticas y al hacha le costaba atravesarlas. Gale estaba bañado en porquería. Había entrado en un ritmo hipnótico: corte, tajo, carretilla, corte, tajo, carretilla; vuelta a empezar.

Se preguntó qué diablos era aquella bestia. ¿Había sido inteligente? ¿Había tenido sueños o deseos? ¿Qué habría pensado de saber que su destino era alimentar a la Mordisco y atormentarlo a él? Dio un golpe seco y chocó contra algo: había dado con hueso y el impacto le acalabró el brazo. Resopló y se tomó unos segundos para recuperarse. La tormenta seguía clavada en el horizonte, casi parecía espiarlos bajo la panza del leviatán.

Se oyó un rugido en la distancia. A continuación, se escuchó un inesperado chasquido elástico seguido del estruendo de un derrumbe. Las babosas carroñeras huyeron en estampida. Los tres miraron al mismo tiempo en la dirección del ruido, a la izquierda de donde había aterrizado la Mordisco. Adra entrecerró los ojos, envainó despacio su espada y empuñó el lanzaensalmos. La tierra burbujeaba, grandes porciones de terreno saltaban al aire. Algo parecía a punto de emerger del subsuelo, algo enorme.

—¡Rápido! ¡A la nave! —gritó Adra.

A unos metros de la Mordisco la tierra se abrió, herida. Una criatura blanca, cubierta de ampollas, surgió del suelo. Parecía una sucesión de jorobas superpuestas, con extremidades largas y flexibles como látigos. Gale calculó que debía de rondar los cinco metros de altura.

Corrieron hacia la nave como pudieron. El monstruo emitió un ululato escalofriante, como si tuviera que proclamar a los cuatro vientos que sus intenciones eran malignas, y saltó a tierra. Una cortina de carne rosada —

quizá una lengua—, barrió el aire y lo llenó de salpicaduras. Angie seguía empujando la carretilla. A medio camino, esta se volcó. No se detuvieron a recogerla.

El engendro cargó hacia ellos. Un orificio escarlata se abrió en mitad de una de sus jorobas y una protuberancia rodeada de colmillos salió despedida en su dirección, una lanzada de carne que pasó justo entre Adra y Gale. La joven frenó su carrera y apuntó hacia el monstruo con gesto decidido, pero, antes de apretar el gatillo, el cañón de ensalmos de la nave lo voló en pedazos. Un sinfín de hebras amarillentas explotaron en todas direcciones, como pus de un grano inmenso que alguien acabara de reventar.

—¡Vamos, vamos! —gritó Bianca desde la pasarela de embarque—. ¡El disparo atraerá a otras bestias! ¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes!

Adra fue la última en llegar.

—¿Habéis terminado las reparaciones? —preguntó.

Bianca le guiñó un ojo.

—Pronto lo averiguaremos.

TRES

El chorro de la manguera era mínimo; el agua estaba tibia y tenía una consistencia grasienta, como si estuviera mezclada con aceite. Aun así, Gale bendijo cada segundo que tuvo para limpiarse la mugre. Pese al cansancio, se lavó con energía, no dejó un centímetro de piel sin restregar: parecía que todo su cuerpo hubiese quedado impregnado por los fluidos y la pestilencia de la carroña. Las manchas salían, pero el olor era otra historia muy diferente. Quizá se le había metido dentro y había arraigado en sus fosas nasales. «El mundo se pudre y yo con él», pensó. Y fue como si a sus pies se abriera una sima.

Se envolvió y secó con la misma manta con la que había dormido. El baño de la Mordisco era otra habitación minúscula: un armario tan estrecho que costaba moverse. No era más que un triste agujero en el suelo y un depósito de agua enclavado en un lateral. Por lo menos Décima les había dado permiso para usar más agua de la que les correspondía. Gale sospechaba que la decisión no provenía de la misericordia de su corazón, sino más bien de su nariz: no querría que apestaran la nave más de lo que yaapestaba.

Se vistió con un mono azul que Décima le había prestado y salió del cubículo de baño. El vaivén de la Mordisco había menguado, pero seguía allí, de fondo. Era un leve zarandeo, como quien mece una cuna con más vigor del necesario. A Gale le costó entender cómo podía mantenerse en el aire aquel bulto informe que llamaban «nave».

Bianca, haciendo gala de una paciencia infinita, había tenido a bien explicárselo. La presencia de los leviatanes en el planeta no solo había convertido este en un infierno, sino que también había generado un campo

mágico por todo el orbe que, aparte de crear las más diversas mutaciones en los seres vivos y otros divertidos efectos secundarios, dificultaba que las naves alzaran el vuelo. Quemando carroña (una carroña específica de alto octanaje mágico) se conseguía la energía necesaria para vencer ese campo y despegar. Esa energía también servía para cebar el cañón de la Mordisco: el depósito del arma estaba repleto de runas y marcas que generaban el ensalmo a disparar. Aquella pieza de artillería debía de haberle costado a Décima una fortuna. Por lo que le había contado Bianca, solo los barones y los mercaderes más poderosos contaban con naves armadas de ese modo.

Adra jugaba con Winston al otro lado del puente. Hacía rodar una pelota diminuta por el suelo y el galgo la recogía y se la traía, ansioso por que el juego empezara otra vez. Bianca hablaba en voz baja con Décima, que seguía al timón. Angie, ya limpio, miraba a través de uno de los ventanales. Sato, el último miembro de la tripulación, estaba sentado en uno de los asientos de babor. Se contemplaba las uñas, sucias de porquería, quizá tratando de averiguar —y era una empresa difícil— cuál tenía más roña. Durante su tiempo en el búnker, durante las horas largas sin nada que hacer, Gale teorizó que lo que definía a las personas era lo que hacían para matar el aburrimiento. Observó a los guardas, escuchó a sus vecinos de celda. Concluyó que lo único que probaba su teoría era que él, Gale, era el tipo de persona que mataba el tiempo teorizando cómo otras personas mataban el tiempo.

Se acercó al chico araña y olisqueó con discreción. Parecía que Angie sí había conseguido deshacerse de la peste de monstruo, así que tal vez el olor que Gale creía despedir no estuviera más que en su cabeza. Angie olía a Angie, una mezcla curiosa de menta, flores y tierra húmeda. Si antes de conocer a Angie le hubieran preguntado a qué olían las arañas, no habría sabido contestar. Ahora simplemente diría: «Las arañas huelen a Angie».

—¿Acabas de olfatearme? —le preguntó el chico araña.

—Puede ser —contestó él, en voz baja.

Fuera anocheceía. Un pedazo de luna parecía clavado sobre el leviatán. Los tonos de esta nueva noche eran hermosos e incendiarios, teñidos de naranja y amarillo. La tormenta los esperaba a lo lejos, en el norte. Los relámpagos eran chispazos dorados; la cordillera centelleaba a la luz del

crepúsculo ámbar. Se aproximaban ahora a una zona helada, repleta de salientes acristalados. El mundo refulgía.

Había horror allí fuera —pensó Gale—, pero también belleza. Antes, eso le habría parecido un motivo para alegrarse. El Gale de antaño, incluso en los peores momentos, tenía la capacidad de encontrar la armonía, la luz en la oscuridad; pero ahora significaba algo muy distinto. Antes de darse cuenta se encontró hablando:

—No debería ser tan hermoso —murmuró—. No debería ser así. Es un engaño, una estafa.

Adra lo miró sorprendida, como si la hubiera pillado pensando algo parecido.

—Mi padre decía que el mundo era bello. Decía que, a pesar de todo, valía la pena. —Todos la miraron, extrañados—. Él lo pensaba, yo no.

—Tu padre era todo un personaje —dijo Décima—. Este mundo nos curte, nos hace cínicos. No sé cómo pudo sobrevivir tanto con esa filosofía.

—Ni tú ni nadie. —Adra sonrió, parecía perdida en sus recuerdos. La luz del exterior perfilaba su rostro afilado—. Mi madre me contaba que, antes de que yo naciera, mi padre tenía la costumbre de marcharse y desaparecer durante días. Y cuando regresaba le contaba historias de lo que había visto: macizos de diamante que cantaban al anochecer, pozos de veneno que reflejaban todos los colores del mundo, criaturas envueltas en sedas arcoíris... Supongo que todas eran historias contadas desde su perspectiva: a mí me habrían parecido escenarios letales, lugares de pesadilla.

—¿Qué le pasó a tu padre? —preguntó Gale.

—Un día se fue y no volvió. Yo tenía catorce años.

—Lo mataría algo terriblemente hermoso —dijo Décima. Arrugó la frente en un gesto culpable—: Lo siento, no quería...

Adra le quitó importancia.

—Que murió es un hecho. Si no, habría vuelto con nosotras. —Guardó un momento de silencio, todavía con la sonrisa en el rostro—. Mi padre era increíble. Estaba loco, pero su locura no era como la nuestra. Era... una locura maravillosa. —Dejó escapar una risilla triste—. Vivimos en el fin de los tiempos. Intentamos sobrevivir como podemos y cada segundo de aliento es una victoria. Eso decía mi padre.

—¿Y qué dices tú? —le preguntó Angie.

—Que no hay salvación. Que no hay esperanza.

—Pero... —Décima pareció dudar. Gale tuvo la impresión de que iniciaba una mirada hacia él, que contuvo en el último momento. Estaba harto de aquello.

—No. No, no, no. —Negó con fuerza—. Olvidaos de eso. No soy un héroe. La visión del Chacal fue un disparate, un delirio. Quizá esa cosa estaba jugando contigo, Adra. Quizá se estaba divirtiendo a tu costa. No soy especial. No soy nada.

—Empiezo a creerte —dijo Adra. Se intuía la derrota en su voz.

—Ya iba siendo hora —bufó Décima.

—Tenemos el cinturón de escupideras encima —interrumpió Bianca—. Dejad de discutir un rato.

La capitana asintió y regresó al timón. Bianca se apartó para cederle el puesto y Gale se acercó a uno de los ojos de insecto de la popa. La franja helada se aproximaba. Había un sinfín de protuberancias esparcidas entre el hielo, prismas alargados y brillantes con forma de cañón que apuntaban hacia los cielos.

—Es un cinturón de géiseres —le explicó Bianca, tan cerca que sus manos casi se tocaban—. Esos cañones de cristal escupen a todo lo que pasa por encima, lo derriban y luego se alimentan de lo que cae a su alrededor. Tenemos que cruzarlo, no podemos rodearlo sin perder varios días de viaje. En cuanto nos adentremos en el hielo comenzarán a dispararnos.

—No os preocupéis, los escudos aguantarán —dijo Décima.

—Hasta que un día dejen de hacerlo —replicó Sato, malhumorado. Décima lo ignoró.

Tras el ojo de insecto, todo se hizo hielo quebrado. Los conos geométricos cimbrecaban, como si intuyeran su llegada. Gale pegó la frente contra el ventanal y pudo ver los restos: huesos sembrados a los pies de las elevaciones cristalinas. De la tierra que rodeaba cada cañón orgánico brotaban raíces de hielo.

—Escudos arriba —ordenó Décima.

La Mordisco avanzó en un zigzag lento. Gale supuso que procuraba evitar los conos más grandes. Él solo veía el cielo y, lejana, muy lejana, la oscuridad

reluciente de la tormenta. Un sonido grotesco retumbó fuera: un relámpago húmedo y un chorro luminiscente, de un verde ácido, floreció al otro lado de la ventanilla. Y luego otro. Y otro. Décima hacía lo posible por esquivar las eyecciones de veneno que las protuberancias disparaban desde tierra, pero cada lanzamiento que impactaba contra el escudo de la nave hacía que tanto la Mordisco como el estómago de Gale se sacudieran.

De cuando en cuando, Décima tardaba un segundo de más en girar o algún cañón se adelantaba a sus predicciones y un temblor volvía a recorrer la nave. Con cada impacto, el escudo quedaba mermado. Cada movimiento hacía que el corazón de Gale latiera más aprisa. El espectáculo era un fuego de artificio prodigioso, pero sabía que podría ser mortal.

—Yo sí creo que eres alguien especial —le susurró Angie, a su lado—. Lo supe desde el primer momento en que te vi. Y él también lo sabe. — Cabeceó hacia Winston. El perro lo miraba con su sonrisa enorme de galgo.

Gale no replicó. No sabía qué decir. Una nueva sacudida zarandeo la nave.

—Se están cargando el escudo —anunció Décima desde el timón—. Aguantará, pero nos lo van a dejar bastante dañado. Cruzad los dedos para que el resto del viaje sea tranquilo o estaremos en serios apuros.

—¡Siempre al borde del abismo! —dijo Bianca. Y rompió a reír.

Gale cerró los ojos. Se sentía vacío y perdido. Se sentía minúsculo, insignificante y, durante unos segundos, deseó desaparecer.

Tras lo que le pareció una eternidad, la Mordisco abandonó la franja de hielo y siguió su marcha a través del infierno.

CUATRO

La tormenta estaba cada vez más cerca.

Flotaba como un segundo leviatán amorfo entre el monstruo y las montañas. Parecía un ojo espía suspendido en el cielo. Sus relámpagos, ahora tan anaranjados como el alba, se deshacían en arabescos excéntricos; los truenos rugían como una bestia invisible y, pese a la distancia que todavía los separaba, hacían vibrar a la Mordisco.

Gale salió del camarote. Amanecía una nueva jornada. Era el cuarto día de viaje, el segundo desde que salió del coma. La luz tibia del sol naciente flotaba en la atmósfera como el aliento de un moribundo. Alrededor de la Mordisco volaban bandadas de pájaros de hueso. El ala de babor seguía colgando, lacia, a un costado. Sato había intentado repararla, sin éxito.

Solo Décima contaba con dormitorio propio en la nave: privilegios de capitana. El cubículo que compartían Gale y Angie había pertenecido a Bianca y a Sato, que se vieron relegados a un par de hamacas en las bodegas, entre el puente de mando y la zona de motores. Adra dormía en el puente, en un saco de dormir. La última noche, Winston fue infiel a su dueña y se coló en el camarote de Gale para dormir con él. Le encantaba tener al galgo cerca, aun en aquella litera tan estrecha. Agradecía su calor, el contacto de su cuerpo y el latido rápido de su corazón.

Bianca le dio unos buenos días entusiastas desde el timón. Décima gruñó algo mientras sorbía de una taza de hojalata. La capitana de la Mordisco estaba repantigada en el asiento del cañón, a media altura entre los dos ventanales. Adormilado, Gale no supo identificar el olor denso y desagradable que flotaba por la nave. Luego vio que Adra se dirigía hacia el baño con una

bolsa y que Winston la seguía con cara de culpabilidad. Por el tamaño de la bolsa y la peste que dejaba a su paso, Gale dedujo que Winston lo hacía todo a lo grande.

—Con lo listo que es ese bicho, pensé que lo tendrías entrenado para usar el retrete —bromeó Bianca. Adra le dedicó una mirada furibunda y Bianca levantó las manos en señal de capitulación—. Ya veo que seguimos de mal humor.

Desde su atalaya, Décima siguió a Adra con la vista cuando salió del excusado y se encaminó hacia los asientos de babor. Giró el rostro en cuanto Adra miró en su dirección. Gale no pudo evitar una media sonrisa. El baile entre ellas le parecía un tanto cómico.

Se sentía más animado: para su sorpresa, el dolor de su brazo derecho había desaparecido casi por completo. Tras el esfuerzo carroñero del día anterior, había esperado despertar dolorido, pero se sentía mucho mejor. Antes de dormir, Bianca compartió con él unos sorbos de su petaca. No tenía ni idea de qué había ahí dentro, pero había dormido como un bendito. Quiso hacerse ilusiones y pensar que estaba camino de la recuperación completa, por muy absurdo que fuera pensar eso. Bien sabía que ya nada sería igual.

Angie asomó la cabeza tras él y Gale aprovechó para entablar conversación.

—¿Qué pasa entre esas dos? —le susurró al chico araña—. Apenas se hablan, pero no hacen más que espiarse.

—¿De verdad no lo sabes? —dijo Angie, divertido—. Ni siquiera yo estoy tan ciego.

—¿De qué hablas? —le preguntó Gale. Estuvo tentado de añadir que tal vez sus años de encierro habían enturbiado su capacidad de analizar las relaciones humanas, pero prefirió dejarlo pasar.

—Estas dos tienen algo —contestó Angie—. O lo tenían. Yo no sé qué les pasa ahora.

Gale miró a Décima, sorprendido, y luego a Adra.

—No me lo creo —murmuró—. Adra no tiene sentimientos. O si los tiene los esconde muy bien.

—Quizá ese sea el problema —señaló Angie—. Esconder tus sentimientos no significa que no los tengas, significa que no sabes manejarlos

y eso te deja a su merced.

—¿Ahora te has vuelto filósofo? —le preguntó Gale.

Angie soltó un cloqueo que bien podría ser una carcajada antes de continuar hablando:

—De todas formas, supongo que nos conviene que tenga sus emociones bajo llave. Por lo que pueda pasar. —No fue necesario que añadiera nada más.

Winston se le acercó en busca de atención y Gale se preguntó de nuevo a qué se debía tal fervor. Adra los observaba desde su asiento.

—¿Sabes que bajé al búnker por su culpa? —le dijo, señalando a Winston—. Se metió ahí a buscarte, estoy segura. Cuando te encontramos, le faltó ponerse a dar saltos de alegría.

Gale habló sin pensar.

—¿Me resucitaste por él? —preguntó—. ¿Fue por eso?

Adra no respondió. «Sí», pensó Gale, aturdido por la revelación. La primera vez Adra lo resucitó porque el galgo se empeñó en ello. Estaba vivo gracias a un perro. Examinó los ojos oscuros, brillantes e inteligentes del animal.

—¿Qué sabes, Winston? —le preguntó—. ¿Qué sabes tú sobre mí que yo no sé?

—Para empezar, que te tiras unos pedos tremendos mientras duermes —dijo Angie y soltó otra carcajada-cloqueo. Gale rio también pese a todo.

—Nunca lo había visto así —continuó Adra—. Tan contento. Como si hubiera encontrado algo que llevaba tiempo buscando.

Gale acarició la cabeza del perro con su mano humana y el galgo se alzó sobre sus cuartos traseros para apoyar las patas en su pecho. Por un momento parecieron una pareja incongruente de baile. Bianca rio y hasta Adra sonrió cuando el galgo pasó su lengua enorme por la cara de Gale, que recibió el gesto de cariño con expresión resignada.

—Vuestros cachorros serán preciosos —dijo Bianca.

El perro volvió a su posición natural y Gale se acuclilló junto a él para abrazarlo a conciencia. Winston pensaba que él era especial. Aquellos lametones lo demostraban. Gale se dejó hacer mientras intentaba recordar. ¿Le habían hecho algo en el búnker que lo hubiera cambiado? ¿Había pasado algo

durante su encierro, más allá de las atenciones de Klaus, algo que indicara que él era especial, diferente al resto? Era el espécimen que más tiempo había sobrevivido en el búnker, eso lo sabía. Hasta aquel momento lo había achacado a la suerte, pero comenzaba a sospechar que había algo más.

Enterró el rostro en el pecho de Winston y, al notar las costillas del animal, recordó algo. Un detalle tan mínimo y banal que lo había borrado de su memoria.

En el búnker nunca había pasado hambre. No caían en excesos —sus costillas, marcadas bajo la piel, lo atestiguaban—, pero todos los días tenía su ración de comida y agua. Y así había sido siempre, hasta cuando hubo problemas de abastecimiento. Dos transportes consecutivos de suministros no consiguieron llegar al complejo y eso se tradujo en una escasez alarmante de provisiones. Gale recordaba a sus vecinos de celda, recordaba sus lamentos y sus súplicas por comida, por algo de beber. Pero sus raciones no menguaron: siguieron siendo las mismas. Eran escasas, pero eran.

Lo querían vivo, era evidente.

«Eres mi favorito», le repetía Klaus una y otra vez, y Gale pensaba que aquello no era más que otra muestra de su obsesión por él. Pero ¿y si había algo más?

Sato asomó por la trampilla, sombrío y mal encarado. Desde el día anterior parecía más iracundo de lo habitual y Gale intentaba evitarlo en lo posible, pero era difícil en un espacio tan reducido. El hombretón le dirigió una mirada irritada. Luego se acercó a una pequeña mesa abatible atornillada en la pared, donde alguien había dispuesto un pichel, vasos de cristal y un plato de pastelitos duros; y se sirvió una medida larga de zumo de alguna fruta que Gale no supo identificar.

—Si todo va bien, llegaremos a Malparaíso antes del anochecer —dijo la capitana, sentada todavía al cañón—. Yo haría lo posible por no acercarnos demasiado al bastión de Europa, no tengo ganas de encontrarme con él.

—Ya sé que lo odias, pero en algún sitio tendremos que repostar, querida —le dijo Bianca.

Décima resopló.

—Si te soy sincera, casi me apetece más estrellarme.

—Para mí será como volver a casa —murmuró Angie, con la vista perdida en una de las ventanas y la tormenta que aumentaba de tamaño a lo lejos—. Crecí en una granja de Caléndula, al norte del bastión. Vivía allí con mis padres. Mis padres adoptivos.

—Es raro ver archets por esa zona —dijo Bianca.

—Hasta hace unos días no sabía que era un archet —dijo el chico araña—. Creía que era... solo yo.

—Por lo que sé, nunca han sido una comunidad muy grande —dijo Bianca—. Tengo entendido que dieron problemas hace unos años en... ¿Te acuerdas dónde fue, Sato?

Este negó con la cabeza y pegó un trago a su vaso. Se pasó después la lengua por los labios, como si no quisiera desperdiciar ni una gota.

—En Tajada —contestó Décima. Bajó de un salto del cañón, se aproximó a la mesa y se sirvió otra taza de lo que fuera que estuvieran bebiendo—. Nos lo contó Maritto. Los expulsaron de allí. Los desterraron.

Angie abrió los ojos, interesado.

—¿Por qué los echaron?

—Dicen que cuando apretaba el hambre se zampaban a sus vecinos —comentó Bianca. Angie abrió todavía más los ojos, incrédulo.

—¿Estás de broma?

—Lo siento, chico, pero no —dijo ella—. Lo poco que he oído de ellos no es agradable. Por lo visto les gustaba la carne humana casi tanto como las putas a Sato.

Sato gruñó, irritado. Angie puso cara de espanto.

—Los obligaron a marcharse —dijo Décima—. Tal vez te abandonaron cuando pasaron cerca de Malparaíso. —Vio la expresión de Angie y suavizó el tono—. O puede que simplemente te dejaran atrás sin querer. Tal vez te perdiste...

—Y mis padres me encontraron —murmuró Angie. Sonrió, pero era una sonrisa triste, cargada de melancolía—. Fueron buenos conmigo, ¿sabéis? Me querían a pesar de mi aspecto, a pesar de todo... Todavía queda gente buena en el mundo, Adra. Como tu padre. Me trataban bien. Como si fuera su hijo de verdad... Como si no fuera un monstruo. Trabajábamos duro en la granja, de sol a sol a veces. Vendíamos planta sueño y no vivíamos mal. El problema

eran los vecinos. Me odiaban. Decían que era un demonio, que traía mala suerte, que miraba mal a sus hijas... Si les desaparecía algún animal, aseguraban que había sido yo. Me insultaban, me pegaban. —Miró a Gale, compungido—. Te mentí la noche en que los hombres de Ciara nos sacaron del búnker, lo siento. No tengo amigos. Nunca he tenido amigos.

—Ahora los tienes —le dijo Décima y sonrió.

El muchacho araña la miró perplejo.

—Ahora los tengo. —Lo repitió, con mayor seguridad—: Ahora los tengo.

Winston se acercó a él y le golpeó con la cabeza en el abdomen, un topetazo leve, cariñoso. A Gale le sorprendía la empatía de la que hacía gala el perro, en comparación a la poca que solía mostrar Adra. Era como si intentara compensar el desapego de su dueña.

—Los perros de Caléndula siempre me ladraban —dijo Angie mientras acariciaba a Winston. El galgo soltó un murmullo grave de felicidad absoluta—. Una tarde, unos niños azuzaron a su perro contra mí. Era un perro grande, pardo, un perro que usaban para cazar monstruos. Se reían. Los niños se reían de mí. Querían hacerme daño. —Les enseñó una cicatriz en una pata trasera, la huella de una dentellada—. Tuve que defenderme. Tuve que matarlo. Y eso empeoró las cosas.

Un silencio incómodo recogió sus últimas palabras. Gale no se imaginaba a Angie usando la violencia contra nadie. El muchacho araña cerró los ojos, como si le doliera revivir su pasado.

—Al principio fueron cosas pequeñas: destrozos aquí y allá, manchas de excremento en la pared del cobertizo... —continuó—. Pero una noche le pegaron una paliza a mi padre y ya no pude soportarlo más. Me marché, no podía seguir poniéndolos en peligro. Cogí mis cosas y me marché. No llegué lejos. Mientras me dirigía al bastión Rojo me atraparon unos esclavistas y me vendieron a la gente del búnker.

—Quizá tus padres sigan en la granja —dijo Décima—. ¿Quieres volver con ellos? No nos costaría nada llevarte hasta allí.

—No, no. —La idea parecía atemorizarlo—. No podría hacerles eso. —Miró hacia el frente. Los ojos le brillaban—. Mi padre decía que todos

tenemos nuestro lugar en el mundo, un lugar al que pertenecemos, y que solo tenemos que encontrarlo. Estoy seguro de que algún día encontraré el mío.

—Estoy convencido —añadió Gale. El galgo pareció dar por concluida su misión con Angie y decidió centrar su atención en él—. ¿Winston no ladra? —preguntó—. No recuerdo que lo haya hecho nunca.

—A veces creo que no sabe —dijo Adra—. Y es mejor así. Ladrar es mala idea. Llama la atención. Y si llamas la atención, lo más probable es que acabes muerto.

—Espero que no estés en lo cierto —dijo Bianca. Su tono de voz era de alarma y todos la miraron, intrigados—. Porque creo que hemos llamado la atención de la tormenta.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Sato. Se levantó de la mesa abatible, todavía con el vaso en la mano.

—La tormenta ha cambiado de rumbo y viene directa hacia nosotros —dijo Bianca—. Avanza contra el viento.

Décima se acercó a una de las ventanas de la nave.

—No es una tormenta —anunció, con un suspiro cansado. Luego volvió a sentarse al cañón.

Angie y Gale se aproximaron a una de las escotillas para contemplar el fenómeno. La masa de oscuridad había dejado su posición en el cielo y se aproximaba hacia ellos a una velocidad considerable. Gale entrecerró los ojos. Décima tenía razón: no era una tormenta. En la negrura gelatinosa que reptaba en las alturas anidaban tinieblas móviles, criaturas que más parecían agujeros aceitosos en la realidad que seres vivos. Eran dos y avanzaban a la par, envueltas en esa oscuridad que ellas mismas parecían exudar. Los relámpagos destelleaban anaranjados y blancos entre ambas, como zarcillos luminiscentes que las mantuvieran unidas. Gale tuvo la ocurrencia estrafalaria de que avanzaban cogidas de la mano. Angie se pegó al cristal.

—¿Qué son? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé —contestó Décima mientras miraba por el visor del cañón. Parecía impresionada por el espectáculo—. Es la primera vez que veo algo parecido. Más nos vale acelerar. —Se giró hacia el timón—. Bianca, potencia al máximo y escudos arriba, aunque tengamos que quemar todas las reservas. Hay que llegar a Malparaíso antes de que eso nos alcance.

Bianca agarró el timón con fuerza; el blanco de sus nudillos asomó en la piel tensa de sus manos.

—Será mejor que os agarréis a algo —advirtió.

El vaivén lento de la nave se convirtió de pronto en un bamboleo intenso. Gale se aferró al marco de la ventanilla, fascinado por la tormenta que los perseguía. Era una visión que arrebatava el aliento, como si la oscuridad hubiera cobrado vida.

A medida que se acercaba se apreciaban más detalles en los seres gemelos que avanzaban en las tinieblas: eran engendros enormes, alados, mezcla de polilla, murciélago y ausencia. Ambos mostraban una mancha en el centro, una zona irregular que casi parecía una pupila inflamada. Las tinieblas se cruzaban de naranja con cada estallido de luz, los centelleos se multiplicaban, ansiosos, furiosos.

La Mordisco gemía desesperada en su intento de escapar. Pero era inútil, como huir de una avalancha, del destino ineludible. El temblor de la nave crecía, su esfuerzo se duplicaba. El día se volvió noche.

—¡Mierda! —dijo Bianca—. ¡No puedo dejarla atrás! ¡Es demasiado rápida!

Los relámpagos comenzaron a moverse en un patrón repetido: formaban espirales, círculos concéntricos que los rodeaban, cada vez más próximos. A su alrededor giraban los engendros hechos de vacío. Gale pensó que eran ellos los que generaban la tormenta. El vuelo de la nave era cada vez más caótico y la Mordisco lloraba; sus tripulantes sintieron un zarandeo brutal bajo sus pies, el aviso de lo que estaba por llegar.

—¡Putos bichos! —gritó Sato.

Gale desvió la vista para contemplar a aquel bárbaro, asombrado de que siguiera con su cantinela. Agitaba los brazos en medio del caos, del retumbe. Con un movimiento rápido, Sato puso el vaso boca abajo sobre la mesa y atrapó algo en el interior.

—¿Qué coño es eso? —soltó.

Gale se apartó de la ventana y de la tormenta que llegaba y se acercó a la mesa, meciéndose como un borracho. En el vaso no había un insecto. Era un ojo, un ojo con un iris de color musgo del que colgaba una ristra larga de nervio óptico. Era el ojo de Mecha, uno de los contaminados que

acompañaban a Ciara. Intentaba escapar de su prisión, pero no tenía fuerzas para volcar el vaso sujeto por la manaza de Sato.

—¡Adra! —exclamó Gale. Pero no hacía falta: ella ya estaba allí, junto a ellos. No tuvieron tiempo de pensar en las implicaciones de aquel descubrimiento. Bianca aulló desde el timón:

—¡La tenemos encima!

Estalló el caos. La Mordisco se sacudió y los lanzó a la otra punta de la nave. Bianca gritó y soltó el timón. Los bandazos de la tormenta les impedían ponerse en pie, mucho menos agarrarse a nada. Gale intentó coger la cuerda que cercaba el interior de la Mordisco, sin conseguirlo. Una nueva sacudida lo lanzó hacia la escotilla que bajaba a la bodega. Se agarró a la tapa como pudo. Un ruido ensordecedor los cubrió y una oleada de aire huracanado invadió la nave a través del agujero tremendo que acababa de abrirse en el fuselaje. Un tentáculo de oscuridad se coló en el puente, a través de la brecha. Todo se llenó de escarcha, de cristales de hielo. Tras la ventanilla se adivinaba la tiniebla pulsátil de uno de los seres que les daba caza. Gale escuchó el zumbido del cañón lanzaensalmos al calentarse: Décima seguía aferrada al asiento, maniobrando el cañón para encararlo al monstruo que tenían encima.

—¡Muérete, cabronazo! —gritó.

El impacto hizo que la criatura saliera despedida, pero el daño ya estaba hecho. Parásitos de magia rodeaban el cañón, bailaban sobre el rostro desesperado de Décima.

La nave se precipitó al vacío. La tormenta, aullando, fue con ella.

CINCO

La Mordisco caía en picado.

La tormenta bramaba, envolvía a la nave en su carcajeo demencial. A través de la grieta en el fuselaje se coló un nuevo tentáculo de oscuridad, un relámpago de vacío que barrió el interior de la nave. Adra, agarrada con todas sus fuerzas a la cuerda de seguridad, empuñó su lanzaensalmos como pudo y apuntó hacia la negrura alargada que los buscaba a tientas en el caos del puente destrozado. El aire arrastraba a las polillas de magia, formaban remolinos y repetían los ecos de los estallidos y de las risotadas del viento.

Adra disparó. El ensalmo impactó contra el tentáculo y se deshizo en volutas de oscuridad y humo. Las polillas se reprodujeron, vivificadas por la nueva inyección de magia, y aletearon en torno al caos, cada vez más numerosas y brillantes. Formaban fractales, generaban símbolos arcanos más allá de la matemática y la lógica. Las hebras de tiniebla se retiraron por unos instantes. Aferrado a la escotilla, Gale vio cómo empezaban a recomponerse: las hilachas se reataban unas a otras, sanaban a una velocidad de espanto.

La Mordisco aullaba en su caída, herida de muerte. Décima chocó con violencia contra su propio cañón; el impacto la dejó unos segundos sin aliento. Bianca gritaba en algún punto del puente. Su miedo, agudo y continuo, se mezclaba con el alarido de la nave y la tormenta, y el clamor de las polillas.

—¡Angie! —gritó Gale.

El chico araña rodó sobre sí mismo y se estrelló contra la pared, muy cerca de Adra. El suelo ya no era suelo: la nave se había inclinado tanto que Gale ya no conseguía orientarse. El borde afilado de la escotilla se escapó de entre sus dedos y actuó por impulso, sin pensar, en un intento de frenar la

caída. Atravesó la madera con su garra y se afianzó a ella, quedó clavado a lo que unos segundos atrás fue suelo. Sus pies colgaban en el vacío mientras la Mordisco continuaba con su desplome. Algo cayó junto a él: un trozo de maquinaria que dejaba a su paso un rastro de aceite.

El dolor del brazo era insoportable: pensó que en cualquier momento se separaría de su hombro, arrancado de cuajo por la tensión. Intentó encontrar algún resquicio al que agarrarse con la mano humana, resbaladiza de sudor y pánico. Dio con un saliente, un tablón roto de madera que le partió dos uñas y le arañó los dedos. Gale gritó. El aire huracanado silbaba y azotaba el interior de la nave.

Otra plancha del fuselaje desapareció de pronto, ampliando la vista al exterior, revelando parte de uno de los monstruos gemelos que cabalgaban la tormenta. Gale descubrió al segundo por la otra brecha. Ambos flanqueaban la nave en su caída; parecían precipitarse junto a ella, como si también a ellos los derribasen del cielo. Quizá por azar, quizá por algún interés oscuro, frenaban la caída de la Mordisco. Aun así, el choque era inevitable. Durante unos segundos, Gale tuvo un atisbo del lugar donde se estrellarían: una gran extensión de ceniza, salpicada aquí y allá de formaciones rocosas que parecían columnas retorcidas.

El impacto fue demoledor. La sacudida recorrió el cuerpo de Gale como una ola frenética y lo lanzó hacia delante. La Mordisco se hizo pedazos a su alrededor, el mundo enteró comenzó a desarmarse. Solo pudo pensar en lo triste que sería morir así, por tercera vez, sin saber por qué había vuelto, con tantas preguntas y sin apenas respuestas.

Rodó sobre la ceniza. La escupió. Intentó tomar aire y sus pulmones gritaron como si respirase cuchillas en llamas. Se encogió de dolor. Por lo menos, podía moverse. A su derecha aterrizó algo enorme y la tierra vibró bajo él: era una de las alas falsas de la Mordisco. Dos tentáculos de oscuridad se hicieron con ella y se la llevaron por los aires.

La tormenta y sus jinetes seguían sobre ellos; uno pasó a escasos metros de su cabeza. El cielo aullaba. Un rayo acertó en una de las columnas cercanas y una lluvia de esquirlas salpicó el aire. Gale hundió la cara en la ceniza. Uno de los fragmentos de piedra le rozó el brazo, se llevó piel y ropa por delante. Notó el calor de la sangre. Se levantó a trompicones, sacudido por el

vendaval. La arenisca del suelo se alzaba en tornados rápidos que lo envolvían todo en capas y capas de niebla negra. Era difícil ver más allá de un par de metros.

—¡Angie! ¡Adra! ¡Décima! ¿Hay alguien? —chilló.

¿Y si todos estaban muertos? ¿Y si era el único superviviente? «No grites, no grites. Esas cosas siguen aquí».

Los jinetes de la tormenta volaban a baja altura. Intentó distinguir formas en esos agujeros de nada, en esas estrellas negras extraviadas. Gale juraría haber visto una sonrisa clavada en una de ellas, una sonrisa disforme. El viento que generaron en su vuelo estuvo a punto de arrojarlo al suelo otra vez.

Avanzó con cuidado, con paso inseguro. Tiritaba de miedo y frío, intentaba ignorar el dolor agudo de su brazo, del resto de su cuerpo. Caminaba envuelto en ceniza y un viento helado se colaba bajo su ropa y se le metía en los huesos. Le pareció ver un bulto en la lejanía. Avanzó como pudo hacia él.

Era Adra, tumbada e inmóvil, con un brazo doblado en un ángulo preocupante. Le sobrecogió verla así, derrotada. Dio un paso en su dirección, con su nombre en los labios. Se detuvo en seco al escuchar un bramido que venía del cielo. La oscuridad se abrió y Sato voló sobre ellos, arrastrado por la tormenta. Dejaba a su paso una estela de sangre. Su grito no era un grito: era un barboteo estupefacto, más allá del terror. Gale cayó de rodillas. Estaban perdidos. Y él quería vivir. La capa algodonosa que lo había separado de la realidad tras recuperar la conciencia había desaparecido por completo y se sentía más real que nunca.

Se acercó de rodillas hasta Adra, mirando a la joven caída. Respiraba, parecía que respiraba. ¿Podría despertarla, conseguir que se transformase en monstruo? Tal vez así tendría una oportunidad de sobrevivir. Al menos ella.

Comenzó a sacudirla: sacudidas largas y endebles, sin fuerza.

—Adra, Adra, ¡despierta! —La ceniza hizo que tosiera. Tardó unos instantes en recuperarse—. ¡Maldita sea, despierta! —gritó, medio atragantado.

La tiniebla bailaba a su alrededor, entre torbellinos negros y relámpagos rápidos. ¿Qué podía hacer?

«Daré mi vida para salvarla y no servirá de nada».

Quiso llorar, pero la sequedad de la ceniza impedía que corrieran las lágrimas. Recordó la visión de Adra: él victorioso contra los grandes monstruos, él comandando un ejército. Era todo tan ridículo ahora, ahí, a punto de sucumbir, a punto de ser aplastado por engendros más allá de su entendimiento.

Los remolinos de ceniza se abrieron un poco y alcanzó a ver a Décima. Intentaba levantar a pulso una pieza gigantesca de fuselaje. Algo se removía debajo. Era Winston. En absoluto silencio, el perro intentaba escabullirse, pugnaba por salir de debajo de la plancha que le tenía atrapados los cuartos traseros. Décima peleaba en la ceniza, incapaz de liberar al animal.

Gale echó a correr hacia allí, dejando a Adra atrás. Al menos intentaría salvar a Winston, a ese perro loco obsesionado con él. Lucharía por concederle unos segundos más de vida, de aliento, porque cada segundo de vida era una victoria en un mundo en colapso.

Se detuvo en seco cuando vio cómo una red de tentáculos se arrojaba sobre Décima. La mujer se tiró al suelo para esquivarlos. En su lugar, el monstruo se llevó por delante otro pedazo de chatarra de lo que antaño fue la Mordisco, aunque no el que aplastaba a Winston. La oscuridad se cerró alrededor de nuevo y ocultó a Décima y al galgo. La tormenta era un laberinto de velos movedizos, de caminos que se abrían y de oscuridades repentinas.

Una forma inmensa se perfiló a su izquierda, al alumbro de los relámpagos ambarinos. Gale miró hacia allí, aterrado. ¿Llegaba su turno? ¿Era su hora?

Todavía no. A apenas cinco metros de distancia estaba el cañón lanzaensalmos de la Mordisco. Parecía intacto, aunque inclinado, casi como si un cuerpo de artilleros acabase de disponerlo allí, en pleno campo de batalla, preparado para abrir fuego. Gale apretó los dientes y aceleró su paso. Caminar era un suplicio; correr era agónico. Notaba algo partido, en algún punto inconcreto de su cuerpo, algo que crujía y chocaba y se revolvía bajo su piel. No sabía si era algo roto, descolocado o una manifestación física de su angustia.

La sombra de otro de los jinetes de la tormenta lo sobrevoló, otra corriente de hielo y viento que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Gale pensó que jugaban con ellos, como depredadores que se divertieran con sus presas

antes de darles el golpe de gracia. Se lanzó hacia el cañón. Sabía de lo absurdo de su gesto, pero ¿qué podía hacer? Había visto cómo lo usaba Décima y no parecía complicado. Cuando se puso a los controles, sucios de ceniza, comprobó que la sencillez solo es sencillez cuando cuentas con dos manos funcionales. Se tragó una maldición y examinó el cuadro de mando: había un botón de arranque y dos palancas burdas que debían accionarse a un tiempo. ¿Seguirían funcionando? ¿Quedaría energía para un ensalmo?

Sintió que algo fijaba su atención en él. Miró hacia la derecha. Una de las criaturas oscuras volaba a su encuentro, rodeada de relámpagos y de hebras de luz anaranjadas y amarillas. Gale se mordió el labio inferior, apretó el botón y el cañón comenzó a zumbar. Se encomendó a cualquier divinidad que pudiera escucharlo y agarró una de las palancas con una mano y la otra, de mala manera, con la garra. El mero contacto de la mano monstruosa con el metal lo hizo chillar de dolor. Esto le iba a escocer.

Apuntó hacia el horror que se aproximaba.

Disparó justo cuando el jinete de la tormenta llegaba a su encuentro. El zumbido se convirtió en explosión, en una bomba de calor, luz y caos, en un resplandor tremendo que lo borró todo.

Su último pensamiento, en mitad del brillo del disparo y el aullido ensordecedor del monstruo, fue preguntarse en qué se convertiría si Adra lo resucitaba por tercera vez.

SEIS

No estaba muerto. De eso estaba casi seguro. Los muertos no soñaban, ¿verdad?

Tampoco podía dar nada por supuesto. La realidad lo cegaba y engañaba siempre que tenía oportunidad: todo eran juegos de espejos, mentiras y, a lo sumo, medias verdades. Como sus sueños, ahora. Delirios, relámpagos y espectros jalonaban las tinieblas de su inconsciencia. A veces había un punto de lucidez en el caos. Entre las imágenes sin sentido llegaba un chispazo de razón: «He vivido esto. O algo tan parecido que no distingo la diferencia». Gale soñaba y sabía que soñaba. «Al menos estoy vivo —se repetía. Su cuerpo estaba en llamas, los huesos de su esqueleto se fundían, se licuaban—. Tal vez Adra me ha traído de vuelta». Tembló. «¿Qué pasó la última vez? ¿Qué fue aquello tan terrible que me hizo odiar a Adra, a la chica con la que crecí, a la que tanto amé?».

«No, no. Esa no era Adra, era Margo. Margo». Pero Margo ya no estaba, ¿o sí?

De nuevo llegó el calor, el fuego, la piel que abrasaba tanto que daban ganas de arrancársela. Y el momento de sentido ocasional: «Es fiebre, es la fiebre». Vio a Margo, pero tardó un tiempo en darse cuenta de que no era la Margo niña que él conoció, sino una mujer de sonrisa abierta y franca, tal vez la mujer en la que se convertiría de haber sobrevivido. Estaba de pie sobre una gran extensión de arena resplandeciente, en el horizonte brillaba el azul de un mar improbable. Gale solo había visto el mar una vez: era grisáceo y humeaba, pero sabía —se lo habían contado— que el mar, el verdadero mar, era azul. La silueta de Margo se recortaba contra el brillo de la arena. A los

pies de Gale se movía un ser diminuto: un cangrejo embutido en una concha blanca.

¿De qué color eran los ojos de Margo? No podía precisarlo en la distancia. ¿Eran del azul del mar? ¿O era Adra quien los tenía azules? Pero ¿los ojos de Adra no eran grises? Se escuchaba un sonido extraño, un gorjeo, un ruido casi líquido, armónico. Gale contuvo el aliento. Margo tendió la mano hacia él: lo hizo despacio, lánguida, como si le pidiese un baile. Gale dio tres pasos lentos en su dirección. Necesitaba estrecharla entre sus brazos, pedirle perdón, confesar lo que dolía su ausencia... Dio tres pasos más, luego cinco, pero no avanzaba. Seguía clavado en el mismo sitio, junto al mismo cangrejo que, como él, estaba varado en un punto fijo. Por mucho que lo intentaba, Gale no conseguía llegar hasta ella.

—¡Margo! —rompió su silencio, desesperado.

Ella lo miró espantada. Como si hubiera hecho algo terrible, algo prohibido, imperdonable.

La sonrisa de la mujer se vino abajo: se convirtió en un agujero, un disparo de bala en plena cara. Los rasgos de su rostro se derritieron como cera y se colaron por aquel sumidero. La carne comenzó a burbujear entonces, a hervir. No solo la del rostro: el cuerpo entero de Margo se convulsionaba, presa de espasmos. Gale ahogó un grito. Margo dejó de ser Margo. Ahora era otra persona. Se había convertido en el gigante imbécil y azul que los hombres de Ciara sacaron del búnker.

El hombretón se alzó en mitad de las dunas y se pasó las palmas por la cara, como si buscara reconocerse y no lo consiguiera. El horror se dibujaba en cada uno de sus rasgos, deformaba su cara idiota. La arena alrededor del gigante comenzó a agitarse, a removerse. Se acumulaba en formas nuevas que Gale tardó en percibir como siluetas semihumanas, autónomas, con barruntos de piernas y brazos hechos de partículas apelmazadas. Atacaron al gigante con saña, armadas tan solo con sus extremidades arenosas.

—¡Padre! —gritó el gigante—. ¿Dónde estás, padre? ¡Papá! ¡Papá! —A pesar de sus alaridos, Gale escuchaba de fondo una música suave y dulce. Los chillidos y el gorjeo formaban un coro extravagante y mal acompasado—. ¡Que me matan! ¡Que me matan! —aulló—. ¡Me están matando!

Gale intentó gritar, pero su voz no le obedecía. El gigante se derrumbó. Sus adversarios no le dieron tregua. La arena de sus cuerpos se proyectó en espadas, lanzas afiladas, manojos de dagas, formas afiladas, fálicas y grotescas. Atravesaron al gigante una y otra vez en una parodia brutal de la cópula. La arena reía y su risa, mínima, era espeluznante. Largas ristras de intestino afloraron del abdomen abierto del gigante, las tripas quedaron a la vista a medida que los engendros de arena lo vaciaban y desgarraban. Órganos inauditos caían a un lado y a otro, formaciones bulbosas y grotescas, anatómicamente imposibles: sacos violetas, glóbulos con ramilletes amarillentos, tubos segmentados salpicados de vello y espirales en cian. No lo estaban vaciando, comprendió Gale, estaban excavando en él, a la búsqueda de algo que se ocultaba en su interior. Una sombra negra se removió entre el caos de entrañas, una nueva forma que anidaba entre las vísceras. Los monstruos de arena se abalanzaron sobre ella y la ayudaron a salir. Gale se estremeció.

Klaus emergió de entre las tripas del gigante, desnudo por completo, embadurnado de sangre y esperma. Sonreía y su sonrisa era la de un dios amable que viene a traer la paz al mundo.

Los ojos de Klaus, velados por légamo sanguinolento, lo buscaron.

—Gale, mi Gale, mi dulce niño —dijo—. Tengo algo que decirte, algo importante. Atiéndeme bien, porque solo lo diré una vez. Escucha: tienes que...

Gale despertó, con un grito atascado en la garganta y un zumbido hueco en los oídos.

Klaus ya no estaba. Tampoco los hombres de arena. Ni el cadáver reventado del gigante, ni las dunas y el mar. Por un instante le pareció ver la silueta fantasmal del cangrejo de la concha.

¿Estaba despierto? ¿Seguía soñando? Miró alrededor, confuso y aturdido.

Se encontraba en una cama pequeña, empapada de sudor. Tenía las piernas enredadas en unas mantas verdes, un tanto ásperas. Ansioso, se liberó de ellas a patadas. La habitación era amplia, de paredes blancas con aspecto de recién pintadas; una alfombra de nudos rojiza cubría el suelo. Junto a la cabecera había una mesilla desvencijada con una palangana de agua sucia. La luz era clara, aunque escasa. Luz de día.

Miró de inmediato su mano derecha y gimió. Seguía siendo una garra: nada había cambiado. La ocultó bajo su axila, ansioso de hacerla desaparecer. La realidad parecía endeble, mal fijada al mundo. Intentó pensar, sacar su mente de la miasma en que estaba sumida, pero alguien gritaba cerca y lo impedía.

Más que un grito, era un aullido, desolado y aterrador. Durante un segundo Gale temió que fuera el gigante azul, o Klaus, que había escapado de sus sueños para ir en su búsqueda, le costaba pensar con claridad. El aullido continuaba. Le pareció oír más voces y ese ruido armónico y musical, aún de fondo.

Se incorporó con esfuerzo y el mareo se recrudeció. Al intentar ponerse en pie, las piernas le fallaron y a punto estuvo de caer. Pudo agarrarse a tiempo al borde del colchón. Con tiento, se sentó, intentando recobrar el sentido del equilibrio. La habitación giraba y danzaba a su alrededor. Cuando el movimiento cesó, Gale consiguió levantarse al fin, aunque echar a andar fue una tarea difícil. Avanzó lentamente por el cuarto, apoyado en las paredes y los muebles que le salían al paso: una silla, una mesa, un aparador donde unas flores rojizas se marchitaban en un jarrón... Todavía no estaba seguro de si soñaba o no.

Temió que la puerta estuviera cerrada con llave, pero pudo abrirla sin problemas. La luz, más intensa que en la habitación, lo deslumbró, y se cubrió los ojos con el antebrazo. El grito no cesaba. Resonaba desbocado por el corredor, parecía una bestia hecha de sonido que intentara, desesperada, escapar de sí misma. Solo vio otra puerta y de allí procedía el alarido. Sin pensar, avanzó y giró el pomo.

En una estancia bien iluminada, con un ventanal grande y limpio, varias siluetas se afanaban a los pies de una camilla. Sato estaba tendido en ella. Era él quien gritaba, era él quien profería aquel alarido inhumano. Le hacían algo, algo que Gale no podía ver. Dio un paso dentro de la habitación, despacio, con cuidado de no llamar la atención. Donde deberían estar las piernas de Sato no había nada: la izquierda quedaba cercenada a medio muslo, la derecha, todavía más arriba. Una gran quemadura rodeaba su abdomen como un cinturón negro, los bordes supuraban un icor blanquecino que burbujeaba. La boca de Sato no hacía más que abrirse y cerrarse en un aullido constante, una

pátina de saliva amarillenta le cubría los labios. Dos hombres y una mujer se inclinaban sobre él; uno de los hombres intentaba sujetarlo, mantenerlo inmóvil en el lecho, mientras sus compañeros trataban de limpiar la quemadura. Los tres llevaban túnicas grises manchadas de sangre.

Gale apartó la vista, con el corazón desbocado. Vio a Adra y a Décima a su izquierda, de espaldas a él. La primera llevaba el brazo derecho en cabestrillo, la segunda tenía un cardenal enorme en la mitad izquierda del rostro. Le habían afeitado el lado derecho de la cabeza para coserle dos heridas paralelas que recorrían su cráneo.

Bianca también estaba allí, al fondo, ajena a su presencia. Contemplaba a su camarada con el rostro contraído en una expresión de angustia. El grito taladraba los oídos de Gale. Deseó que parara. Deseó que alguien hiciera algo para detenerlo, lo que fuera. Deseó que Sato muriera, que dejara de existir y se llevara a la tumba aquel grito desgarrador. En su aturdimiento, Gale comprendió que los hombres de las túnicas grises intentaban salvarlo. De igual modo comprendió que lo único que podían hacer por aquel desdichado era terminar con su sufrimiento de una vez por todas. No había recuperación posible.

El primero en ver a Gale fue el propio Sato. En una de sus convulsiones, levantó la cabeza y lo descubrió allí, inmóvil y aturdido, solo un paso dentro del cuarto. Sus ojos se desorbitaron y su grito cambió:

—¡Lárgate! ¡Fuera! ¡Lleváoslo! ¡Que se vaya, que se vaya! —Su voz se deshizo, se convirtió en otra cuando el delirio de Gale se impuso de nuevo a la realidad. Sato dejó de estar en la camilla y su lugar lo ocupó el gigante azul—: ¡Padre! ¡Que me matan! ¡Que me matan! ¡Que me están matando!

Gale perdió el sentido.

* * *

Supo que estaba de regreso en la cama, en el mismo lecho de sábanas verdes. El sonido burbujeante y musical seguía allí, muy cerca.

Oyó voces, también cercanas. Intentó abrir los ojos, pero no pudo: era como si tuviera los párpados fundidos. Eran dos personas, eso pudo intuirlo,

solo que, en su imaginación, una de ellas no era una persona, sino una criatura terrible, tremenda. Era Adra, pero la Adra vuelta monstruo, el engendro que lo había matado.

—Empieza a ser una costumbre esto de tenerlo inconsciente —dijo Adra.

—Parece poca cosa —habló otra mujer. ¿Cómo se llamaba? Gale intentó recordar, pero era difícil. Todo era difícil—. Míralo. Está en los huesos. No entiendo cómo ha sobrevivido durante tanto tiempo.

¿Novena? No, Décima. Sí, se llamaba Décima.

—Encerrado —dijo Adra.

—Al menos ya sabemos por qué es tan importante.

Hubo un silencio corto, tiempo suficiente para que alguien asintiera o se encogiera de hombros.

—El cañón estaba destrozado, no era funcional. Ni siquiera estaba conectado al tanque. Era imposible que disparara. Y Gale lo hizo. Lo disparó. Sabes lo que significa eso. Sabes lo que implica—. Adra suspiró.

—No hay forma de saber con seguridad...

—Fue él —le interrumpió Décima. Hablaba en voz baja, muy baja; a Gale le costaba entenderla—. Fue él. Gale no es un contaminado como los que conocemos, no es como tú o como Angie... Es diferente. Gale, óyeme bien, generó un ensalmo desde la nada. Y eso es irrealizable. Necesitamos intermediarios para servirnos de la magia, necesitamos Jezeks que la hagan manejable...

—Estás diciendo que Gale es el primer mago —dijo Adra.

—Estoy diciendo que Gale es un arma. Por eso lo quiere el Baluarte. Y por eso lo quiere Absalón. ¿Te imaginas controlar un poder así? Y si no hacemos nada, vamos a entregárselo en bande...

Gale se deslizó una vez más en la oscuridad del desmayo.

El tiempo se hizo eterno entre escalofríos y sudor. A veces abría los ojos y se encontraba con la penumbra de la habitación de piedra blanca; en otras ocasiones creía estar de regreso en su celda del búnker. Durante uno de esos delirios se dejó caer de la cama y buscó como un poseso el dibujo de Margo escondido bajo el colchón. Alguien lo devolvió al lecho. Había veces, muy pocas, que volvía a ser un niño en el pueblo. Y estaba con Margo. Se columpiaban en el árbol viejo o escuchaban a la lumbre de las hogueras las

viejas historias de la tía. Esos eran los mejores sueños. Hasta que Margo reventaba. O estallaba. O el esqueleto le crecía dentro del cuerpo hasta despedazar la carne.

En un momento indeterminado, perdido en su delirio, notó una presencia cerca, algo ajeno a su sueño. Alguien se coló junto a él en la cama. Abrió los ojos, pero seguía sin saber si estaba despierto o si se trataba de una pesadilla más. Era Bianca. Notó su calor, su suavidad. En sus ojos había una tristeza enorme, un dolor desmedido que la hacía parecer frágil, a un segundo de quebrarse. Se abrazó a Gale, como si buscara consuelo, y Gale le devolvió el abrazo. Ella se apretó contra él. Clavó su cuerpo en el suyo, su respiración en la suya. Se preguntó qué enfermedad la consumía a ella, qué fiebre la hacía tiritar de aquella manera. Gale fue consciente del cuerpo de Bianca tanto como del suyo propio, las fronteras entre ambos se diluyeron. Sin saber bien quién lo inició, se vio capturado por un beso ansioso.

La mano de Bianca, poco a poco, bajó por su costado, por su cintura, por su cadera, hasta llegar a su miembro, que respondió en el acto. Durante un instante fugaz, Gale vislumbró a los hombres arena y vio algo más, algo que pudo ser otro sueño o un recuerdo, pero que se desvaneció al momento. Bianca comenzó a acariciarlo, un movimiento lento, de arriba hacia abajo; un instante de pausa y una repetición del movimiento. Gale no tenía ni idea de qué hacer ni de cómo reaccionar, así que dejó que su cuerpo lo hiciera por él.

La colcha cayó al suelo, como un telón desvencijado que se vino abajo. Bianca estaba llorando, lloraba en silencio. Intentó abrazarla, pero ella lo apartó. Se sentó a horcajadas sobre él y lo condujo a su interior. La sensación era cálida, húmeda, nueva y, sin embargo, familiar. Todo se aceleraba y no sabía cómo enfrentarse a ello. Le pareció que un filtro de colores desconocidos se hubiera colado entre él y la figura semidesnuda que lo cabalgaba. Abrió los ojos de par en par. Ya no era Bianca quien lo montaba, sino Margo, la Margo de las dunas, la Margo del columpio, la Margo mal dibujada de su recuerdo. Después, tras un parpadeo, fue Adra, primero humana, luego monstruo. Después Décima. Luego fue Angie, que rodeaba su cuerpo con sus patas largas y sedosas mientras apoyaba su mano humana en su pecho. Gale gimió al sentir el placer que crecía, casi como algo externo a él en la periferia de su vientre, intuyó el relámpago que se formaba en sus

testículos, esa ansia que lo dejaba sin aliento y, al mismo tiempo, repleto de aire.

Gale cerró los ojos y se rindió. El orgasmo fue un estallido de energía que lo dejó exhausto y derrumbado. Cayó semiinconsciente. En su duermevela escuchó el llanto de Bianca y aquel sonido extraño y musical que era incapaz de identificar.

—Te quiero —dijo Margo desde el pasado, desde el olvido, desde la tumba.

* * *

Despertó y un sol espléndido iluminaba la habitación. Se incorporó en la cama, libre por fin de la fiebre. Había alguien con él: una mujer rubia, de ojos azules (casi tan azules como el mar de sus sueños), vestida con una túnica gris. Estaba sentada junto a él en la cama y, por el alivio en su frente y el paño húmedo que llevaba en las manos, Gale comprendió que lo había estado refrescando. Se escuchaba el sonido melódico, mucho más claro que antes. No procedía de una sola fuente, sino de puntos diferentes, algunos lejanos, otros muy cerca; tal vez junto a la ventana.

—¿Qué es eso? —alcanzó a preguntar. Le dolía la garganta al hablar—. ¿Qué es lo que suena?

La mujer tardó un poco en entender a qué se refería.

—Son pájaros —le contestó al fin—. Es el canto de los pájaros.

SIETE

—Me llamo Lucía —dijo la mujer de la túnica gris y le dedicó una sonrisa amable—. ¿Cómo te encuentras? —Le puso la mano sobre la frente con cuidado, como si temiera lastimarlo—. Te has pasado los dos últimos días entrando y saliendo del desmayo. Tenías fiebre muy alta y no parabas de delirar. Aun así, confiábamos en que te recuperarías y lo has conseguido.

Gale intentó ordenar sus pensamientos. ¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué lo cuidaba? Estuvo tentado de preguntarle si Adra lo había resucitado de nuevo, pero no se atrevió. Tampoco estaba seguro de querer conocer la respuesta.

—Estoy... —su voz sonaba minúscula, apagada—. Estoy bien. Hambriento.

—Eso lo resolveremos en breve, no te preocupes. —Reapareció la sonrisa abierta, la sonrisa de un amigo que es feliz por tenerte cerca. Gale recordó la sonrisa de Margo en sus sueños y lo ocurrido a continuación. Se estremeció.

—¿Qué es todo esto? —preguntó. Intentó hacer un gesto que abarcara la habitación entera, pero le costaba moverse.

—Estamos en Arca —dijo Lucía—. Os encontramos en el desierto de ceniza, entre los restos de vuestro navío, y os trajimos con nosotros. No tengas miedo, Gale. Aquí estás a salvo. Todos lo estáis. —Se incorporó, todavía sonriente. Sus dientes eran pequeños, pero ordenados y limpios. Sus ojos mostraban una paz incomprensible—. Si me disculpas, voy a avisar a tus amigos de que estás despierto.

—¡Espera! —Gale tembló al preguntar—: ¿Están todos bien?

La sonrisa de Lucía vaciló y endureció la mandíbula. Miró hacia la ventana que quedaba justo a la izquierda de la cama. Gale vio algo de color asomarse junto a la batiente semiabierta: eran flores, cálices rojizos con centros dorados. Parecían linternas alegres que espieran por el alféizar.

Los ojos de Lucía regresaron a los de Gale.

—Vuestro compañero, Sato, no lo ha conseguido —dijo—. Hicimos lo que pudimos, pero sus heridas eran demasiado graves. Nadie podría haber sobrevivido a algo así. Lo siento muchísimo. —Su tono, apesadumbrado, parecía sincero.

Gale probó a incorporarse. Al hacerlo, un latigazo de dolor le restalló en el cerebro, una corriente eléctrica que por suerte solo duró un segundo. Sato había muerto. Descubrió que aquella pérdida no significaba nada: ni siquiera sentía lástima. Solo notaba indiferencia, una indiferencia fría, anómala, impropia de él. Lo recordó tirado en la camilla, perdido en su agonía. Recordó su reacción cuando lo descubrió espiando en la puerta. A Sato parecía haberle preocupado más que Gale estuviera allí que su propia muerte. Recordó la visita de Bianca a su cama y lo que había pasado a continuación. Ahora sabía que no había sido un sueño. Se le formó un remolino de desasosiego en el estómago.

La mujer que se había presentado como Lucía recuperó la sonrisa y lo ayudó a sentarse con comodidad.

—Es normal que te falten fuerzas. No te preocupes, pasará. Necesitas descansar, quédate en la cama y no te muevas. —Se dirigió hacia la puerta—. Enseguida vuelvo, voy a por tus compañeros.

En cuanto abandonó la habitación, Gale ignoró su consejo y procuró ponerse en pie. La amabilidad de la mujer le había desconcertado. No sabía qué le esperaba y quería valerse por sí mismo cuanto antes, estar preparado para lo peor. Apenas podía andar. Sus piernas eran de goma y las rodillas le temblaban, a punto de fallarle.

Estaba desnudo de cintura para arriba, vestido tan solo con un calzón de tela fina. Bajó la vista al pecho y recorrió con los dedos la línea pálida que marcaba la herida que le costó la vida, hacía tan poco y, a la vez, tanto tiempo. Solo quedaba una recta larga de tejido algo más claro, casi imperceptible.

Sobre la silla más cercana a la cama había ropa limpia doblada: una camisa gris y unos pantalones blancos. Se vistió despacio. Le costaba moverse y seguía sin saber manejarse con la garra que era ahora su mano derecha. Recorrió la habitación impoluta con la mirada. Jamás había visto nada igual. Incluso en el búnker, donde la limpieza era clave para evitar la propagación de enfermedades, la dejadez de los guardianes permitía que la roña se acumulara por todas partes. Aquí, en cambio, todo era pulcritud y orden. Gale recordó la dentadura blanca de Lucía. Incluso la luz, que entraba a raudales por el gran ventanal acristalado, parecía más pura y limpia. Gale se sentía fuera de lugar: un organismo decadente y ajeno en un espacio perfectamente organizado.

Se acercó como pudo hasta la ventana. Era grande, con cortinas blancas y delicadas que olían a flores. Al otro lado se extendía un paisaje idílico. Una serie de jardines bien cuidados se distribuían en paralelo ante él, repletos de vegetación que desconocía, separados unos de otros por setos bien cortados. Más allá divisó casas de planta cuadrada, alguna a medio construir, con ventanas de cristal y techados de madera a dos aguas. Todo parecía limpio y nuevo. La sensación de extrañeza se recrudeció.

Este no podía ser el mundo que conocía. Quizá durante el ataque de la tormenta se había abierto una grieta nueva en el cielo y la Mordisco se coló por ella, una grieta que comunicaba con otro universo donde los monstruos no tenían cabida.

Alzó la vista. Más allá de aquella porción del paraíso seguía extendiéndose el infierno. El cielo continuaba siendo gris, como un moratón que cubriera la cúpula celeste. La masa informe del leviatán colgaba del firmamento de una punta a otra del horizonte. Una miríada de horrores alados entraban y salían de las fumarolas de humo que surgían bajo el monstruo.

La puerta se abrió y Décima y Adra entraron para interrumpir sus pensamientos.

—Mira quién ha vuelto otra vez de entre los muertos —dijo Décima. Su frase causó espanto en Gale.

—Yo no he tenido nada que ver —se apresuró a decir Adra. Llevaba el brazo en un cabestrillo de lino blanco, justo como Gale recordaba de la habitación donde agonizaba Sato. ¿Cuánto hacía de aquello, un día?

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó Décima.

—La tormenta... la tormenta, sobre mí —contestó Gale—. Disparé el cañón y luego ya no vi nada más. Todo se volvió negro.

—Tu disparo debió de hierirla de gravedad o, al menos, lo suficiente como para ahuyentarla —dijo Adra—. Nos salvaste, Gale. Iban a destrozarnos y tú nos salvaste. Disparaste un cañón de ensalmos sin ningún tipo de preparación.

—Fue fácil —mintió. Sentía que enrojecía—. Esa cosa era enorme... Lo difícil habría sido fallar el disparo.

—No solo eso —dijo Décima. Le clavó la mirada y a Gale le pareció que sus ojos le atravesaban el cráneo como una bala doble.

Gale no dijo nada más. Recordaba la conversación entre ellas, la conversación que escuchó a medias mientras yacía semiinconsciente en aquella misma cama. Aquella charla tampoco había sido un sueño. Si le quedaba alguna duda al respecto, solo tenía que fijarse en cómo lo miraban Adra y Décima. Gale disparó un arma que no se podía disparar.

¿Qué le había hecho el Baluarte?, se preguntó. ¿En qué lo habían convertido? ¿O ya era así antes de que lo encerraran en el búnker? Regresó a la cama y se acomodó en ella, cansado.

—¿Cómo hemos acabado en este sitio? —preguntó.

Décima suspiró y se sentó a su lado. Levantó la mano para tocarse el cabello, pero la alejó al encontrar la zona rapada, como si quemara. Adra fue quien contestó:

—Aparecieron poco después de que se marchara la tormenta. Dicen que sabían que veníamos, que nos habían estado esperando. —Décima gruñó, pero Adra siguió hablando—. Nos escoltaron hasta aquí, hasta Arca. No pararon de cantar en todo el camino. Era como si pensaran que nada malo podría pasarles si seguían cantando.

—Putos locos —susurró Décima.

—Nos han salvado la vida, eso seguro. No habríamos sobrevivido mucho tiempo ahí fuera, heridos y sin nave.

—Arca —murmuró Gale—. ¿Era aquí a donde nos dirigíamos, Adra? ¿Era aquí donde querías llegar? El sitio donde encontraríamos al cruzado que buscas, el hombre que tenía respuestas.

—Eso parece —dijo Décima—. Solo que, a pesar de que sabía que veníamos y de todo ese interés en vernos, resulta que no lo hemos pillado en casa.

—Dicen que está de camino —explicó Adra—. Que llegará hoy mismo.

—Y a mí me gustaría marcharme de aquí antes de que lo haga, porque todo esto apesta a trampa —dijo Décima—. Solo que no podemos irnos.

—¿Por qué no? —preguntó Gale.

—Porque, sencillamente, no tenemos a dónde ir —contestó Adra—. Estamos a más de un día de camino del bastión Rojo. Nunca llegaríamos vivos hasta allí.

—Podemos irnos cantando. —Décima soltó una carcajada desprovista de humor y luego agitó la cabeza, rabiosa—. Tenemos que hacer algo. No sé el qué, pero tenemos que hacer algo.

—¿Entonces somos sus prisioneros? —preguntó Gale.

—No nos tratan como a prisioneros —dijo Adra—. Ni siquiera nos han quitado las armas. —Suspiró—. Hay muchas cosas que no entiendo. Si planean hacernos daño, ¿para qué perder el tiempo salvándonos? ¿Qué quieren de nosotros?

No hubo respuestas. El murmullo lejano de conversaciones en cuartos cercanos y el trino alegre de los pájaros llenaron el silencio.

—Tengo hambre —dijo Gale—. En serio, me muero de hambre.

—Eso creo que sí podemos solucionarlo —dijo Décima, con media sonrisa.

Gale se levantó de nuevo, con más facilidad esta vez. Descubrió que le habían dejado también unas sandalias sobre la alfombra, al pie de la silla. Tras ponérselas, abandonaron la habitación y salieron al pasillo que ya conocía. El calzado le iba un poco grande y arrastraba los pies sobre el suelo de piedra, pulida y brillante. Pasaron ante la puerta de la estancia donde habían intentado salvar a Sato. Recordó la manera en que había gritado que lo echaran.

—Estuve ahí dentro —dijo en voz alta, detenido ante la puerta—. Cuando Sato...

—Lo sabemos —dijo Adra—. Te vimos desmayarte.

—¿Por qué reaccionó así al verme?

—A saber qué se le pasaba por la cabeza —dijo Décima—. Cuando uno agoniza no suele estar en sus cabales.

—No es que tuviera muchas luces ya de normal —dijo Adra.

—No hables mal de los muertos —regañó Décima.

La otra se encogió de hombros. Gale observó la puerta en silencio, meditabundo, como si tras ella se ocultara algún misterio de difícil resolución.

—¿Cómo está Bianca? —preguntó. Sus compañeras no parecieron darse cuenta del tono frío de su voz.

—Destrozada —dijo Décima—. Estaban muy unidos. No había nada serio entre ellos, pero no porque Sato no quisiera. —Sonrió, también sin rastro de humor—. Cada vez que llegábamos a puerto, Bianca se tiraba a todo lo que se le pusiera por delante y a él se le ponía una cara de imbécil que daba miedo mirarla... Lo voy a echar de menos. Tenía sus cosas, pero era un buen hombre. —Dudó unos instantes—. No, no lo era, en realidad. Pero era un tripulante fiel y hemos vivido mucho juntos.

Gale recordó la visita de Bianca a su cama, sus lágrimas, su desesperación. Se preguntó si debía sentirse culpable. ¿Tendría que haber hecho algo? ¿Tendría que haberla detenido, haber intentado consolarla de otra forma? Apretó los dientes. No. Él deliraba, febril. Apenas sabía lo que hacía. Bianca sufría, sí, pero eso no le daba derecho a lanzarse sobre él.

Y eso hacían todos. «¿Verdad, Klaus?». Lanzarse sobre Gale sin preguntar.

Angie apareció al final del pasillo. Con alivio, Gale vio que había salido indemne del estropicio de la Mordisco y el ataque de la tormenta. Tras él llegó Winston. Sintió una punzada de desánimo al ver al galgo. Tenía las dos patas traseras vendadas y avanzaba de forma aparatosa, casi a saltos. Al ver a Gale, entró en frenesí y aceleró su avance tambaleante. Se acuclilló para recibir al perro, que la emprendió —como era su costumbre— a lametones contra su cara.

—¿Qué tal está? —preguntó Gale, preocupado.

—Se recuperará —contestó Adra. Se había arrodillado a su lado y acariciaba el otro flanco del perro, que no cabía en sí de gozo—. Tenía un par de roturas en los cuartos traseros, pero por lo que ha dicho Lucía eran limpias y no han tenido problemas para recomponerlas. Winston es resistente, y

además tiene una tolerancia al dolor increíble. En poco tiempo estará como nuevo, ya lo verás.

Gale sonrió, feliz con la noticia.

—Me alegro de verte despierto —dijo Angie, con su voz tierna y sus ojos resplandecientes. Gale sonrió a su amigo al tiempo que se levantaba. Se abrazaron, aliviados. El contacto con el chico araña le recordó su delirio durante el encuentro con Bianca y se apartó con delicadeza.

Cuando llegaron al final del pasillo, Gale ya iba corto de aliento. Accedieron a un salón comedor, una estancia enorme con una bóveda artesonada de relieves geométricos. Dos mesas largas llenaban la sala, con otra perpendicular a ellas, más corta, de cabecera. En la sala solo había otras tres personas. Dos de ellas, un hombre y una mujer, pertenecían a Arca, como evidenciaban sus largas túnicas grises y su aspecto de felicidad exultante. La tercera era Bianca, sentada a una de las mesas largas. Apenas levantó la vista cuando entraron.

Nada más verlos llegar, la mujer de Arca desapareció por una puerta al fondo, mientras el hombre se apresuraba a recibirlos con una gran sonrisa en los labios. Gale pensó que en aquel lugar sonreían demasiado. Nadie podía sonreír de esa manera y no guardar algún secreto. O eso o eran imbéciles. La culpabilidad lo invadió de nuevo: esta amargura no era propia de él.

—Nos complace ver que vuestro compañero está por fin restablecido —dijo el hombre, con voz melosa. Era menudo, llevaba el cabello recogido en un pañuelo y parecía a punto de deshacerse en reverencias—. Sentaos junto a vuestra amiga si os place y en un momento traeremos a... ¿se llama Gale, verdad? Le traeremos algo de comer. Tiene que estar hambriento.

Gale asintió; quizá con el estómago lleno podría pensar con mayor claridad. Se aproximaron a la mesa de Bianca. Ella seguía sin prestarles atención. Mantenía la mirada fija en su plato, ya casi vacío. Gale lo agradeció. Ahora mismo no quería enfrentarse a ella, no quería enfrentarse a nada. Winston se acercó a Bianca y se llevó una caricia lánguida y ausente.

—No molestes —le pidió Adra al galgo.

Gale bajó la voz y se inclinó hacia delante en la mesa. Había recordado algo:

—Antes de que la tormenta se nos echara encima, Sato atrapó el ojo de Mecha, el contaminado de Ciara. ¿Qué creéis que significa eso?

—Que nos estaban espiando —dijo Décima—. Esa cosa se nos debió de colar en la nave mientras escapábamos.

—¿Creéis que fue así como nos encontraron en Testamento?

—No lo sé —dijo Adra—. Hay mucho que no me cuadra, mucho que no entiendo. Ya tendremos tiempo de hablar de ello. —Miró sobre el hombro de Décima.

La mujer de la túnica gris estaba de regreso y hacía equilibrios con dos bandejas en las manos. Las fuentes, cargadas de carne y verduras asadas, hicieron que el estómago de Gale rugiera con ansia. El olor que despedían era demasiado apetitoso para ser de verdad.

—¿De dónde habéis sacado toda esta comida? —preguntó.

La mujer, de cabello rapado y ojos negros, le dirigió una mirada tranquila. Tenía una nariz inmensa, terminada en punta, que parecía señalar hacia Gale cuando le hablaba.

—Dios, en su infinita bondad, nos provee de todo lo necesario para sobrevivir —explicó. Décima puso los ojos en blanco, con expresión de hastío.

Junto a las primeras fuentes aparecieron platos de fruta fresca, pan recién horneado y pequeños cuadrados de hojaldre recubiertos de melaza ambarina. Pero lo que más llamó la atención de Gale fue la jarra que le pusieron delante. La examinó largo rato, anonadado: jamás había visto agua tan cristalina. Probó uno de los pastelitos: sabían dulces, exquisitos.

—No me lo puedo creer —dijo—. ¿Seguro que esto es real? ¿No seguiré soñando?

—Estás despierto, te doy mi palabra —anunció una voz a su espalda. Gale se giró para encontrarse con Lucía y su alegría eterna. La mujer tomó asiento junto a ellos. Olía a especias y a los cálices de la ventana de Gale—. Arca es un paraíso en la Tierra. Pero descuida, muchacho, no has tenido que morir para entrar en él. Ahora come tranquilo. Si luego te ves con fuerzas, me gustaría mostrarte este lugar.

Tras consultarlo con Adra y Décima con un cruce rápido de miradas, Gale aceptó. Se concentró en la comida. No recordaba cuándo fue la última

vez que comió tan bien. Si aquello era una trampa y aquella gente de verdad tenía malas intenciones, al menos moriría con el estómago lleno. El resto del grupo ya había comido, pero no tuvieron inconveniente en picar aquí y allá, sobre todo Angie, que parecía fascinado por las viandas.

Una vez Gale estuvo satisfecho, abandonaron el comedor. Bianca fue la única que permaneció sentada a la mesa, como si no estuviera realmente allí, como si estuviera lejos, muy lejos. Una extraña mezcla de rencor y pena lo llenó al mirarla.

—No te preocupes. —Décima le puso una mano en el hombro—. Solo necesita que la dejemos tranquila un tiempo.

—Va a necesitar más que eso —dijo Adra. Décima no respondió.

La luz del exterior era perfecta, de una blancura magnífica. Gale parpadeó para adaptar su visión a la claridad. Dejaron atrás el caserón donde había despertado, un edificio alto de piedra, y avanzaron junto a Lucía por un camino enlosado que serpenteaba entre los jardines. Gale respiró hondo y sus pulmones se llenaron de aire puro.

Arca era sorprendente. Vio zonas pequeñas de cultivo donde se afanaban hombres y mujeres: unos removían la tierra con azadas mientras otros dejaban caer semillas en los surcos abiertos. Vio un edificio pequeño, de techo bajo, del que salía un denso humo blanco y un constante repiqueteo metálico. Muy cerca se levantaba un depósito de lo que bien podría ser agua (esa agua limpia, cristalina), justo al lado del mayor edificio del asentamiento. Gale lo observó con atención. Ocupaba el centro de una gran plaza rodeada de un murete bajo y encalado, y tenía todo el aspecto de ser un lugar de culto: murales de colores vivos decoraban las paredes y por la puerta doble entraban y salían más túnicas grises, con guirnaldas de flores colgadas al cuello. Más allá de las casas, de los jardines y las tierras de cultivo, se distinguía una empalizada de madera no demasiado alta.

La existencia de aquel poblado era imposible. ¿De dónde habían sacado las semillas para plantar, los animales para esa carne deliciosa, los telares para fabricar las cortinas, las túnicas, las sábanas...? En las coordenadas de la realidad, tal y como Gale la conocía, no había espacio para que sobreviviera un lugar así. Testamento salía adelante gracias al cadáver del monstruo enorme que le servía de guardián, pero aquí no parecía haber mayor

protección que una empalizada endeble. ¿Tal vez su defensa no era tan evidente? ¿Quizá estaba en el subsuelo? ¿O se servían de algún tipo de magia para mantener a raya los peligros del exterior?

—¿Cómo sobrevivís? —le preguntó Gale a Lucía, sin poder evitarlo.

—Dios vela por nosotros —contestó la mujer y él tuvo claro que la mayoría de sus preguntas recibiría una respuesta similar—. Y a nosotros nos toca velar por todos los desdichados que llegan hasta aquí. En este lugar acogemos a los que no tienen dónde ir, a los que han perdido el rumbo, a los que están a punto de rendirse... Aquí curamos sus heridas, tanto las del cuerpo como las del alma.

—¿Absalón fundó este sitio? —preguntó Gale.

Lucía sonrió.

—Fue uno de nuestros fundadores, sí. Cuando vieron la luz, cuando Dios les mostró el camino, ellos decidieron compartirlo con la humanidad entera. Y eligieron Arca como punto de partida.

—¿Y dónde conduce ese camino? —preguntó Adra.

—Al cielo. A Dios todopoderoso. ¿A dónde si no?

—No entiendo nada —masculló Gale. Todo aquello era una jerga incomprensible para él, una colección de sinsentidos.

—No te preocupes, muchacho. —La sonrisa de Lucía creó dos hoyuelos rosados en sus mejillas—. Absalón resolverá todas vuestras dudas. Tenlo por seguro. Y si mi instinto no me falla, no creo que tengamos que esperar mucho más.

La visita guiada continuó. A excepción del caserón de piedra, todo parecía nuevo, recién acabado. Gale envidió la felicidad que parecía rodearlo. Siempre había intentado mantener una actitud positiva, mantener el optimismo hasta en las peores circunstancias, hasta caer incluso (y esto lo admitía ahora) en el autoengaño. Gale opinaba que si las circunstancias eran terribles, había dos maneras de reaccionar: deprimiéndose o aferrándose a la esperanza. Si el sufrimiento estaba ahí fuera, ¿qué sentido tenía añadirle sufrimiento interno, propio? Consideraba que su actitud era mejor que la de Adra, peleada con el mundo; o la de Décima, que parecía haber construido un muro cínico entre el resto del universo y ella. Se preguntó si los habitantes de Arca no tendrían la misma forma de pensar que él.

—¿Cuántas personas viven aquí? —preguntó a su guía.

—Ahora mismo somos cincuenta y siete, aunque Rebeca y Eugenia están embarazadas. —Aquí calló unos segundos, como si esperase una felicitación. Al no recibir más que silencio, prosiguió—: Esperamos ser muchos más en el futuro. Arca es un comienzo. Una nueva esperanza.

—Están locos —escuchó murmurar a Décima.

Llegaron hasta la empalizada, una valla sencilla de troncos que cercaba el poblado por sus cuatro costados. Parecía tan frágil que hasta el propio Gale se veía capaz de echarla abajo. Una escalera desvencijada y precaria subía hasta una torreta de vigilancia, ahora vacía.

—¿Puedo subir? —preguntó Gale.

—¡Claro! —dijo Lucía—. Aunque no es un paisaje grato, te lo advierto.

Gale ascendió peldaño a peldaño. La comida había hecho que recuperara parte de sus fuerzas, pero no quería abusar de su nueva energía. Muy pronto pudo ver más allá de la valla y, cuando llegó a la altura de la torreta, tuvo ante sí el horizonte que se extendía fuera del poblado. Poco a poco los demás lo siguieron y llegaron a su altura. Hasta Winston encontró el modo de subir.

Más allá aguardaba la desolación. Un bosque envuelto en gases se elevaba en el norte; una niebla fosforescente, nociva a todas luces, rodeaba los árboles, que se entrelazaban unos a otros como si intentaran estrangularse. Una llanura de cristal protegía el este: el terreno parecía irregular, repleto de grietas y quebradas. Al sur y al oeste se abría una extensión desértica de sal azulada sobre la que se balanceaban fragmentos de islas flotantes. A lo lejos se intuía un promontorio rocoso, una mole escarlata salpicada de salientes. Gale entrecerró los ojos y aguzó la vista. Eran cañones, alguno tan grande que podía distinguirse desde Arca.

—Eso es el bastión Rojo —le dijo Décima, que miraba en su misma dirección—. El corazón de Malparaíso y el hogar del barón Europa.

—No parece que esté demasiado lejos... —aventuró Gale.

—Lo está. A un día de camino, al menos.

Con esa explicación bastaba. Un día de camino era más de lo que podrían superar en su estado, sin más protección que unos cuantos ensalmos, un par de espadas y un perro casi inválido. Forzó la vista y examinó los cañones impresionantes de Rojo, la artillería dispuesta a lo largo del farallón de piedra

como las espinas en la coraza de un segador. Testamento confiaba en su monstruo a medio pudrir para defenderse. Rojo parecía más interesado en espantar atacantes con proyectiles. Y esa defensa carecía del mismo efecto de protección a kilómetros a la redonda con que contaba Testamento.

Estaban atrapados en Arca.

Permanecieron en silencio unos minutos, todos muy juntos en el pasillo estrecho que unía las torretas de vigilancia, como si desde lo alto de aquella atalaya contemplaran su destino. A Gale, por algún motivo que no llegaba a comprender, aquel momento le pareció importante. El mundo era hostil y terrible, pero la belleza, aquella belleza de la que tanto hablaba el padre de Adra, seguía allí: en los colores, en las formas, en los reflejos que bailaban bajo la luz enferma del día.

«Cada segundo que sobrevivimos en este mundo terrible es una batalla ganada», pensó.

Escuchó pasos en la escalera. Se volvió para descubrir a otro hombre vestido de gris que se acercaba veloz a Lucía, al pie de la empalizada. El recién llegado susurró algo y el rostro de la mujer se iluminó. Desde lo alto de la escalera, Gale apenas podía oírla, pero pudo leer sus labios:

—Absalón ha llegado al fin —dijo—. Que Dios lo acompañe siempre. Que Dios siempre esté a nuestro lado.

OCHO

Adra nunca había sido expresiva, pero ahora su rostro era una máscara. Gale pensó que su hieratismo no presagiaba nada bueno; Décima parecía tan preocupada como él. Sin pronunciar palabra, Gale procuró igualar el paso de la comitiva encabezada por Lucía. Dos mujeres con el cabello salpicado de pétalos blancos les salieron al paso, casi a modo de escolta.

Se dirigían al edificio recubierto de murales que ocupaba el centro de Arca. La práctica totalidad de los habitantes del asentamiento parecía encaminarse hacia allí, niños incluidos. Acudían con la expresión complacida y beatífica que era marca del poblado, con un paso que casi era baile. Algunos llevaban ramos de flores apretados contra el pecho y los abrazaban, los olían, los mecían... Sonaban risas y algún que otro amago de canto. Angie sonrió, contagiado por su buen humor. «Va a suceder algo terrible», pensó Gale, sin saber bien de dónde procedía esa seguridad. Vio a Bianca, que llegaba por otro de los caminos enlosados, y estuvo a punto de gritarle que escapara mientras todavía estaba a tiempo.

Como si hubiera algún lugar al que huir. Como si no estuvieran cercados de horrores.

Los frescos de las paredes eran un caos de espirales multicolores y manchas absurdas: brochazos surrealistas para ocultar la piedra porosa de la construcción. Las puertas, grandes, dobles, eran sobrias, sin adornos, y estaban abiertas de par en par. Gale contuvo el aliento cuando traspasó el umbral. Las baldosas del suelo parecían de piedra negra (¿ónice, cristal, cerámica?), tan brillantes que alcanzaba a ver su reflejo a sus pies. No los

cubría un techo al uso, sino una retícula de vigas de madera entrecruzadas, salpicadas de enredaderas en flor.

La luz escasa del sol que atravesaba las nubes proporcionaba una iluminación suave e intermitente. Gale miró hacia arriba y contempló el entramado de vigas y hiedra. La madera era clara, casi blanca, y alcanzó a distinguir un pájaro posado en ella. Era diminuto y rechoncho, un puño emplumado que soltó un trino tras acicalarse el pecho. El nudo que se le formó a Gale en la garganta era de acero y pesaba una tonelada.

Docenas de bancos de madera se alineaban frente a un escenario en alto. Eran de la misma madera clara de las vigas, con reclinatorios acolchados y extremos tallados en forma de trébol. Dos escaleras cortas, una a cada lado, conducían al escenario, sobre el que se elevaba un altar de piedra. Tras el altar, una cruz pintada de rojo dominaba la estancia. Le faltaba parte del brazo izquierdo y de la madera colgaban serpentinatas de papel y flores secas.

Los habitantes de Arca enfilaron hacia los bancos, aunque no llegaron a sentarse. Permanecieron de pie, sonrientes; el pabellón se fue llenando de caras felices. Los niños jugaban, correteaban de aquí para allá bajo la mirada relajada de los adultos. Todos parecían alegres, satisfechos. Gale había envidiado esa satisfacción hacía apenas unos minutos, pero ahora... Ahora no sabía bien qué pensar ni esperar. Los contempló largo rato. Le temblaba la mano. Le temblaba la garra.

«Va a suceder algo terrible».

Al entrar al pabellón, Bianca se unió al grupo. Gale intentó cruzar una mirada con ella, pero la joven lo esquivaba sin disimulo. Miraba al frente y Gale miró en la misma dirección. Al fondo del pabellón distinguió una luz mayor, una iluminación amarillenta que procedía de dos lámparas de pie situadas a cada extremo del escenario.

—Tienen luz eléctrica —murmuró Décima, sorprendida.

—Deben de tener generadores en alguna parte —dijo Adra.

Lucía y las dos mujeres los condujeron a la primera fila de bancos. La concurrencia les sonreía al pasar y uno de ellos palmeó a Angie con cariño en un hombro. Parecía que el chico araña había hecho nuevos amigos mientras Gale estaba inconsciente. Sintió una punzada extraña, descorazonadora, casi

de celos. ¿Y si Angie había encontrado su lugar en el mundo? ¿Y si quería quedarse allí? La idea lo puso aún más nervioso.

Cuando ocuparon su sitio en la primera banca, todos los ojos se posaron en el escenario y el altar. Las risas, la cháchara y el juego de los niños se fueron apagando hasta convertirse en un silencio respetuoso. No tuvieron que esperar mucho. Sonaron campanillas y los reunidos bajaron la cabeza en señal de reverencia. Hasta los pájaros parecían haber interrumpido su conversación.

Gale notaba la tensión en la postura de Adra. Décima tenía una mano sobre un lanzaensalmos, enfundado a su cadera izquierda; en la derecha, a distintas alturas, estaban sus dos pistolones. Ambas mujeres se miraron de reojo. Bianca no apartaba la vista del escenario; su rostro, como el de Adra, era una máscara, pero una máscara diferente, una máscara triste, dolida, desamparada. Junto a Gale, Winston y Angie permanecían muy quietos y callados. Décima no era la única armada. Adra llevaba una espada a un costado y su lanzaensalmos al otro. Gale se preguntó si era buena señal que no les hubiesen quitado las armas. ¿O es que confiaban tanto en su superioridad que no se molestaban ni en desarmarlas?

Se abrió una puerta situada tras el altar, una puerta en arco, tan pequeña que no le había prestado atención hasta ahora. Una sombra ocupó el umbral y tomó forma al traspasarlo. Era un hombre en una silla de ruedas.

Gale no pudo contener una exclamación de sorpresa. Lo que había entrado por la puerta no era un hombre, exactamente. Era la mitad de un ser humano. Ni siquiera tendría que estar vivo.

Estaba partido por la mitad en vertical: media cara, medio torso, un brazo y una pierna. Un lado, el izquierdo, completamente normal; otro lado, el derecho, inexistente; una enorme cicatriz cubierta de sangre a medio secar, como si no estuviera curada del todo, era lo único que quedaba de ese flanco. Solo tenía un ojo, un ojo verde que contemplaba a los presentes con una expresión de ternura infinita. Era calvo y en la mejilla, en su única mejilla, tenía una cruz grabada a fuego: la marca de los primados. Un muchacho rubio, de pelo pajizo, más joven que el propio Gale, empujaba la silla de ruedas, un armatoste de aspecto pesado, con lo que parecía ser un motor primitivo bajo el asiento. La túnica del joven, en vez de gris, era blanca. Tenía una quemadura llamativa en el ojo izquierdo, una estrella oscura de brazos largos.

La cola de Winston comenzó a agitarse como si acabara de reencontrarse con un viejo amigo. Su lengua colgaba kilométrica de la sonrisa que era su boca. El perro intentó correr hacia el escenario, pero Adra lo contuvo. Winston soltó un gemido agudo, corto y bajo, que se elevó en el silencio expectante como una herejía. Gale lo acarició en un intento de tranquilizar al animal y el galgo lo miró con sus ojos inteligentes y oscuros. «¿No lo entiendes? —parecía preguntarle—. ¿No entiendes mi alegría?».

—Alabado sea nuestro señor —dijo Lucía, junto a ellos. Su voz era alta y cristalina, plena de felicidad. Levantó los brazos—. Alabado sea nuestro salvador. Porque mientras él esté con nosotros nada tendremos que temer y nada nos faltará.

—Alabado sea —croó la cosa en la silla. Su tono era hueco, metálico, como si hablara a través de una caja—. Y que su reino sea próspero y que su prosperidad, en su generosidad infinita, se haga nuestra. —Miró al grupo de Gale y su sonrisa, partida y deformada, se hizo todavía mayor. Era una media luna torcida y gangrenada—. Siempre es agradable encontrarse con nuevos viajeros al volver a casa. Decidme, ¿qué os trae a nuestro humilde hogar? ¿Qué os ha traído hasta Arca?

—Nos han dicho que tienes respuestas —contestó Adra.

—Las tengo —admitió Absalón—, pero no para todas las preguntas. Solo para las que de verdad importan.

Adra abandonó el banco y dio un paso hacia el escenario.

—Hace cinco años tú y los tuyos arrasasteis un poblado cerca de Testamento. Quiero saber por qué.

Absalón guardó un instante de silencio, como si tuviera que hacer memoria.

—Yo era otro hombre en aquel tiempo —dijo—. Era violento, irracional. Seguía un camino equivocado, la senda que no debía. Ojalá me hubiera dado cuenta antes de mi error. Las cosas serían muy diferentes ahora.

Adra lo contempló con su máscara de indiferencia. Gale buscó señales de ira, de frustración, de miedo, pero no encontró nada.

—No he preguntado eso —dijo ella.

Absalón sonrió de nuevo. Aunque pretendía ser una sonrisa amigable, Gale se estremeció.

—Buscábamos un prodigio, pero en cambio encontramos un milagro — dijo el medio hombre—. Y respuestas a preguntas que ni siquiera nos habíamos atrevido a plantear. Eso cambió nuestro destino y, con suerte, el destino del hombre. Esa es mi contestación, Adrastea. —Entrecerró su ojo y media lengua asomó un instante por la comisura de sus labios partidos—. ¿Quieres más? ¿Quieres saber la verdad? ¿La verdad sobre ti y sobre tu padre? Te la diré. Pero solo te la diré a ti, porque solo a ti te incumbe. Acompáñame fuera; hay algo que debes ver. —Se echó hacia delante en la silla y una salpicadura de sangre de su lado cortado relampagueó en el aire—. Deja que te muestre la grandiosidad del mundo tal y como es. Te prometo que lo que te contaré cambiará tu perspectiva para siempre.

—Es una trampa —dijo Décima por enésima vez, como si a fuerza de repetirlo pudieran evitarla. Ni siquiera se molestó en susurrar: lo dijo lo bastante alto como para que todos pudieran escucharla.

—Y yo voy a caer en ella —dijo Adra—. Para eso hemos venido, ¿no? Ciudad de Winston. —Hablabla a todos, pero miró a Gale.

Décima la aferró del brazo.

—No, Adra, por favor —suplicó.

Adra la contempló durante unos segundos, como si dudara. La máscara se vino abajo, aunque solo un instante, y Gale alcanzó a ver una Adra diferente: una Adra frágil y nueva, casi una niña.

—Lo siento —susurró, con una tristeza infinita. Apartó la mano de Décima con delicadeza—. Necesito saber. Tienes que entenderlo.

Décima quedó inmóvil, con aspecto desconsolado, pero la dejó ir.

El joven de la quemadura se hizo a un lado en cuanto Adra subió los peldaños que conducían al escenario. Ella dudó un instante, pero ocupó el lugar del muchacho tras la silla de Absalón y, tras girarla con una sola mano, la empujó en dirección a la puerta. Por la forma en la que maniobraba quedaba claro que aquel despojo humano debía de pesar muy poco. En apenas unos segundos desaparecieron por el umbral.

El joven de la túnica blanca se colocó entonces en el centro del escenario, con las manos entrelazadas. Comenzó a canturrear por lo bajo. Al instante, el resto de la congregación se unió a él. Una mujer se sentó en una esquina y retiró una tela roja y aterciopelada. Bajo ella aguardaba un

instrumento de cuerda, un arpa pequeña cuyo mástil era una flauta de madera con anillos de bronce entre los agujeros. La tocó con habilidad, con las manos y la boca. Era una música suave, casi líquida. Como si estuviera hecha de pájaros.

Gale miró a sus compañeros, incómodo. ¿Cuánto tendrían que esperar? Resistió el impulso de correr tras Adra, de alejarse del cántico que continuaba, monótono y lento, repleto de palabras ininteligibles que le recordaron al murmullo del mar de su sueño. Miró hacia el techo. El pájaro ya no estaba ahí. Se marchó, como si presintiera la inminencia del desastre. Décima parecía cada vez más nerviosa, con la mano apoyada en la culata del lanzaensalmos. Hasta Bianca daba la impresión de estar más atenta: parecía a punto de despertar de su trance.

Angie, sin embargo, mantenía su sonrisa, ajeno a la desazón de sus compañeros. Se mecía al compás de la música. Winston seguía moviendo la cola, alegre; de cuando en cuando miraba a Gale con la boca entreabierta y la lengua fuera. «No lo entiendes. ¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué no estás feliz? Estamos donde tenemos que estar».

«Va a pasar algo terrible», pensó Gale de nuevo.

El cántico continuaba, extraño y demencial, eterno. No podía soportarlo más. Se giró hacia Décima. Tenían que salir de allí. Tenían que buscar a Adra. Cuando estuvo a punto de hablar, se dio cuenta de que todo había cambiado.

Parte de la congregación se había movido para colocarse ante las dos salidas: la puerta pequeña del escenario y la principal, a sus espaldas. Habían aparecido armas de la nada: espadas cortas, dagas y cuchillos serrados en su mayoría. Tal vez las llevaban escondidas bajo las túnicas grises o en los ramos de flores, tal vez ocultas bajo las bancadas. Todos cantaban, los armados y los desarmados, con la misma expresión satisfecha y ligera, como si el pabellón no estuviera a punto de convertirse en un baño de sangre.

El canto ascendía. El volumen subía tanto que ya apenas se escuchaba el arpa de la mujer de la esquina. El canto era ahora gutural, inhumano. Y estaba modulado a una sola voz. Las miradas perdidas de la congregación se fundieron en una sola y Gale pensó en los errantes, en el engendro múltiple del que huyeron la noche en la que salió del búnker, la noche en que Adra lo mató.

La cola de Winston dejó de moverse. Enseñó los dientes. Comenzó a gruñir.

—No os apartéis de mi lado —le susurró Décima a Gale y Angie. Bianca desenvainó, despacio, un cuchillo largo.

El joven sobre el escenario dejó de cantar y se hizo el silencio. Levantó la cabeza y miró directamente a Gale. Sintió el impacto de una certeza demoledora: «Sabe quién soy. Ni siquiera yo lo sé, pero él sí».

El joven sonreía, pero no era una sonrisa normal. Se iba abriendo poco a poco por la comisura de los labios, cada vez más y más, como si la estuvieran prolongando con cuchillas invisibles, como si fuera una cremallera que alguien recorriera. La sonrisa le partió el rostro. Brotaron sombras de aquella grieta, sombras negras, confusas, remolinos de humo turbio. El joven estaba cambiando: se deshacía y tomaba otra consistencia. Por un momento, Gale pensó que aparecería de nuevo el gigante azul que lo había perseguido en sueños.

Winston comenzó a ladrar.

Gale recordó las palabras de Adra: el galgo no ladraba nunca. Nunca. Era un sonido espantoso, terminal, peor que el sonido desquiciante del cuerpo humano que se abría de par en par sobre el escenario.

Los ojos de la criatura eran negros e informes, pero a la vez deslumbrantes. Eran charcos de alquitrán que se vertían sobre un rostro que no era un rostro, charcos que contemplaban a Gale con avidez. Crecían de manera acelerada, hasta desprenderse de la cabeza rota y convertirse en dos mariposas negras enormes que flotaban sobre el escenario, con manchas pardas y centelleos ámbar. Aquellas sombras estaban forjadas a base de oscuridades, de remiendos de tiniebla. Aquellas sombras tenían alas hechas de noche cerrada. El cuerpo del joven cayó hacia delante, vacío. Se escuchó un trueno, luego llegaron los relámpagos, luces cruzadas y doradas que prendían el aire entre las dos mariposas, como si se estuvieran dando la mano.

«Es la tormenta —pensó Gale, horrorizado—: la tormenta nos ha seguido hasta aquí».

Y lo peor de todo era que aquel engendro podía hablar.

—Hola, hermano —anunció la oscuridad.

LIBRO V

RÉQUIEM

PRÓLOGO

El verdadero dios está en el fuego.

A Absalón le costó mucho aprender esa verdad.

Siempre ha creído en algo. Cualquier dios es mejor que la soledad del hombre. Incluso el dios que vive entre los demonios y la destrucción. Cualquier dios es mejor que ninguno. Pero el dios antiguo, el dios de los cruzados (el dios de los tiempos en que los leviatanes no eran más que sombras lejanas en las pesadillas de los dementes) no es el dios que Absalón pensaba, el dios que necesita. No. Ahora, su único señor está en las llamas.

El poblado arde y sus habitantes mueren bajo las armas de los cruzados. La matanza se podría haber evitado, pero lo que Absalón desea y lo que sucede rara vez coinciden. En cuanto comprendió que aquella gente — indignos y harapientos— no colaboraría, supo que este final era inevitable. Lo que ocurre ahora —la destrucción, el horror— es culpa de ellos, no suya, es culpa de un hatajo de infieles sin sentido común. ¿No veían que solo hacía falta un roce, una tensión mínima para que la llama, nunca mejor dicho, prendiera?

Alza la mirada y contempla los muros lejanos de Testamento. Este poblado debe de estar bajo la protección del duque Rocal.

Absalón sonríe. Duques y barones dominan los bastiones, la aristocracia degenerada de un mundo moribundo. Títulos que ya no significan nada. Ninguno de ellos ha osado investirse de la dignidad máxima, ninguno de ellos se ha proclamado rey, porque todos saben que los únicos reyes de esta tierra devastada son los que moran en las alturas.

Un hombre suplica clemencia y recibe una hoja de sierra en la garganta, una bendición de acero.

Absalón disculpa a los suyos. Su agrupación —su misterio— lleva muchos días de marcha y el cansancio y las circunstancias han nublado su entendimiento. Ayer mismo el hermano Louie se derrumbó sobre el polvo del camino. Luego, al quitarle la coraza, descubrieron que un cuco de sangre se le había alojado en el pecho —probablemente mientras dormía— y lo había devorado desde dentro, anestesiándolo mientras escarbaba en busca de su corazón. El cuco era bello: un ave con plumas venosas y pico dorado. Absalón pensó que era un buen modo de morir, sin saberlo, devorado desde dentro por un pájaro imposible.

«¿Cómo te gustaría que fuera tu final?», le preguntaron hacía ya tiempo, apenas ordenado novicio.

No lo pensó mucho.

«En la batalla. Sirviendo a Dios».

Eso también ha cambiado. El poblado arde y sus habitantes mueren. Apenas tienen armas: se defienden mal con azadas y rastrillos, con cuchillos y alguna que otra espada oxidada. No es una batalla, es una masacre.

Contempla un campo de flores naranjas que se consume con rapidez, pasto del fuego. Las flores se agitan, parecen gritar entre las llamas. Uno de los habitantes del asentamiento entra en su campo de visión, retrocede a trompicones; los brazos que tapan su vientre se llenan de sangre. El hermano Saúl avanza un paso y le hunde el filo de la espada a la altura del cráneo, en un tajo violento que resuena como un hachazo a un árbol. Intentan reservar las armas de fuego. Las balas y las granadas, así como los lanzaensalmos, son para defenderse de los engendros de los leviatanes. Contra estos desdichados, sus espadas bien afiladas y su pericia deberían de ser suficientes.

Absalón no participa en la lucha. Prefiere observar el caos como quien lee un libro. Hay poesía en la destrucción: sucia y grotesca, pero a la vez pura, desprovista de los artificios y las capas del raciocinio que los débiles inventan para proteger sus mentes. Esta poesía siempre lo ha seducido, como si en el código secreto del brazo que mata y el corazón que muere hubiera una pista importante de un enigma en apariencia irresoluble.

La hermana Caridad demuele el rostro de un adolescente. Los anillos que adornan sus nudillos están repletos de filos. El sonido de los golpes tiene una musicalidad curiosa, una percusión atractiva. La escena complace a Absalón de una manera casi lasciva. Caridad no es una mujer agraciada, pero en la gloria de la batalla y el resplandor de la destrucción es la mujer más hermosa de todas. Es el fuego. El fuego lo embellece todo.

Absalón se acaricia la mejilla. El relieve de la cruz le trae al recuerdo el momento en que el hermano Daniel se la grabó en la carne con un hierro al rojo.

«¡Servirás a Dios sobre todas las cosas! —gritó, mientras él se doblaba por el dolor—. ¡Tu vida le pertenece! ¡Su voluntad es la tuya! ¡Su lucha es la tuya! ¡No te desviarás de su camino!».

Han pasado quince años desde entonces. Si sus hermanos conocieran sus dudas de fe, lo castrarían y lo enterrarían en arena viva, donde cada grano se alimentaría de su carne durante días. Nada de lo que hacen tiene sentido. «El objetivo es inalcanzable», piensa. Alza la vista hacia el leviatán que flota sobre él. Sus dimensiones doblan el cielo, lo comban, hasta el horizonte parece una muesca. No hay lanza capaz de atravesar aquel engendro, no hay modo de derribarlo. No hay victoria posible. ¿Por qué lo hacen entonces? ¿Por qué insisten? Porque rendirse no es una opción. Están inmersos en una huida desesperada hacia delante. «Morir matando», como diría su padre, aquel hombre granítico, con su propia cruz grabada en la cara.

El hermano Crimea sisea a su lado y Absalón lo mira. Crimea es un mártir, un estúpido que ha entregado su vida a la causa del modo más aberrante, como tantos otros antes de él. Lo rodean sogas vivas, escamosas, terminadas en cabezas triangulares, sin ojos, que clavan sus colmillos en la carne del cruzado. Se alimentan de su sangre mientras le inyectan veneno. Crimea está ahora en comunión con el demonio que lo devora. Es él quien los ha guiado hasta aquel poblado. Es a él a quien siguen. ¿En qué los convierte eso?

El dios de los hombres ya no existe. Y si existe, no puede ayudar. El verdadero dios está en las llamas. Su palabra es humo y su legado, cenizas.

El hermano Crimea vuelve a sisear. Sus facultades mentales han cambiado en contacto con el demonio. Hay un enlace entre ambos y este

crecerá cuanto más se acerque Crimea a la muerte. Solo hay que ver su rostro agrietado y sus ojos hinchados, a punto de escapar de sus cuencas, para saber que su fin llegará pronto.

—Ella —indica Crimea con una voz que no es voz, sino cieno que resbala por su garganta.

Absalón mira en la misma dirección que su compañero justo en el momento en que se oyen los disparos. Alguien ha desobedecido la orden de no usar armas de fuego. Quizá no ha tenido elección. A veces sucede.

No. No es eso. Una mujer del poblado ha degollado a uno de los cruzados, lo ha desarmado y ha descargado el arma contra otro hermano. Esta mujer también caerá, aunque su filo sea mejor que el de los demás. Todos caen, todos mueren. Varios hombres intentan reducirla. Ella rueda por el suelo y clava su espada en el estómago del hermano Carolingio y, después, con un movimiento rápido, corta los tobillos de la hermana Beatriz, que cae al suelo entre gritos incrédulos.

La mujer del poblado se mueve con una agilidad admirable.

—El prodigio —murmura Crimea, sin apartar la vista de la rebelde, que corre a cubrirse tras una de las pocas estructuras que no está en llamas—. Ella ha estado en contacto con el prodigio.

En Hamistagán, el sanctasanctorum de los cruzados, tienen un pozo repleto de culebras. De cuando en cuando hacen bajar allí a un hombre o a una mujer. A veces es por su propia voluntad, otras por la voluntad de ese mismo dios en que Absalón ha dejado de creer. Casi siempre extraen cadáveres del pozo, pero hay ocasiones en las que algún elegido trasciende de su humanidad, contaminado por la oscuridad de los demonios. Entonces se convierte en oráculo, en profeta, en sibila... El futuro, el presente y el pasado se entremezclan en su mente y le confieren una sabiduría que colinda con la demencia: le otorgan el don de encontrar maravillas. Hace medio año el hermano Josué los guio hasta un monstruo que agonizaba y cuya carne ahora se pudre en las profundidades de Hamistagán. De ella extraen la esencia con la que depuran sus ensalmos. Hace tres meses la hermana Matilde los guio hasta un esqueleto de cristal. Si miras a través del calidoscopio que forma el vidrio, se ven otros mundos, mundos arrasados, mundos en ruinas.

Hace dos semanas Crimea emergió del pozo con una sonrisa en los labios y fuego en la mirada. Les prometió un nuevo monstruo, un nuevo prodigio, algo nunca visto. Algo que les daría las llaves del cielo. Esa búsqueda los ha conducido hasta aquí, hasta este poblado en las cercanías de Testamento.

—Esto no tiene sentido, aquí no encontraremos nada —recuerda que dijo el hermano Louie, que ya llevaba el cuco de sangre en el pecho, aunque nadie lo sabía—. No hay monstruos tan cerca de Testamento. No pueden acercarse.

—Este monstruo no tiene forma de monstruo —dijo Crimea. Sonrió con una sonrisa que oscilaba entre lo enigmático y lo idiota—. Este monstruo viste forma de hombre.

—¿De qué hablas? —preguntó Absalón—. ¿Forma de hombre? ¿Se camufla, acaso?

La sonrisa de Crimea se convirtió en una carcajada babosa.

En el presente, la mujer sigue luchando.

Absalón se adelanta y desenfunda su lanzaensalmos. Si tiene información sobre la identidad y el paradero del prodigio, la necesitan con vida, al menos durante un rato. Carga un ensalmo inmovilizador y abre fuego. El hechizo falla y se convierte en un torrente de luz inocua que tiñe de zafiro el incendio. Parásitos de magia bailan alrededor del cabello de la mujer, forman círculos concéntricos sobre su cabeza, como un halo. Absalón carga un segundo ensalmo y dispara otra vez: el sortilegio vuelve a quedar en nada, solo es un chispeo, un rebullir de estrellas azuladas. El tercer y el cuarto disparo también se pierden, ineficaces nada más salir del arma, que cada vez está más caliente. Absalón no entiende lo que ocurre. Nunca le han fallado tantos ensalmos seguidos. Carga otro, casi sin prestar atención, aprieta el gatillo y en esta ocasión el sortilegio alcanza a su objetivo. El lanzaensalmos quema tanto que lo arroja lejos.

La mujer grita, da unos pasos, dispara al vacío y cae al suelo. Sus piernas se derriten, sus brazos también, como si fueran de cera. La sangre y la tierra se entremezclan. Cuando llega a su altura es un torso y una cabeza que jadea. Absalón sigue sin entender: el hechizo ha vuelto a fallar, ese no tendría que haber sido su efecto. No tiene tiempo de interrogarse al respecto. La mujer pronto morirá.

—Buscamos a un ser que no es de este mundo —le dice. ¿Para qué más explicaciones?—. Tú sabes dónde está. Dínoslo y tu muerte será más rápida.

—Hiede a prodigio, Absalón —susurra Crimea. Baba azulada resbala por su mentón. Le sangran las encías, teñidas de índigo—. Sus pieles se han tocado. Sus sombras se entrelazan.

—Pudríos, malnacidos —dice ella a duras penas. Casi no puede respirar. Los parásitos se vuelven dorados, se burlan de Absalón cubriendo de luz beatífica a la mujer moribunda. Parece una santa en la cúspide del martirio. ¿Y en qué lo convierte eso a él?

La mujer no tarda en fallecer.

Absalón se incorpora y mira alrededor. Se pregunta si podrá sacar alguna información de los pocos que quedan con vida o si aquel viaje habrá sido una pérdida total de tiempo.

Crimea olfatea, muy erguido. Sus venteos suenan de manera grotesca, como si el aire tuviera que atravesar capas y capas de moco para adentrarse en sus fosas nasales. Alguien grita. Quizá una flor, quizá un hombre.

Crimea echa a andar y se tambalea. Tras dar unos pasos y dejar atrás el poblado en llamas, el brazo derecho del cruzado se desprende de su torso y cae al suelo. Queda ahí, como una criatura viva, agitando los dedos y remueve la tierra sucia. Crimea sigue caminando, con Absalón tras él. No van muy lejos. Hay un río estrecho de aguas turbias cerca del poblado y Crimea se detiene en una de sus curvas. Se inclina y olisquea el terreno, acaricia la orilla con la mano que le queda. Largos peces hechos de filamentos y nudos aguamarina huyen de él. Su nariz raspa el suelo, se llena de tierra mojada. Dos hermanos más los acompañan, intrigados.

—Aquí. Aquí —dice—. Cavad aquí.

Los hermanos cavan usando el filo de sus bayonetas. Alguien aparece con una pala ensangrentada. La tierra cede, parece ansiosa por revelar sus secretos. Hay algo enterrado allí. Algo no demasiado grande, no mayor que un recién nacido. Con esfuerzo, consiguen despegar las sábanas medio deshechas que lo envuelven. Es repugnante: más que un bebé es una imitación burda, dibujada por alguien a quien le han contado cómo sería el feto de un demonio. ¿Es un cadáver reciente? Debería de estar podrido: las sábanas lo están. Tiene

dos puñaladas en el pecho y la cabeza hendida, medio abierta; grumos de materia encefálica se asoman a la brecha.

No está muerta. La criatura no está muerta. Se remueve de pronto en su tumba. Abre los ojos y un residuo viscoso le fluye de los párpados. Toma aire como si fuera a llorar y muestra los dientes, grandes, casi negros, afilados.

Solo un susurro escapa de la grieta que es su boca.

—¿Esto es lo que hemos venido a buscar? —pregunta Absalón, asqueado.

Crimea responde y su voz es menos suya que nunca:

—No —dice la bestia del pozo, a través de su boca. Las serpientes se remueven, silabeán, parecen hablar entre ellas—. Hemos llegado tarde. Él no está. Se ha ido.

Pero ha dejado atrás a su hijo.

UNO

Había una grieta en el cielo. Era descomunal, una brecha en el tejido del universo, una cuchillada al engranaje de lo real. Adra alzó la vista y la contempló, reluciente, a la izquierda del leviatán que colapsaba las alturas.

«Llevo al hombre que mató a mi madre —pensó—. A la mitad que queda de él, al menos».

Si lo pensaba bien, era risible, pero Adra no tenía ánimo para reír. Empujaba la silla con una mano, sin apenas esfuerzo, mientras bordeaban el edificio. Ni la silla ni Absalón pesaban demasiado: el primado parecía hecho de plumas en vez de carne maltrecha. La silla era endeble, aunque el motor, apagado y adherido a su base, tenía un aspecto consistente, repleto de cables y engranajes. Dejaron atrás el templo y la canción que se alzaba desde allí. Absalón la tarareaba por lo bajo, como si nada lo preocupara en el mundo. Adra se preguntó cómo era capaz de hablar, cómo conseguía emitir sonido con solo media garganta.

Cada vez era más consciente del peso del lanzaensalmos en su cadera. No era un arma cualquiera: era la misma con la que el cruzado mató a su madre, la misma con la que ella había prometido acabar con Absalón. El ensalmo —ese ensalmo especial, ese cartucho de color blanco y optimizado para una efectividad del noventa y cinco por ciento— estaba en la recámara, dispuesto. Y ahora tenía su objetivo a su merced. Inspiró con fuerza. Solo su necesidad de saber protegía al primado de una muerte inminente.

—Por aquí, Adrastea —indicó Absalón. Señaló en dirección hacia la empalizada que rodeaba Arca. Hendida en la valla aguardaba una puerta estrecha, apenas unos troncos delgados atados entre sí.

Adra espiró, despacio.

Absalón mató a su madre. Y Adra la resucitó. Cerró los ojos un segundo y apretó los párpados con fuerza.

Volvió a verla. No a la Rhea digna y poderosa con la que creció, no a la Rhea que la enseñó a cazar, a defenderse de otros y de sí misma, sino tal y como la había encontrado al regresar al poblado. Ahuyentó la imagen de su madre muerta, ahuyentó la imagen de su madre resucitada. No quería recordarla así. Adra quería recordarla valiente, llena de vida, de la vehemencia que le era propia.

«Cálmate —se dijo—. Cálmate. No puedes permitirte perder el control. Respira hondo. Despacio. Cuenta hasta veinte, hasta mil, cuenta todo lo que haga falta, pero no pierdas la calma».

El recuerdo crecía, monstruoso, arañando en la puerta de su mente como una bestia hambrienta. No podía evitar pensar en ello. Por aquel entonces, su padre llevaba una semana desaparecido. «Lo hacía mucho antes de que tú nacieras —le dijo su madre, con tristeza—. Eso de irse. No te preocupes por él. Encontrará el camino de vuelta. Siempre lo hace». Pero Adra no pudo resistirlo y marchó en su búsqueda. Desde entonces había cargado con la culpa, con el «y si...» de un pasado alternativo en que se quedó en casa y combatió contra los cruzados.

«Algún día todo esto acabará —se dijo—. Algún día todo esto quedará cerrado y podré llorarla al fin. —Miró la silla que empujaba—. Espero que sea hoy».

Regresó al poblado después de dos días de buscar a su padre en vano. Era como si se hubiera desvanecido en el aire.

Allí se topó con la matanza. Allí se topó con su madre. Sus extremidades se habían derretido —no eran más que amasijos de carne licuada en la hierba, charcos de carne líquida sobre restos de flores anaranjadas— y tenía los ojos abiertos, vidriosos; miraba un cielo que esa mañana era estúpidamente claro. Adra corrió hacia lo que quedaba de su cuerpo mientras Winston cabeceaba de aquí para allá, tan aturdido como ella. Habían arrasado su mundo, aquella pequeña parcela de realidad donde, a pesar de todo, había sido feliz. Cayó de rodillas ante el cadáver de su madre.

¿Y qué podía hacer ella? Solo cabía una posibilidad. Solo una. Resucitó a su madre, aunque sabía lo que ocurriría a continuación.

Necesitaba averiguar quién había hecho aquello. Necesitaba decirle adiós.

Se quitó el guante de la mano izquierda e insufló vida en los restos de su madre. La mirada vidriada destelló, la boca entreabierta sufrió una sacudida. Y Rhea la contempló, allí, de rodillas, horrorizada, y supo al momento lo que acababa de ocurrir. Lo mismo que había ocurrido otras veces en el pasado, como el día en que Adra devolvió la vida a una cabrilla que amaneció muerta.

—Adra, Adra, Adra, mi niña, mi Adra —dijo su madre—. Mi pobre Adra. Cálmate, cálmate, respira, respira.

—Mamá, mamá, mamá... —Ella sintió el monstruo en la garganta, sintió la enormidad que se ocultaba en su cuerpo, sintió que intentaba suplantarla y ocupar su espacio. Con un esfuerzo enorme, consiguió tranquilizarse un poco, solo un poco, y cerrarle el paso. No era el momento.

—Tu padre... ¿Has encontrado a tu padre?

Ella negó con la cabeza. Tal y como Rhea predijo antes de que Adra partiera, era imposible seguirle el rastro.

—¿Qué ha pasado, mamá? ¿Quién ha hecho esto?

—Cruzados —dijo—. Los guiaba un primado llamado Absalón. Él me ha hecho esto... Él me... Cuéntaselo a Rocal, cuéntaselo al duque. Rocal hará que paguen. —Debió de ver la decisión en la mirada de Adra, porque se apresuró a añadir, entre jadeos—: ¡No vayas tras ellos! Son demasiados. ¡Te matarán!

—Mamá...

—Prométemelo, por favor. Prométemelo... Necesito saber que no harás una locura. Necesito saber que estarás bien.

Adra asintió, pero no verbalizó su promesa. De hacerlo se daría cuenta de que mentía.

—Qué hermosa eres, hija, qué fuerte... Qué rabia no volver a verte... —susurraba su madre—. Sabes lo que tienes que hacer cuando comience a transformarme. Lo sabes, ¿verdad? Lo sabes y lo harás, prométeme que lo harás. —Adra, esta vez, murmuró un «sí» sin fuerzas, un «sí» aterido, un «sí»

repleto de miedo y pena—. Ayúdame, ayúdame a incorporarme. No quiero morir tumbada. Quiero mirar de frente cuando pase.

—Tenía que haber estado aquí, mamá... Tenía que...

—También habrías muerto. O algo peor. Al menos sé que tú estás viva. —Tomó aire con esfuerzo—. Ve a Testamento. Habla con el duque. Y con Jezek. Dile que me debe muchos favores y que los considero devueltos si vela por ti. Si... —Tragó saliva y alzó la vista al cielo—. Tu padre... Volverá. Siempre vuelve... Te encontrará, estoy segura. Cuando eso pase... Cuando eso pase, dile que no me arrepiento de nada. Dile que mereció la pena. Dile que me hizo feliz, aunque la mitad de las veces no lo entendiera. Adra... Estarás bien.

Abrazó a su madre y notó un movimiento rápido en el cuerpo mutilado, la primera de las convulsiones que iniciaban la transformación. Casi sin querer, desenvainó su sable. Estaba preparada. Lo había prometido.

Cuando llegó el momento su pulso no tembló.

* * *

Adra parpadeó y se apartó de sus recuerdos. Era hora de volver a la realidad. La puerta del cercado estaba entreabierta y fue el propio Absalón quien se encargó de empujarla con el pie. Salieron a la tierra pedregosa y cenicienta que rodeaba Arca. En el cielo, a lo lejos, danzaba un cinturón de rocas destrozadas, restos quizá de islas flotantes. Más allá estaba el leviatán.

—Llevo toda la vida contemplándolo y me sigue sobrecogiendo —dijo Absalón—. Inmenso e inmutable. No me entra en la cabeza, en lo que me queda de cabeza, que hubo un tiempo en que en el cielo no había nada aparte de nubes.

—Quiero la verdad, Absalón —dijo Adra, seca y cortante. El contacto del lanzaensalmos la quemaba. Dentro del arma había un sortilegio concebido únicamente para matar al hombre de la silla—. La necesito ya.

—Ah, sí. Hablábamos de la verdad —susurró él con su media lengua y su medio paladar y el resto de imposibilidades que daban voz al engendro—. Es complicado encontrar la manera sencilla de abordarla. Tal vez lo más fácil sea

empezar respondiendo a un porqué. Tal vez lo más sencillo sea comenzar explicándote qué han venido a hacer aquí los leviatanes.

—¿De qué estás hablando? —Rodeó la silla para encararse con Absalón. La sangre fluía lenta en la herida mal cerrada que lo partía por la mitad. El único ojo del primado brillaba con regocijo. Disfrutaba. El cabrón disfrutaba.

—¿No te lo has preguntado nunca? ¿Por qué? ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué han venido?

—Han venido a destruirnos. Por eso están aquí. Por lo poco que sabemos ni siquiera tienen conciencia. —Se interrumpió. No cedería a los juegos del primado. Solo quería respuestas a sus propias preguntas—. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Todo. Lo tiene que ver todo. Míralo, allí en lo alto. Te machaca el cerebro contemplarlo, ¿no es así? Te vuelve loco. La ingeniería de esa criatura no está hecha para ser comprensible para la mente humana y... aun así. Obsérvalo otra vez. Míralo. Y luego redúcelo, hazlo pequeño, manejable y, en definitiva, ¿qué es lo que tienes entonces? —Adra no contestó. No, no entraría en ese juego—. Tienes a un ser vivo. Una criatura que nace, se reproduce y muere. Para eso están aquí.

—¿Para morir?

—Oh, sí. Algunos morirán. Esas cosas pasan, hasta a monstruos insondables como estos les llega la hora. Y algunos son ya muy viejos. —Suspiró y se echó hacia atrás en la silla. Parecía satisfecho, en paz—. Nuestro mundo no es el primero que visitan, Adra, ni será el último. Solo somos una parada más en el camino. Solo eso. —Adra inclinó la cabeza hacia un lado y observó, incrédula, al hombrecillo de la silla—. Cuando ves a los leviatanes solo piensas en muerte y destrucción, porque transforman de un modo definitivo todo lo que el ser humano conoce. Pero mira más allá y verás que son generadores de vida. No son destructores, al contrario, son creadores. Tú misma has podido comprobarlo: las lluvias que provocan sirven para que nuevas especies se abran camino a través de la tierra, los vientos que convocan traen consigo la simiente de nuevos prodigios, hasta los ecos de su magia liberan parásitos de vida efímera.

«Cuando llegan a un nuevo mundo su magia, su energía, su esencia, se infiltran en él. Interaccionan con el ecosistema global, lo modifican para

hacerlo viable, para hacerlo compatible con ellos. Y la vida se abre paso. Es una vida aberrante, si quieres verlo así, pero es vida, hecha a su imagen y semejanza. Sus huestes nacen a su sombra: nuevas criaturas concebidas en nuestro suelo, mutantes y contaminados... Maravillas que en el pasado yo consideraba herejías, enviados del infierno. ¡Incluso perseguí a los afectados por su magia! Qué equivocado estaba».

Un carraspeo pastoso interrumpió su discurso. Adra prefirió no mirar la saliva oscura que escapó de entre sus labios. A lo lejos, las islas parecían moverse, lentas e imperturbables, atravesando la polvareda del desierto que llevaba hasta Arca. Una silueta oscura y afilada se elevaba sobre el terreno, a unos kilómetros de distancia. Tal vez una montaña, tal vez un engendro. ¿Qué más daba? Con esfuerzo, Absalón se recompuso y siguió hablando:

—Míralo, Adra. Es soberbio. Sus hermanos y él son los nuevos dioses. —Ladeó la cabeza partida y le sonrió—. Y es a ellos a los que ahora rindo pleitesía. Es a ellos a quien la Cruz Interior de Hamistagán rinde culto. Solo nosotros: nuestros hermanos, nuestra infantería, no podrían entender la verdadera grandeza de nuestra labor. Por su propio bien, es mejor que permanezcan en la ignorancia.

Adra examinó su rostro partido. Su expresión rota era sincera. Quiso decir mucho, pero solo pudo articular una frase:

—Estáis locos.

—Al contrario. Somos de los pocos cuerdos que quedan. Hemos recibido un don, un presente inigualable: hemos recibido la verdad. Fíjate en mí, Adrastea. No debería estar vivo, pero lo estoy. No debería poder hablarte, pero te hablo. Mi dios me ha mantenido vivo hasta hoy. ¿Sabes por qué? Por ti. Estoy vivo porque sabíamos que tarde o temprano vendrías hasta mí. Y sabíamos que no vendrías sola, sabíamos que lo traerías a él. A Gale. Y hoy es el día. Alabado sea. Hoy es el día...

—Gale —dijo Adra—. ¿Por qué es tan importante? ¿Por qué es tan valioso? ¿Qué lo hace especial? —Un impulso súbito hizo que añadiera una pregunta que le sonó absurda aun antes de formularla—: ¿Puede salvarnos?

—¿Salvarnos? —Absalón escupió una flema nueva, tan oscura como la anterior. Surgió otro carraspeo, más profundo, que se transformó en una risotada—. ¿De qué va a salvarnos Gale?

—Basta ya. —Adra desenfundó su lanzaensalmos y encañonó al primado —. Quiero respuestas, no toda esta... esta chaladura sin sentido. ¡Quiero respuestas claras!

—Si aprietas el gatillo, nunca las tendrás —contestó el primado con un gesto indescifrable, tal vez de satisfacción. Su sonrisa partida se hizo mayor —. Tu nombre bebe de la antigua mitología, Adrastea. ¿No lo sabías? Es el nombre de Némesis, el nombre de la venganza, esa venganza que has venido a buscar aquí hoy. Pero también es el nombre de la musa que escondió a un Zeus recién nacido de su padre Cronos, que pretendía devorarlo. ¿Conoces los mitos griegos? Zeus era muy conocido por su promiscuidad. Bajaba del Olimpo y adoptaba todo tipo de formas para copular con hembras. Lluvia, cisne, hombre, cualquier forma le valía para sus objetivos. Y su semilla siempre prendía. La simiente de un dios es poderosa.

Adra acercó el cañón a la frente a medias de Absalón. Lo apretó contra su piel apergaminada. La adrenalina la atravesaba: sentía al monstruo en su interior, sentía como se rebullía.

—¿De qué estás hablando?

—El nombre de tu padre tampoco fue casual, Adrastea. Elyon también es un nombre muy antiguo. Viene de «El-Elyon»: el señor más alto. Aquel que está en las alturas.

El cañón del lanzaensalmos se separó de la frente de Absalón. A Adra le temblaba tanto el brazo que el arma parecía a punto de escurrírsele de la mano.

—Buscabas a tu padre entre los hombres, pero tu padre no era humano —prosiguió el primado—. Tu padre es un dios que vistió carne humana. —Alzó la mirada hacia la mole inmensa del leviatán—. Tu padre, Adra, está en los cielos.

DOS

El altar ya no era un altar. Era una composición flotante, un cuadro aéreo de esquirlas de mármol y granito. Como si hubiera reventado desde dentro, volaba en pedazos, se movía en espiral alrededor de la tormenta. «No», pensó Gale; no volaba alrededor: ahora formaba parte de la tempestad. La cruz del fondo tampoco era ya una cruz: un sinfín de astillas encarnadas atravesaban el cuerpo doble de sombra y relámpago.

Las alas tenebrosas de la tormenta se extendían a ambos flancos del escenario, como si quisieran abrazar a todos los presentes. Bajo ellas, la canción sin palabras continuaba, atronadora.

—¡Gale! —gritó Décima a su lado. Tiró de su brazo con violencia, pero él apenas lo notó. No podía moverse. Quedó inmóvil, hipnotizado por la criatura que se desplegaba a la cabecera del pabellón. Los relámpagos se unían en los ojos negros y brillantes de aquel ser, le daban una hechura móvil y rutilante. Vetas blancas destelleaban en el iris pardo del ojo izquierdo. El cuerpo que había vestido el monstruo, ese cuerpo de aspecto inocente, era ahora un ovillo en el suelo, un pellejo apagado mezclado con sus ropas, como si la piel no fuera más que otra prenda.

Una sola palabra retumbaba en la mente trastornada de Gale: hermano, hermano, hermano. La palabra bailaba, rebotaba en las paredes y se perdía entre los pedazos del altar, giraba con ellos y regresaba de vuelta a su cabeza. Sintió una tensión agarrotadora, como si alguien tirase de la piel de su rostro y la atase en su nuca. No sabía si mostraba una sonrisa enorme, demente, o la circunferencia gigante de un grito silencioso. No escuchaba nada más que el canto abisal de la congregación y aquella palabra insistente: hermano.

Poco a poco otra palabra fue colándose en su conciencia. Era lejana, pero cada vez estaba más cerca, cada vez más alta:

—¡Gale! ¡Gale! ¡Gale! ¡Gale! ¡Vámonos, Gale!

Un nuevo tirón de Décima lo desestabilizó y casi cayó al suelo. Le pareció escuchar otro ruido alejado, como escondido tras una pared o metido en una caja: el ladrido de un perro. Winston estaba a su lado, lo protegía con su lomo alargado de galgo, el pelaje erizado y los colmillos desnudos. Otro tirón lo movió de nuevo y Winston se movió con él. Se giró y vio a Décima, lanzaensalmos en mano, y a Angie, que temblaba con expresión desencajada. A apenas unos metros, Bianca se abría paso con un filo largo en una mano y una pistola corta en la otra. La concurrencia cedía, sin oponer resistencia. Todos se mecían, cantaban, y su atención se dividía entre la tormenta y Gale. La mujer del arpa, en su esquina, continuaba tocando su instrumento, medio oculta entre las sombras. Una esquirla del altar se le había clavado en el ojo izquierdo: lloraba sangre.

Décima gritó de nuevo y volvió a tirar de él sin contemplaciones. Gale se dejó arrastrar, sin dejar de mirar hacia el escenario. No podía apartar la vista de la tormenta, que continuaba creciendo, abriéndose. Los ladridos de Winston sonaban cada vez más alto.

«Hermano. Hermano».

¿Lo habían oído los demás o aquella aberración hablaba directamente en su cabeza?

«Hola, hermano».

Como una ráfaga, le llegó una imagen de su infancia. Margo y él, cavando con las manos en la huerta diminuta de sus padres. Buscaban tesoros, reliquias del pasado, en ocasiones encontraban monedas, tuercas, anillos... Una vez encontraron una mano esquelética e inventaron historias fantásticas sobre su dueño; el Gale de su pasado examinó su entorno, vio a sus padres a través de la ventana de la casa diminuta que compartían. Un padre. Una madre. Ambos lo miraban, con preocupación en el rostro.

Ningún hermano, en ningún lugar de su memoria.

Pensó en la expresión desasosegada de sus padres. ¿Había vuelto a hacer algo raro, algo que no debía? Era tan difícil recordar su vida antes del búnker... ¿Hacía cosas extrañas? Giró la imagen del recuerdo para ver a

Margo, para contemplar su cara satisfecha, su cara sonrosada y regordeta. La imagen se desvaneció y vio a Décima a su lado, tirándole del brazo.

La mujer alzó el lanzaensalmos que empuñaba en la otra mano y disparó hacia la oscuridad. Una lanzada de plata ardiente salió del cañón, pero antes de atravesar la bruma negra se disipó, inofensiva.

Winston se detuvo, erizado, sin apartar la vista de las sombras crecientes. Parecía a un segundo de cargar contra ellas.

—¡Angie, coge al perro! —gritó Décima.

El chico araña, más cercano al galgo, agarró a Winston por el arnés. Este, agitado, sin distinguir adversarios, se abalanzó sobre él con los dientes al descubierto. Angie retiró el brazo con un grito, un rugido correoso y agudo. Justo antes de morder, Winston se detuvo, consciente de su error, pero eso no evitó que Angie, en un gesto instintivo, le mostrara a su vez los dientes. Gale pudo ver que sobre la dentadura humana de Angie asomaba otra hilera de colmillos, pequeños y afilados, que emergían como tumbas torcidas de una masa de encías negras. Angie volvió en sí de inmediato, abrazó a Winston con cuidado y este se dejó llevar.

Con Bianca a la cabeza, atravesaron el pasillo sin encontrar resistencia. Desde las bancadas, los habitantes de Arca empuñaban sus armas, pero seguían sonriendo, como si lo que estaba ocurriendo fuera normal, cotidiano. Tras ellos, la tormenta crepitaba y crecía sobre el escenario.

Durante unos instantes, Gale pensó que les permitirían escapar.

Ante la puerta los esperaba un grupo de hombres vestidos de gris. Gale echó un vistazo atrás y vio que parte de la congregación se aproximaba hacia ellos: los rodeaban.

—No podemos permitir que os vayáis —anunció Lucía. Apareció entre sus compañeros con su voz de miel y su sonrisa de azúcar—. No durará mucho y luego todo será mejor. Creednos: es la voluntad de Dios.

Décima la golpeó en pleno rostro con la empuñadura de su lanzaensalmos. Fue un golpe duro, contundente, que hizo que cayera como si acabara de fulminarla un rayo. Décima encañonó al grupo que se interponía entre la puerta y ellos.

—¡Apartaos! —les ordenó. Gale contuvo la respiración.

El gentío, indiferente, se cerró a su alrededor. Sus armas parecían a un segundo de cernirse sobre ellos. No había escapatoria. Gale se volvió, una vez más, hacia el horror a su espalda. Ya rebosaba: sus alas de tiniebla eclipsaban el techo y la tarima tras él. Se fijó en las marcas de su ojo izquierdo. No las recordaba de su primer encuentro en la Mordisco. Allí no tenía esa herida, esa cicatriz. Pensó en el segundo encuentro, entre la ceniza, donde se había estrellado la nave. Recordó su carrera hacia el cañón, el disparo que nunca debió ocurrir... Lo había herido, había conseguido herirlo. ¿Por eso no había aparecido hasta entonces? ¿Aquella cosa había estado recuperándose?

Décima lo soltó, desenfundó uno de sus pistolones y disparó sobre los hombres que les cerraban el paso. Bianca saltó hacia delante espada en mano. Alguien tiró de Gale: brazos que lo sujetaban, manos que lo aferraban y le obligaban a girarse. Entrevió el destello de las armas blancas. Winston mordía a alguien. Angie se retorció, aterrado. Sonó un nuevo disparo de Décima. Un cuchillo se hundió en blando.

Los hombres de gris lo empujaron hacia delante, hacia la oscuridad, como quien ofrece un sacrificio. Él se revolvió con violencia, pero poco pudo hacer para resistirse. Quedó frente a la tormenta. Solo entonces lo soltaron.

«He muerto y he resucitado», pensó, hipnotizado por la presencia que rebosaba en el pabellón.

Dio un paso por su propia voluntad hacia las tinieblas. Apretó el puño izquierdo y la garra.

«¿Quién soy? ¿Qué soy?».

Dos pasos más. Tres. La garra palpitaba, como si reconociera a su enemigo.

—¿Qué quieres de mí?! —gritó. Y justo en ese momento sus pies dejaron de estar en contacto con el suelo y se alzaron en el aire. La tempestad centelleante lo envolvió. La oscuridad lo acarició, lo lamió. La oscuridad lo abrazaba.

—Hermano —murmuró la tormenta—. Hermano...

Gale perdió el control de su cuerpo, zarandeado por el huracán. Apretó los dientes. ¿Qué buscaba aquel horror? Gale no era nada. No era especial. No...

Sintió como el viento se colaba entre sus labios e inflaba sus mejillas, como si se riera de él. Era especial. ¡Sí, lo era! Su garra palpitó con más fuerza, como si quisiera dejárselo claro. Todo esto era por él.

—¿Quién soy?! —aulló, ya no con desespero, sino con furia.

La oscuridad se cerró a su alrededor. Y en aquella negrura absoluta captó destellos de pensamientos, algunos inaprensibles, galimatías sin sentido, y retazos de visiones que se desvanecían en cuanto intentaba fijar su atención en ellos. Había una historia allí, una respuesta. La tormenta estaba viva... ¡No! La tormenta estaba hecha de otras vidas.

Varios rostros lo contemplaban desde las sombras, inmersos en ellas. Estaba rodeado de fantasmas. Entrevió la silueta de una mujer, un jirón de niebla blanquecina. Vio a un bebé monstruoso: su rostro, a excepción de dos ojos diminutos, era todo boca, y la parte inferior de su cuerpo, acabada en una cola en espiral, parecía más de gusano que humana. Vio a un joven pálido aovillado: de cada una de las vértebras de su espalda emergía una larga espina curva. Vio huesos que flotaban en las tinieblas, distinguió costillas, húmeros y fémures, todos extraños, todos deformes.

Aquellos fantasmas, aquellos huesos, pertenecían a las víctimas de la tempestad. Las había devorado, como pretendía devorar a Gale. Se revolvió, rabioso, pero apenas podía moverse dentro de su abrazo grotesco. Sintió una aspiración poderosa, una tirantez extraña adherida a su piel. ¿La tormenta lo estaba absorbiendo? ¿Era eso? ¿Se lo estaba comiendo? Cada poro parecía gritar por la presión, cada vena parecía a punto de estallar. ¿Para eso los habían conducido hasta allí? ¿Para devorarlo? Escuchaba gritos y ladridos, lejos, lejos, muy lejos. Gale no podía ayudar a sus amigos. Ni siquiera podía ayudarse a sí mismo.

Sí, claro que podía. Ya lo había hecho antes.

La tormenta era vulnerable. La había herido en el erial de ceniza. Podía volver a hacerlo, pero ¿cómo? No sabía qué había hecho la primera vez, no con exactitud. Solo se puso a los mandos del cañón lanzaensalmos y disparó porque no sabía que aquello era imposible.

«Puedo dañarlo —se repitió—. Lo hice una vez. Puedo hacerlo de nuevo».

Trató de moverse, trató de afianzarse con su mano humana a aquella oscuridad, pero no era más que niebla, una exhalación negra e intangible. La desesperación lo empujó a actuar. Atacó con su garra la membrana oscura y sintió como esta, ahora sí, la hendía y desgarraba. La oscuridad se replegó.

Gale se retiró y tomó impulso como pudo. Le llegó otra imagen diferente de Margo, tal y como la había visto la última vez. Estaba hinchada, gorda, tenía los brazos entrelazados sobre el vientre y lo miraba con lástima infinita.

Se lanzó contra la tormenta, desesperado.

TRES

Adra agitó la cabeza, como si intentara vaciarla. La desilusión parecía llenarla de bichos: insectos tristes, insectos ridículos, insectos hambrientos. Ahora que por fin había encontrado a Absalón, lo único que obtenía eran los disparates de un lunático. Parecía evidente que todo el raciocinio del primado se había quedado en la mitad de cerebro que le faltaba.

—Dices que el leviatán es mi padre. —Señaló hacia la lejanía, hacia la mole oscura del horizonte—. Eso de ahí, esa... cosa, ¿es mi padre? —Volvió a aferrar el lanzaensalmos—. El leviatán bajó de los cielos, adoptó forma humana, sedujo a mi madre y vivió con ella durante más de quince años. ¿Eso intentas decir?

—Un resumen acertado en su mayor parte —dijo el cruzado—. Pero no. El leviatán no se ha movido de donde está. Habría sido complicado no darse cuenta, ¿verdad? Pero partes de él sí lo hicieron. Se desgajaron de su masa y adoptaron forma humana. —Absalón alzó su media mirada hacia las alturas; su aspecto era casi soñador—. Y esos apéndices caminaron entre nosotros con la intención de procrear, de extender su linaje. Me pregunto cuántos de sus hijos estarán pisando la tierra en este instante —murmuró—. Cientos, tal vez. Y de todos ellos, ¿cuántos serán conscientes ya de su verdadera naturaleza? ¿Cuántos habrán comprendido la verdad y estarán actuando en consecuencia?

—Esto es una locura —dijo Adra. Recordó a su padre. Recordó su sonrisa, su ingenuidad, su curiosidad más allá de todo límite. «Es un mundo increíble, Adra. Un mundo maravilloso. Mira a tu alrededor, nunca dejes de mirar a tu alrededor». Su padre, tan dulce, con su mirada de niño y su corazón rebosante de amor—. Es una locura —repitió.

—Estoy de acuerdo. Lo es. Pero que algo sea una locura no implica que no sea real. —Le sonrió de nuevo. Su sonrisa era plácida, benévola; era capaz de partir en dos un mundo, de convertir lo absurdo en verdad, la mentira en dogma—. Fíjate en ti: puedes dar vida a los muertos, una vida retorcida y monstruosa. Como las de las criaturas que nacen a la sombra de los leviatanes. Heredaste ese don de él. Y no fue el único regalo que recibiste de tu progenitor. Al igual que tu padre, eres capaz de transformarte. Adrastea, mi pobre Adrastea, llevas toda tu existencia engañada: pensabas que eres un ser humano que se convierte en monstruo cuando es al contrario.

«Eres un monstruo que se transforma en humana».

Adra retrocedió un paso, turbada. ¿Y si era cierto? ¿Y si todo aquello era verdad? Absalón soltó una nueva risotada mugrienta, húmeda. Siguió hablando.

—Una locura, sí —se inclinó hacia delante. Parecía hechizado por el sonido de su propia voz—. Pero es que vivimos en el delirio desde que llegaron los nuevos dioses. Vivimos en un réquiem lento, en una elegía. ¿Cuánto tiempo nos queda? No mucho. ¿Cuatro años? ¿Cinco? Quién sabe... La presencia de los leviatanes genera tensiones que este planeta es incapaz de soportar. Y ahora sus hijos despiertan y eso acelerará el sucumbir del mundo.

«¿Y qué puede hacer el hombre mientras tanto? ¿Escondarse en sus bastiones, en lo profundo de la tierra, en las islas flotantes y aguardar el final? Eso hará la mayoría, sin duda. Y quizá unos cuantos se rebelen e intenten luchar contra lo que se avecina. Pero es una batalla imposible, una guerra perdida. No hay opción de victoria, no contra ellos. ¿Y sabes qué digo yo a eso? —Su expresión era de maravilla, la de un místico a las puertas del éxtasis—: Aleluya. Sí, me has oído bien. ¡Digo aleluya! Demos la bienvenida al apocalipsis, demos la bienvenida al fin del mundo. Nos costó entenderlo, pero una vez supimos la verdad nos dimos cuenta de que todavía hay una salida. La humanidad puede salvarse, una parte de ella, al menos. Pero para ello tendrá que adaptarse, tendrá que cambiar y trascender de sí misma.

Los nuevos dioses traen el futuro para nuestra especie. Si queremos sobrevivir, tendremos que dejar de ser hombres. Tendremos que irnos con ellos».

—¿Irnos con los leviatanes?

—Eso es. Nos convertiremos en parte de su corte. En parte del tropel de prodigios que los sigue donde van. Él lo ha prometido. Nuestro dios. A cambio de nuestros servicios, de nuestra lealtad, nos transformará en portentos. Y junto a él atravesaremos la grieta cuando llegue la hora.

—Os iréis con vuestro dios. —Una mosca púrpura con patas doradas, largas como las de una araña, aleteó junto a su cara. Adra la espantó y levantó de nuevo el arma. Ya había escuchado bastante—. Estoy harta, harta de todo esto, harta de ti, harta de tanta palabrería. Voy a matarte. Necesito que sepas esto: que con tu muerte vengo la muerte de mi madre. Volveré con mis amigos y juntos encontraremos el modo de salir de aquí. Hablar contigo ha sido una tontería.

Absalón sonrió.

—No me matarás. No todavía, al menos. Primero, porque todavía no has oído todo lo que tengo que decirte. Y, por si eso no fuera motivo suficiente, tengo otro. Hay un explosivo en la silla que has empujado hasta aquí con tanta gentileza. Una bomba diseñada para explotar si mi corazón deja de latir o si aprieto este pulsador. —Levantó su única mano y Adra vio un resorte azul unido a un cable que terminaba bajo la silla—. Cualquiera de esas dos premisas detonará la bomba y nos volará en pedazos. Y deja que añada algo más, algo que quizá termine de decantar la balanza: esta explosión será la señal convenida para que mis hermanos acaben con tus amigos. Y con tu perro. Bonito galgo, por cierto. Ya casi no se encuentran. ¿Sabías que hace años, hace mucho tiempo, eran bastante más pequeños? Y mucho menos espabilados.

Adra respiró hondo y miró hacia la empalizada.

—Quizá te preguntes si te daría tiempo a detenerme de algún modo y, a la vez, mantener mi corazón activo —dijo Absalón—. ¿Tal vez desenvainar tu espada y cortarme el brazo? Yo mismo te contesto: no, no te dará tiempo.

—¿Tan importante soy como para que sacrifiques tu vida por matarme?

—Lo eres, por supuesto que lo eres —dijo Absalón—. Y tengo la esperanza de que nuestras muertes no sean necesarias hoy. Por eso estamos aquí. Escúchame, Adrastea, escúchame bien: puedes ser una pieza fundamental en los acontecimientos por venir, una pieza esencial. Para ello solo tienes que aceptar la propuesta que tengo para ti.

«Mi señor te necesita. Mi señor necesita una aliada, alguien que combata a su lado en las batallas que se aproximan. Contigo a su lado será mucho más fácil lograr su objetivo. Podréis ascender juntos. Quiere unir su destino al tuyo. Y es normal que quiera hacerlo, dadas las circunstancias. Compartís mucho. No solo sois hijos del mismo padre. También de la misma madre».

—¿Qué? —La palabra surgió de sus labios con la fuerza de un disparo.

—Nuestro dios es tu hermano. El hijo de Rhea y Elyon. Ambos crecisteis en el mismo vientre, ambos nacisteis al mismo tiempo.

—Mi hermano murió al poco de nacer —espetó ella—. Era... deforme. Sus mutaciones eran terribles y no duró mucho.

—Te mintieron. Mataron a tu hermano el día que vino al mundo. Al menos creyeron matarlo. Pero los hijos de los leviatanes son duros. Sobrevivió. Permaneció sepultado durante años, hambriento y olvidado, hasta que nosotros lo desenterramos.

—Mi hermano... —murmuró. Sacudió la cabeza, incrédula.

—Lo salvamos. Lo curamos. Lo criamos. Bajo nuestra tutela, creció. Y él nos dio las respuestas, tanto las que buscábamos como las que no. Él nos desveló los secretos de los leviatanes. Su naturaleza es diferente a la tuya, Adrastea, los dones que le otorgó tu padre no tienen nada que ver con los que te concedió a ti. Tiene atisbos del futuro, por ejemplo, de los distintos futuros que nos aguardan, vislumbra los tiempos por llegar, así como también puede ver sucesos acontecidos mucho tiempo antes de su nacimiento. Ve más allá. Sabe. Y el conocimiento es poder.

Adra pensó en el Chacal, el engendro que el Baluarte tuvo prisionero en el búnker. Su naturaleza era similar a la que relataba Absalón. Una vez más se preguntó si cabía la posibilidad de que el primado le estuviera contando la verdad.

—Pero el tiempo sepultado hizo mella en él —continuó Absalón—. Lo debilitó, lo privó de las fuerzas que le correspondían por su naturaleza. No tenía ninguna oportunidad en la guerra que está a punto de empezar. Sí, Adrastea, se avecina una guerra. Una lucha a muerte, hermano contra hermano. Los hijos de los leviatanes tendrán que competir entre sí para conseguir el honor de ocupar un puesto junto a sus padres en el cielo. No todos podrán trascender, solo unos cuantos. Deberán ganar a sangre y fuego el privilegio de

ser uno de los elegidos. Dado el estado en el que se encontraba, tu hermano tenía pocas oportunidades de conseguirlo. Pero contaba con nosotros. Nos prometió la salvación si lo ayudábamos. Y nos postramos a sus pies, ¿qué alternativa teníamos?

Se sirvió de sus visiones para encontrar a uno de sus hermanos, uno que todavía no era consciente de su verdadera naturaleza. Fuimos por él y se lo entregamos en sacrificio. Tan sencillo como eso. Luego nos indicó dónde encontrar otro, apenas un bebé, y salimos en su búsqueda. En una de esas cacerías acabé en el estado en que me ves ahora. Con cada ofrenda, tu hermano ganaba poder.

«Con cada muerte se fortalecía. Hubo quien mencionó tu nombre como sacrificio, pero él se negó. Había tenido atisbos del futuro, un tiempo por venir en el que luchabais unidos, un tiempo no asentado, un tiempo mutable, una posibilidad. Pero había algo anclado, algo que ocurriría siempre: sabía que tarde o temprano vendrías a mí. Y que traerías un presente contigo».

Adra comprendió a qué se refería:

—Gale.

—Gale, sí. Otro de los hijos del dios en las alturas. Otro descendiente de leviatán. Pero uno muy especial. Los dones que heredó de su padre lo hacen... peculiar.

—Es capaz de hacer magia por sí mismo. Como los leviatanes. Gale genera su propia esencia, su propio poder.

—Entre otras cosas —apuntó Absalón y sonrió.

Adra sacudió la cabeza: los malditos insectos que volaban entre sus pensamientos seguían zumbando. Había olvidado la amenaza de la bomba, el lanzaensalmos en su mano, el peligro que corrían sus amigos en Arca. Lo había olvidado todo. Estaba atrapada en el delirio de aquel hombre. Porque no era un delirio.

—Tus hombres tuvieron a Gale a su alcance y lo mataron —dijo—. Acabasteis con él en el búnker del Baluarte. Si era tan importante, ¿por qué lo matasteis?

—¿Eso hicimos? —Absalón se encogió de hombro—. Las visiones de tu hermano son meros atisbos, simples vistazos en el tejido del porvenir. Sabía que Gale estaría contigo cuando me encontraras, pero desconocía cómo se

produciría vuestro encuentro. La cuestión es que sucedió. La visión de tu hermano se cumplió. Cuando os vio aproximaros fue a por vosotros. Intenté refrenarlo, sin éxito.

—La tormenta —apuntó Adra.

—Ese es uno de sus aspectos, sí.

—¿Por qué intentó matar a Gale entonces? ¿Si lo necesita, por qué quiso destruirlo?

—No lo guía el odio, sino la necesidad. Pretendía devorarlo. Quería absorberlo, porque así los dones de Gale pasarían a ser suyos. Pero Gale se revolvió y lo hirió. Algo del todo inesperado.

Adra volvió a acercarse a la silla de ruedas. Apretó el mecanismo que hacía girar el tambor y que colocaba el cartucho blanco en el siguiente disparo de su arma. Apuntó de nuevo con el lanzaensalmos. Pegada a Absalón, fue consciente de que, pese a su aspecto repugnante, no apestaba. Junto a la empalizada seguían protegidos por el ambiente paradisíaco de Arca. Nada en ese lugar de ensueño olía mal. Todo tenía un aroma aséptico, un leve toque floral. Todo provenía de la misma magia extraordinaria de una criatura insólita: una criatura que Absalón aseguraba que era su hermano.

Una premonición terrible se coló en su mente:

—¿Dónde está vuestro dios ahora? —preguntó—. ¿Dónde está mi hermano?

—En la iglesia, donde lo dejamos —contestó Absalón—. Era el chico que empujaba mi silla. Ahora mismo estará devorando a Gale, si es que no lo ha devorado ya.

Adra se estremeció, paralizada por la indecisión. Su primer impulso fue echar a correr, pero supo que Absalón apretaría el detonador y todo acabaría. Todo por lo que habían luchado, todo su camino hasta aquí, todo terminaría. Su elección era imposible, pero a la vez muy sencilla. Tanto daba: al menos se lo llevaría con ella.

—Malnacido —dijo.

Apretó el gatillo.

La explosión borró el mundo.

CUATRO

Gale atacó a la tormenta, envuelto en remolinos de negrura. El humo, espeso y del color del carbón, perdía y adquiría densidad con cada una de sus embestidas. Con cada ataque, Gale estaba más convencido de que su brazo había cobrado vida propia: la garra cortaba volutas de niebla negra, cercenaba la tempestad. Y crecía. No, no era su imaginación: la garra aumentaba de tamaño con cada tajo, con cada golpe. Se volvía más real y pesada, como si se alimentara de la materia gaseosa a medida que la atacaba.

Durante un instante mínimo la oscuridad se replegó; luego volvió a la carga con un estampido seco. La negrura se solidificó a su alrededor. Gale intentó respirar, agobiado por la sensación de encierro. Le recordó a las máquinas donde lo introducían para quién sabía qué análisis, allá en el búnker. Los guardas las llamaban ataúdes y Gale no podía estar más de acuerdo con el nombre.

Ya no estaba en el búnker. Era libre. Y, por primera vez, no estaba indefenso. Tenía un arma que era parte de sí mismo. Se preguntó cómo había podido odiar aquella garra, cómo había podido rechazarla. Era un regalo, un don. La garra era la llave a la libertad, la puerta que lo liberaría no solo de aquella bestia hecha de tinieblas y hambre, sino de cualquier otra prisión en la que pretendieran encerrarlo en el futuro.

Gale expulsó el miedo, lo dejó ir, de nada le servía. Se rebeló: no volvería a ser una víctima. Ya no, ya no. Atacó las sombras, fuera de sí. Escaparía de allí, aunque fuera a mordiscos, a dentelladas... La garra se movía con velocidad prodigiosa, sin que su voluntad y su mente participaran en el baile. Los pensamientos inclasificables de la tormenta volaban a su alrededor

como murciélagos rabiosos. La tempestad quería alimentarse de él y convertirlo en un fantasma más.

Se propulsó hacia delante, se apoyó en las tinieblas y el muro de oscuridad que lo aprisionaba comenzó a resquebrajarse. Asestó otro mandoble con la garra, de arriba abajo, en diagonal, y se liberó.

Se encontró frente a frente con los ojos inmensos, las alas de la mariposa descomunal que había volado al encuentro de la Mordisco. No eran dos jinetes, como había pensado entonces: eran un único ser, ahora lo sabía. Entre ambos flotaban los huesos de sus anteriores víctimas. Tres siluetas espectrales lo observaban: el niño, el hombre y la mujer. Gale se preguntó hasta qué punto eran conscientes, hasta qué punto existían o si no eran más que retazos de criaturas desvanecidas hacía tiempo, ecos de las personas que fueron.

La tempestad volvió a hablar:

—No eres nada, hermano, no eres digno —le dijo, y fue como si el incendio pronunciara palabras, como si la destrucción se volviera verbo y el horror, adjetivo—. Eres alimento, combustible para mis tanques, fuerza para mi fuerza. No eres nada.

«Yo soy poderoso».

—¡Te herí! —gritó Gale. Señaló hacia los fantasmas con la garra, en un ademán lleno de furia—. ¡No soy como ellos! ¡Te hice daño y puedo acabar contigo!

—No —contestó la tormenta, rotunda—. No puedes.

Gale se lanzó hacia uno de los ojos con la garra en alto, dispuesto a cegar a su adversario. Antes de alcanzar su objetivo, la oscuridad lo expulsó. Salió despedido entre las sombras, de regreso a la iglesia. Chocó contra una pared y cayó al suelo sin aliento. El ruido del mundo volvió a él.

Una melodía indescifrable llenaba el recinto: canturreaban hombres y mujeres con la mirada perdida. Muchos estaban de rodillas y hacían reverencias a la nube de tormenta que ocupaba ya medio edificio. Décima y Bianca se apretaban espalda contra espalda, rodeadas de habitantes de Arca. Las superaban en número, pero parecían contenerse, medirse, como si buscaran hacer un daño mínimo, como si lo único que quisieran fuera mantenerlas sitiadas. Varios cadáveres en el suelo probaban que ellas no se refrenaban del mismo modo.

Frente a Gale, la oscuridad se mecía, dispuesta a abalanzarse de nuevo sobre él. Se levantó y le mostró los dientes, como había hecho Angie, como había hecho Winston. Monstruos. Todos monstruos. Y una vez lo asumías, una vez lo aceptabas, todo encajaba.

Se oyó una explosión, un estruendo desmedido que hizo temblar la piedra negra bajo sus pies. En algún punto de Arca, algo había volado en pedazos. «¿Adra?», pensó Gale.

La actitud de los habitantes de Arca cambió. Los que cantaban dejaron de hacerlo. Los que rodeaban a Décima y Bianca alzaron sus armas y saltaron hacia delante. Ahora atacaban con furia, ahora buscaban la muerte de sus enemigos. Décima disparó su lanzaensalmos y una ventolera tremenda esparció por los suelos a todo un flanco de atacantes; ella y Bianca escaparon por esa apertura. Décima disparó a bocajarro a la cara de un hombre, que cayó al suelo de rodillas, con las manos entrelazadas, como si rezara. Gale vio a Winston, que saltaba al cuello de una mujer. No había rastro de Angie.

La oscuridad se sacudió como un animal empapado de lluvia. Por unos instantes pareció ausente, distraída. ¿Quizá por la explosión? Luego comenzó a acercarse a él. Lo hacía despacio, comedido.

—¡Gale! —gritó Décima.

Se giró hacia ella. La mujer enarbolaba el lanzaensalmos con intención evidente de lanzárselo. El moratón de su rostro hacía que pareciera pálida, muy pálida, y los ojos le brillaban con un entusiasmo perturbador.

—¡Cógelo! —chilló.

Le arrojó el arma con energía y Gale intentó agarrarla en el aire. Falló y el lanzaensalmos cayó al suelo. Se deslizó por la piedra pulida con rapidez y se detuvo a los pies de Lucía. Ambos se miraron durante un segundo tenso. El rostro de la mujer estaba ensangrentado: Décima le había borrado su sonrisa eterna de un culatazo y, como si quisiera equilibrar las cosas, Gale le dedicó una sonrisa propia. Lucía se movió en dirección al arma, pero no llegó a tiempo; Gale se le echó encima sin pensarlo dos veces. No pensar, no pensar, ese era el truco. ¿Quizá eso era lo que le pasaba a Adra cuando se convertía en monstruo? ¿Era esto lo que se sentía? Era una suerte de liberación, de felicidad desorbitada. Hundió su garra en el estómago de Lucía, luego la sacó de un solo tirón y empujó el cuerpo de la mujer hacia delante. Cayó a peso,

con los ojos todavía abiertos, el gesto contraído en una expresión inesperada de resignación.

Cuando se inclinaba a por el arma, la oscuridad lo rodeó de nuevo. Allí dentro parecía que el tiempo se detenía, que todo se helaba, y a Gale se le llenó la carne de un frío sepulcral, húmedo y espeluznante. Empuñó el lanzaensalmos. Apenas pesaba. Quizá estaba descargado. ¿Acaso importaba? Ya había disparado antes un arma que no podía dispararse. El lanzaensalmos no era más que un canal.

Alzó el arma y, pleno de confianza, apretó el gatillo. Un haz de luz azul espectacular atravesó la tormenta, una brecha luminosa se abrió camino entre los relámpagos. Gale disparó otra vez y un nuevo chorro de luz, de un celeste puro, hendió la oscuridad. La tormenta aulló y, por un segundo, Gale se dejó llevar por la esperanza.

Pero no eran aullidos. Eran carcajadas.

Las tinieblas se cerraron alrededor de su mano y el lanzaensalmos se deshizo en ella, se hizo añicos como si estuviera hecho de arena. La oscuridad volvió a abrazarlo, a mecerlo, a asfixiarlo. Comenzó a succionar.

La oscuridad lo devoraba.

Gale se revolvió, se negaba a sucumbir. Se negaba a perecer. Relámpagos de luz cian restallaban en el interior de su cráneo. Vio un retazo de firmamento cerúleo y uno de los grandes leviatanes en las alturas: era blanco —pero no un blanco perfecto, sino un blanco sucio—, hinchado de tubos orgánicos que se mecían en el aire. A su alrededor volaba un sinfín de monstruos y entre ellos danzaba la misma tormenta que intentaba devorar a Gale. Pero a veces esta desaparecía de su vista y su lugar en los cielos lo ocupaba una horda de criaturas grises, de alas largas, estilizadas, y morro picudo; todos llevaban un jinete retrepado en su lomo. Él cabalgaba uno de aquellos seres, llevaba casco, una armadura negra, sujetaba las riendas con la mano izquierda y tenía la derecha, la de la garra, alzada en un gesto imperioso. ¿Qué estaban haciendo?, se preguntó. ¿Atacar al leviatán? ¿Defenderlo?

«Aquí es donde se bifurca —pensó Gale, entendiendo algo sin saber muy bien cómo—, aquí es donde el futuro se decide. Justo en este instante».

Todo dependía de sus acciones, de sus decisiones. Sintió el peso de una responsabilidad terrible, aún más aterradora porque no sabía qué implicaba,

qué podía perder. O ganar. ¿Había algo que ganar?

Su espalda comenzó a crujir. La succión aumentó: le pareció que le arrancarían la columna vertebral, que la médula escaparía de su cuerpo. Gritó, sin saber cómo soportarlo. La tormenta lo reventaba por dentro. Un nuevo relámpago de claridad irrumpió en el interior de su cráneo y otra visión le estalló en el cerebro: un campo de batalla. Un ejército de armaduras negras. Monstruos muertos por doquier, uno de ellos inmenso, tan grande como una montaña. Él estaba ahí, victorioso, triunfante. Tenía una mujer a su lado. La reconoció al momento, pero fue incapaz de recordar su nombre. Alguien señaló hacia el frente. Algo se acercaba, volando rápido, en descenso. Era el Chacal, la criatura que había dormitado en varios niveles por debajo de la celda de Gale en el búnker. Ahora el monstruo estaba completo al fin. Alguien montaba sobre su lomo. Alguien que conocía también, alguien que...

Adra.

Gale gritó. La tormenta lo estaba matando, terminaba con él. La tormenta estaba acabando con aquel futuro posible, lo estaba desterrando del tiempo. Gale reunió las pocas fuerzas que le quedaban e intentó atacar con su zarpa, pero apenas consiguió levantar el brazo. Pensó en el gesto imperioso de su visión, ese gesto que nunca llegaría a hacer. Era el final.

De pronto el abrazo del monstruo cedió y él dio de bruces contra el suelo.

Oyó disparos. Quedó tumbado boca abajo, aterido y agotado; la piedra negra contra su piel le pareció helada y ardiente a la vez, dura y rencorosa. Los disparos a su alrededor aumentaban, ya eran una auténtica balacera. ¿De dónde habían sacado Décima y Bianca tanta munición?

No, se equivocaba. No eran Décima y Bianca. Pudo distinguir más figuras que disparaban, que atacaban a los hombres grises. Por un momento pensó que el ejército de su visión había escapado de esta para acudir al rescate. Llevaban puestas las mismas armaduras, los mismos cascos negros con forma de cabeza de insecto. «El Baluarte —comprendió al fin—, es el Baluarte». Era Klaus.

Un sonido gutural llegó desde las alturas, un alarido profundo que sobrevolaba la tormenta. Alzó la vista. Algo descendía sobre ellos: una

criatura de alas grandes y membranosas, un cuerpo estirado y recortado de forma inexplicable, mágica, como hecho de barro y luz.

Durante un segundo estúpido pensó que era un ángel.

CINCO

Era el final y Adra estaba en paz.

Nunca había experimentado una sensación tal de plenitud, de tranquilidad. ¿Esto era la calma? ¿Esto era la quietud? Era increíble. Le maravillaba pensar que otras personas pudieran sentir eso de manera normal, que no tuvieran que luchar siempre contra el ansia y la desesperación.

No importaba el zumbido penetrante encajado en su cabeza. Ni el dolor. Era un dolor que casi parecía sólido, una costra firme alrededor de lo que quedaba de su cuerpo. El sufrimiento era un contraste, el ancla que comienzan a retirar de una embarcación a punto de iniciar su último viaje. Era un adiós. Un réquiem, una elegía... Eso había dicho Absalón.

Ya quedaba poco para la despedida.

«Que se acabe, que se acabe ya. Quiero descansar».

—¿Dónde vas, papá? —le preguntó Adra, cinco años antes.

Encontró a Elyon en la linde del poblado, preparado para el viaje. Ella regresaba a casa, con un garrol muerto al hombro y Winston trotando cerca. Había envuelto su trofeo en una tela de saco para protegerse de las espinas. Pensaba en el garrol, en cómo despellejarlo, cómo extraer todos los filos que le cubrían el lomo. Sin duda su madre la ayudaría y juntas lo asarían lento, muy lento, en un espetón, sobre el fuego de las ocasiones especiales (y cazar un garrol siempre era una ocasión especial). La carne chisporrotearía al hacerse. Su madre y ella se mirarían, cómplices y satisfechas con su trabajo, ansiosas por probar la carne salada del pequeño animal. Ese sentimiento de anticipación desapareció enseguida; Adra recordó el desánimo que sintió al ver a su padre a punto de marcharse.

Él la miró y Adra vio algo nuevo en su mirada. Un destello, algo que nunca había estado allí. No pudo identificarlo hasta más tarde.

—Por ahí —contestó su padre al fin—. Hay algo en el aire, ¿no lo notas? Un olor. Un aroma. Una canción. Una promesa... Tengo que averiguar qué es. Cuando lo averigüe, volveré.

—¿Puedo ir contigo?

—¡Claro! —dijo él. Parecía entusiasmado por la idea—. Deja la caza en la alacena, despídete de tu madre y ven conmigo.

—¿Mamá puede venir también? —preguntó Adra, pero Elyon no contestó. Ya no le prestaba atención. Parecía meditar. No era algo que hiciera mucho, pero cuando ocurría entraba en una suerte de trance y no había forma de que hiciera caso de nada ni nadie. Su sonrisa boba habitual se le quedaba clavada en el rostro, como si se olvidara de ella, como si no le perteneciera.

Adra se marchó corriendo, con urgencia, no había un minuto que perder. Adra nunca olvidaría el rostro de su madre al recibir la noticia de que su padre partía. Le dijo que se iría con él, que lo cuidaría mientras estuviera fuera, que no tardarían en regresar. Pero nada de eso pareció animarla.

Cuando volvió a las afueras del poblado, Elyon ya se había ido. Poco después, Adra comprendió qué era aquel destello en su mirada: era tristeza.

«Todo acaba —se dijo, con resignación. Quedaban preguntas sin contestar, pero tenía que aceptar que ya nunca tendría las respuestas—. Todo tiene un final. No tiene por qué ser satisfactorio. No tiene por qué ser glorioso ni épico. Ni siquiera tiene que ser cerrado. Pocos finales lo son».

Este era el suyo.

Y estaba bien.

Era perfecto. Porque era un final.

Solo veía por un ojo, el izquierdo. No sabía si el otro había reventado o si simplemente no podía abrirlo. Tumbada en el suelo, allí donde la había arrojado la explosión, intentó bajar la vista. Encontró dos costillas que emergían de su pecho en vertical, quebrada una, agrietada la otra; su brazo izquierdo, sin guante, aparecía ensangrentado como siempre. No sentía nada de la cintura hacia abajo. En realidad, no terminaba de reconocer aquel despojo como su cuerpo.

Una vocecilla minúscula en su cerebro le susurró, maligna: «Te estás rindiendo». Ella lo admitió sin tapujos. Se estaba rindiendo, ¿y qué? Nadie podría reprocharle nada. Ya había luchado bastante. Había cazado un número incontable de monstruos, de todos los tamaños y pelajes. Había compartido peligros y victorias con Winston, y alguna que otra derrota. Sintió afecto, un afecto poderoso teñido de respeto, por su madre y Suel. Había bebido y reído y compartido historias con Jezek. Había odiado, resentida. Había odiado mucho, incluso a aquellos que intentaron ayudarla a su manera, como Rocal.

También había amado. Un poco, sí, podía ser. No, no había duda: también había amado y a lo grande, mucho más de lo que sospechaba, de una forma que la retorció por dentro y exponía sus entrañas, de manera metafórica y desagradable. Era gracioso, en cierto modo: ahora que sus entrañas estaban expuestas, literalmente, se daba cuenta de lo absurdos que fueron sus miedos. Le habría gustado decirlo en voz alta, contarle a alguien cómo y cuánto había amado, pero llegaba el momento del sosiego, del adiós.

Si levantaba la vista, encontraba el cielo y al leviatán en las alturas. «Tu padre», le había dicho Absalón entre sus demás frases de hombre-delirio. Un padre hecho de escamas y cartílagos, remedos de alas, enredaderas carnosas que bien podían ser venas tan enormes como carreteras, extrañas convexidades con aire de bosque invertido. Todo formaba una entidad difícil de describir, difícil de concebir: un leviatán. Bandadas de seres luminosos, de largas colas irisadas, volaban en torno a una gran formación de hueso que sobresalía de entre montañas de hongos.

«Mi padre». Qué noción. Qué ridículo.

«Puedo dar vida a los muertos».

«Puedo convertirme en monstruo».

«Mi padre».

El tiempo ya no existía. El tiempo era como la vieja fábula del corredor que cada vez superaba la mitad del camino y nunca llegaba a su objetivo, porque siempre había otra mitad de distancia que superar. En algún momento indeterminado en ese tiempo inexistente, una isla flotante voló sobre ella rumbo a Arca; Adra vislumbró cañones y una criatura alada que la acompañaba. Le dio igual. No era su problema. Aquella historia había dejado

de ser la suya. Y aquella historia, si el desvarío de Absalón era cierto, no acabaría bien, hicieran lo que hicieran.

Gale no salvaría al mundo. Adra no estaba segura de que pudiera salvarse a sí mismo.

El mundo terminaba, se deshacía, el planeta colapsaba y no había redención posible. No había solución, solo una lenta agonía. ¿Y no era la esperanza la tortura más terrible de todas?

«Cada aliento que conseguimos, cada segundo de vida, es un milagro, Adra».

El leviatán en las alturas lo copaba todo. Nubes estilizadas navegaban bajo su vientre. Destellos de luz azul jugueteaban entre sus colinas. Adra cerró el ojo que le quedaba. Hora de irse. Notaba cómo la vida se le escapaba. Y eso era bueno.

«No puedes rendirte», dijo una voz en su cabeza, una voz que no era suya. Era la de Décima. Pesada, insistente, insoportable Décima. ¿Por qué tenía nombre de número? ¿Quién tendría una idea tan boba, la de ponerle a su hija un número como nombre?

¿Y quién tendría la idea tan boba de ponerle a su hija un nombre de diosa de venganza?

Adra intentó expulsar a su vecina, a la capitana de la Mordisco, a la del nombre bobo. Ella no quería irse.

«No eres nadie para decir qué puedo y qué no puedo hacer», pensó.

Décima rio, de esa manera tan suya. Irritante, insistente, insoportable Décima. Le pareció verla: le ocurría algo raro en el pelo, ¿Se había cambiado de peinado? No, recordó. Le habían rapado un lateral de la cabeza para coserle las heridas. Las heridas de cuando se estrellaron, de cuando Décima perdió su amada Mordisco. Aquello parecía ya tan lejano que podría haber ocurrido hacía siglos.

«No, no puedes rendirte —dijo Décima, con una determinación sólida. A ella también le brillaban los ojos, pero el brillo no era triste como el de Elyon: era su brillo de guerra y lucha, esa violencia que vestía como una segunda piel—. Y no lo harás. Rendirte significaría que el hombre que mató a tu madre también te ha matado a ti. Rendirte significa que el cruzado loco gana».

Adra intentó oponerse, pero era imposible. No había réplica contra eso. Décima siempre sabía cómo sacarla de sus casillas, hasta cuando no estaba. Décima era experta en hacer que perdiera la calma. Su corazón dio un latigazo.

El tiempo se le acababa. Alzó la mano izquierda: un esfuerzo como levantar una montaña a pulso. Brillaba con una leve fosforescencia esmeralda. No. Su corazón se rebelaba. No más latidos. No más vida. Hora de irse. Adra dejó caer la mano sobre su pecho. Un escalofrío infinito la recorrió. Intentó tragar y la garganta se le llenó de sangre y dientes pulverizados. El corazón encontró fuerzas para latir, más y más rápido.

«¿Qué vas a hacer, Adra?», escuchó la voz de Gale en su memoria.

«¿Qué vas a hacer, Adra?», escuchó la voz de su madre, precavida, acusadora y severa desde la muerte.

«¿Qué vas a hacer, Adra?», y volvió la voz de Décima, burlona, apremiante, con la misma exigencia que la obligó a vivir hacía ya tanto tiempo, en aquella habitación de Testamento.

«¿Qué vas a hacer, Adra?», escuchó la voz de su padre, dulce, cariñosa y teñida de curiosidad. Aquella voz tan, tan humana.

«Voy a perder la calma», contestó ella.

Gritó. Un grito de dolor, de agonía, de vida. De renacimiento.

El grito se convirtió en un rugido.

SEIS

Una isla flotante eclipsaba el cielo sobre la retícula de maderas al descubierto que era el techo. Dos cañones enormes de metal reluciente decoraban su frontal de roca viva, uno a cada lado. El izquierdo estaba cubierto de espirales; el derecho, de triángulos y espejos. Abrieron fuego al mismo tiempo, dos trallazos de luz intensa que pulverizaron buena parte de la red de vigas en su camino hacia la tormenta. Ambos rayos eran de un azul cegador.

Las alas de la oscuridad se replegaron al recibir el impacto de los cañones. La tempestad disminuyó, se encogió al tiempo que retrocedía sobre el escenario. Parecía querer volver al cuerpo del joven tendido ante el altar.

Dos gigantes en armadura saltaron desde la isla. Aterrizaron de pie en la sala, con la agilidad de dos felinos hipermusculados, justo frente a la tormenta. Su blindaje era negro, con runas diminutas y precisas grabadas en la coraza y en las grebas. Alzaron los brazos en dirección a la oscuridad, con las manos extendidas, como si se dispusieran a hacer una reverencia. Cilindros cobrizos nacían de sus palmas, se prolongaban alrededor de sus muñecas y rodeaban sus brazos como víboras metálicas.

En un instante brotó de cada una de sus manos un haz de energía en forma de cadena: sus eslabones eran espirales rápidas de un azul oscuro y turbio. Las cuatro se clavaron en la tormenta al mismo tiempo, cada una en un punto diferente.

—¡Drenadlo! ¡Drenadlo! —ordenó alguien. Gale reconoció esa voz, esa autoridad. Era Ciara—. ¡Dejadlo seco!

Se incorporó despacio. Respiraba con dificultad y cada inhalación quemaba, como si le hubieran inyectado lava en los pulmones. Buscó a sus compañeros. Tenían que huir cuanto antes. Tenían que escapar. Ciara estaba allí, el Baluarte estaba allí, y eso implicaba que Klaus estaba al tanto de su paradero. Todos sus instintos lo empujaban a la huida. Un niño saltó sobre su espalda con un grito agudo. La criatura, uno de los pequeños que hacía poco había cantado y jugado en aquel mismo pabellón, le clavó los dientes en el cuello. Gale gruñó, lo aferró de la nuca con la mano izquierda y se lo arrancó como si fuera una sanguijuela. El niño se debatía, desesperado, y pegaba dentelladas al aire. Gale lo lanzó lejos. El chico cayó despatarrado, se levantó de un salto y ya corría de nuevo a su encuentro cuando dos disparos, uno en la mejilla y otro en un costado, cortaron su carrera.

Más balas llovían sobre los hombres y mujeres de Arca, que plantaban cara con una determinación suicida. El pabellón era un caos, un hervidero de sangre y detonaciones. Gale tosió, cada vez le costaba más respirar. Lo rodeaba un humo gris e insidioso, ¿de dónde había salido? Su mano derecha pesaba ahora una tonelada, apenas podía mover el brazo. La garra medía más de treinta centímetros y estaba teñida de rojo.

—¡Gale! —escuchó. Sonó un disparo y oyó que alguien se desplomaba a su espalda. Era un hombre de túnica gris. Un agujero le atravesaba el pecho, un agujero con el que a buen seguro no se había despertado esa mañana. Gale buscó la voz: allí estaba Décima, con su pistola humeante en la mano.

—¡Tenemos que salir de aquí! —le gritó él.

Una mujer enrabiada atacó a Décima desde el suelo. Se aferró a su pierna como si pretendiera arrastrarla a las profundidades. Sin inmutarse, Décima apoyó el cañón de su arma en el nudo de la coleta de la mujer y apretó el gatillo.

La muerte los rodeaba.

La tormenta siseó y Gale volvió a encararla entre el humo y los disparos. Las cadenas de azul clavadas a la oscuridad estaban tensas, al límite; la tempestad se retorció, formaba remolinos huidizos y retrocedía cada vez más. Los gigantes tiraban en una dirección, la tormenta en la opuesta. No, no estaba retrocediendo, comprendió Gale, al ver cómo se removía, se preparaba para tomar impulso. Y cuando al fin lo hizo, no tuvo piedad. Un tentáculo de

tinieblas asestó un latigazo poderoso contra el gigante de la izquierda y este salió despedido; dejó pedazos de armadura, carne y hueso en su estela. Otra extremidad de niebla negra soltó un mazazo tremendo en el yelmo del segundo gigante, que se hundió en el suelo como si fuera un clavo desproporcionado. Su cabeza quedó desfigurada, retorcida y medio incrustada en el tronco.

La tormenta rugió, sus relámpagos se multiplicaron al tiempo que volvía a expandirse. La negrura en que se envolvía se había vuelto de un tono apagado, como si hubiera perdido consistencia y fuerza. Gale se preguntó qué le habían hecho las cadenas. ¿Realmente servían para drenar su energía, su fuerza?

Algo rugió en las alturas y Gale volvió a alzar la vista. Una criatura extraordinaria cargó contra la tempestad. Gale la reconoció, era aquello que había tomado por un ángel. Ahora, con la vista más clara, entendía por qué le había parecido tan extraña y deforme: tenía dos cabezas —casi dos cuerpos, en realidad— que culminaban en una cola aguijonada. Una de las cabezas era felina, con una mandíbula repleta de colmillos, y la otra era similar a la de una cabra, con dos cuernos enroscados, terminados en punta y recubiertos de escarificaciones. Se sostenía en el aire con dos alas grandes de murciélago.

Alguien cabalgaba a la criatura, inclinado hacia delante. El vuelo de la bestia era grácil, un proyectil de dientes, cuernos y garras con un objetivo claro. Su aguijón raspó la textura neblinosa de la tormenta y esta se abrió para recibirla. Decenas de relámpagos emergieron de ella, una red de luz que hizo que la bestia perdiera la elegancia de su vuelo y que la empotró contra uno de los muros. Sus alas se doblaron con un crujido desagradable y el jinete cayó al suelo, rodando sobre sí mismo.

Gale echó a andar en mitad del humo, en mitad del caos. Alguien se lanzó sobre él entre gritos y lo derribó de un golpe con la garra en plena sien. Al girar, quedó frente a frente con uno de los hombres del Baluarte. Su propio reflejo en el casco del soldado le aturdió. Antes de que ninguno de los dos pudiera reaccionar, un estrépito terrible hizo que se volviesen.

La puerta doble del pabellón acababa de saltar de sus goznes. No solo la puerta, sino también buena parte de la pared. Un monstruo nuevo irrumpió en escena. Gale lo reconoció de inmediato: era Adra. Abrió los ojos, horrorizado. La Adra engendro había vuelto, la Adra que lo había matado.

Buscó una vía de escape, un punto de huida. Y lo que encontró fue a Bianca, que se defendía a empujones desesperados de un grupo de hombres y mujeres de Arca en el otro extremo del pabellón. Un arañazo largo y fiero atravesaba su rostro, de frente a barbilla; tenía un ojo tan hinchado que no podía abrirlo. La vio desaparecer entre el caos de cuerpos. Gale no pudo prestar más atención.

La Adra monstruo soltó un gruñido, un chirrido de sierra, de clavos contra clavos, de cristal despedazado. Luego cargó de frente a través del pandemio de efectivos del Baluarte y los hombres de Arca. Sus zarpas se movían, tremendas, destrozando a todo aquel que se interponía en su camino, fuera cual fuera su bando. El soldado que se había topado con Gale disparó sobre ella, pero eso no la detuvo: avanzaba desbocada, entre rugidos. Una mujer de túnica gris salió proyectada hacia delante, casi partida en dos mitades. Una cabeza de casco de insecto voló hacia arriba y un pedazo de médula quedó a la vista, sobresaliendo del cuello roto. Décima apareció de la nada, justo en mitad de la trayectoria de Adra. No tuvo tiempo de apartarse.

—¡Adra, no! —gritó Gale. La zarpa del monstruo impactó contra la capitana de la Mordisco y la lanzó a varios metros de distancia. Décima cayó contra uno de los bancos. Gale la vio tratar de levantarse y caer de nuevo.

Adra corría hacia la tormenta. Ese era su objetivo. La tempestad ocupaba gran parte del pabellón, pero seguía deslavazada, grisácea, debilitada por los ataques del Baluarte. Adra saltó sobre la nube negra y su mirada flotante. Se sumergió en el corazón de las tinieblas y Gale la perdió de vista. Vaciló unos instantes. Se vio tentado de escapar por el camino que Adra había abierto a su paso. La puerta destrozada estaba allí, a unos metros de distancia. Quizá podría huir en mitad de aquel caos. ¿Y después qué?, se preguntó. ¿El desierto de sal? ¿La extensión interminable de ceniza donde se habían estrellado? ¿El bosque cubierto de gas venenoso?

No había escapatoria: solo quedaba luchar.

Se giró de nuevo hacia la tempestad. Esta se agitaba y sacudía, convulsa. Adra estaba dentro, enfrentada a su adversario. Se preguntó si podría vencer ella sola. Tomó su decisión, la única posible dadas las circunstancias. Empezó la carrera hacia la tormenta. Tal vez juntos tuvieran una oportunidad. La densidad carbonizada se cerró otra vez a su alrededor.

Volvió a blandir su garra. Escarbó y escarbó en las sombras, entre pliegues de bruma plomiza y surtidores de un humo cada vez más claro. Sentía la presencia cercana de Adra; de cuando en cuando, intuía entre la niebla las espinas afiladas de su columna, sus extremidades coráceas o su hocico huesudo. Escuchaba su rugido, escuchaba un desgarrar continuo, un soniquete de rotura que parecía llegar de todas direcciones a la vez. Gale se unió a la destrucción. Era lo único que podía hacer, lo único que quería hacer. Nunca más estaría indefenso. Nunca más sería una víctima. Golpeó a izquierda, golpeó a derecha. Salpicaduras oscuras manchaban su rostro contraído. La negrura ni siquiera se defendía, se limitaba a encajar los golpes. Y él pensaba en los guardias del búnker, en los soldados del Baluarte que asesinaron al gigante azul, pero sobre todo pensaba en Klaus. Cada uno de sus golpes, cada uno de sus tajos, llevaba su nombre.

Y, de súbito, el humo se envolvió sobre sí mismo, se deshizo y Gale se encontró con que a su alrededor solo quedaban hilachas de niebla. Adra estaba de pie sobre el escenario, colosal, inmóvil como la estatua de un dios atroz: dos pares de extremidades en el suelo y otro par alzado, con las zarpas extendidas. De la tormenta ya solo quedaban figuras deshechas, siluetas oscuras que hacían levitar los restos de las criaturas que fueron sus víctimas, y el chico, el joven del que la tormenta había brotado, arrodillado en el suelo, justo a los pies de Adra, con aspecto de ofrenda, de sacrificio. Su carne pálida era un envoltorio de arrugas, como si se hubiera recolocado la piel mal y a destiempo. Se sujetaba el estómago con las manos, apretando.

Alzó la mirada hacia Gale. No había súplica en sus ojos, solo rabia.

—Caerás, hermano —dijo, con voz raspada y perdida—. Eres débil. Eres frágil. He probado tu esencia y lo sé. Tú también caerás.

Una tiniebla rápida creó una cortina a su alrededor. De entre las sombras emergieron las fauces de Adra, abiertas de par en par. Se cerraron sobre los hombros y la cabeza del joven y tiraron hacia atrás. La carne crujió, se rasgó con un quejido de pesadilla. El humo se disipó por completo, como absorbido por el cuerpo mutilado. La tiniebla se desvaneció al fin.

Tres esqueletos desarmados cayeron al suelo con un tintineo casi musical, el cráneo del bebé rodó hasta los pies de Gale. El monstruo Adra sacudió su

faz grotesca mientras masticaba con ahínco, fracciones de hueso y carne escapaban de entre los filos de sus dientes.

Luego fijó sus ojos en Gale. Y en el fuego de su mirada ardió de nuevo el odio y el reconocimiento. Él era el siguiente, comprendió. Era su turno en la matanza. Adra no iba a detenerse. Primero la tormenta, él después. El monstruo flexionó sus dos pares de brazos y se puso en marcha, desbocado de nuevo. Iba en su búsqueda.

Gale se dijo que esta vez no lo permitiría. Adra no volvería a matarlo. Saltó hacia la izquierda con una agilidad que no sabía que poseía. Aun así esquivó la acometida a duras penas, casi más por suerte que por pericia. La zarpa del monstruo fue en busca de su cabeza y él la interceptó con un movimiento rápido de garra. La potencia del golpe casi le arrancó el brazo de cuajo. Lanzó un alarido de dolor. Adra gruñó, corrigió su marcha y arremetió de nuevo. Gale supo que esta vez no conseguiría esquivarla. Justo cuando el choque estaba a punto de producirse, la criatura alada que no era un ángel impactó de lleno contra Adra y la apartó de Gale. Con rapidez, voló fuera de su alcance.

—¡Detenedla! —gritó Ciara a sus hombres—. ¡No dejéis que lo mate!

Una carga de ensalmos se precipitó sobre Adra, que ya intentaba arremeter otra vez contra Gale. Polillas de magia volaban por doquier: susurraban rápidas, repetían la orden de Ciara y los gruñidos del monstruo. Adra no prestó atención a sus atacantes, ignoró el fuego azulado que la abrasaba y siguió avanzando. Era a Gale a quien buscaba. La furia, la rabia en sus ojos, era solo para él.

Gale se estremeció, aterrado. ¿Por qué esa ansia? ¿Por qué esa obsesión con matarlo?

Varios hombres de Ciara se interpusieron entre ellos, unos con bayonetas, otros con lanzaensalmos, varios con espadas. Era obvio que lo querían vivo. ¿Serían esas las órdenes de Klaus?

Adra se acercaba, cada vez más despacio. La furia en su mirada se mantenía, pero no así sus fuerzas. Apenas dos pasos la separaban de la barrera de protección que habían levantado los hombres del Baluarte. El fuego celeste ardía sobre su piel sin llegar a quemarla.

Gale la miró a los ojos y se preguntó si podría llegar hasta ella, recuperar algo de la Adra enterrada en el cerebro enloquecido del monstruo. Pero en aquellos ojos no había traza de inteligencia, solo rabia. Las tropas del Baluarte prepararon sus bayonetas, dispuestas a detenerla a toda costa.

Entonces llegó Winston.

Apareció a la carrera y saltó sobre uno de los soldados. Su mandíbula se cerró como un cepo alrededor de su muñeca izquierda. El hombre reculó, trastabillando. Alzó el brazo derecho, el brazo en el que llevaba la espada. Gale actuó con rapidez, antes de que pudiera usar el arma contra el perro. Con un movimiento certero de garra, le cercenó el brazo justo bajo el codo. La sorpresa le conmocionó. Durante unos segundos, toda la superficie de la garra se había afilado: había respondido a sus deseos. Ahora regresaba a su textura habitual de hueso, músculo y tendones oscuros y rojizos.

Miró a Adra. Había quedado clavada en el sitio, con la vista fija en Winston. Permanecieron así unos segundos helados, espeluznantes: Gale mirando a Adra mirando a Winston, que había soltado su presa y la observaba de un modo desolador. Y el monstruo emitió un suspiro, una especie de resoplo de resignación. Su piel, abrasada, comenzó a recomponerse. Las espinas de su lomo decrecieron, se hundieron de nuevo en su columna.

Adra cambiaba, volvía a ser humana.

Los soldados parecían a un segundo de retomar la carga, ahora que el monstruo estaba indefenso.

—¡Basta! —gritó Ciara.

A un paso, Adra todavía era una entidad a medio camino entre lo monstruoso y lo humano. Al siguiente, era una joven desnuda que se precipitaba, sin fuerzas, hacia delante.

SIETE

En la sombra, Adra encontró la verdad.

Estaba grabada en la oscuridad de la tormenta, en su pellejo de humo, en el envés del vacío negro con que se vestía.

Poco a poco, salió de la semiinconsciencia de su transformación y empezó a recuperar segmentos de realidad. Recordó su nombre, reconoció su cuerpo, ahora humano. Lo recordó todo.

Estaba desnuda. Parte de su piel relucía, nueva y limpia: era la piel que se había reconstruido tras su conversión en bestia. Donde antes sobresalían costillas, donde antes se anunciaba la muerte, ahora solo encontraba carne perfecta, renacida. Ni una sola cicatriz prestaba testimonio de la bomba de Absalón.

El mundo circulaba a varias velocidades menos de lo normal: o tal vez era ella quien se movía más rápido. Los hombres de Ciara se acercaban a una lentitud tediosa, con sus bayonetas dispuestas, con sus lanzaensalmos. En la mirada de los que iban a cara descubierta encontró terror. La temían. No era de extrañar. Habían visto de lo que era capaz. Un ruido quejumbroso lo envolvía todo. Se dio cuenta de que era el sonido de su propia respiración. Era un mar embravecido a punto de escapar de su pecho, de sus fosas nasales, de su boca y sus oídos.

Lo había visto. En las sombras. Había visto la verdad sobre ella, sobre Gale, sobre la tormenta.

Había visto a su hermano. El segundo hijo de Rhea y Elyon. El segundo hijo de Rhea y el leviatán.

Un odio visceral envenenó su organismo al entrar en la iglesia y verlo allí, transmutado en tempestad. Era una aversión incontrolable, un impulso homicida al que no podía sustraerse. Su cerebro gritaba «mata» y al cuerpo no le quedaba otro remedio que obedecer. Todavía quedaba algo de aquel odio, aunque ya no hacia la tormenta, derrotada. Persistían los ecos del aborrecimiento que su yo monstruoso sentía hacia Gale. Todavía notaba esa llamada a las armas, ese impulso de demolerle el esqueleto a golpes, de reventarlo, de hacerlo pedazos y luego devorarlo... Era algo atávico, formidable, algo que la definía más que su propio nombre, más que todo lo que había hecho desde el momento de nacer. Era su herencia grabada a fuego.

Le pareció escuchar a Absalón en su cabeza: «Llega el fin del mundo y los hijos de los leviatanes competirán entre sí para hacerse un hueco en los cielos».

Era cierto. Lo había visto. Lo había sentido. Mientras despedazaba a la sombra, mientras se abría paso entre las raíces oscuras que convocaba aquel espanto, había visto lo que se avecinaba: un mundo en llamas. El erial que era la Tierra reconvertido en el campo de batalla de una estirpe de monstruos. Ella ya había probado la primera sangre. Había matado a su hermano. Todavía tenía su sabor adherido al paladar. Al final, la tempestad sangró bajo sus garras.

Ya había comenzado.

Ahora sabía por qué Winston bajó al búnker. No era porque Gale fuera una especie de santo o mártir enviado por alguna fuerza benigna, ni porque fuera irresistible para los perros. Ahora sabía por qué el galgo se había alegrado al ver al joven que empujaba la silla de ruedas de Absalón. Winston había reconocido el olor. Eran el olor de Adra y el de su padre entremezclados, fundidos; un olor intenso al que el perro no podía resistirse. No, no solo un olor, algo todavía más intenso, aún más real: una persistencia, una energía, un aura... Algo que los identificaba, que los señalaba. La marca del leviatán.

Sus piernas fallaron y comenzó a derrumbarse, despacio, muy despacio. Tardaría años en caer de rodillas. Siglos. Escuchó el murmullo de la voz de Absalón en su cabeza. «Estás hecho pedazos, cabrón. No puedes hablar. Ahora eres polvo de cruzado, como tu silla de ruedas». A Absalón no le importaba.

Le decía que no tenía siglos para caer, porque en un puñado escaso de años no habría mundo. En poco tiempo, en muy poco, los leviatanes consumirían el planeta y partirían en busca del siguiente. Y solo dejarían ruina a su paso.

Todavía sumida en la intemporalidad, en esa cadencia lenta, contra toda posibilidad tocó tierra.

Los hombres del Baluarte la mantenían encañonada mientras avanzaban hacia ella. Alguien agonizaba cerca, un habitante de Arca. Abría y cerraba los ojos al mismo tiempo que la boca, y en la comisura de sus labios una burbuja carmín se inflaba y desinflaba sin parar al ritmo de sus últimas exhalaciones. Una mujer de túnica gris lloraba abrazada al despojo que fue su dios, lo sujetaba mientras alzaba la vista al cielo, rezando a algo que ya no existía. Winston también corría en su dirección, a trompicones, con el morro ensangrentado, la venda de la pata trasera desatada. Gale lo seguía. Su garra había crecido hasta casi duplicar su tamaño. Pronto sería tan grande como la que Adra vio en su primer encuentro con el Chacal.

Había vuelto a verlo mientras mataba a la tormenta. Al Chacal. Un ramalazo de futuro la atravesó mientras acababa con su hermano y se vio montada sobre el lomo de la gran bestia. El Chacal estaba completo y ella lo cabalgaba en el cielo, a la sombra de un leviatán blanco, un leviatán que no era su padre.

La pompa de sangre estalló y, como si hubiera estado esperando esa señal, el tiempo se rearmó y recuperó su velocidad habitual.

Los hombres de Ciara la rodearon. Uno de los soldados sin casco tenía el pómulo astillado y entre la carne asomaba una flor de sangre y hueso. Parecía a un segundo de apretar el gatillo.

—Si disparáis os mataré —anunció Décima, con voz ronca. Consiguió al fin levantarse, apoyada en la bancada. Tenía un hombro desplazado de un modo extraño y la cara bañada en rojo—. Os mataré a todos.

La violencia la envolvía, ese resplandor extraño y enérgico. Adra se preguntó en qué punto el resplandor se convertiría en locura.

Ciara contuvo a sus hombres con un gesto e indicó que bajaran sus armas.

—Ya hemos tenido muerte de sobra —dijo. Se volvió hacia Mecha, a su lado. Adra pudo ver que le faltaba el ojo de la cuenca izquierda—. ¡Tu capa!

—le ordenó. Mecha obedeció al momento y Ciara se apresuró a colocarla sobre los hombros de Adra.

«No es mi desnudez lo que les da miedo —pensó—. No es mi piel lo que temen. Es lo que se oculta debajo».

Encontró fuerzas para erguirse, sin terminar de envolverse en la capa. Bajó la cabeza y recorrió con las puntas de los dedos la piel suave de su pecho, de su barriga. Era más pálida que el resto, más tersa: piel de niña o de bebé.

—No somos vuestros enemigos —dijo Ciara, en tono conciliador, mientras enfundaba su arma, como si quisiera dejar muy claro ese punto—. Os hemos salvado. Por difícil que os resulte creerlo, hemos venido hasta aquí para ayudaros.

Adra no prestó atención. Faltaban actores en aquel drama.

—Angie... ¿dónde está Angie? —Se apartó de la mujer y echó a andar, aunque las piernas apenas le respondían. Winston caminaba pegado a ella, como si quisiera sostenerla, y se apoyó en la seguridad de su lomo—. ¿Y Bianca? ¿Dónde estáis? ¡Angie! ¡Bianca!

Se oyó un gemido. Era el chico araña. Tumbado en un banco, tenía el rostro amoratado por los golpes. Adra se agachó a su lado y examinó sus heridas. La mayoría eran superficiales, aunque tenía un corte feo en un costado. Sus ojos estaban velados de pánico y dolor. Alzó una mano temblorosa y Adra se la estrechó.

—Adra... Adra... —murmuraba el muchacho araña—. Si muero... Si muero... enterradme en la... en la granja. Y dile a mis padres que lo siento... Que siento haberme ido, que siento haberme marchado... Que siento que me encontraran, que siento que les hicieran daño por mi culpa...

—Calla, cállate, por favor —le pidió ella. Sentía un frío terrible. Se incorporó, tan rápido que estuvo a punto de caerse al suelo—. ¡Bianca! —llamó. Era importante, sí, era importante que todos estuvieran bien. Que hubieran sobrevivido a aquella locura. Que no hubiera más culpa de la necesaria.

Fue Gale quien la encontró. Estaba viva, pero por poco. Tenía los cadáveres de dos habitantes de Arca encima, uno de ellos apenas un niño. La

habían acuchillado en el pecho dos veces y respiraba con dificultad. Necesitaba atención médica urgente.

—¿Tenéis algún sanador con vosotros? —le preguntó Adra a Ciara, que había observado su ir y venir sin decir palabra. La otra asintió. Una cicatriz fea, no del todo curada, se alineaba en su cuello, como si alguien hubiera intentado degollarla. Adra se preguntó qué habría ocurrido desde su último encuentro y cómo habría conseguido sobrevivir a los errantes y al Chacal.

—Tenemos un doctor de campaña en la isla de apoyo. Echará un vistazo a tus amigos y hará lo que pueda por ellos. —Hizo una señal al jinete de la criatura bicéfala, una mujer joven que tampoco llevaba casco, sino un trenzado complejísimo de pelo rubio—. Violeta, que venga el matasanos.

La chica hizo un gesto de conformidad y alzó el vuelo. Su montura volvió a atravesar el techado sin problema. La mayor parte del entramado se había venido abajo. La isla de piedra flotaba sobre sus cabezas como una losa.

Durante unos instantes, solo se oyó el gemido de los heridos y los llantos de los habitantes de Arca que habían perdido a su dios.

—No voy a regresar con Klaus —dijo Gale de pronto. Se sujetaba la garra con la mano izquierda, como si el peso le torturara—. No volveré. Antes tendréis que matarme.

—Y antes de matarlo a él, vais a tener que matarme a mí —dijo Décima, entre dientes—. Y estoy muy cabreada, os lo advierto. —Miró a los soldados, clavó la vista en sus caras, en sus cascos de insecto—. Os va a costar.

—Perded cuidado —le dijo Ciara—. Klaus ya no tiene nada que ver con nosotros. Ya no formamos parte del Baluarte. No podíamos seguir con ellos después de que nos dejaran tirados ahí fuera con el puto Chacal. Ahora vamos por nuestra cuenta.

—Mientes —susurró Décima y avanzó hacia ella. Varias bayonetas la encañonaron. Ella las ignoró—. En Testamento nos localizasteis gracias al ojo de tu contaminado. —Hizo un movimiento en dirección a Mecha—. Condujo al Baluarte hasta nosotros, del mismo modo en que ahora os ha conducido hasta aquí.

Ciara agitó las manos en un gesto enfático de negación.

—¡No! El ojo de Mecha se coló en vuestra nave, pero no tuvo nada que ver con lo que ocurrió en Testamento —explicó—. Klaus tiene sus propios

medios para rastrear a quienes le interesan, os lo puedo asegurar. Si quiere encontrar a alguien, lo hará tarde o temprano. Pero insisto, Klaus ya no tiene nada que ver con nosotros. No sé qué puedo hacer o qué puedo decir para que me creáis. Hemos venido hasta aquí, os hemos salvado. ¡He perdido a varios de los míos en esta misión! ¡Buenos soldados! ¡Y a varios los ha matado ella! —dijo mientras señalaba a Adra.

—No habéis venido a salvarnos —replicó la aludida—. Habéis venido a por Gale.

Décima asintió.

—Lo queréis porque es capaz de generar magia —dijo—. Por eso lo teníais encerrado en aquel búnker. Por eso es tan importante para vosotros.

Por un segundo la expresión de Ciara fue inescrutable. Poco a poco sus facciones se ablandaron y algo diferente asomó a su rostro. Adra pensó que parecía desesperada.

—Nuestros motivos son interesados —reconoció—. Lo necesitamos porque no hay nadie como él. —Miró a Gale y este desvió los ojos, como si temiera encontrar en Ciara una revelación que no le gustase—. Con él de nuestro lado tendremos una posibilidad de victoria. Una esperanza, al menos.

—¿Una esperanza? ¿Una esperanza para qué? —preguntó Décima.

—Una esperanza para salvar a la humanidad —contestó Ciara con lo que parecía total seriedad.

Gale soltó una tos nerviosa, incontrolada. Décima se echó a reír. Era una de sus risas amargas, sin humor.

—No puedes estar hablando en serio.

—No permitiré que volváis a encerrarlo —dijo Adra. Se pasó una mano por el cabello, un matojo de suciedad y enredo. Winston se pegó a su costado—. No dejaré que volváis a experimentar con él, que volváis a torturarlo, que volváis a... —calló, rabiosa. Quería seguir, pero esa no era su historia para contar. Era la historia de Gale.

—¿De qué estás hablando? —La expresión de Ciara terminó de desarmarse, su desconcierto era palpable—. No, no. Acabó, todo eso acabó, os lo prometo. El Baluarte ya no existe para nosotros. Queremos ser parte de una nueva humanidad... queremos crear un futuro mejor que eso.

Adra la miró con desconfianza. Ciara fue quien ordenó que mataran a la mujer medusa. La que hizo que la desangraran. Le resultaba repugnante que hablara de humanidad y de futuro.

—No te creo. No os creo —dijo con la voz ronca—. He visto como tratáis a vuestros prisioneros, a vuestros contaminados. He visto de lo que sois capaces.

—Sí, somos capaces de todo por sobrevivir. Lo admito. Es el único modo de enfrentarse a... —Abrió los brazos en un gesto desconsolado, como si quisiera abarcar el mundo entero—. A todo esto. Pero eso no significa... — Se detuvo, buscando las palabras, como si intentara explicar lo inexplicable—. No significa que no nos asquee tener que recurrir a la crueldad, no significa que nos guste traicionarnos a nosotros mismos, a nuestra esencia, a cada paso del camino. —Parecía triste—. No significa que no queramos ser mejores de lo que somos.

Décima rio de nuevo, una risa rasposa que, llegada a cierto punto, casi se convirtió en arcada. Por primera vez Adra fue consciente de que Décima apenas se mantenía en pie.

Un zumbido creciente hizo que desviaran la vista hacia el boquete donde antes estuvo la entrada al pabellón. Una pequeña isla flotante aterrizaba fuera. La piedra que la formaba era gemela de la isla mayor, que todavía pendía sobre el edificio; una escisión de la misma, tal vez. Pocos instantes después, cinco hombres descendieron por una pasarela plástica: entre cuatro de ellos traían dos camillas limpias y blancas, una de ellas de un tamaño considerable; el quinto, un hombretón de barba negra y ojos saltones, llevaba un maletín de cuero despellejado. El médico, supuso Adra. Ciara señaló en dirección a Angie y Bianca en cuanto entraron y hacia allí fueron los camilleros. El médico se acercó primero al chico araña. Lo hizo con precaución, como si aquel nido de patas pudiera estar fingiendo y se propusiera devorarlo.

De los habitantes de Arca no quedaba mucho que rescatar, pero varios soldados custodiaban a los supervivientes. La mujer que había sostenido el cadáver de su dios había dejado de llorar y ahora se limitaba a mirar al vacío. Adra la contempló con cierta pena. Allí tenían un mundo perfecto y ellos habían venido a destrozarlo.

Se percató de que dos soldados se habían situado a cada flanco de Gale.

—No os lo llevaréis —insistió—. No volveréis a utilizarlo. Si lo queréis, tendréis que pelear por él. Y eso te costará más soldados, Ciara, más buenos soldados, —Era un farol y muy evidente, además. En el estado en que estaban no iban a plantar mucha cara. El mero acto de hablar ya era un gasto de energía de la que no disponía.

Ciara levantó los brazos en señal de capitulación y les dio la espalda. El médico no tardó mucho en examinar a los heridos.

—Puedo estabilizar sus constantes, pero aquí no dispongo de los medios para salvarlos —anunció—. Además, lo desconozco todo sobre la anatomía del chico arácnido. Podría estar mucho más grave de lo que parece. —El hombretón señaló a Bianca—. Ella tiene un pulmón perforado. Tendríamos que llevarlos a la base para atenderlos como es debido.

—No iremos con vosotros —dijo Adra.

—Entonces la única alternativa que os queda es Rojo —le aseguró el médico—. Allí estarán mejor preparados que yo para cuidar de vuestros compañeros.

El desánimo de nuevo se abatió sobre Adra. Rojo estaba demasiado lejos como para llegar hasta allí en las condiciones en que se encontraban.

—Si es lo que queréis, os llevaremos al bastión de Europa en la isla de apoyo —dijo Ciara—. Sí, Adra, vamos a terminar con nuestra misión de rescate y no voy a pedir nada a cambio. Nada. Os dejaremos en Rojo a todos, sin chantajes ni presiones. No nos llevaremos a Gale si no queréis. Pero es un error, un error tremendo. Y no solo por lo que Gale pueda o no pueda hacer. Es un error porque sin nuestra ayuda está perdido. Tarde o temprano, Klaus lo encontrará. Nosotros podemos protegerlo. Nosotros podemos ayudar.

—Nosotras también podemos —le dijo Décima—. Lo hemos hecho bastante bien hasta ahora.

Adra no estaba convencida de que así fuera, pero prefirió no decir nada. Se limitó a sostenerle la mirada a Ciara.

—Creo que va siendo hora de que dejéis que Gale decida lo que quiere hacer —dijo este, con un tono de voz tan seguro que, por un instante, Adra no supo quién hablaba.

—¿Qué coño significa eso? —le preguntó Décima, tan sorprendida como la propia Adra.

—Significa que ya he decidido. Y he decidido que me iré con ellos.

OCHO

Antes de que pudiera decir una palabra más, Adra aferró a Gale del antebrazo y lo condujo en dirección al hueco en la pared destrozada. Él se dejó llevar, maravillado por su ímpetu: sabía que estaba agotada, pero tenía energía para sacarlo a rastras del edificio como a un niño pequeño.

Una vez fuera, puso los brazos en jarras, como si fuera a regañarlo. La capa se le deslizó por los hombros y Adra se la echó encima, con un gesto irritado.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo a Gale. Un silencio aplastante los rodeaba, un anticlímax apático a lo ocurrido dentro del pabellón—. No tienes por qué irte con ellos. Se han comprometido a llevarnos a Rojo. No es el mejor de los lugares, pero saldremos adelante, estoy segura. No creo que podamos regresar a Testamento, por lo menos durante un tiempo, pero ya pensaremos qué hacer.

Gale negó con la cabeza.

—Ciara tiene razón —dijo. Soplaba una brisa incómoda, fría y cortante. Adra se arrebuja en la capa y Gale se envolvió con sus brazos—. No hay lugar donde huir. Klaus ya me encontró una vez y volverá a hacerlo. Lo único sensato que puedo hacer es irme con ellos.

—Son el Baluarte, Gale. ¡Son los mismos que te encerraron durante años! Tú mismo dijiste que preferirías morir a estar otra vez en su poder.

—Ya has oído a Ciara: ya no tienen nada que ver con Klaus.

—¿Y te lo crees?

—Sí, lo creo. Los dos vimos lo que pasó aquella noche en el hangar. Klaus los traicionó. Los dejó a merced del Chacal. No, Adra... Yo... —Miró

alrededor. El verde de setos y tallos se marchitaba, se transformaba en marrones y amarillos apagados; el color rubí de las flores se volvió ceniciento. Pequeños bultos renegridos salpicaban el huerto más cercano: eran pájaros muertos. Parecían corpúsculos de hollín, trozos de carbón. La magia o lo que fuera aquello que trajo consigo la tormenta había dejado de tener efecto—. No volverán a aprovecharse de mí. No lo consentiré.—La seguridad de su voz le sorprendió hasta a él. Adra lo examinó, interrogativa—. Ya no estoy indefenso —continuó—. Vaya donde vaya, tendré siempre un arma conmigo.—Movi6 la garra, examin6 las vetas encarnadas que recorrían la textura gris de la piel-hueso que recubría su nueva extremidad. Se la enseñó—. Ha crecido. Como en la visión que te mostró el Chacal.

«Yo también lo he visto, Adra. Yo también estuve allí. Cuando la oscuridad me asfixiaba tuve... visiones. Futuros posibles. Ví ese campo de batalla del que me hablaste. Ví a uno de los grandes monstruos muerto y era yo quien lo había matado. Era yo quien comandaba las tropas allí reunidas. Ciara estaba conmigo, a mi lado. Tú también estabas en esa visión: llegaste desde el norte, montada en el Chacal. Lo cabalgabas».

El viento, helado, era cada vez más molesto. Adra se envolvió aún más en la capa, sin decir nada.

—No sé lo que está pasando —explicó Gale—. No sé quién soy. No sé qué soy. Quiero averiguarlo. Y no podré hacerlo si sigo huyendo.—La miró a los ojos—. No puedo esconderme para siempre, Adra.

—Gale, ellos no pueden protegerte —insistió ella.

—Probablemente no.—Se encogió de hombros—. Pero tú tampoco puedes. Has intentado matarme dos veces. Y una lo conseguiste, ¿recuerdas?—Era un golpe bajo, aunque necesario—. Va siendo hora de que aprenda a protegerme solo.

Adra pareció a punto de decir algo, pero se detuvo. Gale intuyó pena en sus ojos. ¿Era por él o por sí misma? Muy cerca de ellos, a unos metros a la izquierda, esperaba anclada la isla flotante secundaria, de la que habían bajado los camilleros y el médico. Los hombres de Ciara se desplegaban por el complejo, bien armados, y comenzaban a registrar las casas. Uno se detuvo a examinar el huerto de los pájaros muertos. Soltó un gruñido de asco y se alejó.

—Me llamó «hermano» —murmuró Gale, con la vista fija en el soldado que se marchaba—. Esa cosa me llamó hermano.

Adra guardó unos instantes de silencio, pensativa.

—Una forma de hablar, tal vez —dijo.

—Quizá. —Volvió a encogerse de hombros—. Creo que la oscuridad y yo somos parecidos. No comprendo el porqué ni el modo, pero compartimos algo, algo que se me escapa... Y creo que ahí está la clave de todo esto. —La contempló largo rato en silencio. ¿Lo estaba midiendo, analizando? Era importante que ella entendiera, que apoyara su decisión—. Tengo que averiguarlo, tengo que averiguar qué está pasando y cuál es mi participación en todo esto —insistió—. Me viste victorioso en el campo de batalla. Yo también lo vi. —Dio un paso rápido hacia ella—. Esa visión fue la que nos trajo hasta aquí. Yo no lo creía, pero lo he visto con mis propios ojos. Puede que sea una locura, puede que no consigamos nada, pero ¿y si Ciara tiene razón? ¿Y si hay un modo de arreglar esto? ¿Y si hay una solución y nosotros formamos parte de ella?

—No sé qué contestar a eso.

Adra se alejó unos pasos. Le dio un puntapié a uno de los pájaros, como si esperase que respondiese por ella. A Gale le pareció que nunca la había visto tan apagada, tan melancólica. De pronto recordó algo. Algo importante.

—¿Qué quería contarte Absalón? —le preguntó.

—Nada —contestó. Estaba de espaldas a él y por su postura parecía tener la mirada fija en el cadáver que acababa de patear—. Todo era una treta para sacarme de la iglesia. No quería contarme nada.

—Lo siento —dijo Gale.

—En el fondo no importa. Vinimos por respuestas y lo que encontramos fue muerte. Y si lo piensas bien, esa es la respuesta definitiva a todas las preguntas.

—Definitiva no. No contigo cerca.

Adra volvió la vista a medias hacia él. Apareció un atisbo de sonrisa en sus labios.

Gale se dio cuenta de que iba a echarla de menos. ¿Y ella a él? Lo dudaba. Pensó que Adra no forjaba lazos sólidos con nadie, al menos con nadie que tuviera dos piernas. Era su modo de vida, su modo de sobrevivir. Y

él estaba vivo gracias a ella, eso tampoco podía olvidarlo. Le debía mucho, pero no tanto como para abandonar su camino, un camino que cada vez veía más claro.

—Quédate conmigo —le pidió. Fue un impulso, pero nada más verbalizarlo se dio cuenta de que era lo lógico, lo que tenía que decir—. Tú también estás relacionada con esto. Lo vi. Lo sé. Lo sabes. Tal vez juntos tengamos más oportunidades de...

—¿Salvar el mundo? —dijo Adra. Ya no queda nada que salvar, Gale. La nave se hunde. Lo único que nos queda es decidir qué vamos a hacer durante el resto del naufragio. ¿Quieres luchar? Lucha. Yo prefiero vivir lo que me queda en paz.

—¿Has olvidado lo que decía tu padre? —dijo Gale—. Cada segundo de aliento es una victoria. ¿No merece la pena pelear por eso?

Creyó ver algo extraño en los ojos de Adra, tal vez la sombra de una duda, tal vez cierta fragilidad. La joven respiró hondo y desvió la mirada hacia el cielo, hacia el leviatán. Gale tuvo la sensación de que todo estaba ya dicho entre ellos. Cerca, los hombres de Ciara trasladaban a Bianca y a Angie en camillas a la isla de apoyo. Bianca parecía desvalida y débil, pálida por la pérdida de sangre. Gale recordó lo ocurrido en su cama durante su convalecencia y lo único que pudo sentir fue lástima.

La isla principal comenzaba a maniobrar. Se apartó del pabellón y, escorándose un poco a la izquierda, se situó junto a su hermana pequeña. Desde lo alto, más hombres con cascos de insecto echaron escalas. Era hora de irse. Ciara emergió del edificio seguida del grueso de sus tropas. Todos los uniformes oscuros de los soldados de Ciara tenían un pequeño roto a la altura del pecho, un agujero sin reparar que producía un efecto inesperado de dejadez. Gale cayó en la cuenta: se habían arrancado la insignia del Baluarte.

Varios custodiaban a los supervivientes de Arca. No eran demasiados y todos tenían el mismo aspecto desvalido y huérfano.

—La protección que brindaba el monstruo que matasteis ya no está en vigor —les dijo Ciara cuando llegó a su altura—. Lo mejor será irnos cuanto antes para minimizar riesgos. Las islas tienen hechizos de camuflaje, pero no son potentes. —Miró a Gale con el ceño fruncido—. No habrás cambiado de opinión, ¿verdad? —preguntó, tensa, con los hombros encogidos. Él negó con

la cabeza y Ciara se relajó de forma visible. Se dirigió a Adra—: La isla de apoyo os conducirá hasta el bastión Rojo, como os dije antes. Sin trampas, sin trucos, tienes mi palabra. Luego volverá con nosotros. Os escoltaríamos, pero el barón Europa se podría tomar como una amenaza que una isla tan grande se acerque a sus dominios. Y tiene el gatillo fácil.

—¿Y los supervivientes de Arca? —preguntó Gale, mientras los miraba pasar—. ¿Qué va a ser de ellos?

—Íbamos a abandonarlos a su suerte, pero también los trasladaremos a Rojo. Que luego se las apañen como puedan —dijo Ciara—. ¿Lo ves, Adra? No tenemos por qué ser crueles si no hay necesidad. Además, no son los primeros en creer en un falso profeta.

—No, no son los primeros —murmuró Adra—. Ni serán los últimos.

Décima salió del pabellón arruinado con Winston a su lado. Avanzaba tambaleante, como si no hubiera recuperado la conciencia del todo, con una mano en el hombro lastimado. Gale esperó que el galgo echara a correr hacia él como siempre, pero no fue así. Lo miraba de un modo extraño, como si hubiera perdido confianza. Aquella frialdad imprevista le hizo daño. Estuvo tentado de llamarlo, pero desistió. No habría soportado que no le hiciera caso.

—¿Habéis acabado con lo vuestro? —preguntó Décima a Adra—. Quiero irme de este sitio.

Adra asintió, sin mirar en ningún momento a Gale.

—Hemos terminado— anunció. Se ajustó la capa y echó a andar en dirección a Décima y Winston.

Gale los vio alejarse. De pronto le invadió un sentimiento desgarrador de fragilidad, de desconcierto. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si Adra tenía razón y no había esperanza? ¿Y si todo estaba perdido? Casi se echó a reír al darse cuenta de que, en realidad, poco importaba. Porque Adra tenía razón: aquella nave se hundía y lo único que podían hacer era decidir qué hacer con el tiempo que les quedaba.

Y él, por primera vez en toda su vida, era el dueño de su tiempo. Por primera vez en toda su existencia llevaba las riendas de su propio destino, lo condujera este a la gloria o a la ruina. A la perdición o a la leyenda.

A la tumba o al cielo.

NUEVE

Mucho más lenta que la Mordisco, la isla flotante se dirigía hacia el bastión Rojo, todavía a unas horas de camino. Cada vez más cerca, los cañones que asomaban de la fortaleza del barón Europa comenzaban a revelar su forma, su detalle. Rojo parecía una bestia enorme y erizada, donde cada espina era una pieza de artillería.

Adra conocía un secreto, algo que muy pocos sabían. Se lo contó su madre. Cuando era joven Rhea trabajó para Rocal, del mismo modo que el duque quería que Adra trabajase para él. Y Rhea sabía que toda aquella artillería en Rojo no era el verdadero motivo que mantenía alejados a los monstruos. Los cañones eran un artificio, un disfraz. Una vez al mes Rojo recibía un cartucho de Testamento repleto de un líquido mugriento. Los hombres de Rocal procesaban ese líquido de uno de los órganos del cadáver inmenso que protegía Testamento y lo enviaban a Rojo a cambio de una cantidad desproporcionada de víveres. Europa colocaba ese cartucho en la torre más alta de Rojo y sus emanaciones mantenían a raya a cualquier criatura que quisiera aproximarse. No era tan efectivo como el engendro de Testamento, pero cumplía su cometido. La verdadera utilidad de la cañonería del bastión era sencilla: disuadir a enemigos más humanos y prosaicos.

Adra se preguntó si su madre le había contado aquello para darle munición contra Europa. Los secretos eran poder, eso lo veía cada vez más claro. Apoyó los codos en la baranda que rodeaba la proa de la isla con la vista fija en el bastión. No quería mirar atrás; sería triste ver los restos de Arca, el pueblo paraíso, deshecho tras la muerte de su protector. Aquella magia de vida y nostalgia era extraordinaria, aunque fuera un espejismo, una

falsedad. Los hombres y mujeres de Arca habían decidido creer en una mentira porque ese era el único modo que habían encontrado para seguir adelante. Depositaron sus esperanzas en un dios falso, de igual manera que Ciara y los suyos habían depositado sus esperanzas en Gale.

Winston se pegó contra su pierna. Desde que habían partido, el galgo no se separaba de ella y parecía tan pensativo como la propia Adra. ¿Notaba su desazón, el desconcierto que la acompañaba desde el encuentro con Absalón?

Vio a un lado el desierto de sal azulada; al otro, el bosque cubierto de gas.

No había tenido valor para contarle la verdad a Gale. No había tenido valor para desvelarle su verdadera naturaleza, para decirle que su empresa estaba destinada al fracaso. No podía derrotar a las bestias del cielo porque, en definitiva, como la misma Adra, era una de ellas. La humanidad estaba condenada, Absalón le había dicho la verdad. Tal vez no toda la verdad, pero la suficiente para comprender que no había salvación.

Una sombra ocultó la luz del sol. Era Décima. Se movía despacio, de forma deslavazada. Adra tardó unos segundos en darse cuenta de que intentaba evitar el dolor del hombro recién recolocado. El médico de Ciara había tratado sus lesiones. No había nada grave, pero tardaría en recuperarse por completo.

—Siento haberte metido en esto —le dijo Adra, sin mirarla. Era la primera vez que hablaban desde que embarcaron—. Siento lo de tu tripulación. Siento lo de tu nave —añadió. Se guardó para sí un: «Siento haber intentado matarte».

—No es culpa tuya —dijo Décima y suspiró—. Nada de lo sucedido es culpa tuya. Ayudarte fue mi decisión y la responsabilidad es solo mía. Me duele sobre todo la muerte de Sato. La nave... Solo era una nave.

Adra supo que mentía. Décima amaba la Mordisco, y el tiempo y esfuerzo que había invertido en aquel navío era tremendo. El comercio era su vida y ahora tendría que volver a empezar de cero.

—¿Cómo estás? —le preguntó Décima.

Adra no contestó. Seguía aturdida, pero era difícil poner en palabras ese aturdimiento. No podía expresarlo. No podía sacárselo de encima. Décima la

miraba de un modo nuevo, como si no supiera muy bien qué hacer con ella ni cómo manejarla.

—¿Qué fue lo que te contó Absalón? —quiso saber.

Sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Era la pregunta que más temía. Había conseguido esquivarla con Gale, pero sabía que no podría mentirle a Décima. Cerró los ojos y tomó aliento.

—Hoy no. Mañana. Te lo contaré todo mañana.

Décima se inclinó sobre la baranda, con la vista puesta en la red de cañones de la fortaleza de Europa. Ambas sabían que aquellas armas eran un espejismo, una barrera irreal entre la humanidad y el horror del mundo. «Como Gale —pensó Adra—. Tan inútiles como Gale». Décima alargó la mano hacia ella y Adra, para su propia sorpresa, la estrechó con fuerza. La palma de Décima era cálida y seca; la de Adra estaba fría y húmeda. Sintió una oleada de repulsión hacia esa mano, hacia su cuerpo, hacia sí misma. Notaba un vacío inmenso en los pulmones, una gran ausencia, un agujero negro.

«¿Y yo qué soy? ¿Qué me espera?».

Cortó el paso a esas preguntas. Ya llegaría el tiempo de enfrentarse a ellas. Mañana, sí, mañana, pero no ahora. Cerró los ojos con fuerza, tanto que vio luces azuladas tras sus párpados. Permanecieron en silencio largo rato, agarradas de la mano y de la baranda, hasta que unos pasos rápidos, urgentes, resonaron a través de la cubierta de roca viva. Un mal presentimiento le estrechó la boca del estómago mientras se giraba hacia ellos.

Era el médico de Ciara. Se acercaba veloz, con el rostro descompuesto. Sus ojos grandes parecían a punto de saltar. Lo primero que pensó fue que Angie o Bianca habían muerto. Pero había algo en sus facciones que le hizo pensar que era incluso peor que eso. El agujero negro se hizo más profundo y oscuro.

—¿Vuestra compañera mantuvo relaciones con el sujeto veintidós? —les soltó al llegar, a duras penas. Venía sin aliento. Diminutas gotas de saliva perlaban su barba.

—¿Qué? —Décima lo miró pasmada—. ¿De qué estás hablando?

—De sexo. De sexo, de eso estoy hablando. ¿Se acostó con el sujeto veintidós?!

—Gale... Se llama Gale —murmuró Adra, tan bajo que apenas se oyó a sí misma.

—Y yo qué sé —contestó Décima—. La vida sexual de mi tripulación me trae sin cuidado. ¿De qué va todo esto?

El doctor guardó un momento de silencio, entre indeciso y perturbado. Amagó una frase que no llegó a iniciar, carraspeó y, a continuación, les hizo un gesto.

—Venid a verlo vosotras mismas.

Aunque pequeña en comparación con su hermana mayor, la isla era lo bastante grande como para albergar dos construcciones en la zona de popa y una tercera en la proa: un barracón con forma de u. Se dirigieron hacia el lado izquierdo. Allí quedaban los camarotes y la zona reservada a los heridos. El médico las condujo hacia un compartimento con dos camas. En una de ellas Bianca aguardaba sobre sábanas manchadas de sudor.

Décima se detuvo a medio paso, con el rostro contraído en una expresión de horror y pasmo. Adra se acercó hasta el borde de la cama, incrédula. Bianca estaba desnuda de cintura para arriba. Mostraba el pecho hinchado y el vientre extrañamente abultado. Estaba preñada y por el tamaño debía de estarlo de cinco o seis meses. No era un embarazo normal. Una red de venas amarillentas se movía y agitaba bajo la piel del vientre, como un nido de gusanos.

—No... —Décima acompañó la negativa con una agitación de cabeza, un balanceo continuo y rítmico—. ¿Qué es esto? ¿Bianca embarazada? ¿No estaba así hace dos días!

Adra contuvo la respiración. La piel de Bianca parecía reseca, a un segundo de agrietarse. Algo se revolvió bajo la carne. Fue un movimiento pronunciado, como si algo, quizá una garra, probara su consistencia desde el interior. ¿Qué tenía aquello que ver con Gale? ¿Por qué había preguntado el doctor si Bianca y él habían mantenido relaciones? ¿Él era... el padre? Se le cerró la garganta en el acto. Recordó el rostro de Ciara cuando Décima mencionó en el pabellón de Arca la habilidad de Gale para canalizar magia.

—No lo sabía, Ciara no lo sabía —comprendió—. Ni el Baluarte tampoco. —Se acercó al médico y lo aferró del brazo—. ¿Por qué era tan importante Gale en el búnker? —preguntó. Hablaba deprisa, acelerada. Los

latidos de su corazón cada vez iban más rápidos. Apretó el antebrazo del médico con fuerza, tanta que el hombre hizo un gesto de dolor. Lo soltó—. ¿Por qué era tan especial Gale para vosotros? ¿Qué le hacíais allí abajo?

—Yo no... —El médico retrocedió un paso, amedrentado. Oteó sobre su hombro en dirección a la puerta, pero no había ni rastro de los hombres de Ciara. Solo Décima, mirándolo fijamente—. El sujeto veinti... —Se corrigió en el acto al ver la expresión de Adra—: Gale. Gale nos abastecía. Era... nuestro proveedor de contaminados. Una planta casi entera del búnker estaba destinada a su prole, a sus hijos.

—Sus hijos —repitió Adra, incrédula.

—Gale no es un contaminado cualquiera —continuó el médico—. Nunca habíamos encontrado nada igual. Su capacidad reproductiva es... asombrosa. No hay otra palabra para describirla. Por eso se convirtió en el pilar de la mayoría de nuestras operaciones en aquella base. Usábamos su esperma para inseminar contaminadas. Las gestaciones que conseguíamos eran siempre aceleradas, rara vez duraban más de una semana.

Adra se cubrió la boca con la mano. Su corazón se frenó, dio un paso en falso dentro de su pecho. Recordó los cadáveres de las mujeres preñadas que encontró en el búnker. Recordó al gigante azul que llamaba a gritos a su padre mientras lo asesinaban en el hangar. Recordó a la mujer medusa. Recordó a todos y cada uno de los contaminados que había encontrado en la segunda planta de aquel infierno. ¿Todos eran hijos de Gale? ¿Todos eran sus descendientes? No, no, no. No podía ser posible.

«La simiente de un dios es poderosa».

Décima sacudió la cabeza de nuevo:

—Espera un momento, espera un momento —dijo—. ¿Lo usabais para criar? ¿Eso estás diciendo? ¿Usabais a Gale para preñar contaminadas?

El médico asintió.

—No... no estoy orgulloso de lo que hacíamos. Pero pensadlo un momento, por favor. Teníamos en nuestro poder a alguien con la capacidad de generar monstruos, de generar portentos. ¿Cómo no usarlo en nuestro provecho? ¿Cómo no hacerlo? Varios de sus vástagos están siendo de una utilidad impresionante en la lucha contra los leviatanes. Todavía estamos lejos de decantar la balanza a nuestro favor, ¡pero es un comienzo! —El doctor se

dejó llevar por el entusiasmo—. Y no solo engendra monstruos. En ocasiones algunas mujeres fecundadas han dado a luz a seres humanos de apariencia normal... ¡que son tan extraordinarios, a su manera, como el propio Gale!

Adra recordó ahora a los gemelos capturados por el Baluarte, los que habían intuido la llegada del Chacal en el hangar. Le resultaron familiares en cuanto los vio. Y ahora el motivo se le hacía evidente: era porque se parecían a Gale. Igual que el joven que había salido del despacho de Rocal en Testamento.

Miró a Bianca. Estaba inconsciente, lívida, y aun en el desmayo el rictus de su rostro era de dolor. Se obligó a hacer la pregunta cuya respuesta no quería conocer:

—¿Qué pasa con las madres?

Todo el cuerpo del médico se retrajo y dio un paso atrás, como si estuviera convencido de que en los próximos segundos alguien iba a golpearlo.

—No suelen sobrevivir al parto —dijo en voz baja—. Yo... tenemos... tenemos que decidir qué hacer con ella. Es un riesgo permitir que esa cosa nazca, aquí no tenemos los medios necesarios para contenerla en el caso de que sea peli...

Adra no aguantó más. Salió a la carrera. Se asfixiaba, se ahogaba. Corrió hasta la baranda y, por un momento, estuvo tentada de saltar, de dejarse ir, de estrellarse contra el suelo y acabar con todo de una vez. Se afianzó en ella, rodeó el raíl de metal con cada uno de sus dedos y respiró hondo, muy hondo. Lo único que consiguió fue aspirar el viento pestilente que seguía a la nave como un parásito.

Se echó a llorar.

No recordaba cuándo fue la última vez que lloró. ¿Con la muerte de su madre? ¿Cuando mató a los hermanitos de Winston? Era un llanto lento, casi seco. Las lágrimas dolían al salir, como si todo su cuerpo se esforzara por escupir astillas bañadas en ácido, como si esas lágrimas llevaran siglos enquistadas dentro de su organismo. A lo mejor tendría que llorar más a menudo, se dijo, a lo mejor tendría que aprender a... Cerró los ojos y pensó en los telones que se desplegaban para cerrar los espectáculos de otros tiempos. Pensó en la caída de la noche, de la última noche, tras la que ya no

habría amanecer. Pensó en la tierra que ciega a los sepultados; pensó en el gigante azul que buscaba a su padre; en la anémona que gritaba cuando la llevaban a la muerte; pensó en crepúsculos; en finales, pensó en la nada y en el olvido. Pensó en el agujero infinito que se abría dentro de ella.

Décima no tardó en llegar. Abrió los ojos al sentirla a su lado, pero no pudo mirarla. No le quedaban fuerzas. Solo levantó la vista y la clavó en las alturas, en el leviatán, como llevaba haciendo desde niña. Y de nuevo pensó en saltar la baranda. Sería tan fácil. Tan sencillo. Su cuerpo no la traicionaría. No se transformaría, no le quedaba energía para ello.

—No me mataste —dijo Décima de pronto, rompiendo aquel hilo de pensamiento.

—¿Qué? —Adra pudo mirarla al fin. No sabía de qué estaba hablando.

—No me mataste —repitió la mujer—. Cuando irrumpiste en la iglesia te pusiste a destripar a todo el que pillabas. Fue sobrecogedor, te lo juro. Destrozabas todo lo que se ponía en tu camino. Hasta que llegaste a mí. Te vi aparecer y supe que estaba muerta. Lo supe. Te vi aparecer y comprendí que llegaba el final. «Bueno —me dije—, al menos me matará ella. Y será rápido». Pero entonces retrajiste las garras y me apartaste de un golpe. Sí, un buen golpe. Todavía me duele. Pero no me mataste. Contuviste al monstruo, Adra.

—No... no lo recuerdo. Si lo hice fue algo... inconsciente.

—Pero pasó. Pasó. Pasó lo imposible. Y no matarme ha sido lo más bonito que has hecho por mí. —Le dedicó una sonrisa, apoyada en la baranda. La luz caía a sesgo sobre ellas, teñida de destellos de plata y lanzadas doradas. Un reflejo azur destelló en el pecho de Décima y Adra se dio cuenta, por primera vez, de que algo asomaba del cuello de su blusa deshecha. Algo plateado, algo que podría ser un colgante de unicornio.

Un rugido cercano, un sonido extraño entre fiereza y diversión hizo que giraran la cabeza al mismo tiempo. Junto a la isla volaba la criatura de dos cabezas, con la muchacha encima, Violeta. Ella no las vio, ensimismada en su vuelo. Abrazó una de las cabezas de la criatura, la de león, se agarró a su melena con abandono y ambos, jinete y montura, giraron en una voltereta doble en el aire.

—No vamos a rendirnos ahora, Adra —dijo Décima, sin apartar la mirada de la bestia y la joven que la montaba—. Esa no es una opción. No después de haber llegado hasta aquí. Vamos a seguir adelante. Todavía nos quedan cosas por hacer.

—Pero estoy tan cansada, Décima. Tan cansada... —confesó ella—. ¿Por qué insistir? Vivimos en el fin del mundo. Todo se derrumba, todo se hace pedazos. Todo se rompe. ¿No sería más sencillo ceder? ¿Por qué seguir luchando si no hay esperanza?

—Esperanza. —Décima soltó un escupitajo por la borda y Adra, pese a todo, pese a las lágrimas, sonrió—. Son los perdedores los que se aferran a la esperanza —lo dijo con rabia, con una pasión que Adra no recordaba haber oído nunca antes en su voz—. La esperanza no es más que una mala excusa, una mentira que te cuentas a ti misma cuando ya no queda nada que sea verdad. Que le den por culo a la esperanza. Claro que todo se derrumba, claro que todo se hace pedazos. Pero es que siempre ha sido así. Los leviatanes no han cambiado eso, solo lo han acelerado. La gente lleva desde el principio del tiempo condenada a muerte, desde el mismísimo instante en que nace. Cada vida, Adra, es la crónica de un final.

«Da miedo, por supuesto. Pero eso no puede doblegarnos. Hay un camino que recorrer, acabe cuando acabe. Hay una vida por vivir, dure lo que dure. Los finales son inevitables. Lo importante es lo que sucede mientras llega ese final».

—Décima, te juro que salto si me sueltas lo de que cada segundo de aliento es una victoria.

—No, eso es una sandez. Lo importante no es respirar, joder, eso cualquier mierda lo hace. Hasta los monstruos del cielo seguro que respiran de algún modo. Lo importante es lo que haces con ese aliento. —La miró de nuevo—. Dime, Adra, ¿qué quieres hacer con el tiempo que te queda?

La pregunta la cogió por sorpresa. ¿Habría estado escuchando su conversación con Gale? No, Décima en aquellos momentos estaba dentro del pabellón. «Quiero vivir el tiempo que me queda en paz»: eso era lo que le había dicho a Gale. ¿Era cierto? ¿Era lo que realmente quería?

No.

—Quiero vivir como si de verdad fuera el fin de los tiempos —contestó. Décima sonrió. Y su sonrisa lo eclipsó todo. Su sonrisa era más sólida y real que la grieta en el cielo y el leviatán en las alturas—. Vivir como si no hubiera un mañana. Sin miedo a lo que pueda pasar, sin miedo a lo que pueda surgir.

—¿Y qué es lo que te detiene?

La respuesta a esa pregunta era tan obvia que escocía.

—Yo —contestó Adra.

—Pues deja de hacerlo —dijo Décima.

Adra miró hacia delante, hacia la montaña roja erizada de cañones. Había dejado de llorar. Décima tenía razón: rendirse no era una opción. Ya se había rendido una vez, en la buhardilla del edificio de Jezek, en aquel colchón maltrecho e incómodo. Décima la rescató entonces, como la rescataba ahora.

Un resoplido hizo que mirase hacia abajo: Winston había vuelto junto a ellas. Décima le rascó la frente con ternura y el galgo sacó su rabo estrecho de entre las patas y lo movió, satisfecho, en un meneo curvo y lento.

—¿Si vuelvo con Gale, si me uno a lo que quiera que estén tramando esos locos, vendrías conmigo? —preguntó Adra.

—¿De verdad piensas que pueden conseguir algo? ¿De verdad crees que pueden salvar el mundo? —Por el tono escéptico de su voz supo que Décima era tan descreída en aquel asunto como ella.

—No —contestó Adra—. Pero si estamos cerca, podremos proteger a Gale. Y tal vez ellos puedan hacer algo por Bianca, sacarle eso de dentro sin matarla. Y, si luego tenemos tiempo, podemos buscar archets para que Angie conozca a los suyos y... —Tenían las manos entrelazadas de nuevo, el cuerpo de la una pegada a la otra. ¿Cuándo había sucedido eso? ¿En qué momento se habían acercado tanto? Adra tiritó bajo la capa—. Quizá no podamos salvar al mundo, pero podemos intentar salvar a quienes nos importan. Y salvarnos a nosotras mismas mientras tanto. Durante un rato, al menos.

—Me parece un buen plan —dijo Décima. Una racha rápida de viento las rodeó. Un rumor de alas de murciélago restalló en el aire y, de una nube, emergió la bestia doble con su jinete a cuestas. Décima desvió un instante la mirada para observar el vuelo de la quimera—. En realidad, creo que todo esto está lejos de terminar —murmuró.

—Puede que tengas razón —dijo Adra. Aspiró el olor de Décima. Olía a sudor, a pólvora, a sangre. Olía a futuro—. Tal vez es ahora cuando empieza. Sobre ellas, en las alturas, se alzaba el leviatán.

NOTA DE LOS AUTORES

Crónicas del fin no empezó como una obra normal.

Leíamos a David Gaughran, a Sean Platt y a Joanna Penn, autores a la vanguardia de la autopublicación en el mundo angloparlante, y descubrimos que las temporadas de libros triunfaban en el mercado independiente. Temporadas como en las series: allí sacan novelas de extensión limitada como si fueran episodios de televisión, crean una temporada de cinco o seis libros y luego ya deciden si quieren sacar más, dependiendo del éxito (o no) de la serie. No habían descubierto el fuego —tampoco nos engañemos—: la historia de la literatura está llena de novelas por entregas (los llamados folletines). Simplemente habían modernizado el concepto.

Nosotros ya habíamos trabajado juntos, tanto en juvenil como middle-grade, con fantasía oscura y fantasía cómica. Conocíamos la autopublicación, la edición tradicional y la publicación indie. Ahora queríamos escribir algo más oscuro y adulto, algo extravagante sobre seres humanos que intentaban sobrevivir al apocalipsis, donde los enemigos no fueran amenazas al uso, sino monstruos al estilo Lovecraft: criaturas tan extrañas e inescrutables que producían un terror diferente, un terror existencial. Y queríamos hacerlo en un formato novedoso, al menos en nuestro país.

Cuando la destrucción de la especie humana está garantizada, es mucho más fácil concentrarse en la supervivencia y la historia personal: la meta más importante de la protagonista no es acabar con sus enemigos y salvar a la humanidad, sino llegar con vida al día siguiente. Más aún cuando la mayoría de esos enemigos, de por sí, no son malignos. En realidad no son nada: están ahí, lo desconocemos todo sobre ellos, solo sabemos que su mera presencia significa caos y devastación. Estas criaturas insondables, los leviatanes, nos

permitían además crear un mundo alocado, un mundo donde podía ocurrir cualquier cosa. Parte de este impulso arrancó con la envidia pura y dura que sentíamos cada vez que veíamos Hora de aventuras: ¿por qué nosotros no podíamos tener un mundo de paisajes enloquecidos o entidades geométricas absurdas? Claro que nosotros escribimos fantasía oscura, así que tener un país de caramelo tendría consecuencias mucho más grotescas que en una serie de dibujos animados (supuestamente) para niños. No es nuestra única referencia, por supuesto, bebemos también de otras aguas, la mayoría fáciles de detectar, no solo en esta obra sino en toda nuestra trayectoria: Barker, Carter, Cronenberg, Miéville, Gaiman, Giger, Burton... Incluso el Weirdmageddon de Gravity Falls.

Pronto nos dimos cuenta (como si no lo supiéramos ya), de que el mercado español es muy diferente al estadounidense. Aunque cada entrega de Crónicas del fin tenía muy buena acogida, cada vez eran más comunes los comentarios de: «Voy a esperar a que lo saquéis en papel». El mercado español quiere papel, quiere olerlo, tocarlo y pasar las páginas, aunque muchos de nosotros recurramos a los lectores electrónicos por comodidad y mil razones más. Cuando llegó Alethé y nos hizo su propuesta (una recopilación bajo su sello, con su correspondiente distribución en librerías), nos pareció una idea perfecta.

Recordaréis ahora que hemos mencionado la palabra temporadas, en plural. El fin de Una grieta en el cielo, esta primera temporada, no es un final del todo cerrado. Quedan muchas cosas por narrar y queremos hacerlo: necesitamos contaros por qué Décima se llama Décima y qué pasa con Angie (¿encontrará su lugar en el mundo?). Necesitamos contaros qué ocurrirá con Gale y qué pintan Violeta y su quimera en todo este embrollo; qué pasará con Klaus y Ciara y, por supuesto, con Adra y Winston. Ahora que ya sabemos qué hacen aquí los leviatanes, ¿cómo afectará eso a nuestro grupo?

Sabemos que volveremos a este mundo y que habrá más temporadas, sean en el formato que sean, pero por ahora vamos a relajarnos un poco, recuperar fuerzas, planificar bien todas nuestras ideas y ante todo pedirte, a ti que tienes este libro en las manos, que si te ha gustado esta criatura, se la recomiendes a otros.

Sin vuestro apoyo y ayuda no somos más que dos cuentacuentos sin público; nuestras historias os necesitan al otro lado para hacerse grandes. Grandes como leviatanes a las puertas del fin del mundo.

GABRIELLA CAMPBELL y JOSÉ ANTONIO COTRINA

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría darle las gracias a la gente de Alethé por hacer posible este proyecto (¡hola, Félix, Richar y compañía!) y también queremos mandar un abrazo a Bandinnelli y a Elías por hacer de celestinas en el proceso. Y al festival Celsius, claro, que es donde se hacen los tratos importantes, entre charlas, presentaciones, firmas, sidras y cachopos.

También queremos dar las gracias, inmensas, a aquellos que nos han acompañado desde el principio. A nuestros lectores cero: David, Elena, Mariano, Juan Antonio, Silvia, Marina, Toni, Nuriel, Beleth, Lulu y, más aún, a los que aguantaron hasta el final: Ana González Duque, Inés G. Labarta, Paula y Carmen, M. P. Moles y Rafa de la Rosa, Carlos S. Baos, José Miguel Cano y al Elías (F. Combarro) ya mencionado. A nuestro ojo avizor y eterna compi, Blanca Martínez, y a Valentina, maquetadora de las entregas por e-book y profesional como las copas de un pinar entero.

Nuestro corazón lo conquistó Libertad Delgado con sus portadas (¡esta también es suya!) y nuestros amigos se ocuparon de la ardua tarea de sacarnos de casa y llevarnos de paseo cuando el extraño trabajo del escritor nos secuestraba. Gracias también a todos ellos.

Y las gracias más grandes son para nuestra familia, para nuestros padres, hermano y hermana. Sin ellos nada de esto sería posible. Y a nuestros gatos, claro. Qué tipo de seres desagradecidos seríamos si no mencionáramos a Ebo, Tardis y Tepi. ¡Y a Fantasma, el galgo que inspiró a Winston!

Pero todos estos agradecimientos estarían incompletos sin ti, lector. Tú eres nuestra persona favorita.

Gracias.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Gabriela Victoria Campbell Franco, 2018

© José Antonio Cotrina Gómez, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2018

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): mayo de 2018

ISBN: 978-84-9164-357-9 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.